

EL SILABARIO DEL CRISTIANO: 1º ENTREGA – COMIENZO DE SERIE

Por la gracia de Dios comenzamos una nueva serie en Radio Cristiandad: EL SILABARIO DEL CRISTIANO, de Mons. Olgiate. Dios mediante, nos acompañará cada lunes en nuestro blog. Esperamos que sea de su agrado.

MONSEÑOR FRANCISCO OLGIATI

EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO

Libro de estudio y de meditación, no sólo para hombres pequeños, sino también para hombres grandes, no para ser leído en el tren o en medio del bullicio, sino en el silencio y el recogimiento, palabra por palabra, sin saltar de una página a otra, como lo haría el hermano Mosca del Convento de San Francisco.

PALABRAS PRELIMINARES A LA NOVENA EDICIÓN

La presente obrita, nacida entre almas sedientas de luz y de bondad, tiene una pequeña historia y abriga una gran esperanza.

Trabajando, desde hace muchos años, en las filas de la Acción Católica y sobre todo en las asociaciones juveniles, tuve, a menudo, el placer de hablar de Jesucristo, de su doctrina, de sus enseñanzas; pero, también, muy a menudo, desgraciadamente, pude comprobar que hasta los buenos se conforman con una rápida y fácil excursión por el inmenso mar de las verdades cristianas, sin sumergirse jamás, como el buzo, en la profundidad de sus ondas regeneradoras.

Basándome en esta experiencia, en las *Escuelas de propaganda* de la juventud masculina milanese y de la Asociación de Hombres Católicos, he relegado a segundo término el estudio de otros problemas y, de acuerdo con las personas generosas que se preparaban para las batallas del apostolado, he tratado de afrontar, de un modo especial, el problema religioso.

Por lo demás, en mayo de 1924 me vino a la mente una idea y me apresuré a confiarla a la distinguida Presidenta de la Juventud Femenina Católica Italiana, señorita Armida Barelli, para que procurara ponerla en práctica.

He aquí la carta que le escribí en aquella ocasión:

“Distinguida señorita: —La J. F. C. I. tendría que hacerse promotora en Italia de una iniciativa destinada a combatir el analfabetismo más horrible y más peligroso que se pueda imaginar. No hago alusión a los desgraciados que no saben leer ni escribir; hablo del analfabetismo religioso.

Nos proclamamos un pueblo católico y conocemos poco menos que nada del silabario del Cristianismo. Tengo fundados temores de que hasta en las filas de la J. F. C. I., donde tanto y tan justamente se discurre sobre el espíritu sobrenatural, no pocas socias se encontrarían malparadas, si alguna vez tuviesen que explicar con precisión qué es lo sobrenatural, a lo que se refieren con tanta frecuencia.

Usted debería tomar una bella iniciativa: tendría que organizar una Semana completa y reunir a los mejores elementos de su agrupación. Que sean pocas, poquísimas, pero ya preparadas.

Y tenga el valor de sacrificar en esa Semana todo argumento de índole cultural, todo debate sobre cuestiones femeninas o sociales. Que el único argumento sea éste: una exposición del catecismo, en cuatro lecciones diarias al menos, de una hora cada una.

Ruégole recoja este pensamiento. Comprendo muy bien que al leer mi carta, Ud. caerá de las nubes. ¡Pero le suplico que me escuche! Estará contenta y sobre todo estará contento el Sagrado Corazón”.

La carta tuvo muy buena acogida. La señorita Barelli, con profunda intuición de las necesidades de la Acción Católica, recogió en seguida la propuesta.

Los Asesores Eclesiásticos del movimiento femenino —mis dos queridísimos amigos Mons. Alfredo Cavagna y el P. Caresana, filipino— aplaudieron y promovieron la iniciativa de su asociación. Todos con entusiasmo se pusieron a la obra. Se oró y se hizo orar. El día 20 de julio de 1924, el castillo de la señora Amigazzi, en Tradate, daba señorial y exquisita hospitalidad a un grupo de 60 dirigentes de la J. F. C. I. capitaneado por todo el Consejo Superior y por sus activos Asesores. Yo también participé y contemplé conmovido lo que iba a resultar el germen minúsculo de la idea inicial, por obra de aquella falange de almas ardientes de celo y preparadas con un día de Retiro espiritual, por el apóstol del Sagrado Corazón, el P. Mateo Crawley.

Qué fue, qué resultó, qué sentimos aquella semana, no sería capaz de describirlo. Diré tan sólo que prácticamente se resolvió organizar, previa una cruzada de oraciones, una serie de otras Semanas semejantes en toda Italia.

En pocos meses, en efecto, se llevaron a cabo 18 semanas regionales, en cada una de las cuales participaron los representantes de cada diócesis, para promover después, como se está haciendo actualmente, un movimiento serio de cultura religiosa basada sobre el catecismo, en todos los centros diocesanos.

La primera edición de esta obrita, revisada por el P. Juan Busnelli S.J. con una bondad grande como su ingenio y su corazón, tomóse en seguida como manual, como texto de las Semanas. Por eso no fue puesta en venta, sino que fue adoptada exclusivamente por la J. F. C. I., que en menos de un año agotó la primera tirada de cinco mil ejemplares.

Entonces se preparó una nueva edición, con muchos millares de ejemplares, destinada a todos. Pero después de pocos meses se hizo necesaria otra edición, y luego otras y otras y ahora sale a luz la novena.

Naturalmente me dirigí a diversas personas que amo y venero para que me indicaran alguna corrección, modificación o mejora. Fui generosamente ayudado y siento el deber de proclamar alta y fervorosamente mi agradecimiento por las indicaciones preciosas que he recibido.

Por tanto, lanzo ahora por novena vez la obra, corregida y en parte rehecha, con la esperanza de que sea como un pajarillo que vuele de corazón en corazón para repetir el canto de nuestra hermosa fe.

Debo además advertir que el año pasado publiqué el *Sillabario Della Morale Cristiana*, que doy como una continuación y desenvolvimiento de este trabajo.

Difundamos la luz, si queremos que el Amor de Dios arda siempre más. ¡Y que los esfuerzos mancomunados sean bendecidos por el Corazón de Cristo!

Pero el que recorra estas líneas, no confunda nunca la palabra muerta de un libro, con la eficacia de voz viva que enseña y explica.

Mi pobre Silabario podrá ser un modesto y útil instrumento. Pero todos los que sientan el atractivo de un santo apostolado, nunca olviden las palabras de PLATÓN: “*¡No se escribe en las almas con una pluma!*”

DON OLGIATI

Milán, 8 de diciembre de 1929

Capítulo Primero

LA IGNORANCIA RELIGIOSA

En una de *Las más bellas leyendas cristianas*, recientemente coleccionadas por Guido Battelli, léese lo que les sucedió a los siete durmientes de Éfeso.

Durante la persecución de Decio, siete fieles “viendo el estrago que se hacía entre los cristianos, afligidos sobremanera y despreciando los sacrificios que se hacían a los ídolos, permanecían escondidos y ocultos en sus casas, ocupándose en ayunos, vigiliass y santas oraciones. Pero a la postre, fueron acusados ante el emperador Decio como verdaderos cristianos el cual, teniendo en cuenta que eran nobles y grandes de la ciudad, les dio un plazo de veinte días para que deliberasen”.

Paso por alto las cosas extrañas referidas por la leyenda; referiré solamente que huyeron “a un áspero y elevado monte”, a una cueva. En vano los esbirros del perseguidor intentaron entrar. Dios protegió a sus santos, y “primero envió del cielo truenos, rayos, vientos, granizos y agua con grandes tempestades. Después apareció, a la entrada, una multitud de animales feroces: lobos, leones, osos, serpientes y dragones, que los obligaron a abandonar la empresa”.

Ordenó entonces el emperador que la boca de la cueva fuera tapiada, y así se hizo.

Después de poco tiempo, los siete reclusos cayeron en un profundo sueño y durmieron plácidamente durante centenares y centenares de años. Sólo se despertaron, creyendo haber dormido por espacio de una noche, cuando el Señor le inspiró a un ciudadano de Éfeso que efectuara excavaciones en aquella montaña. Puede imaginarse qué sorpresa les habrá causado la ciudad totalmente transformada, con el signo de la Cruz sobre las puertas y con una población cristiana jamás vista ni soñada. ¡Habían dormido la friolera de 388 años! ¡Era natural que quedaran estupefactos y no dieran crédito a sus ojos!

Esos siete durmientes son semejantes a las más elementales verdades cristianas. También ellas duermen en los libros de la Sagrada Escritura y de los Padres. También ellas parecen huir perseguidas por teorías contrarias y épocas nefastas y aguardan la hora del despertar, pero de un despertar que no vaya —como el de los perseguidos de Éfeso— seguido de una plácida muerte en el Señor, sino que dure en forma permanente en todas las conciencias.

Los hombres no me aman, porque no me conocen: es la queja del Sagrado Corazón de Jesús dirigida a su sierva Santa Margarita María. Es espantosa la ignorancia de la religión. Pocos, por ejemplo, en Italia, conocen los primeros principios del dogma cristiano, que iré exponiendo en

capítulos sucesivos.

En nuestra tierra, llena de sagradas tradiciones e innumerables basílicas, los puntos fundamentales del catecismo están ocultos, como si se tratara de los durmientes de Éfeso, en la cueva del olvido. ¿Qué extraño es entonces que el problema de la vida no se resuelva cristianamente?

1

Triple forma de ignorancia religiosa

Podemos dividir en tres categorías a los contemporáneos que a las preguntas de la planilla de un censo: ¿a qué religión pertenecen? responden: a la religión católica.

1. Componen la primera categoría, los que no saben nada de catecismo, ni frecuentan la iglesia, ni los sacramentos.

A veces son personas cultas en un ramo de la ciencia; quizá escritores brillantes o redactores de diarios (sucedió el caso, no ha mucho, en un gran diario milanés) que al describir con vívidos colores una procesión, narran que “se conducía la *estatua del SS. Sacramento*”. Son filósofos o pedagogos de primer orden, que tienen la petulancia de afirmar que el cristianismo admite la eternidad del diablo al igual que la eternidad de Dios. Son, a menudo, funcionarios como un alcalde de la alta Italia, quien, antes de otorgar permiso para una procesión eucarística, preguntaba: — “¿Qué himnos cantarán durante el recorrido?” — “El *Pange lingua*, señor alcalde.” — “¿No es un canto subversivo, el *Pange lingua*, verdad?” — “No lo es, tranquilícese”. Y la mirada escrutadora del funcionario escudriñaba el rostro de los interrogados, para ver si decían verdad, Son, finalmente, obreros y mujeres del pueblo, los cuales conocen tan perfectamente la religión, que están convencidos —el hecho ha sucedido recientemente en una parroquia de Milán— de que los santos Óleos son una especie de aceite de castor que deben ingerir los enfermos. “Perdone, reverendo, —observaban muy compungidos— ¿quiere darle los santos Óleos? Es imposible que los digiera. Hace muchos días que no come”. ¡Nos hallamos en las tinieblas más profundas y dignas de lástima!

2. La segunda categoría está formada por individuos que se creen verdaderos cristianos. Cuando pequeños, la madre les enseñó algunas preces. Niños aún, asistieron a la instrucción catequística en preparación para la Confirmación y la primera Comunión. En las escuelas elementales aprendieron algunas nociones religiosas. De tarde en tarde van a la iglesia a oír un sermón. ¿Es domingo? Oyen misa. ¿Es Pascua? Acuden a confesar y comulgar y cumplen el precepto pascual. ¿Nace un niño en la casa? Lo llevan a bautizar. ¿Se van a casar? Quieren la bendición nupcial del

sacerdote. ¿La muerte arrebatada a algún ser querido? Los funerales deben ser religiosos.

¿Qué más queréis? ¡No hay que ser excesivamente exigentes! Religión, sí; pero, hasta cierto punto.

Son, como los definiría MANZONI “los caballeros del *ne quid nimis*”, hasta ahí, no más... los cuales, en las cuestiones de fe, quieren que no se pasen los límites, esto es, sus límites.

Haced la prueba: decid a tales caballeros: “Es necesario divinizar las propias actividades con la gracia; creer importa animar cristianamente todas las acciones, incluso el comercio, la política, la lectura del diario, las relaciones con otras personas; no se es cristiano cuando se oye misa solamente, sino en todas las contingencias de la vida”. ¡Y oiréis cada respuesta! — “La religión, dicen, es una cosa, y otra son los negocios. Los curas en las sacristías; fuera de la sacristía no impera Jesucristo, imperan los intereses, el placer, las ambiciones. Pasaron los tiempos de Maricastaña. Nosotros no somos santos. Dejados en el pulpito librados a la elocuencia de los oradores sagrados y no los mezcléis en el ardor febril de la vida moderna”.

Y si les observáis que semejante religión es, la más absoluta deformación del cristianismo, os mirarán atolondrados.

Naturalmente, a medida que pasa el tiempo, muchos de ellos, máxime si son jóvenes o se engolfan de lleno en los negocios o en los vicios, un buen día ya no van más a misa, ni aun para Pascua, y son capaces de decirnos “que han perdido la fe”. ¡Pobrecitos! Nunca la tuvieron, porque jamás la conocieron.

3. Henos aquí en la tercera categoría, que comprende a los más animosos y valientes entre los cristianos, muchos de los cuales están munidos de una cédula de afiliación a una buena Asociación, o inscriptos además en una Congregación religiosa. ¿Éstos, al menos saben el catecismo? Salvo raras excepciones, hay que responder que no.

No una sola vez, estando en reuniones juveniles —hallándome entre jóvenes que frecuentan la comunión y merecen toda clase de elogios por la valentía y la audaz franqueza con que profesan su fe en público— he osado preguntar: — ¿Qué es la “gracia”? O bien ¿en qué consiste el “orden sobrenatural”? y ¿en qué se diferencia del orden natural? Las respuestas obtenidas me convencieron siempre de que es enorme la ignorancia de los principios del cristianismo, hasta en los mejores y más prácticos cristianos.

Vosotros que me leéis, si tuvieseis que explicar qué entendéis por “gracia” y por “orden sobrenatural” ¡ay!... No sé qué resultado daría vuestro examen.

Sin embargo, el que ignora esto y pretende hablar de cristianismo, se asemeja al que quiere leer sin conocer las letras del alfabeto.

Al final de esta obrita, todos o casi todos mis lectores estarán convencidos de que tenían una necesidad insospechada e inmensa de aprender los elementos del catecismo ¡que creían conocer y no conocían!

Había una vez un inteligentísimo estudiante que no sabiendo nada, resolvía el arduo problema de los exámenes, copiando. Mas, a fin de que el profesor no cayera en la cuenta, cambiaba acá y allá algunas palabras. Podéis imaginaros ¡qué galimatías resultaban! Un ejemplo: El compañero vecino había escrito que Cristóbal Colón descubrió América en 1492. Y nuestro sabihondo, para no ser descubierto, cambió las cosas de este modo: Masianello descubrió América en 2492. ¡Como veis, sólo había cambiado un nombre y una cifra! Muy poca cosa, ¿verdad? o como dicen los franceses, “*quantité négligeable*” —cantidad despreciable.

Muchos de-nuestros óptimos socios de organizaciones católicas, si son sometidos a un examen de catecismo —no de teología— darán, sin quererlo, idéntico resultado. Al exponer algunos de los puntos fundamentales del dogma, —por ejemplo, las naturalezas y la persona de Jesucristo— cambian alguna cosa, algún detalle pequeñísimo, y así demuestran que saben la religión como aquel bello tipo, tan genial, sabía la historia.

Por lo demás, sin decirlo a nadie; respondeos solamente a vosotros mismos en el secreto de vuestras conciencias: ¿Es o no verdad, que os importaría una nada, en vuestra vida, si las Personas de la Santísima Trinidad, en vez de ser tres, fuesen dos o cinco?

Más aun ¿es o no verdad, que si Dios no hubiese revelado este misterio, vosotros viviríais tranquilamente sin él y no sufriría ninguna modificación vuestra vida religiosa?

¿Y qué significa todo esto, sino un desconocimiento completo del catecismo? ¿No os parece que debe ser ‘más profunda que un abismo vuestra ignorancia religiosa, si el primero de los principales misterios de la fe os deja tan olímpicamente indiferentes?

Muchos protestan porque, mientras en los primeros siglos instruirse en el cristianismo significaba, en las escuelas del catecumenado, convertirse, y *los cristianos de entonces* contribuían a cambiar la faz del mundo, o sea a establecer una nueva civilización, en cambio, *los cristianos de hoy* amenazan progresar como el cangrejo y retroceder a la civilización pagana.

Nada más justificado que tales protestas: *los cristianos de entonces* conocían el cristianismo; *los cristianos de hoy* no lo estudian nunca, persuadidos de poseer una ciencia infusa.

Es más. No faltan quienes se quejan de que las Epístolas de San Pablo no sean más leídas, o de que las obras de los Padres, las grandes lumbreras de la Iglesia, sean tenidas casi como prohibidas por los cristianos a la violeta, de nuestros días. Nada hay que admirar en esto mismo. ¿Cómo se puede entender a San Pablo prescindiendo de lo sobrenatural y de la gracia? El que no sabe los primeros elementos del orden sobrenatural, toma a San Pablo y a los Padres y se aburre, ni más ni menos que el campesino a quien se le pusiese entre las manos las tablas de logaritmos.

Es menester tener alguna preparación para leer y comprender. De lo contrario, una mariposa nos interesará más que el arco de Tito.

¿Qué más? Muchos rompen lanzas contra la degeneración de la piedad cristiana, contra lo superficial de las formas y la empalagosa dulzura de un sentimentalismo engañoso. No está mal. Pero por Dios, ¿cómo se quieren evitar tales errores si se carece de la luz, del conocimiento y del pensamiento?

No en vano, el llorado Cardenal Andrés Ferrari, no hacía un discurso sin repetir con la afligida voz de un buen Pastor: “¡Catecismo! ¡Catecismo!” No en vano, un pensador de la talla del beato Bellarmino, con la misma pluma con que había trazado las páginas inmortales de las *Controversias*, escribía el pequeño Catecismo.

2

Catecismo y apologética

Permítaseme un paréntesis y perdóneseme la palabra ruda y franca. Hablo de *catecismo*, no de *apologética*.

Hoy día, para disimular la ignorancia religiosa, muchísimos —desconocedores de la pedagogía cristiana y de la didáctica católica— acuden a las escuelas de apologética.

Ahora bien, la apologética presupone, tanto en el que la enseña como en el que la escucha, un conocimiento exacto de lo que se quiere defender, por consiguiente, es posible sólo después del estudio completo y profundo del catecismo.

He aquí por qué en la práctica, el remedio es peor que la enfermedad.

Por otro lado, ya no es un misterio para nadie, que la apologética, tal cual viene siendo manoseada, no convierte, sino que suscita mil dudas y quizás haga perder la fe que propugna, de tal suerte que en los años del modernismo se reclamó la necesidad de nuevos métodos apologéticos, y se pretendía nada menos que reducir a pavesas la apologética tradicional, para sustituirla con la leche y la miel del corazón o con un llamado a la vida y a la acción.

¡La mentalidad de nuestros contemporáneos, se decía, se rebela contra los antiguos argumentos, no se doblega ante los silogismos, o ante los milagros y las profecías! ¡Hay que partir de las exigencias íntimas y profundas del alma humana, y en su nombre, recurrir a lo sobrenatural, con el método de la inmanencia!

Si esto era un despropósito y una forma de naturalismo que fue autorizadamente condenado, no se puede negar la ineficacia y, a menudo, el daño de la apologética hecha importunamente, delante de personas sin preparación, que más entienden la dificultad que la solución, y que, por lo tanto, en vez de aprender la verdad, acumulan dudas y errores.

Yo no condeno —lo repito— la apologética tradicional; la culpa no es de esta última ni del valor intrínseco de sus pruebas; radica en la ligereza de los que hacen apologética, cuando faltan hasta las primeras nociones de catecismo. No se reflexiona que la apologética es de suyo ardua y difícil, porque implica toda la filosofía y toda la historia y a ellas se reduce; y resulta simplemente una empresa absurda, cuando falta un conocimiento esmerado de las enseñanzas de la fe.

La apologética importa la defensa de la religión.

¿Cómo se quiere defender una causa que no se conoce? Comiéncese a estudiar el catecismo; es el único camino para estar en condiciones de emprender una discusión apologética de utilidad.

Los grandes apologistas de los primeros tiempos, Santo Tomás de Aquino y los más ilustres cultores de la apologética tradicional, han demostrado cómo el obsequio de la fe es racional —un verdadero *rationabile obsequium*—, porque no caían en la manía que ahora nos domina, de pretender provocar un debate sin examinar antes los términos de la cuestión.

Menos apologética y más catecismo: he ahí la palabra de orden de toda persona sensata y seria. Es hora de poner término a la bobería tan común de conceptualizar al catecismo algo así como un juguete para los niños. No existe una fe para la santa infancia y otra para los adultos; el Dios del niño es también el Dios del padre y de la madre de familia, es el Dios de Dante y de Volta; no sólo a los niños, sino —sobre todo hoy— a los jóvenes, a los profesionales, a los hombres maduros, a los estudiosos de las ciencias, la filosofía y las letras, a los incrédulos que cuando hablan o escriben sobre nuestras cosas, provocan la risa de grandes y pequeños, en resumen, a todos debemos decir: *“¡Estudiad el catecismo! ¡Estudiad el catecismo! Luego, si fuere necesario, nos dedicaremos*

a la apologética”.

La presente obrita no tiene otra finalidad que ésta: nada de apologética, nada de discusiones teológicas, sino la enunciación simple de lo que enseña el Cristianismo y que la mayor parte de los católicos no conoce, aunque se trate del problema más esencial para todo hombre que desea resolver el problema de la vida.

3

La exposición orgánica del Cristianismo

¿Quiere decir entonces —alguien concluirá— que nosotros, hombres grandes, profesores, industriales, doctos o casi doctos, debemos releer el pequeño catecismo que tuvimos entre manos allá por los años de la infancia?

¡Exactamente! y tened la seguridad que no os resultará perjudicial, ya que aquellas breves paginillas, probablemente han sido muy olvidadas. Pero no es ése precisamente mi pensamiento. Sostengo que necesitáis una *exposición elemental del Cristianismo* que responda a vuestra cultura. Y es éste el objeto de la presente obrita, que se propone ofreceros en *germen* la enseñanza católica.

Un *germen* trae a la mente la idea de un organismo donde existen muchas partes, mejor dicho, muchos miembros, pero cuya multiplicidad vive en la unidad.

No se concibe un libro orgánico, una doctrina sistemática, un verdadero poema, sino con este método: reduciendo la multiplicidad a la unidad.

Hay en un libro muchos capítulos, y cada capítulo consta de muchas páginas, de muchos renglones, de muchas palabras: más aún, si es un libro orgánico, no un conglomerado de miembros informes, tiene una idea única que lo anima desde la primera a la última letra; y nadie puede afirmar que lo entiende, si a través de cada parte del libro no se posesiona de la unidad de la idea inspiradora. He ahí por qué no es fácil entender a Dante, y por ende gustarlo; he ahí por qué sostengo que la casi totalidad de mis lectores, aun cuando leyese el catecismo, no comprendería el Cristianismo en su unidad orgánica.

La doctrina cristiana es tan maravillosamente una en la multiplicidad de sus dogmas, de sus preceptos, de sus sacramentos, de todas sus manifestaciones litúrgicas y de todas las explicaciones

de su inagotable fecundidad, que para conocer a fondo —no superficialmente— una sola de sus enseñanzas, es necesario considerarla en su conexión con el resto del Cristianismo.

El dogma de la Trinidad está ligado a los demás dogmas; y la vida cristiana, a su vez, no puede prescindir del dogma de la Santísima Trinidad; si hasta ahora —lo repito— para vosotros que me leéis nada significa, en la práctica, el misterio de Dios uno y trino, es porque nunca lo habéis estudiado con un método orgánico.

No escapa a mi criterio que el dogma de la Trinidad no es el de la Inmaculada o el de la Infalibilidad Pontificia; lo que se debe creer, no es lo que se debe obrar; no puede, en absoluto, confundirse lo natural con lo sobrenatural; una rama del árbol es distinta de la otra; pero así como las múltiples ramas son ramas de una misma planta, con orgánica conexión entre sí; del mismo modo veremos que es un absurdo explicar un punto de doctrina, prescindiendo de otros, que es un absurdo separar el campo teórico del práctico, el dogma de los mandamientos, las obras de la fe, la gracia de la naturaleza elevada y reprimida; veremos, en fin, cómo aclarado un punto, resplandece el resto, y cómo descuidado uno, amenaza bambolearse el conjunto.

A menudo, aun aquellos que estudian el Cristianismo y conquistan la corona de laurel en un certamen catequístico, sólo han estudiado separadamente las varias partes de la doctrina cristiana; saben enunciar el misterio de la Encarnación, el dogma trinitario, los diversos principios concernientes a la gracia, los Sacramentos y demás tópicos; pero nunca se formaron una idea cabal del nexo que une en admirable armonía toda la enseñanza y la vida cristiana.

Es inútil: no puedo juzgar verdadero dantista, al que se sabe de memoria, por entero, la *Divina Comedia*, la comenta verso por verso, recuerda con exactitud todos los hechos, los personajes y las noticias a que alude el poeta inmortal de nuestro pueblo, pero jamás ha comprendido la unidad de los tres cantos, o sea, el alma única, inspiradora de todas las palabras, de todos los versos, de todos los cantos, de todas las invectivas y de todas las referencias.

Y así como no comprendería qué es el Duomo de Milán el que supiese el origen de cada trozo de mármol de que se compone y de cada estatua que lo adorna, pero no abarcase la unidad armónica de toda esa multitud de pequeñas obras maestras, del mismo modo, para comprender el catecismo en verdad, de suerte que se posea una instrucción educativa y formadora, no basta conocer superficialmente cada parte del dogma y la moral, es menester llegar a la unidad orgánica, unidad en que el pensamiento y la vida, el cielo y la tierra, lo natural y lo sobrenatural, la historia sagrada y la profana resplandezcan en la armoniosa conexión de un todo, extraordinariamente rico, pero inexorablemente uno.

Ruego, por tanto, al lector, que se arme de paciencia, y me siga paso a paso. No es ésta una obra para ser leída a saltos. Tampoco es factible aplicar semejante método a una obra de matemáticas, de geometría o de álgebra, ya que no sería posible darse cuenta del desenvolvimiento de las

fórmulas algebraicas o de las demostraciones geométricas, sino siguiendo ordenadamente su exposición. Con mayor razón se exige una lectura *continuada* para una obra de religión en la que se trata de exponer la vida íntima y su interno dinamismo, con un criterio didáctico, cuidadosamente escogido y estudiado.

Leeréis, meditaréis, reflexionaréis: cuando lleguéis al final, al capítulo decimocuarto o al decimoquinto, sólo entonces comprenderéis a fondo el tercero y el primero; más aun, estoy seguro que éste no es un libro que leeréis una sola vez, sino que lo releeréis y lo meditaréis a menudo, porque en él descubriréis una joya de valor inestimable.

Quiero poner ante vuestros ojos, de un modo patente, la joya de la fe, que hasta hoy os ha ocultado la noche de la ignorancia. No dudo de su valor, de su belleza y de su encanto; sólo temo que mi débil mano no la aproxime en forma adecuada a vuestra mirada, o que falte la luz que la ilumine suficientemente.

Si preferís otro parangón, os diré que sé muy bien que mi obrita es una deforme navecilla, poco atrayente; pero el mar que debemos surcar es tan divinamente bello, que si os embarcáis conmigo, no podréis adormeceros, ni permanecer bajo cubierta; un estremecimiento os sacudirá, y colocados sobre cubierta, olvidando las imperfecciones de la nave, contemplaréis extasiados la majestad de las aguas y de los cielos.

RECAPITULACIÓN

1. Es inmensa la ignorancia religiosa. Son innumerables los que no aman a Jesucristo, porque no lo conocen.

Están comprendidos en esta triple categoría:

a) Los analfabetos perfectos, que nada saben del Cristianismo, aun cuando en otros ramos del saber posean una cultura más o menos vasta.

b) Los cristianos “prácticos” que no obstante eso, sólo tienen un barniz de religión, sin que ella inspire o influencie su vida.

c) Muchos católicos que pertenecen a Asociaciones o Cofradías nuestras, pero que conocen superficialmente la fe que profesan y defienden.

2. Frente a semejante ignorancia religiosa, es más necesario el catecismo que la apologética. Antes de discutir las verdades cristianas, hay que estudiarlas.

3. El verdadero y único método de estudio consiste, no en examinar **separadamente** las diversas partes del dogma, de la moral o del culto cristiano, sino en buscar y comprender el **principio de unidad**, el cual nos demostrará la armónica conexión de los dogmas entre sí y el enlace de los dogmas con la vida.

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI: EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO – CAPITULO SEGUNDO

Publicado el [Lunes 2 julio 2012](#) por [Fabian Vazquez](#)

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI

EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO

Libro de estudio y de meditación, no sólo para hombres pequeños, sino también para hombres grandes, no para ser leído en el tren o en medio del bullicio, sino en el silencio y el recogimiento, palabra por palabra, sin saltar de una página a otra, como lo haría el hermano Mosca del Convento de San Francisco.

Capítulo Segundo

EL PROBLEMA DE LA VIDA

Se puede descuidar, con razón o sin ella, cualquier problema. Un solo problema, aunque no se quiera, hay a la fuerza que afrontarlo y resolverlo: es el problema de la vida.

Puedo desinteresarme de la cuestión social; puedo decir que ni siquiera quiero pensar en las vicisitudes históricas de China; puedo encogerme de hombros ante las contiendas por el clasicismo o por el romanticismo; puedo proclamar con PASCOLI que mi partido político es el de los hombres sin partido; puedo proferir una insolencia contra todos los filósofos, contra todos los sabios y contra todos los poetas; puedo decir que ni siquiera quiero pensar en estos problemas.

Cometeré una bobería procediendo en tal forma, pero puedo colocarme en semejante posición espiritual y asumir esa actitud. Pero, en cambio, no puedo descuidar el problema de la vida.

Si fuese un escéptico que ríe de todos y de todo, y viviese despreocupado y tomándolo todo en broma, ¿no sería esto una solución del problema?

Si fuese un pesimista, con anteojos negros, muy negros, y terminase disparándome un tiro de revólver ¿acaso no habría resuelto el problema, con ese gesto de locura?

En resumen, el que vive y el que muere, vive y muere de un modo determinado, esto es, nunca evita el mordisco de esta tenaza.

La variedad de las soluciones individuales es indefinida; unos llevan una vida de bruto y otros de santo; éste, con HORACIO, quiere coronarse de rosas porque mañana ha de morir, aquél con GOETHE, quiere gozar del instante fugaz; el uno tiende a realizar en sí el superhombre de NIETZSCHE y el otro se conforma con vivir cómodamente de renta, haciendo una visita diaria a los jardines públicos o jugando una tranquila partida de bochas.

Algunos viven encaramados en el cielo de la cultura; otros prefieren el fango de los charcos. Para unos, el campo de las contiendas políticas es el teatro de carteles sugestivos; para otros, la voz más poderosa es la de la Bolsa, la de los Alpes, los teatros, la agricultura, la oficina y el café.

Un enfermo no sabe a qué remedios recurrir para prolongar pocos días una existencia dolorosa; y un sano termina sus días ingiriendo veneno. Cada uno, a fin de cuentas, resuelve de un modo completamente particular el problema de su existencia.

Sin embargo, prescindiendo de la variedad de los viandantes, cada uno de los cuales marcha con paso propio, podemos distinguir algunas grandes calles que el hombre recorre. Ya las he consignado en un trabajo mío *Primeros Rudimentos de Pedagogía*. Por lo demás, basta una simple reflexión para convenir en las comprobaciones que iremos haciendo.

1

La vida desorganizada

La primera calle que es ancha y muy frecuentada, es la escogida por los que viven su vida en forma *atomística*.

Nadie se turbe oyendo hablar de “vida atomística”. No es una frase difícil sino en apariencia. ¿No estamos acaso en el siglo de las organizaciones? En nuestros días todo se organiza; se organizan los obreros y se organizan los industriales; la Acción Católica es una organización; los partidos políticos son otras tantas organizaciones; los trusts americanos de carbón son organizaciones; casi nada queda sin organizar; la asistencia mediante el socorro mutuo, los ex alumnos de un colegio, el comercio y la venta de papas están organizados; y lo que no está organizado, o lo está de un modo imperfecto, trátase de organizarlo a la perfección. Es la tendencia característica de nuestros tiempos, después de la disgregación de la época individualista.

Acontece sin embargo este hecho extraño; a menudo, los que organizan a los otros y son verdaderos organizadores, *no organizan su vida*, vale decir, viven en forma atomística, llevando a cabo una acción tras otra, pero sin coordinar la multiplicidad de acciones, en unidad orgánica.

Dos ejemplos traigo a colación en el precitado volumen: el de la bestia y el del charlatán. Me parece que reflejan admirablemente la situación y nos ofrecen de eso una fiel fotografía.

Una bestia duerme, se despierta, come, bebe, trabaja y descansa. ¿Qué diferencia existe con la vida de tantos hombres que vegetan, se fatigan, se divierten y se agitan como brutos animales? Semejantes a un perro, viven el día momento por momento; hoy sucede un incidente, mañana otro; hoy se puede menear la cola, mañana se rabia y se ladra; hoy se lame una mano, mañana se la muerde; pero en esta sucesión de actos no existe un nexo buscado con inteligencia, que unifique los diversos instantes de la vida en acuerdo con un ideal o con un fin determinado; y por este motivo, la vida, dice SHAKESPEARE, resulta semejante a una historia contada por un imbécil: *life a tale told by a idiot*.

El charlatán es el símbolo más adecuado de la vida atomística. Situado en el centro de una plaza, grita: “Muy señores míos; si queréis tener suerte, escuchad mis palabras. ¿No sabéis que en el planeta Marte existen canales y habitantes? ¿Y por ventura pensáis que el fenómeno fascista puede ser impunemente descuidado? Creedme, señores míos, nada hay más importante que el cultivo de la remolacha y la utilización del abono químico. En este mismo instante, por la Plaza del Duomo de Orvieto transita un hombre con la pipa en la boca, y si alguien se ocupa de política externa, sabe mejor que yo que la cuestión checoeslovaca está muy relacionada con la paz europea.

Dejemos a un lado a Lenín y a los Estados Unidos; ¿pero no os parece, señores míos, que la Municipalidad de Gamboló debiera tener como Intendente al Sr. Checchino? El problema es serio; y hoy los recreos camperos, como las modas femeninas, debieran ocupar la atención nacional, para gloria y prosperidad de la patria. Por lo demás, señores ¿quién puede mezclar en la misma comida arroz a la milanesa, macarrones de Nápoles, papas y porotos, zapallos y pimientos, aceite de castor y un frasquito de Chianti, todo en honor de la insula de Creta?”

¡Ah! ¿Os reís? Perdonad mi atrevimiento; ¿pero no seréis, también vosotros, unos charlatanes? El charlatán es charlatán, no porque dice falsedades y boberías, sino porque enuncia *pensamientos incoherentes*; falta sentido en sus proposiciones; carecen de unidad sus palabras. Y las acciones de vuestra vida ¿no serán también incoherentes, lo mismo que el discurso del charlatán?

Las señoras que mezclan la Misa, el *flirt*, el baile de beneficencia, las veladas del carnaval, la predicación del brillante conferencista cuaresmal, la moda de andar vestida casi únicamente —como Eva— con su... inocencia y quizá, con todo esto la comunión frecuente ¿qué tienen que envidiar al charlatán?

Los campesinos que madrugan, borbotean sus plegarias y concurren tal vez a la primera Misa de la aurora; que luego van a beber un número edificante de copas, acompañando la libación con una discreta letanía de blasfemias; que después, si es día festivo, visten en las funciones sagradas la divisa de los cofrades del Santísimo Sacramento, juntándose terminada la doctrina con un grupo de amigos anticlericales donde oyen la explicación de otra doctrina, precisamente poco parecida a la del párroco, y terminan el día, máxime si es la fiesta patronal, con una borrachera solemne... ¿no son semejantes al charlatán?

Ciertas señoritas de buena familia, que frecuentan los Sacramentos, pero tienen intensa pasión por las novelas de Guido da Verona; ciertos jóvenes que pertenecen quizás a óptimas asociaciones, pero que a pesar de proclamarse católicos, disipan cretinamente la flor de la edad y del espíritu con vicios vergonzosos y nefandos ¿acaso no hacen competencia al charlatán?

Toda vida sin la luz de un pensamiento, sin el soplo de unidad de un principio coordinador, con miles y miles de acciones, cada una de las cuales es

Simile a bolla, che da morta gora

pullula un tratto e si risolve in nulla

Como burbuja que en tranquila charca

surge un momento y se resuelve en nada

esa vida es una vida *atomística*. Puede compararse al cadáver de un naufrago mecido a diestra y siniestra por el vaivén de las olas, hasta ir a dar a las playas de la muerte; ¡y no al piloto que en lo recio de la tempestad sabe gobernar la navicilla con la mano firme puesta en el gobernalle!

En resumen: la característica esencial de una vida atomística, es la carencia de nexo, de unidad y de sentido. Y como jamás daríais el nombre de “libro” a algunas hojas impresas en las que hubiese un montón de palabras privadas de sentido, así no se puede definir como “verdadera vida” la que se ha descrito, y desgraciadamente es la vida de una multitud ilimitada de inconscientes.

2

La vida organizada

Hay otra calle frecuentada por la falange de los que viven su vida *orgánicamente*, esto es, que organizan su actividad de un modo tal, que, como las innumerables letras y palabras de un libro constituyen un solo libro, así la variadísima multiplicidad de sus acciones constituyen un todo unido y coherente.

A primera vista vemos en los que viven orgánicamente, más o menos lo mismo que lo que se observa en los que viven atomísticamente. Pero la diferencia es esencial.

También en un diario se trata de fascismo, de política exterior, de Checoslovaquia y de Estados Unidos, de la moda femenina, de coles y hasta no faltan indicaciones para la comida del día, y, sin embargo, ¡qué impresión tan diversa la de un diario que presenta las noticias bajo el aspecto que le es propio —hasta el punto que el mismo material en otro diario se nos presenta con otro colorido— de la del charlatán de marras!

El que desea conseguir algo en la vida, debe organizarse a sí mismo; solamente las personas enérgicas, los individuos de carácter, aquéllos que tienen valor de imponerse una norma, que no se dejan arrastrar sino arrastran, que no proceden por inercia o empujados como vagones, sino que quieren ser y son locomotoras, ¡sólo éstos triunfan!

Algunos ejemplos prácticos, escritos en los *Primeros Rudimentos de Pedagogía*, ilustrarán este pensamiento.

Un hombre vive para los negocios y los pone como centro de su actividad. No vive atomísticamente, sino organiza todos sus actos en función de sus negocios. Se pasea en la sala, mira, ora sonríe, ora vocifera, o riñe a alguno, ya escribe números, ya redacta cartas; pero todo esto está organizado en relación a las ganancias. Entra un viajante, lo acoge afablemente, lo acompaña tal vez al café y lo invita a comer; mas todo ello con un propósito: un contrato de venta o de compra, a breve o largo plazo. Concorre al teatro y habla de negocios; lee el diario y hasta se

preocupa de las novedades políticas, pero siempre en relación a sus intereses; va a dormir y piensa en la modificación de una máquina, en la pereza de un empleado, en la conquista de un buen operario; a veces entrega al párroco una suma para la restauración de la iglesia, pero este mismo gesto tiene un fin... económico. En fin, organiza su vida bajo el aspecto de los negocios...

Una mujercuela del *País de Jauja*, organiza su vida, y su centro directivo es el juego de lotería. Ella también sigue los acontecimientos políticos, sociales e individuales; reza a sus santos; a veces ayuna; hasta se interesa por los sueños de las comadres del barrio. Pero todo lo refiere al ambo y al terno.

Dígase lo mismo de un artista; de un político que aspira a llegar a la Cámara o a una cartera ministerial; de una niña a la pesca de marido, la cual no dándose descanso hasta que encuentre uno, se vale del vestido, del piano, de la conversación, del baile, de la distinción de modales, de la mirada, de todo, para llegar a la realización de su ensueño.

Dígase lo mismo de una buena madre que quiere gobernar su casa y educar a sus hijos y todo lo encamina a este fin: desde la plegaria al reproche, desde el trabajo de cocina y limpieza, al paseo, al descanso y al sacrificio.

En una palabra, el que levanta sus tiendas en el campo del bien o del mal, ya se trate de un bandido o de un vicioso obsesionado por su pasión, ya de un Cottolengo, o de un don Bosco, vive orgánicamente, posee una idea central que domina su existencia, como un foco al cual convergen todas las luces y del que parten todos los rayos. ¿Y qué otra cosa enseñan la obra de Smiles *Quereres Poder*, y las grandes fortunas de los millonarios americanos y de cualquier self-made-man que se ha creado su propia vida y situación?

3

Las tres organizaciones posibles de la vida

Obsérvese: la de una *vida organizada*, aun teniendo un principio único inicial, divídese inmediatamente en tres grandes caminos que es menester distinguir claramente y que no pueden ser sino tres. Ya que, conforme lo enseñan los filósofos, sólo pueden concebirse estas tres cosas:

a) el *no-yo*, o sea las cosas exteriores, la naturaleza y todo lo que no es *mi-yo*, como las riquezas, la gloria, etc.;

b) el *yo*, o sea el hombre, su vida íntima, o mejor, su vida interior;

c)

Dios, que no puede ser confundido ni con la naturaleza, ni con el hombre, ni con el individuo, ni con las cosas, ni con el sujeto, ni con el objeto.

Por eso no se pueden ni imaginar siquiera otros puntos centrales, otras orientaciones, fuera de las siguientes:

a) se puede organizar la propia vida con un principio exterior, viviendo *du dehors*, como dicen los franceses, esto es, de lo de afuera;

b) se puede organizar la propia vida con un principio interior, viviendo *du dedans*, de lo de adentro, esto es, subordinando aun las cosas externas a las exigencias de una vida interior;

c) se puede organizar la propia vida escogiendo a Dios como principio unificador, y subordinándole tanto nuestra actividad externa, como nuestra vida íntima.

No es difícil comprender que los dos primeros caminos son deficientes y que, por lo tanto, es de sumo interés examinar el tercero.

1.— Ante todo, la vida vivida *du dehors* no basta.

Prescindamos del hecho de las múltiples fallas y de los contrastes que sobrevienen, puesto que es sabido que no todos los aspirantes a la medallita la suelen conquistar o la retienen eternamente, ni todos los artistas llegan a producir una obra maestra. Al lado de un vencedor que celebra su triunfo, hay muchos vencidos. ¡Junto al Capitolio está la roca Tarpeya! No siempre se puede lo que se quiere. Aun las voluntades tenaces y férreas se estrellan, a menudo, contra la dura realidad. ¡Siempre es peligroso limitarse a organizar la vida desde el punto de vista de las cosas externas!

Hay algo peor. Aun en la benigna hipótesis de un éxito sin contrastes e incontrastable, sin peligro de caídas, el corazón humano nunca queda satisfecho.

El que ha escalado una cumbre aspira a otra más elevada; como en una carrera ciclística o automovilística no se dice nunca “basta” en lo referente a velocidad, y el que devoró tantos kilómetros por hora quiere superarse en la próxima ocasión; así en la vertiginosa carrera de las riquezas, de la gloria y del placer, nadie se sacia. Cuanto mayor es el avance, tanto más crece el ansia que impulsa a continuar hacia adelante. Y a veces es más intenso el descontento, mayor el

disgusto que produce el sentido de la vanidad de las cosas.

El que tiene experiencia de la vida y no se mece con juvenil ligereza en utópicas fantasías, sabe de la

tristezza atroce de la carne immonda

quando la fiamma del desío nel gelo

del disgusto si spegne;

sabe del descontento del que ha logrado

por le mani audaci e cupide

su ogni dolce cosa tangibile.

La lucha por la vida, esto es, para conquistar fortuna, éxito, títulos bancarios, ¿cómo aparece después de haber triunfado? BLONDEL ha contestado con exactitud: “dos perros que pelean por un montón de basuras en el que nada encuentra el vencedor. Y los desilusionados de este modo, no solamente los que envejecen y mueren en el encanto de las bagatelas, sin ahondar jamás bajo la superficie de los sentidos, sino los mejores, los más probados, los más competentes, los hombres de acción triunfante y de ardiente pensamiento”.

Aun cuando se juzgue exageradamente recargadas estas tintas, sobre las cuales, no obstante, existe un acuerdo tan elocuente; aun cuando se pretenda que una persona goza, se sacia y es feliz en su triunfo, hay siempre una sombra terrible y funesta que turba, envenena y mata todo goce: la sombra de la muerte.

Nadie mejor que el Padre GRATRY, en sus *Souvenirs de ma jeunesse*, ha descrito el estado de ánimo del que viviendo *du dehors*, mira de frente a esta triste megera; la señora Muerte.

Era joven, rebosante de salud, de confianza y de alegría. Finalizadas las vacaciones, Gratry retornó al colegio una noche otoñal. Sentado al borde de su lecho, entregóse a mil deliciosas reflexiones sobre el año clásico que iba a comenzar, y, de repente, inició en su interior este soliloquio:

“Heme aquí en segundo año de retórica. Soy el primero de mi clase y de mi colegio y quizás el primero de todos los estudiantes de París. ¿Obtendré el premio de honor? ¿Acaso no podré

conquistar todos los primeros premios en el concurso general? Todos, es difícil; pero tres o cuatro, sí; es muy posible... El año que viene conquistaré probablemente en filosofía el premio de honor. En seguida estudiaré leyes. ¿Seré el primero entre los estudiantes de derecho? ¿Poseeré tanta y aun mayor ciencia e ingenio que el que más? ¿Por qué no? Ya lo estoy viendo. Los hombres trabajan poco; poquísimos tienen voluntad, perseverancia y energía. Reina una molición y una atonía general. Por consiguiente, venceré si lo quiero, a fuerza de ardor, de trabajo y tenacidad. Aprenderé a hablar y a escribir... Seré abogado, un excelente abogado... Conquistaré una hermosa posición y una gran fortuna.

Pero un oficio no basta. Es necesario algo mejor y de gran resonancia. Hay que realizar algo bello. Escribiré una obra. ¡Ah! Pero ¿a qué nivel literario me elevará esta obra? ¿Llegaré a la Academia Francesa? Sin duda. ¿Y a qué grado de gloria? ¿Seré como Laharpe o Casimiro Delavigne? No estaría mal... aunque no me llena...

¿Seré como Voltaire, Rousseau, Racine, Corneille, Pascal? ¡Oh, esto es acaso mucho ambicionar! Por lo demás, uno no sabe nunca...

¡He aquí, delante de mí, un hermoso porvenir! ¡Qué fortuna! ¡Ánimo, valor...! Mi padre, mi madre y mi hermana serán felices... Tendré amigos. Compraré una casa de campo cerca de París. Me casaré. ¡Oh! ¡Cómo elegiré bien! ¡Cuánto amaré!”

El ensueño era encantador. Columbraba personas, cosas, acontecimientos y lugares; veía su castillo, a sus amigos, a su familia, a la bella y admirable compañera de su vida, a sus hijos, las alegrías, las fiestas, la felicidad íntima y convivida con los suyos.

Toda la felicidad posible de la tierra se había concentrado allá. Pero la contemplación realizaba su progreso. Todo marchaba de bien en mejor:

“Yo, continúa, decía siempre: ¡más! ¡más! ¿Y después? ¿Y después? Así, no escapaba a mi comprensión que en tal época de mi felicidad tendría tal edad; y comencé a pensar que mi padre ya habría muerto por aquel tiempo... Mi madre sobreviviría, pero quizá no más de diez años. ¿Y si mi hermana muriese antes que yo? ¿Y si fulano y zutano murieran? ¿Si perdiese a mi esposa?... ¿Hanse visto hombres que sobrevivieron a todos sus amigos; a toda su familia, a sus mismos hijos? ¡Oh, qué triste debe ser!...

El sol esplendoroso que momentos antes doraba mi imaginación, comenzaba a brillar con luz muy distinta. Una nube extensa y oscura pasó delante del sol. Todo empalidecía y me fue inevitable exclamar: *¡después de todo esto, yo también moriré!* Llegará un momento en que estaré tendido en un lecho, me debatiré con la muerte y moriré y todo habrá terminado... ¡No más sol, no más hombres! ¡Ninguno, nada!... ¡He ahí, pues, la vida! ¡Todos nacen y mueren así! Así ha sucedido desde el principio del mundo y así sucederá hasta el fin. Las generaciones se suceden y pasan

rápidamente. Cada uno vive un instante y desaparece. ¡Es espantoso!... Y veía a esas generaciones pasar y desaparecer, como rebaños que van al matadero sin percatarse, como las ondas de un río que se aproximan a una catarata, y a la que todas descienden a su turno, para quedar bajo tierra y no ver más el sol. Veía en ese río, olas pequeñas que surgían y se encrespaban un instante y en un abrir y cerrar de ojos reflejaban un rayo de sol para volver a sumergirse en la corriente. Esa ola pequeña soy yo; las que le siguen, los seres que he amado; ¡mas todo se ha fundido en el abismo! Aquella visión me dejó inmóvil y como paralizado de terror y de espanto”.

Entonces Gratry se recogió dentro de sí mismo e invocó al Dios olvidado de sus primeros años. Si alguien le hubiese susurrado al oído: “basta organizar la vida *du dehors*”, Gratry se hubiese apiadado de él y le hubiese señalado la muerte que troncha toda esperanza, toda flor y todo ensueño.

2. — Por este motivo, hay muchas almas fuertes y arrogantes, pero no creyentes, que han elegido otro camino y se esfuerzan por organizarse a sí mismas desde el punto de vista de *su yo*.

Ciertamente, nuestro *pequeño yo* puede parecer infinitamente pequeño, pero, observa Pascal, siente su superioridad delante de lo infinitamente grande: el universo material. Y, el hacer de sí mismo el centro de todo; el no dejarse dominar por los esplendores externos, sino dominarlos; el deseo de permanecer firmes, con MARCO AURELIO, frente a las vicisitudes “como un promontorio contra el cual incesantemente se estrellan las aguas”; el ser superiores, en nombre “del genio interno”, al placer o a las penas, para terminar un día la vida —habla siempre el autor de *Recuerdos*— “como oliva madura, que cae bendiciendo a la tierra que la mantuvo y a la planta que la engendró”, puede ser una visión y un programa, a simple vista fascinador, para un espíritu noble y elevado.

Pero tampoco basta este esfuerzo de organización interior. Nosotros no somos lo absoluto; no somos el firme promontorio. El pequeño yo humano es débil, tornadizo, a menudo hundido en las tinieblas, y, aun afirmándose en sí mismo, no sólo es sacudido por el amargo oleaje de la desilusión, sino que siente su fragilidad e insuficiencia.

Después de largos años de lucha, no puede menos que repetirse la desconsoladora frase de un positivista, Roberto ARDIGÓ, quien degollándose con una navaja, murmuraba: “¿Para qué sirve la vida?” La tristeza —lo ha reconocido hasta Cayetano Negri— se infiltra en toda observación, en toda frase de Marco Aurelio, y, añadimos, de todo estoico antiguo o moderno: es la tristeza que da un gris uniforme a todo el mundo, aun en sus más variadas y sonrientes manifestaciones.

Nunca como hoy se ha pretendido hacer del hombre un Dios que se da leyes a sí mismo; pero nunca como hoy aparece el hombre como un ídolo falso y mentiroso, con un pedestal tambaleante, el cual en medio de su auto-glorificación muestra su miseria.

3. — He aquí la causa por qué SAN AGUSTÍN, con expresión profunda por miles repetida, pero por pocos comprendida, escribió: Hombre, no salgas fuera de ti, *noli foras ire*; vuelve a entrar en ti mismo, *in te ipsum redi* y encontrándote sujeto a la mudanza y a la relatividad, trasciéndete a tí mismo, *trascende te ipsum*, organiza tu vida tomando a Dios como centro.

Es bien clara la función de la religión: *Uno es más o menos religioso según la medida en que organiza toda su existencia, toda su propia actividad, desde el punto de vista de Dios, al cual se subordinan las cosas y el propio yo.*

No basta tener el nombre registrado en los libros de bautismo para ser verdadero creyente. La religión es una solución del problema de la vida, una solución completa que no descuida ni el menor gesto, ni el menor acto, ni el menor instante de nuestra laboriosidad.

La conversión verdadera y seria significa una revolución en la propia vida, una organización de la misma desde el punto de vista de Dios.

Y todo este volumen no será otra cosa que una explicación y una aclaración de semejante solución: veremos de qué manera organiza el cristiano su vida y buscaremos el modo cómo, a diferencia de los otros, resuelve su problema.

Si alguien, al recorrer estas páginas se siente con el corazón agitado porque hasta ahora ha disipado sus años, recogiendo frutos de fastidio, de tedio y de remordimiento; si el pensamiento del porvenir, de la muerte inexorable que a todos nos aguarda y hacia la cual corremos con pie veloz, lo turba; si siente el deseo de vivir, de vivir una vida digna de este nombre, evoque las páginas espléndidas de nuestro MANZONI acerca de la noche del Innombrado.

“Una especie de terror, no sé qué rabia de arrepentimiento, la imagen viva de Lucía en la mente y las palabras aún resonantes al oído, lo atormentaban, lo exasperaban y lo perseguían. ‘¡A lo que estoy reducido!’—exclamaba—. ¡Ya no soy hombre! ¡Ya no soy hombre!... ¡Vamos! —dijo luego revolviéndose rabiosamente en la cama que se había vuelto muy dura y bajo cobijas que parecían de piedra— ¡Vamos! Son ñoñeces que ya otras veces me aturrullaron la cabeza. ¡Ya pasará ésta también!”

¡Vana esperanza! Desfilaban por su mente fantasmas y malandrines y “se engolfó en el examen de toda su vida”. Retrocediendo mucho, analizando año por año, de atentado en atentado, de sangre en sangre, de crimen en crimen, todo se presentaba ante su alma renovado, aunque separado de los sentimientos que se lo hicieron querer y cometer y aparecía con la monstruosidad que esos sentimientos no le habían dejado ver. Eran todos suyos. Era su vida; el horror de este pensamiento, que nacía junto con cada una de aquellas imágenes y las acompañaba a todas, creció hasta la desesperación. Sentóse furioso y con rabia extendió las manos hacia la pared cercana al lecho, tomó una pistola, la descolgó, y... en el instante en que iba a dar término a una

vida que se había hecho insoportable, su pensamiento sorprendido por un terror, por una inquietud diríase sobreviviente, se puso a cavilar sobre el tiempo que seguiría después de su muerte. Imaginaba con espanto su cadáver deforme, inmóvil, en poder del más vil sobreviviente; la sorpresa y confusión en el castillo al día siguiente; todo revuelto, él, sin fuerza, sin voz, arrojado quién sabe adónde. Imaginaba las conversaciones que se harían allí, en los alrededores y lejos; el placer de sus enemigos... Y absorto en estas contemplaciones, convulsivamente con el pulgar jugaba con el gatillo de la pistola, cuando se le atravesó en la mente otro pensamiento.

Si esa otra vida de la que me hablaron cuando niño, de la que siempre hablan como si fuera cosa segura, si esa vida no existe, si es una invención de los curas ¿qué hago yo? ¿Para qué morir? ¿Qué importa lo que he hecho? ¿Qué importa? Es una locura la mía... ¿Y si existe esa otra vida? En semejante duda, en semejante riesgo, se apodera de él una desesperación mayor, más negra, más grave, de la que no podía desasirse ni con la muerte. Dejó caer el arma, se aferró la cabellera con las manos, crujó de dientes y tembló...

Y he aquí que al apuntar el alba... sintió que llegaba a su oído un sonido confuso; pero de acento festivo. Escuchó con atención y reconoció el repique de lejanas campanas que llamaban a fiesta... Saltó fuera de ese lecho de espinas y medio vestido corrió a abrir una ventana... "Había llegado a aquel sitio el buen Pastor que buscaba a la oveja descarriada".

Hoy también, como en todos los tiempos pasados, la religión invita con el canto de sus campanas a todos aquéllos cuya vida está envuelta en oscuras y agitadas tinieblas. "Ha pasado la noche. Asoma un día espléndido y bello. Abrid las ventanas, contemplad, informaos. Seguid el llamado de Dios que os llama y aguarda".

RECAPITULACIÓN

Todos los hombres, aun sin pretenderlo, resuelven el problema de la vida, porque no se puede vivir sino de un modo o de otro.

Las soluciones del problema se pueden reducir a dos:

a) Existe la **solución atomística**, esto es, la vida desorganizada, de los que no coordinan ni inspiran sus acciones en ningún principio informador.

b) Existe la **solución orgánica**, a saber, la vida organizada conforme a un principio determinado.

En el segundo caso, al organizar la propia vida, pueden tomarse tres caminos. Es decir:

a) se puede organizar la vida **conforme a un principio exterior**, tomando como centro los honores, las riquezas, los placeres, a saber, el objeto;

b) se puede organizar la vida **según un principio interior**, tomando como centro el propio yo, a saber, el sujeto;

c) se puede organizar la vida **según un principio divino**, tomando como centro a Dios.

Los dos primeros caminos son equivocados. Debemos seguir el tercero.

Por esto, la actual ignorancia religiosa es un pecado. No conocer a fondo el Cristianismo, significa ponerse en la imposibilidad de resolver el problema de la vida.

¿Cuál es entonces la solución cristiana de este problema?

Antes de enunciarla, es necesario exponer algunas nociones acerca del **orden natural** y del **orden sobrenatural**.

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI: EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO: EL ORDEN NATURAL Y EL ORDEN SOBRENATURAL – CAPÍTULO TERCERO

Publicado el [Lunes 9 julio 2012](#) por [Fabian Vazquez](#)

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI

EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO

Libro de estudio y de meditación, no sólo para hombres pequeños, sino también para hombres grandes, no para ser leído en el tren o en medio del bullicio, sino en el silencio y el recogimiento, palabra por palabra, sin saltar de una página a otra, como lo haría el hermano Mosca del Convento de San Francisco.

Capítulo Tercero

EL ORDEN NATURAL

Y EL

ORDEN SOBRENATURAL

No es raro el caso de un caballero que al oír hablar con entusiasmo de elevadas montañas, de excursiones, de cumbres, de témpanos y tempestades, cree ser un alpinista nato y se mece en el sueño de escalar, de un tirón, los más empinados picachos.

Pero la realidad es muy distinta. Para conquistar las alturas no basta animarse, poseer un buen *alpenstock* y hallar un guía seguro; es necesario armarse de perseverante tenacidad.

Los panoramas soberbios y en general la poesía de las montañas están reservados a las voluntades fuertes que no retroceden frente al sacrificio, ni deponen las armas ante los obstáculos o los peligros. En resumidas cuentas: los Alpes no están hechos para los topos.

Al iniciar nuestra subida; es mi deber hacer una advertencia semejante al lector y en seguida animarlo al arduo, pero prometedor camino, con una lección que a primera vista parecerá dura, árida, sin alicientes, y es, sin embargo, el único sendero para el que quiera llegar a lo alto.

El que no se anima a beborrotear este capítulo, palabra por palabra, resígnese a permanecer abajo, en el valle, en la cómoda butaca de su poltronería.

Es el capítulo más difícil y más necesario de la obrita.

Y aun cuando su significado pleno no podrá ser percibido sino cuando se haya llegado al final del libro, es, no obstante, necesario apoderarse de él como de un *alpenstock*, o si se quiere, como de un guía.

Más aun, es forzoso, para abandonar la comparación del alpinismo, considerar estas páginas como un germen que poco a poco se irá desarrollando.

¿Qué importa si el germen se halla en un terreno oscuro y se necesita un poco de fatiga para estudiarlo? Con un ligero esfuerzo de atención, podremos imprimir bien en nuestra mente la **diferencia esencial** que hay entre el *orden natural* y el *orden sobrenatural*, y comenzaremos a entrever, aunque sea desde lejos, la cumbre besada por el sol, que nos invita con voz persuasiva.

Definición de los dos órdenes

Ante todo, ¿qué se entiende por “orden natural” y “orden sobrenatural”?

1. — Todas las cosas tienen su naturaleza. La madera tiene naturaleza de madera. La tinta naturaleza de tinta. El gato tiene naturaleza de gato. Una rosa tiene naturaleza de rosa. Un hombre tiene naturaleza de hombre.

La naturaleza, en una palabra, es aquello por lo cual un ser es lo que es, y no es otro ser.

Si este hombre, en vez de tener naturaleza humana, tuviese naturaleza de asno, sería un asno y no un hombre. Aun en el lenguaje familiar, cuando tratamos de asno a una persona, la insultamos precisamente porque de un modo implícito le decimos: ¡tú tienes naturaleza de hombre, pero produces la impresión de poseer naturaleza del pollino de largas orejas!

La naturaleza, por tanto, es aquello que constituye a un ser en un grado y lo faculta a obrar de un modo determinado.

La naturaleza de gato constituye a este simpático animalillo en el orden gatuno, no en el equino o de las amapolas, y hace que maúlle y cace ratones.

El universo creado, conservado y gobernado por Dios —o sea, la gran *naturaleza*— no es otra cosa que el conjunto de todas las naturalezas particulares, regidas y unidas entre sí conforme a leyes determinadas, que se denominan *leyes de la naturaleza*.

Tenemos así ese orden admirable que nos arranca un grito de admiración cada vez que dirigimos una mirada al cielo estrellado o a un jardín sonriente en la pujanza de la primavera. He aquí el *orden natural*, donde todo fenómeno, aun cuando sea perjudicial, como acontece con el terremoto, es un momento del desarrollo universal que se cumple según la voluntad o la permisión de Dios.

2. — Para entender, ahora, lo que es el orden sobrenatural, recurramos a un ejemplo, previniendo que las comparaciones siempre dejan algo que desear.

Tengo acá delante un tintero repleto de tinta. Mojo mi pluma y escribo un terceto dantesco. En seguida distingo dos cosas muy diversas: la *tinta* y el *pensamiento* que he escrito.

La tinta tiene leyes que responden a su naturaleza. Puedo examinarla molécula por molécula para determinar su cohesión. Puedo investigar qué historia tiene y cuál es su origen.

Todo eso no se puede confundir con las leyes del pensamiento, con la historia, las vicisitudes y la poesía de Dante. Jamás me pasaría por la mente la descabellada idea de que el pensamiento de Dante no sea diverso de la tinta. Una cosa es la tinta, y otra bien distinta el pensamiento.

Empero, desde el instante en que escribí el terceto, aun siendo esencialmente distinto, la tinta queda unida al pensamiento. Ha sido elevada a otro grado que ya no es propio de la materia, sino del espíritu.

La tinta, negra o colorada, no tenía de suyo exigencia de expresar el pensamiento de Dante, precisamente porque eso no lo exige su naturaleza; con todo, cuando la adopto para trazar las letras que componen las palabras de los versos dantescos, no sufre menoscabo en los derechos de su naturaleza, antes bien, es elevada a mayor dignidad.

En otros términos: el pensamiento no es la tinta, la supera pero no la contradice. *No hay oposición* entre tinta y signo del pensamiento, aunque entre tinta y pensamiento haya *diferencia de naturaleza*, ni toda mancha de tinta exprese un pensamiento.

Y si alguien, luego de haber trazado en el papel los versos del sumo poeta, se aproxima al mismo papel, lo escruta y limita su examen a la tinta negra o colorada, puede hacerlo: en su investigación se habrá ceñido al orden material de la tinta, al análisis científico, y nos dará la descripción exacta de la manera cómo la pluma la hizo correr sobre el papel; pero no debe pretender haber agotado la realidad.

Ahora la tinta ya no es solamente tinta; ha sido elevada a otro grado y expresa el pensamiento de Dante.

Hagamos una aplicación fácil.

Nosotros, como hombres, tenemos naturaleza humana, con todas las leyes y exigencias de la misma, como la tinta tiene naturaleza de tinta, con todas sus leyes y exigencias.

Nosotros, como hombres, no tenemos ningún derecho, ninguna exigencia a una dignidad y grandeza superior a la naturaleza de hombre, así como la tinta no tiene ninguna exigencia a

expresar el pensamiento de Dante.

Dios, sin embargo, por su bondad puede elevar al hombre a una dignidad y grandeza excedentes, superiores, no requeridas por la naturaleza humana, como yo, por ejemplo, puedo escribir con la tinta el terceto del gran Poeta.

Si Dios hace esto, ya no existe solamente un *orden natural*, en el cual el hombre conserva su naturaleza humana, y su actividad propia; como en el caso de la tinta, ya no existen sólo las leyes de la tinta y su historia material; existe, además, un *orden sobrenatural*, o sea, conforme lo expresa el prefijo *sobre*, un orden que supera las exigencias y los derechos de nuestra naturaleza humana.

El orden sobrenatural, es evidentemente distinto del orden natural, pero no se le opone; como el pensamiento es diferente de la tinta, pero no se opone a ella, y hasta tiene la potencia de emplearla como un signo.

Ahora bien, Dios, que no estaba obligado a elevarnos al orden sobrenatural, de hecho nos ha levantado como expondremos más adelante; y para entender, aunque sea pálidamente de qué manera escribió el Divino Artista el poema de su amor sobrenatural con la pobre tinta de la naturaleza humana, no tenemos más que describir, con la mayor claridad, *lo que hubiera sido el hombre en el orden natural* (la tinta en el tintero) y *lo que es el hombre en el orden sobrenatural* (la tinta en el papel escrito).

2

El hombre en el orden natural

Dios podía dejar al hombre en el *orden natural*, vale decir en su estado de hombre.

1. — En este caso, el hombre habría sido una simple creatura, no un hijo de Dios; o sea, jamás hubiera podido decir a Dios: “Padre Nuestro”.

Sé que esta afirmación suscitará estupor, porque es tan supina la ignorancia del catecismo, que todos creen que por su naturaleza de hombres tienen derecho de saludar a Dios con el dulce nombre de Padre.

Nada más inexacto. Para convencerse basta hacer la siguiente reflexión que es de toda evidencia.

¿Es o no verdad, que el hijo es de la misma naturaleza que el padre? De un animal nace un animal; de un hombre nace un hombre. Padre e hijo tienen idéntica naturaleza. Sólo Calígula nombró, un buen día, senador a su caballo, y poco faltó para que lo nombrara su hijo; pero, seguramente, el caballo siguió siendo caballo.

Por consiguiente, si debe ser igual la naturaleza del hijo y la del padre, nosotros, en cuanto hombres, dentro del orden natural, no podemos dar a Dios el nombre de Padre: para hacerlo, deberíamos tener la naturaleza de Dios, o sea, no la naturaleza humana, sino la naturaleza divina. Pero, como no poseemos, en cuanto hombres, esa naturaleza, somos sólo creaturas de Dios, ciertamente racionales, pero no hijos de Dios por naturaleza.

En un sentido impropio y metafórico, las creaturas, debido a cierta semejanza con el Creador que las creó según la idea de su mente, pueden llamar a Dios con el nombre de Padre: en el mismo sentido en que la “gentil mariposa” presa entre los dedos de la “vivaracha Teresa”, le suplicaba: “¡Ea! ¡Suéltame! ¡Yo también soy hija de Dios!” También las mariposas pueden llamarse, impropriamente, hijas de Dios; pero en realidad de verdad, no tienen más que la naturaleza de mariposa, y no participan de la naturaleza divina, del mismo modo que las obras del pintor o del escultor, aun cuando participan de la idea, no participan de la naturaleza y de la vida del artista.

2. — Por esto, en la hipótesis hecha, el hombre, creado por Dios y adornado sólo con las dotes naturales, habría desarrollado en la tierra sus energías humanas, y habría tenido:

a) La actividad de su razón, o sea, los varios conocimientos naturales, las diversas ciencias, la filosofía o especulación natural.

No le habría faltado el conocimiento de la existencia de Dios, que habría deducido de la existencia de las cosas creadas, pues así como del reloj se deduce la existencia del relojero, aunque no se le vea, así, de este gran reloj del universo, la razón puede llegar a la afirmación cierta del Dios invisible; y así como quien desde la playa del mar ve un navío que se dirige al puerto, está cierto de que lo dirige un capitán, así también quien contempla la gran nave del mundo, piensa en el gran piloto, en Dios.

Tendríamos, asimismo, la certeza de nuestra espiritualidad y de nuestra libertad. Y todo esto, por la *razón*, no por la *revelación*.

b) A este conocimiento, exclusivamente racional, habría correspondido una *actividad puramente humana*, individual y social. El individuo, la familia, la nación, la vida internacional habrían estado

regidas por esa ley moral que está impresa en las conciencias.

Habríamos debido organizar la vida, tomando como centro de la misma a Dios, autor del orden natural. Y todo esto, con las fuerzas propias de *nuestra naturaleza* y con la ayuda y el concurso divino a nuestro obrar, de orden natural, que Dios concede a todas las creaturas; no con la *gracia*.

c) Finalmente, al morir, el alma inmortal habría recibido de Dios —su último fin— el premio o la pena; y el premio, como es evidente, hubiera sido una *felicidad natural*, pero no el *paraíso*.

En el orden natural, por cierto, el hombre, aun en la otra vida, no hubiera tenido derecho sino a una felicidad *humana*, a un conocimiento *humano*, a un amor *humano*, perfeccionados como se quiera, pero siempre en el ámbito de nuestra exigencia de hombres.

En cambio, como diremos, el paraíso entraña un conocimiento *divino*, un amor *divino*, una felicidad *divina*. El paraíso consiste en la *visión intuitiva* de Dios, o sea en el conocimiento *directo* de Dios; mientras que la razón humana, aunque esté perfeccionada, no puede llegar a Dios sino *indirectamente*, mediante un raciocinio, y de aquí que no lo conoce sino de un modo analógico, mas sin ningún derecho de ver a Dios, como Dios se ve a sí mismo.

¿En qué consiste el limbo adonde van los niños que mueren sin recibir el bautismo, sino en esta felicidad natural que se reduce sobre todo a un conocimiento indirecto, pero seguro, y a un amor perenne de Dios, principio y fin de todo ser?

En conclusión: el hombre, en el orden puramente natural, o sea, dejado en su estado de hombre (la tinta en el tintero), habría tenido:

a) la *razón*, sin la *revelación*;

b) su *actividad natural*, y el concurso divino natural sin la *gracia*;

c) y organizando su vida conforme a la ley moral de Dios, creador y juez, un día habría conseguido una *felicidad natural*, pero no el *paraíso*.

El hombre en el orden sobrenatural

Como ya lo observamos, Dios infinitamente bueno nos amó tanto que no se limitó a crearnos y conservarnos en nuestro estado de hombres, sino que ha querido elevar al hombre a un estado superior, al orden sobrenatural, sin que tuviésemos de nuestra parte exigencia o derecho alguno.

Por naturaleza somos hombres, simples creaturas, pero por un exceso de amor de nuestro Dios, hemos sido transformados, elevados, divinizados, en otras palabras, fuimos llamados a la dignidad de *hijos de Dios*. Y como el hijo debe tener la misma naturaleza que el padre, Dios, para hacer uso de una expresión de San Pedro, nos hace consortes y partícipes de su naturaleza divina.

Algunos quedarán estupefactos ante esta revelación y nos dirán: — ¿Cómo? ¿Acaso los cristianos somos dioses?

No vacilo en contestar: — ¿Y no lo sabíais? ¿Ignoráis que el cristianismo nos trae la buena nueva de nuestra divinización? ¿Nunca habéis leído las Epístolas de San Pablo, incomprensibles, si se prescinde de este punto fundamental? ¿Nunca habéis reparado en las frases que según el Evangelista San Juan dirigió Jesús a los judíos: “Acaso no está escrito en vuestros libros sagrados: Yo he dicho: he aquí que sois dioses?”

No ignoro que muchos fieles bautizados no viven como dioses, sino como bestias; mas ¿no depende esto, en parte al menos, del hecho de que jamás conocieron claramente la grandeza divina a la que Dios los ha predestinado?

Mientras los Padres de la Iglesia, hablando de la Encarnación, repetían mil y mil veces en sus discursos y homilías al pueblo: “Dios se hizo hombre para que el hombre se hiciera un Dios”, nosotros no estamos habituados a semejante franqueza de lenguaje.

A menudo, como si fuésemos estoicos y no cristianos, se nos recomienda: “Sed hombres”, sin reflexionar que la primera orden del cristianismo es ésta: ¡“Divinizaos, si queréis entrar en el reino de los cielos”!

Explicuemos con la mayor limpidez y precisión en qué consiste esa nuestra divinización.

Podemos distinguir dos clases de hijos:

a) el hijo natural;

b) el hijo adoptivo.

La adopción, como se sabe, consiste en la admisión de un extraño en una familia, de tal suerte que se trueque en miembro de la misma familia, tome su nombre y sus títulos, adquiriendo también derecho a la herencia.

Sin embargo, la adopción se limita, entre los hombres, a un acto jurídico, mediante el cual uno es reconocido como hijo, sin que la intimidad de la persona sufra cambio alguno.

Ahora bien, también en los hijos de Dios hay que distinguir:

a) el hijo natural de Dios, la segunda Persona de la Trinidad, como lo veremos, que encarnándose y haciéndose hombre, tomó el nombre de Jesucristo;

b) los hijos adoptivos, o sea nosotros, a quienes Dios no quiso dejar en el grado de tinta, de simples hombres, con sólo nuestra naturaleza humana, sino que ha querido, como lo afirma San Pablo, predestinarnos a ser sus hijos (no por naturaleza, que es absurdo, sino por adopción).

En tanto podemos decir a Dios: *“Padre nuestro, que estás en los cielos”*, en cuanto Dios, por su benignidad, no por nuestro derecho o exigencia, nos ha elevado a esa divinidad, adoptándonos como hijos.

Pero, mientras en la adopción humana, donde hay un *hombre* que adopta a otro *hombre*, no sobreviene ninguna transformación real en la persona adoptada, aquí, en cambio, como es un Dios el que adopta a un *hombre*, y por consiguiente, como no hay comunidad de naturaleza, Dios nos hace sus hijos adoptivos, no sólo con un acto jurídico, sino con un cambio, con una elevación de nuestra naturaleza humana, con una dote que inviste intrínsecamente a nuestra alma, que sobrepasa a toda substancia creada, y que nos confiere el derecho de llamarnos y ser hijos de Dios, como lo atestigua San Juan.

Conforme lo veremos en el capítulo siguiente, mediante la gracia nos hacemos partícipes de la naturaleza divina; somos elevados sobre nuestra propia naturaleza; nos volvemos semejantes a Dios; tendemos hacia Dios, ya no más como a simple autor del orden natural, sino además como a autor del orden sobrenatural.

El que ahonde esta frase: “hijo de Dios”, comprenderá la conexión de los dogmas cristianos, la esencia de la vida cristiana, el alma verdadera de la historia de la humanidad, el último fin que anhelamos.

A continuación, no haremos otra cosa que desenvolver este concepto: *la adopción del hombre, como hijo, por parte de Dios, por los méritos de Cristo.*

Por de pronto ya aparecen claras algunas cosas:

1. Mientras en el orden natural hubiera bastado la *razón*, en el orden sobrenatural era imprescindible la *revelación*, pues si Dios no nos hubiera revelado este grande y divino don de su amor ¿cómo habríamos podido suponerlo o exigirlo?

La tinta no tiene ninguna exigencia de expresar un pensamiento de Dante. Mucho menos el hombre, creatura, podía tener la exigencia o el medio de ser hijo adoptivo de Dios.

2. Mientras en el orden natural hubiera bastado observar la ley moral, escrita por Dios en nuestros corazones, en el orden sobrenatural no basta la *actividad puramente humana*; es indispensable la *gracia*, la cual elevando nuestra alma, transforma y diviniza nuestra actividad moral.

Material y superficialmente considerada, es idéntica la tinta del tintero y la del papel; pero en el primer caso no hay más que materia; en el segundo, un pensamiento: así también, para los sentidos no existe diferencia entre una acción buena cumplida por una persona en estado de gracia y por otra no en estado de gracia; no obstante, en este caso, tenemos una actividad puramente del hombre, una acción exclusivamente humana, aunque sea buena; en el otro, como lo explicaremos, tenemos una actividad divinizada, de un valor infinitamente superior, en cuanto que el hombre dista infinitamente de Dios.

3. Por último, mientras que en el orden natural no habríamos tenido más que una *felicidad natural*, un conocimiento *indirecto y analógico* de Dios, y un amor correspondiente a tal conocimiento, en cambio, en el orden sobrenatural tendemos al Paraíso, que no es otra cosa que la heredad de los hijos, o sea, la participación de los hijos en la vida divina, de suerte que conoceremos a Dios *intuitivamente*, como Dios se conoce a sí mismo, amaremos a Dios como Dios se ama, gozaremos de Dios como Dios goza de sí mismo.

En el Paraíso se realizará, en forma completa, la divinización del hombre; aun cuando no deje de ser creatura y su glorificación responda al grado de sus méritos.

No se pueden confundir los dos órdenes: el natural y el sobrenatural. Son diversos, aunque no son opuestos, ni rompen la unidad de la vida humana.

La sobrenaturaleza no destruye a la naturaleza, la eleva y perfecciona, y por eso la supone; la gracia no anula al hombre, en su potencial inefable.

Del mismo modo que la corriente eléctrica no inutiliza al tosco hilo de metal que atraviesa, sino que se sirve del mismo para difundir fuerza, luz y calor; así como el pintor no destruye los colores, sino que se vale de su materialidad para expresar la visión de su genio; de la misma manera que el injerto infunde vida nueva al árbol, que no es destruido, sino vivificado; así lo sobrenatural no destruye la natural, sino que lo perfecciona y lo sublima divinamente.

La revelación supone la razón y le añade nuevas luces, luces divinas; la gracia presupone la naturaleza y la dota de una celestial hermosura; el *cristiano* no es algo menos que el *hombre*, es algo más: el hombre divinizado, hijo de Dios.

4

Dignidad de los hijos de Dios

Quizás ahora, al final de esta lección austera, sin flores, sin galanura, sin retórica, luego de haber entrevisto débilmente en qué consiste el Cristianismo y cuán grande es la dignidad del cristiano, los lectores empezarán a columbrar la enorme necesidad del catecismo.

El Padre Terrien, en su preciosa obra *La Grâce et la Gloire*, escribe:

“Un hijo de rey que no supiese su origen, ni los altos pensamientos que eso le exige: he ahí la imagen de un número muy considerable de cristianos”.

¿Cómo se los puede inculpar?

Al llegar a este punto, os invito a deteneros.

Pensad un momento en la transformación obrada por Dios en vosotros, en la renovación maravillosa y divina de los corazones, en la regeneración que transforma profunda e íntimamente la naturaleza y las facultades humanas, en la deificación que hace de la creatura un hijo de Dios y del hombre un dios. Y al percibir, por lo menos un poco, la comprensión y el significado de estas palabras: *“Hijo adoptivo de Dios, partícipe de la naturaleza divina”*, postraos de rodillas. Recapitad en todos los Pater Noster que habéis mascullado en vuestra vida; quizá resulten una

cantidad indefinida...

Pero ¡ay! tal vez sean muy pocos los bien recitados. Decid, ahora, en el silencio del recogimiento, elevándoos hacia los cielos del alma, cuya belleza cantó Santa Teresa al comentar el Pater, decid: “Padre nuestro, que estás en los cielos”...

Somos *hijos de Dios*; ¡saludemos a nuestro Padre! “Cuando hagáis oración, enseñaba Jesús un día inolvidable, decid: “¡Padre!”

Habiéndonos Dios elevado a la dignidad de hijos suyos, ¿acaso podemos dirigirle una palabra más bella y más sublime?

Ahora empezaráis a compenetraros del alma de los Santos. Ellos amaban a Dios, porque sentían qué significaba la paternidad divina y nuestra adopción sobrenatural.

Un día, al penetrar una novicia a la celda de Santa Teresita se detuvo sobrecogida por la expresión de su rostro. Se hubiera dicho que Sor Teresa, aun cuando cosía activamente, estaba extasiada en una contemplación profunda. — ¿En qué piensa?, le preguntó la joven hermana. — Medito el Pater, repuso. ¡Es tan dulce llamar a Dios, Padre nuestro!... y en los ojos de la santa brillaban las lágrimas.

Si nosotros conociésemos el catecismo, rezaríamos mejor. Mejor dicho: rezaríamos. Porque con demasiada frecuencia honramos a Dios sólo con los labios, mientras nuestro corazón está lejos del Señor.

Y entenderemos también las palabras del Papa San León Magno, que resumía de este modo el misterio de nuestra elevación sobrenatural:

“El don que sobrepuja a todo don, consiste en que Dios llame hijo al hombre y el hombre llame Padre a su Dios”.

RECAPITULACIÓN

1. Podemos considerar al hombre en un doble estado u orden:

a) en el **orden natural**, en el que sólo tendría lo requerido por su naturaleza de hombre;

b) en el **orden sobrenatural**, en el que es elevado a una grandeza y dignidad superiores a los derechos y exigencias de su naturaleza humana.

El orden sobrenatural, adviértase bien, no destruye, sino supone y eleva el orden natural.

2. En el **orden natural**, el hombre habría sido, no hijo de Dios, sino una **simple creatura** y habría tenido:

a) la **razón**, pero no la revelación;

b) su **actividad humana**, pero no la gracia;

c) al morir, después de una vida moralmente honesta, habría alcanzado una **felicidad natural**, pero no el Paraíso.

3. En el **orden sobrenatural** el hombre es elevado a la dignidad de hijo de Dios (no hijo natural, sino **adoptivo**, como quiera que sólo la Segunda Persona de la Trinidad es Hijo de Dios por naturaleza; nosotros somos hijos de Dios sólo por la gracia).

Consiguientemente, en el orden sobrenatural:

a) no basta la razón; es también necesaria la **revelación**;

b) no basta la actividad humana; es indispensable también la **gracia**;

c) si morimos en gracia, no tendremos en la otra vida una felicidad natural, sino el **Paraíso**.

El Cristianismo no es otra cosa que el desenvolvimiento y la realización de esta verdad consoladora y fundamental que nos enseña la Revelación: la elevación del hombre al **orden sobrenatural, por medio de la gracia, que nos mereció Jesucristo**.

Y, ¿qué es la gracia?

MONSEÑOR FRANCISCO OLGIATI: EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO – CAPÍTULO CUARTO –
LA GRACIA

Publicado el [Lunes 16 julio 2012](#) por [Fabian Vazquez](#)

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI

EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO

Libro de estudio y de meditación, no sólo para hombres pequeños, sino también para hombres grandes, no para ser leído en el tren o en medio del bullicio, sino en el silencio y el recogimiento, palabra por palabra, sin saltar de una página a otra, como lo haría el hermano Mosca del Convento de San Francisco.

Capítulo Cuarto

LA GRACIA

En una de las ceremonias del Bautismo, tan ricas en significado y en poesía, después que el niño ha sido purificado con el agua saludable en el Nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, el Sacerdote toma un paño blanco y lo pone sobre el novel cristiano, pronunciando las siguientes palabras: “Recibe esta vestidura cándida e inmaculada; y llévala sin mancha ante el tribunal de Nuestro Señor Jesucristo, para que tengas la vida eterna”.

¡Difícilmente se podría imaginar un símbolo más hermoso y sublime de la gracia que adorna nuestro espíritu de candor, haciéndolo divinamente bello y candidato del Cielo!

¿Qué importa si el ojo material y nuestra misma atención demasiado absorta en el resplandor alucinante de las imágenes sensibles, no contemplan esa íntima belleza, gloria y divinización de la naturaleza humana?

También el diamante a veces está oculto bajo una ruda incrustación; pero la mirada y el corazón del buscador no se detiene en ella, y sería necio el que, limitándose a considerar la superficie, olvidara el tesoro escondido.

Con demasiada frecuencia imitamos a los bárbaros y renovamos la escena tan a menudo sucedida después del descubrimiento de América o en las exploraciones del África. Al hábil mercader europeo que ofrecía muñecos, trompetitas y bagatelas, el salvaje entregábale, en cambio, oro y piedras preciosas. ¡Exactamente igual que nosotros que, por una nada de oro y de plata, renunciamos a la gracia! Parece que aún resonara, lacerante como un lamento, la exclamación de Jesús sentado junto al pozo de Jacob, cuando decía, con dulce tristeza, a la pecadora de Samaria: “¡Oh, si conocieses el don de Dios!”

¿Qué es la gracia? He aquí el problema que debemos afrontar en este capítulo. Es el problema de nuestra dignidad, no sólo humana, sino también divina; es el problema de nuestra grandeza sobrenatural.

El hombre siempre ha aspirado a su divinización.

Ser como dioses, fue la visión fascinadora que sedujo a Eva. Divinizar la naturaleza, fue el programa del paganismo, que adoró al sol y al cocodrilo, a las estrellas y a los emperadores. Hacer a Dios inmanente en el hombre: es la síntesis de toda la filosofía moderna, especialmente desde Manuel Kant a Jorge Hegel y Juan Gentile.

Bajo diversas formas, el vuelo de Ícaro se repite siempre en la Historia, y, a un movimiento de alas, de alas de cera, sobreviene la caída. No se llega a los astros; se cae al fango: sirva de recuerdo y de enseñanza la diosa Razón de la Revolución Francesa.

Cuando el hombre, con sus solas fuerzas quiere volverse un dios, cae en la ridiculez del engaño y en la desolación de las ruinas. Sólo Dios puede elevar al hombre, hacerlo partícipe de su naturaleza, deificarlo: y Dios realiza esto con la gracia.

En vista de esto, ¿en qué consiste tan excelso tesoro, del que debería interesarse toda persona seria, como de la cosa más preciosa y más necesaria de este mundo, mientras que la mayoría de los cristianos, por la enorme ignorancia del catecismo, se cuida tan poco de ello?

En el pequeño catecismo, la gracia se define: *don gratuito del Señor, conferido por los méritos de Jesucristo, para hacernos hijos adoptivos de Dios, partícipes de su naturaleza divina, capaces de realizar obras sobrenaturalmente meritorias y de conseguir la vida eterna.*

El comentario de esta definición, servirá para resolver la cuestión propuesta.

1

El don de la divinización

Dios es amor. Lo han dicho San Pablo y San Juan. Nadie comprenderá algo de la gracia, si no se coloca en el punto de vista del amor infinito de Dios.

La misma creación es obra del amor, porque ningún ser tenía derecho a la existencia: aun en el orden natural, el hombre habría cantado la bondad de su creador. En el orden sobrenatural, desde luego, este canto se intensifica: es el Amor que quiere transformarnos, elevarnos, divinizarlos. He ahí lo que significa esta palabra: “la gracia es un don”, —palabra, como recordé, pronunciada por Cristo.

Alguien, dentro de la atmósfera naturalista que nos circunda, ha comparado la gracia al brazo de una estatuilla maravillosamente labrada por Miguel Ángel, para avergonzar a sus detractores. Los envidiosos, que no podían sufrir en silencio la grandeza de aquel genio, oyeron decir un día en Roma que los obreros de las excavaciones habían hallado una obra admirable de la antigüedad: una estatuilla que carecía de un brazo, pero deliciosa a la contemplación. Delante del Pontífice se encendió la discusión: Miguel Ángel criticaba la pequeña estatua y hallábale mil defectos; sus detractores no tenían palabras suficientes para elogiarla y con fina ironía la comparaban a las pobres obras de su execrado rival, Buonarroti. Miguel Ángel, después de haberse divertido con el espectáculo, le puso fin sacando del bolsillo el brazo que faltaba, exclamando: “La estatuilla es mía; la prueba la tenéis en este brazo. ¡Mirad cómo se ajusta!”

“También la naturaleza —observan algunos— es como la estatua de Miguel Ángel: le falta un brazo; y la gracia no hace más que completarla. Existen en nosotros exigencias imperiosas que piden lo sobrenatural; a sus detractores y enemigos que, para exaltar la naturaleza, desprecian la gracia, les decimos: Observad: la naturaleza es imperfecta; exige el brazo que le falta: lo sobrenatural”.

Pero, no: las imperfecciones de nuestra naturaleza, tan evidentes o innegables, requieren de suyo un perfeccionamiento *natural*, esto es, correspondiente a u nuestro grado de *hombres*, así como la estatua sin brazos reclama, para ser completa, la parte que le falta.

La gracia, en cambio, es *un don* frente a nuestra naturaleza humana, ya que no tenemos derecho a ella o exigencia alguna: *¿qué exigencia hay en nuestra naturaleza de ser como Dios?*

Si Dios nos diviniza, es por un efecto de su bondad inefable, de su amor; pero, ¡por favor, no hablemos de derechos nuestros!

La estatuilla de Miguel Ángel no tiene derecho a la vida, al movimiento, a la palabra, al pensamiento; menor aún es nuestra exigencia, nuestro derecho a la gracia, como quiera que entre el mármol de la obra maestra y la vida o el pensamiento hay un abismo mucho más pequeño que entre lo natural y lo sobrenatural, entre Dios y el hombre.

Nosotros —frente al don de la gracia— no poseemos más que la capacidad (llamada por los teólogos *capacidad obediencial*) de recibirla, en la hipótesis de que Dios nos la conceda; capacidad que es propia de una naturaleza espiritual, como la nuestra y la angélica, y falta en los brutos, en

los seres irracionales y en las cosas puramente materiales.

Si se quiere penetrar y ahondar en el alma de nuestros místicos, o si uno desea embriagarse en los dulces y frescos manantiales como son *Le laudi*, por ejemplo, de Jacopone da Todi, hay que meditar y ahondar esta palabra: “la gracia es un don del amor divino”; entonces también se podrá cantar con el gran poeta predantesco:

O amor, divino amore, —amor che non se’ amato...

Amor, la tua amicizia —é piena di delizia

non cade mai en tristezza —lo cor che t’ha assagiato,

.....

Clama la lengua e’l core: —Amore, amore., amore!

.....

Gridiamo: —Amore, amore!

Entonces no se harán oídos sordos al rumor de la campana, tocada antaño en un monasterio de Florencia, por un alma virginal, la cual exclamaba a cada pulsación de la cuerda: ¡El amor no es amado! ¡El amor no es amado!

Este modesto librito no pretende ser otra cosa que un tañido de campana que repercute en vuestro corazón y os haga proferir el mismo grito que trotaba del alma de María Magdalena de Pazzi.

2

El don divino y los dones humanos

Dios, por pura liberalidad, nos da este don, que, por consiguiente, se llama *don gratuito*, muy distinto de los dones humanos.

No sé si los se habrán entretenido alguna vez estudiando la psicología de los que en este mundo hacen un regalo. ¡Pobres dones humanos! ¡Cómo arrancan, a menudo, una voz irónica y de protesta hacia los que se los aproximan! ¡Cuántas veces se hace un regalo a una persona, porque se espera algo de ella! ¡A veces el regalo es semejante a una suma depositada en una Caja de Ahorros, hecha por quien mañana, no sólo retirará la suma, sino los intereses! ¡El pretendido altruismo de los regalos, con frecuencia no es otra cosa que el egoísmo munido de un prismático! Otras veces, el regalo es una recompensa por un favor recibido: no es un “*do ut des*”, sino “*un doy porque, ya me has dado*”: en pocas palabras, un saldo de cuentas.

Y aun en la más ideal de las hipótesis; aun cuando un corazón abierto, sólo por impulso de generosidad hace donación al que no le ha dado, ni le dará nada, ¿no es cierto, por ventura, que también entonces el don presupone la persona beneficiada y sus dotes, y tiene como motivo el perfeccionamiento moral del benefactor?

Nada de esto sucede en el don de la gracia. El hombre no podía hacer nada para merecerlo; y Dios, concediéndolo por su voluntad, no aumenta en perfección o en beatitud. La naturaleza humana —la cual al ser elevada en Adán al orden sobrenatural no tenía méritos, y al ser, después de la caída, elevada tenía en cambio deméritos— recibía un don, del todo gratuito, que le fue concedido *por los méritos de Jesucristo*.

3

El manantial de la gracia

El significado de estas últimas palabras no podría ser aclarado sino por la que sigue. Solamente exponiendo la historia de la caída y de la redención, se puede llegar a la *única fuente de la gracia*: el Verbo Encarnado.

La divinización de los Ángeles y del hombre, la justificación de las gentes que precedieron la venida del Mesías y de las que la siguieron, la adopción de los hijos de Dios y la gloria sobrenatural, es un océano inmenso, formado por diversos ríos: pero todos estos ríos tienen la unidad de origen: el Corazón de Cristo.

El amor de Dios produce la unión sobrenatural del hombre con Él, mediante la unión personal o hipostática de su eterno Hijo con nuestra naturaleza y con el sacrificio de Jesús.

El hombre no se vuelve Dios, sino por medio del Hombre-Dios, único mediador entre Dios y el hombre.

Por esto, en uno de los símiles más expresivos transmitidos por el Evangelio de San Juan, Jesús enseñaba: “Yo soy la verdadera vid. (...) Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede llevar fruto por sí mismo, si no estuviere en la vid; así vosotros, si no estuviereis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que está en mí y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque sin mí nada podéis hacer”.

Unidos a Jesucristo, participamos de su vida divina, nuestra unión con Él —mediante la gracia— es el principio y el medio de nuestra transformación en Dios.

En otras palabras: la gracia es el hilo que debe unir a cada uno de nosotros a nuestro Jesús.

Conviene que nos detengamos un instante en la consideración de esta unión con Dios, mediante la gracia— unión admirablemente explicada por Monseñor Vigna con un episodio conmovedor.

Cuéntase en la vida de Murillo que, hallándose próximo a la muerte un viejo pintor español, hizo llamar a un sacerdote para que le administrara los últimos Sacramentos. Acudió el sacerdote y en seguida le llevó el Viático, acompañado por un niño, el cual, según la costumbre del país, agitaba el incensario.

Se oró largamente y el niño se aproximó al lecho con el incensario apagado. El enfermo lo miró, tomó un trocito de carbón y diseñó la imagen de Nuestro Señor Jesucristo sobre la blanca pared que estaba junto al lecho. Entonces el niño, después de haber observado la acción con el más vivo interés, dijo al anciano: “*Yo también desearía pintar la imagen de Dios*”. El viejo, poniéndole una mano sobre la cabeza, le contestó: “*Ten siempre a Dios contigo, si quieres pintar la imagen de Dios*”.

Dios —lo sabemos por la filosofía— está presente en todo, porque todo lo sustenta y en todos obra. Dondequiera que haya un ser, allá está Dios.

Todas las cosas, las vivientes sobre todo, y entre las vivientes, de un modo especial la inteligencia humana, poseen el ser y la acción que les participa el ser, la vida y la inteligencia divina. *Est Deus in nobis*: está Dios en el hombre, aun en el ateo que lo blasfema.

Pero, con la gracia, Dios está presente en nosotros de un modo más admirable, en cuanto nos transforma con su divina virtud, y nos constituye sus hijos adoptivos.

Continuará...

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI – EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO – CAPÍTULO CUARTO –
LA GRACIA

Publicado el [Lunes 23 julio 2012](#) por [Fabian Vazquez](#)

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI

EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO

Libro de estudio y de meditación, no sólo para hombres pequeños, sino también para hombres grandes, no para ser leído en el tren o en medio del bullicio, sino en el silencio y el recogimiento, palabra por palabra, sin saltar de una página a otra, como lo haría el hermano Mosca del Convento de San Francisco.

Capítulo Cuarto

LA GRACIA

Continuación...

4

Los hijos de Dios

Los teólogos dividen la gracia en *actual* y en *habitual*.

La primera se reduce a un relámpago de Dios que ilumina la mente, a un estímulo de la voluntad, con el cual Dios nos azuza; es transeúnte como la obra, no es permanente como una disposición duradera.

A los pecadores y a los justos concede Dios en forma copiosa este rocío de gracias actuales, las cuales guían y sostienen a los primeros en la Justificación, y conservan y espolean a los segundos en el camino del bien.

No hablamos aquí de esta gracia, sino más bien de la otra, llamada gracia *santificante* o habitual, principio intrínseco y transformador, “cualidad divina, inherente al alma, semejante a luz cuyo esplendor, envolviendo y compenetrando a las almas, borra las manchas de la culpa y les comunica una radiante belleza”, conforme enseña el Catecismo Tridentino.

Obra en nosotros una renovación interior, y para decirlo con Bellarmino, nos transforma en imagen de Dios, tornándonos puros y santos, y nos hace partícipes de la naturaleza divina, conforme a lo enseñado por San Pedro.

He aquí por qué Santo Tomás de Aquino ha podido escribir con razón que “la perfección que resulta, a una sola alma, del don de la gracia, sobrepasa a todo el bien esparcido en el universo”. Nada hay, en verdad, en todo el orden natural, no obstante sus bellezas, que pueda ser parangonado a nuestra divinización y a lo que la produce.

Y el que ha estudiado el catecismo, no siente estupor alguno al leer en la vida de Santa Catalina de Siena escrita por el B. Raimundo de Capua, su confesor, cómo la santa, habiéndole sido mostrada un día por Jesús un alma cuya conversión había obtenido ella por la oración y la penitencia, exclamó: “¡Era tal la belleza de aquella alma, que ninguna palabra podría expresarla!” Y Nuestro Señor, indicándole ese divino esplendor, añadía: “¿No te parece graciosa y bella esta alma? ¿Quién es entonces el que no aceptará cualquier pena, para ganarse una creatura tan admirable?”

He aquí, pues, la buena nueva de Jesús, que nos ha enseñado a orar, invocando a Dios con el nombre de Padre: “Padre nuestro que estás en los cielos”; que no temía hablar así con la Magdalena: “Asciendo a mi Padre y Padre vuestro”; que amonestaba solemnemente a Nicodemo: “En verdad, en verdad te digo, si uno no naciere de nuevo no puede ver el reino de Dios”, y que al maravillarse su interlocutor, respondía distinguiendo entre “los nacidos de la carne” y los nacidos del Espíritu Santo. Jesús vino al mundo —lo proclama San Juan en el prólogo de su Evangelio— para dar a cuantos lo aceptaran, y a los creyentes en su nombre “el poder de hacerse hijos de Dios, los cuales han nacido, no de sangre, ni de deseo de carne, ni de querer de hombre, sino de Dios”.

El corazón del Evangelista exulta frente a esta verdad y en su Epístola llega a estas emocionantes reflexiones: “Observad” con qué amor nos ha amado el Padre, que nos ha llamado a ser *hijos de Dios*, y a que lo seamos. Ésta es la razón por la cual el mundo no nos conoce, porque no lo ha conocido a Él. Carísimos, *desde ahora somos hijos de Dios*; y aun no se ha manifestado lo que hemos de ser. Pero sabemos que cuando apareciere, seremos semejantes a Dios, porque lo veremos como Él es”.

Y ¿qué otra cosa son todas las Epístolas de San Pablo, sino una constante predicación de los inefables misterios de la gracia y de la filiación divina?

Cuando escribía a los Gálatas anunciaba que “venida la plenitud de los tiempos, Dios mandó a su Hijo (...) a fin de que *recibiésemos la adopción de hijos*. Y por cuanto sois hijos, Dios envió el Espíritu de su Hijo en vuestros corazones, el cual clama: Abba, Padre. Así que ya no hay más siervo, sino hijo; y si hijo, también heredero por Dios”.

Expuso ampliamente la misma doctrina a los Romanos; estando preso dirigió su admirable carta a los de Éfeso, y en el momento en que se preparaba a revelarles el misterio oculto desde siglos, estaba tan extasiado en la grandeza del misterio de la adopción divina, por los méritos de Jesucristo, que olvidaba su triste condición y sus cadenas, para entonar, al principio de la Epístola, un himno de alabanzas y de agradecimiento al cielo. “Bendito el Dios Padre de Nuestro Señor Jesucristo, el cual nos bendijo en Cristo, con toda suerte de bendición espiritual; según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él en amor; habiéndonos predestinado para ser adoptados *hijos suyos por medio de Jesucristo*, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado”.

Son muy pocos hoy los que leen las Epístolas de San Pablo, y poquísimos entre los pocos lectores las comprenden, porque les falta esta clave necesaria para poder entender su sentido: esto es, la distinción entre el orden sobrenatural y el natural, el concepto de la gracia y de la adopción divina. Y es de lamentar que este fundamento del cristianismo sea poco tenido en cuenta aun en la predicación.

Se descuidan excesivamente las raíces, limitándose a una flor del árbol, sin observar esa flor en el espíritu vivificador que la ha producido y la anima. No sucedía así en los primeros siglos de la Iglesia. Las obras inmortales de los Padres griegos y latinos ponen de manifiesto que lo sobrenatural formaba el objeto principal de los sermones, de las homilías y de la catequesis.

San Agustín no temía extenderse en ese argumento hablando con los humildes pescadores de Hipona. El gran Doctor enseña en *De Civitate Dei*: “El Hijo de Dios, su único Hijo según la naturaleza, por una maravillosa condescendencia se ha hecho hijo del hombre, para que nosotros, que somos hijos del hombre por nuestra naturaleza, nos hiciésemos hijos de Dios por su gracia”.

Así San Máximo, San Juan Damasceno y San Gregorio Niceno cantaban “el misterio de nuestra elevación sobrenatural”, por la cual Dios “ha querido deificarnos”, asimilándonos a Él mediante la gracia.

“El hombre —enseña San Gregorio de Nisa— que por su naturaleza no es más que ceniza, paja y vanidad, ha sido elevado por Dios del estado de creatura a la condición de hijo”, y haciéndonos hijos de Dios “somos grandes, con la grandeza de nuestro Padre”.

En Oriente y Occidente resonaban estas palabras: La nueva conciencia de haber sido hechos hijos de Dios, fue el buen anuncio de nuestra divinización que creó la nueva civilización, que no es solamente humana, sino cristiana. Era tan vivo y profundo el sentimiento del don divino de la gracia, que no quedaba dentro de los límites de la noción abstracta, sino que era un elemento radical de vida.

En los siglos de las catacumbas, la catequesis en preparación del Bautismo, infundía esta idea-fuerza, y esos catecúmenos comenzaban a vivir, no ya como brutos o como hombres, sino de acuerdo a lo exigido por la nueva vocación, a la cual eran llamados: la vocación de hombres divinizados, de hijos del Señor.

He aquí por qué San Leónidas se inclinaba sobre el pequeño Orígenes y le besaba el pecho con reverencia: las aguas bautismales habían hecho de su niño un templo de la gracia, un templo vivo del Espíritu Santo.

Allí radica la razón de tantas páginas; páginas que aun en la frialdad de la escritura traen hasta nosotros los arranques de la elocuencia patrística.

Cuando hablan de la gracia, los Padres exponen el dogma con los más vivos colores.

San Ambrosio compara a Dios con un artista que se acerca al alma, como el pintor se aproxima a la tela, y la pinta maravillosamente, de suerte que brille en ella el esplendor de la gloria y la imagen de la substancia del Padre: “débese a ese pincel que el alma tenga un valor tan grande... ¡Oh hombre!, tú has sido pintado: ¡pintado, digo, por el Señor tu Dios! ¡Qué excelente es el artista y qué admirable el pintor! ¡Guárdate bien de destruir en ti una pintura tan divina, hecha no de mentiras, sino de verdad, no son colores perecederos, sino con una gracia inmortal!”.

San Cirilo de Alejandría recurre al ejemplo del sello estampado sobre la cera y de la efigie del rey sobre la moneda. Las almas reciben una señal misteriosa que imprime una forma a semejanza de Dios, señal que imprime la belleza del divino arquetipo y la imagen de nuestro Rey, de nuestro Dios, sin la cual no seríamos dignos de ser tenidos en cuenta en la repartición de los tesoros eternos.

San Basilio prefiere el símil del escultor, para explicar lo que es la gracia, mediante la cual se “comunica a las creaturas una santa participación de la belleza infinita de Dios”. Como el mármol se vivifica y participa de la idea del hombre que lo trabaja, así el alma se transforma divinamente, cuando Dios esculpe en ella la efigie de su substancia.

Con otro poético parangón que le sugiere el sol, el mismo Padre continúa diciendo: “El Espíritu de Dios ha llenado el universo entero... Con su luz inunda interiormente a todos los que se le

muestran dignos. Y así como cuando el sol diluye sus rayos sobre una tenue nubecilla, la nube se baña en centellas de oro y resplandece de claridad, así, al entrar en el alma el Espíritu de Dios, difunde en ella la vida, la inmortalidad y la santidad”.

¡Cuántas veces, en los vuelos de su oratoria, el elocuente San Juan Crisóstomo saluda en el alma divinizada por la gracia a una lira de la cual el dedo de Dios arranca dulce música celestial!

¡Cuántas veces, después de estos espléndidos pensamientos y de haber puesto la celestial poesía del corazón al servicio del dogma, deducen los Padres, con lógica vigorosa, las más prácticas aplicaciones! La moral fluía como consecuencia del dogma, tal como aparece en forma inolvidable en una valiente exhortación dirigida por San León a los fieles de su tiempo: “¡Reconoce, cristiano, tu dignidad! —es como si aún se oyera al gran Papa; es como si lo contemplase en su amonestadora solemnidad—. Hecho partícipe de la naturaleza divina, no retournes con una conducta irregular a tu antigua vileza. ¡Acuérdate de qué cuerpo eres miembro y cuál es tu Cabeza! ¡Acuérdate que, arrancado del poder de las tinieblas, has sido transferido al reino de la luz!”

Educados con estos conocimientos de los principios fundamentales del Cristianismo, los cristianos ya no vivían como paganos, de acuerdo a la ley de los sentidos; sentían a Dios en sus corazones; se estremecían leyendo en el Evangelio que “el reino de Dios está dentro de nosotros”; *vivían unidos a Dios*; las persecuciones y las luchas no los amedrentaban; niños como Tarsicio, vírgenes como Inés y Cecilia, sonreían con una sonrisa nueva: era la alegría de almas divinizadas, reconocidas a Cristo Redentor y exultantes en la esperanza.

En vano busco hoy esta misma sonrisa sobre el rostro de muchos creyentes: no saben, no conocen el gran don de Dios.

Continuará...

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI – EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO – CAPÍTULO QUINTO – LA GRACIA (PARTE FINAL)

Publicado el [Lunes 30 julio 2012](#) por [Fabian Vazquez](#)

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI

EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO

Libro de estudio y de meditación, no sólo para hombres pequeños, sino también para hombres grandes, no para ser leído en el tren o en medio del bullicio, sino en el silencio y el recogimiento, palabra por palabra, sin saltar de una página a otra, como lo haría el hermano Mosca del

Convento de San Francisco.

Capítulo Quinto

LA GRACIA

Continuación y parte final.

5

El valor de las acciones divinizadas

Tratándose tan sólo de los primeros elementos de la verdad y de la vida cristiana, no puedo entretenerme en discurrir sobre las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo, que acompañan a la gracia.

Sería muy bello decir una palabra sobre esta nave —el alma divinizada por la gracia— munida de fuerza motriz interna y empujada por el soplo del Espíritu que agita las velas. Pero, a los que después del estudio de este silabario desearan proseguir en la escuela del catecismo, les recomiendo la obra que yo también utilizo: *La grâce et la gloire*, del Padre Terrien.

Aquí debo limitarme a las cosas más elementales, y por esto, sin más preámbulos, voy a explicar el significado de estas palabras: *“la gracia... nos hace capaces de realizar obras meritorias”*.

Supongo tener delante a una persona honesta, no bautizada; un caballero a carta cabal, el cual, no solamente obra bien, sino que además, no mancilla su bella acción con ningún escondido fin poco noble; y junto a esa persona, otra en gracia, esto es, un cristiano, sin pecado mortal, que realiza el mismo acto bueno, con un fin recto.

En apariencia, las dos acciones son iguales; en realidad, su valor moral es inmensamente diverso.

Expliquémonos con claridad, para terminar para siempre con la confusión de un acto naturalmente honesto (que por cierto no es un mal) y un acto meritorio, o sea la confusión de hombre y de cristiano.

Y, como de costumbre, recurramos a un ejemplo.

Rothschild, el famoso banquero archimillonario, me entrega un cheque en el que está escrito: “páguese a la vista un millón” y abajo pone su firma. Me presento a un banco con el cheque. Todos me hacen reverencia; el cajero me da un millón; salgo entre las inclinaciones de todos.

Tomo el mismo cheque, y, en vez de molestar al señor Rothschild, escribo yo su firma. Más aún; como mi caligrafía es mejor que la del señor Rothschild, me ilusiono y espero. Mas ¡ay! Si voy al banco con un cheque semejante, la escena cambia. ¡Qué dinero ni qué reverencias! Me agarran, llaman a los carabineros, y me envían a ese colegio convictorio gratuito de la ciudad, que se llama prisión.

¿Por qué? ¿No es igual la firma? No. La misma firma, escrita por Rothschild tiene un valor; escrita por mí, tiene otro.

Del mismo modo, un mismo acto hecho por quien *está en gracia*, tiene un valor, es meritorio en relación a la vida eterna, es reconocido —estaba por decir— en el banco del paraíso; hecho por el que no está en gracia —no es un engaño, como la firma de Rothschild falsificada por mí—, es un acto bueno en el orden natural, pero que no puede evidentemente valer en el orden sobrenatural.

El que está en gracia, no es más un simple hombre; es un hombre divinizado; es hijo de Dios.

¿Y quién ignora que una misma frase, una misma palabra, cambia de valor según, sea la persona que la pronuncia?

El acto de un hombre tiene un *valor humano*; el acto del hijo de Dios, tiene un *valor divino*.

Por lo tanto, no basta ser caballeros, vivir honestamente, hacer bien. Esto es necesario, porque el orden sobrenatural no destruye, sino supone el orden natural, pero *no es suficiente*. Hay que elevar con la gracia la actividad humana; hay que ser, en otras palabras, *cristianos*.

Si se meditaran estos claros elementos de la religión, se terminaría de una vez con algunas muy manoseadas objeciones (por ejemplo ésta: basta vivir de acuerdo a la ley moral; no es menester practicar la religión); no se cometerían tantos pecados mortales con una enorme ligereza; y al juzgar las acciones de nuestra vida, al solucionar el problema que plantea, comenzaríamos a persuadirnos de que, sin la gracia, disipamos nuestros días y nuestras acciones generosas, ya que, lo que emana de la naturaleza sola, no tiene valor para la vida eterna.

San Pablo ilustró esta verdad en su primera carta a los fieles de Corinto con estas palabras: “Si yo hablara lenguas de hombres y de ángeles, y no tuviera caridad, soy como metal que suena o címbalo que retiñe. Y si tuviera profecía, y supiera todos los misterios, y cuanto se pueda saber, y

si tuviera toda la fe de manera que traspasara los montes, y no tuviera caridad, nada soy. Y si distribuyera todos mis bienes en dar de comer a pobres, y si entregara mi cuerpo para ser quemado, y no tuviera caridad, nada me aprovecha”.

En otras palabras —comenta Marmion, en su espléndida obra *Cristo, vida del alma*—, “los dones más extraordinarios, los talentos más excelentes, las empresas más generosas, las acciones más grandes, los esfuerzos más considerables, los sufrimientos más profundos, carecen de todo mérito para la vida eterna, sin la caridad; equivale a decir, sin el amor sobrenatural que nace de la gracia santificante como la flor sale del tallo”.

6

La gracia y el paraíso

Después de haber visto lo que es la gracia, queda aclarado cómo nos eleva al orden sobrenatural en esta vida, para hacernos conseguir la vida eterna, o sea el paraíso en la otra.

La Escritura nunca separa nuestra adopción divina de nuestro destino a la herencia misma de Dios y a su visión intuitiva.

La gracia, al respecto, es semejante a las lámparas encendidas, ocultas en vasos de tierra cocida, que Gedeón dio a sus trescientos valientes en la batalla contra los Madianitas. Cuando en el silencio de la noche rompióse el vaso, el enemigo fue desbaratado y puesto en fuga. Así nosotros: cuando nuestro cuerpo, frágil vaso de tierra, se haga trizas en la noche de la muerte, brillará la lámpara de nuestra alma, encendida con los resplandores de la gracia de Dios; el demonio será derrotado, y, como los valientes de Gedeón, cantaremos victoria.

7

Los siglos cristianos y la gracia

Todos los siglos cristianos han discutido en torno a la gracia, y en mil debates fueron propugnados mil errores.

Las doctrinas de Pelagio, del siglo V —propagadas de un modo especial en África—, las cuales, enalteciendo la naturaleza y sus fuerzas, negaban la necesidad de la gracia, y el semipelagianismo de la Galia y de Casiano de Marsella, hallaron en San Agustín la refutación contundente, y en los Concilios la reprobación más rotunda.

Lutero y Calvino cayeron en el exceso opuesto; y para afirmar los derechos y la necesidad de la gracia, despreciaron y renegaron de la naturaleza, de la libertad y de las obras buenas. Pero el Concilio de Trento condenó también y lanzó un anatema contra los reformadores, anatema que se repitió contra Jansenio.

La doctrina Católica evita los dos extremos. No niega la naturaleza, ni lo sobrenatural; ni a Dios, ni al hombre; ni la libertad, ni la gracia.

Los teólogos (como lo comprueban las discusiones del siglo XVI, habidas “entre las escuelas de Molina y de Báñez) discutieron acerca del modo cómo se unen los dos términos; pero, como expresa Bossuet, los dos eslabones de la cadena fueron siempre sostenidos con mano firme.

En nuestra época ha triunfado, desgraciadamente, el naturalismo. Desde el Humanismo y el Renacimiento en adelante, nada se ha omitido para exaltar al hombre y para rechazar la gracia de Dios.

El hombre debe bastarse a sí mismo, gritan abiertamente algunos; la trascendencia debe dejar lugar libre a la inmanencia; el verdadero Dios somos nosotros, el pensamiento, la razón y la acción humanas.

Hasta los creyentes se hallan bajo el influjo de esta atmósfera deletérea, adversa a lo sobrenatural. No faltan espíritus superficiales que groseramente confunden la fraternidad, por ejemplo, de la Revolución Francesa, con la fraternidad cristiana (esta última importa nuestra adopción divina; elevados al orden sobrenatural, somos hijos de un mismo Dios, de un mismo Padre, y por esto somos hermanos; ¿qué relación existe entre esto y la ideología revolucionaria?).

Abundan los que tiemblan de emoción cuando leen a Séneca, Marco Aurelio o la invocación del deber de Manuel Kant (como si el deber, o sea, la actividad humana, moralmente buena, bastara y no fuera también necesaria la gracia que la divinice).

Por último, no es raro, el caso de encontrarse con cristianos que aprecian los Sacramentos, esto es, los canales de la gracia, desde un punto de vista puramente naturalista. Para ellos, la Confesión es una óptima escuela educativa, debido a la humillación que impone, el ánimo y el consejo que ofrece; el Matrimonio es un medio excelente para dar solemnidad al juramento de mutua fidelidad de los esposos; la Eucaristía es el símbolo tierno de una unión de todos los hermanos,

reunidos alrededor de la mesa común.

De este modo se despoja a los Sacramentos de su característica divina, se desconoce su sobrenaturalidad, se hace caso omiso del efecto principal y esencial, para el cual Cristo los instituyó. Esto equivale a decir que se descuida, o al menos no se aprecia la gracia.

Un día, en el camino del Calvario, una mujer piadosamente delicada, abriéndose paso entre la muchedumbre se acercó a Jesús para enjugarle el dulce rostro con un blanco lino; y el Salvador imprimió en él su figura augusta. También nosotros debemos tomar nuestras almas y acercarlas a Él, para que su gracia les imprima su imagen bella y divina.

Es el único camino para poder organizar divinamente nuestra vida; para poder vivir, no como brutos, ni como simples hombres, sino como hijos de Dios; para poder decir con San Pablo en un sentido de cristiana altivez y con santidad de gozo: "Vivo yo, pero no soy yo quien vive; es Jesucristo quien vive en mí".

RECAPITULACIÓN

El hombre es elevado al orden sobrenatural mediante la gracia.

La gracia:

a)

es un don de Dios, puesto que el hombre no tiene ningún derecho o exigencia a su divinización;

b)

es un don gratuito, porque, con toda nuestra actividad nunca podremos merecer superar nuestra naturaleza humana;

c)

nos es concedida por los méritos de Cristo, que es la única fuente de la gracia, de tal modo que no se puede separar a Jesucristo de la gracia;

d)

nos hace hijos de Dios, ya que Jesucristo, uniéndonos a Él y haciéndonos partícipes de la

naturaleza de Dios, nos eleva a la dignidad de la adopción divina;

e)

nos hace capaces de obras meritorias, en cuanto que las acciones del hombre en gracia no constituyen una actividad puramente humana, sino una actividad divinizada;

f)

nos da derecho a la vida eterna, o sea al paraíso.

Después de haber contemplado las altas cumbres de la divinización, a las cuales el amor de Dios ha llamado a sus creaturas inteligentes, ahora tenemos que asistir a una caída desastrosa.

A un lado tendremos la creación, la elevación al orden sobrenatural y **la caída de los Ángeles**; al otro lado la creación, la elevación y **la caída del hombre**.

Doble escena, una y otra incomprensibles, si no las contemplamos bajo su aspecto sobrenatural.

MONS. FRANCISCO OLGATI: EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO – CAPÍTULO QUINTO – EL HECHO DE LA CAÍDA

Publicado el [Lunes 6 agosto 2012](#) por [Fabian Vazquez](#)

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI

EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO

Libro de estudio y de meditación, no sólo para hombres pequeños, sino también para hombres grandes, no para ser leído en el tren o en medio del bullicio, sino en el silencio y el recogimiento, palabra por palabra, sin saltar de una página a otra, como lo haría el hermano Mosca del Convento de San Francisco.

Capítulo Quinto

EL HECHO DE LA CAÍDA

Como resulta de nuestra experiencia, del raciocinio y de la revelación, la realidad es semejante a una escalera, que va desde el ínfimo escalón hasta Dios.

Los seres —múltiples y variados— están dispuestos con un orden admirable. Se comienza con la materia inorgánica; de allí se sube a la vida vegetal en la numerosa familia de géneros, de

especies, de variedades, de individuos distintos; pásase, luego, al reino animal, también rico y variadísimo; desde allí, se asciende al hombre, el viviente compuesto de alma y de cuerpo, que vegeta y siente, pero también razona; después del hombre tenemos a los Ángeles, que son espíritus puros, sin materia y sin sentidos; finalmente, sobre los Ángeles tenemos al Espíritu perfectísimo, Dios.

Solamente los Ángeles y el hombre, entre los seres de esta escala, podían ser elevados al orden sobrenatural, ya que, si no repugna que Dios pueda elevar a una inteligencia creada a una visión intuitiva y a un correspondiente amor hacia Él, repugna en cambio que una piedra —por ejemplo— pueda ver intuitivamente y amar a Dios. Ante todo, sería necesario que a esta piedra le fuera dada una naturaleza racional; sólo así, semejante naturaleza podría ser elevada a la gracia y a la gloria sobrenatural.

De hecho, la revelación nos enseña que Dios ha elevado a la gloria de la divinización a los Ángeles y a los hombres. Por tanto, estudiaremos la historia de unos y otros.

I

LOS ÁNGELES

Aunque Dios no estaba obligado a crear a los Ángeles, sin embargo no puede ponerse en duda la conveniencia de estos espíritus, que señalan el paso progresivo, conforme a la ley de la graduación, entre el hombre y Dios.

La Escritura nos atestigua la existencia de estos seres simples, puros, espirituales, incorruptibles por tanto, e inmortales, provistos de inteligencia y de voluntad.

Aparecen a Abrahán, a Jacob, a Josué, a Tobías, a los Profetas y otros. A cada paso los encontramos en el Evangelio: llevan el mensaje a la Virgen, a Zacarías y a José; en la noche de Navidad cantan sobre la gruta “gloria a Dios en las alturas” y auguran “la paz en la tierra a los hombres de buena voluntad”; invitan a los pastores que vayan a Belén; salvan a la Sagrada Familia de la persecución de Herodes; rodean a Jesús después de las tentaciones de Satanás en el desierto; agitan el agua de la piscina probática; consuelan la agonía de Getsemaní; remueven la piedra sepulcral y anuncian al Resucitado.

Con mucha frecuencia comparecen en los Hechos de los Apóstoles. El mismo Jesús nos habla a menudo de ellos. Mientras el Divino Redentor acaricia los rubios rizos de los niños, nos advierte

que “sus ángeles ven siempre en el cielo el rostro del Padre”.

Y así como la Escritura nos habla de los Ángeles buenos, del mismo modo, nos pone en guardia contra los ángeles rebeldes, los demonios, los cuales, como leones rugientes nos circundan tratando de devorarnos.

1

Los Ángeles y el orden sobrenatural

Dios había creado a los Ángeles; y no conforme con haberles dado una naturaleza angélica, muy superior a la naturaleza de los demás seres creados que conocemos, los elevó al orden sobrenatural.

Eran también creaturas, y Dios los quiso elevar a la dignidad de hijos. Pero fueron sometidos a una prueba, en la que muchos, guiados por Lucifer, se rebelaron, mientras otros, siguiendo a San Miguel fueron fieles.

Los primeros fueron precipitados al infierno y son los demonios; los segundos son los Ángeles buenos, que gozan de la visión beatífica de Dios.

2

Nosotros y los Ángeles

No hay que creer que nosotros estemos separados de estas dos clases de espíritus; proviniendo todos los seres de un Ser único, Dios, nada más conveniente que su gran variedad no destruya su unión.

Y así como el espíritu humano está en contacto con la naturaleza y con sus semejantes, y sufre el influjo del mundo que lo rodea, como también el influjo de su propia carne, del mismo modo, puede entrar en comunicación con los Ángeles.

A la verdad ¿qué son muchas tentaciones, sino el influjo de los espíritus rebeldes, a los que el cristiano debe dirigir las palabras de Cristo: “Apártate, Satanás?”

No se puede negar que muchas otras tentaciones provienen de nosotros mismos, de nuestra carne, de las pasiones, y también del mundo que nos rodea; pero es asimismo verdad que el demonio nos tienta a todos nosotros como tentó a Adán en el Edén y a Jesús en el desierto, después de su ayuno de 40 días y de 40 noches.

Nosotros, hijos de Dios, somos un reproche, una condena y un remordimiento para el demonio. Mas ¡ay, cuántos desgraciadamente caen en sus redes y los siguen en la rebelión!

Afortunadamente, también los Ángeles buenos se comunican con nosotros. No solamente aman, adoran y alaban a nuestro Padre, que también es el suyo, sino que por amor al Padre, cuyos mensajeros y ministros son, nos custodian y defienden.

Nunca estamos solos; un Ángel siempre nos acompaña. ¡Sin embargo, nunca, o casi nunca pensamos en ello!

Este espíritu puro nos ama, nos sigue, ruega por nosotros, toma nuestras peticiones y nuestras obras virtuosas y las ofrece a Dios, nos inspira santos pensamientos, nos asiste aun cuando nos rebelamos contra el Padre, y, como buen hermano y fiel amigo trata de reconducirnos a Él.

Si tenemos conciencia de este hermoso don de Dios, no olvidemos nunca a nuestro Ángel. ¡Es tan bello invocarlo cuando estamos solos en su única compañía! ¡Es tan dulce confiar en su ayuda en el momento del peligro y en los combates del bien! ¡Jamás debiéramos dirigir a nadie una palabra de consejo o de admonición, sin hablar a la vez con su Ángel! A Él —como a un medio seguro— deberíamos recurrir para hablar a Dios.

La Iglesia, en el prefacio de la Misa nos invita a unirnos “a toda la milicia del ejército celestial” y a cantar con los Ángeles el himno del triunfo, diciendo perennemente: “Santo, Santo, Santo, Señor, Dios de los Ejércitos. Llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria. Hosanna en las alturas, ¡Bendito Aquél que viene en el nombre del Señor! Hosanna en las alturas”.

Los santos no olvidaron a su Ángel. Descubrimos a los Ángeles junto a las Vírgenes y a los Mártires, en el momento de la lucha. Defienden a Santa Cristina entre los tormentos. A ellos apela Inés cuando responde al Prefecto de Roma que la amenazaba de muerte, que no temía porque tenía consigo a un Ángel, uno de los ministros de su Esposo Jesús, dispuesto a defenderla. Santa Francisca Romana veía siempre junto a sí a su Custodio celeste, la Beata Ángela de Foligno, en su áureo Libro de las visiones y consolaciones Admirables, se goza de la presencia de los Ángeles, los cuales con su aspecto le infundían una plácida y reposada alegría; y San Luis Gonzaga, habiendo

sido interrogado por qué al caminar por las calles se mantenía algo separado del muro, respondió: “Para dejar lugar a mi Ángel”.

No dejemos a los Ángeles librados a la fantasía de los pintores, que los materializan en nombre del arte o al canto de los poetas que se extasían con su aspecto fulgurante o con su vestimenta de nieve. Imitemos, más bien, a Santa Gema Galgani, que profesaba gran devoción a su Ángel.

Esta Virgen lucense decía: “Jesús no me deja nunca sola, sino que hace que esté siempre conmigo el Ángel Custodio”. Y junto con su Ángel gritaba a porfía: “¡Viva Jesús!...” y Jesús se mostraba muy contento. A menudo conversaba con su Ángel de esta manera: “Querido Ángel, ¡cómo te quiero!... Tú me enseñas a ser buena, a conservarme humilde y a complacer a Jesús”; o si no, le daba este dulce encargo: “¡Salúdame a Jesús!”

Dirá algún pedante espíritu fuerte: ¡Éstas son papillas aderezadas para simples!

— ¿Cómo? Me parece, sin embargo, que, si tenemos fe, no podemos descuidar a nuestro Ángel Custodio; debemos —mediante su ayuda— recurrir a Jesús; debemos recitar con mayor atención, pensando en el Ángel bueno que nos acompaña, nuestro *Angele Dei*: “Ángel de Dios, bajo cuya custodia me puso el Señor; a mí que soy vuestro encomendado —por la bondad del Padre común—, alumbradme, regidme y gobernadme”.

Si nos asemejásemos al que tiene abiertos los ojos solamente a la luz del día, a las cosas sensibles, y nos pareciese penetrar en una noche oscura cuando la fe nos habla de Ángeles, sería entonces el caso de responder: —No temas, ¡hermano!, las “tinieblas de la fe” son tinieblas fecundas; como sólo a la noche se pueden contemplar los millares y millares de soles, que son las estrellas, así sólo con la fe se pueden descubrir los esplendores del cielo de Dios, nuestros Ángeles.

Mas ¡ay!, el caso es otro. No se piensa, o no se cree en los Ángeles, porque se tienen puestos los ojos en el fango.

Miremos hacia arriba. ¡En las alturas brillan las estrellas!

Continuará...

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI – EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO – CAPÍTULO QUINTO – EL HECHO DE LA CAÍDA – CONTINUACIÓN...

Publicado el [Lunes 13 agosto 2012](#) por [Fabian Vazquez](#)

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI

EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO

Libro de estudio y de meditación, no sólo para hombres pequeños, sino también para hombres grandes, no para ser leído en el tren o en medio del bullicio, sino en el silencio y el recogimiento, palabra por palabra, sin saltar de una página a otra, como lo haría el hermano Mosca del Convento de San Francisco.

Capítulo Quinto

EL HECHO DE LA CAÍDA

Continuación...

II

LA CAÍDA DEL HOMBRE

La primera página de la historia de la humanidad es, en parte, semejante a la historia de los Ángeles.

Aquí también existe la creación, la elevación al orden sobrenatural, la caída y el castigo; sólo que —a diferencia de los Ángeles— tenemos la promesa de la redención y la reparación.

Exponemos el dogma con toda la sencillez que requiere el catecismo, sin perdernos en discusiones exegéticas acerca del primer capítulo del Génesis ni en disquisiciones teóricas.

La enunciación desnuda del dogma bastará para responder, ya sea a las objeciones del que se escandaliza de la transmisión del pecado original y no comprende por qué nosotros debemos ser castigados por una culpa no personal; ya también para responder al estupor que provoca en algunos el hecho de que una fruta, una mísera fruta, comida por Adán y Eva, haya producido consecuencias tan desastrosas.

Todas estas dificultades derivan del hecho de no considerar orgánicamente el dogma católico y de no conocer con exactitud qué es el orden sobrenatural. Después de lo que hemos dicho en los capítulos precedentes, no resultará difícil captar el verdadero sentido del dato revelado.

El hombre elevado y el hombre caído

En las *Preces* de Santa Catalina de Siena encuentro una advertencia magnífica, que sugiere un parangón.

La humanidad es semejante a un árbol; y nuestros progenitores son ese árbol primitivo en su germen, en sus raíces, en su origen. De los mismos debían provenir flores y frutos y otros innumerables árboles, que constituyen la actual flora de la familia humana.

Acerquémonos al primitivo árbol de la humanidad, para estudiar su historia. Es evidente que la ruina de este árbol, o, si se quiere, de este germen, debía significar la ruina de toda la flora sucesiva, de modo que ningún árbol —de suyo— hubiera podido después ser producido sin el estigma del virus originario.

Si la fuente está envenenada, se envenena todo el curso de las aguas, con sus arroyuelos y sus ramificaciones. Así, el gran río de la humanidad, estando contaminado en su fuente, inexorablemente sufre las consecuencias para siempre.

Es lo que sucedió. Dios creó a nuestros progenitores y demostró en ese árbol su infinita bondad.

A la verdad, podemos distinguir en el hombre, tal como lo quería Dios, tres categorías de bienes:

a) Ante todo, Adán y Eva tuvieron los bienes correspondientes a su naturaleza humana, es decir, un cuerpo y un alma, con la razón y con la libertad de querer. Estos bienes, siendo debidos al hombre en cuanto hombre, se llaman ***dones naturales***.

Dios no estaba obligado a darnos nada más, y si hubiéramos sido dejados en el orden natural, nuestro árbol hubiera tenido las flores y los frutos de una actividad puramente humana.

b) Pero, como ya lo anotamos, Dios, únicamente por su amor quiso elevarnos a un orden superior a nuestra naturaleza, o, para decirlo con la eficaz expresión de Santa Catalina, nos ha injertado en Él. No quiso que los árboles de la gran floresta tuviesen sólo un hálito de vida humana; quiso que ese hálito fuese divinizado; quiso que fuéramos sus hijos; y quiso también que al paraíso de la eternidad correspondiese el paraíso de la tierra.

Por eso Adán y Eva, además de los dones de la naturaleza, tuvieron los **dones sobrenaturales**, entre los cuales es el primero la gracia santificante y habitual.

c) No contento con esto, el Señor añadió al primitivo árbol divinizado una tercera categoría de bienes: los **dones preternaturales**, ya que la humanidad estaría sustraída al dolor y a la enfermedad, a la tiranía de las pasiones o concupiscencia, a la ignorancia y a la muerte.

Por sí solos, esta última clase de dones no divinizan al hombre, y, si no fueran acompañados por la gracia, nos perfeccionarían, sí, más allá de lo que naturalmente concierne al hombre como compuesto de materia y sujeto a la corrupción, pero nos dejarían en el orden puramente humano.

Por lo tanto, no pueden ser definidos, al menos en sentido propio, dones sobrenaturales, como por otra parte, no siendo esencialmente debidos a nuestra naturaleza, no son tampoco dones naturales. Son *praeter*, esto es, fuera de la exigencia de nuestra naturaleza, aun cuando no la superen ni la eleven a otro orden.

Tal era el primer árbol humano en su belleza. Y Dios había unido en el primer germen los dones, sobrenaturales y preternaturales de tal manera que nuestros progenitores, transfundiendo en los hijos la naturaleza, habrían transfundido también en ellos la gracia, la incorruptibilidad, la exención de la concupiscencia y de la ignorancia, la inmortalidad.

Adán y Eva no representaban solamente a sí mismos, sino a todos los árboles de la floresta, que de ellos hubiesen provenido; y Adán, como cabeza también de Eva y padre del género humano, era el verdadero y primario custodio y depositario de todos los dones sublimes otorgados por Dios, para ser transmitidos a todos sus descendientes.

En tal condición, pues, nuestros progenitores fueron sometidos a prueba, esto es, a un acto de homenaje, de obediencia, de devoción a Dios, a un acto de amor al Amor supremo, que tanto los había beneficiado.

Si hubiesen obedecido, reconociendo a su Dios, no sólo ellos, sino todos sus descendientes habrían tenido las tres clases de bienes mencionados; si se rebelaban, Dios habría dejado a la humanidad los dones de la naturaleza, pero —precisamente porque el hombre se rebelaba contra Dios— habría quitado al primer árbol —y por consiguiente a todos los otros— los dones sobrenaturales y preternaturales, a los que no tenía ningún derecho el hombre.

Como lo sabemos, Adán y Eva cayeron al comer la fruta prohibida. El árbol de la humanidad, cuya raíz llevaba la savia de la gracia y de la inmortalidad, roto el vínculo santificador por la culpa sugerida por la serpiente infernal, ya no estuvo injertado en Dios; perdió la savia divina de la gracia santificante y de los otros bienes preternaturales, y quedó solamente con el alimento que le

ofrecía la tierra árida, como la planta despojada del Paraíso terrestre de Dante.

Después de la culpa Adán y Eva, y los árboles por ellos engendrados, hubieran tenido siempre la naturaleza humana, pero no los dones de la sobrenaturaleza, ni de la preternaturaleza.

El poeta lombardo, el gran Manzoni, en su himno *Il Natale*, compara al hombre caído al

... masso che dal vertice

Di lunga erta montana

Abbandonato all'impeto

Di rumorosa frana,

Per lo scheggiato calle,

Precipitando a valle,

Batte sul fondo e sta.

He aquí lo que es el pecado original, con el que nacen todos los hijos de Adán. El pecado original no incluye una ofensa personal nuestra contra Dios —esto es, hecha por nosotros con un acto libre—, sino que consiste únicamente, al menos de acuerdo a la más probable opinión, en la privación de la gracia, que por divina voluntad debíamos tener desde el origen, y por consiguiente, en la privación de la posibilidad de la visión beatífica de Dios.

Adán y Eva nos transmitieron una naturaleza que debía haber tenido la gracia, y que en cambio ya no la tiene.

Se dirá: si Dios no nos hubiese elevado al orden sobrenatural, todos naceríamos sin gracia; como asimismo, naceríamos sin pecado original. ¿Cómo puede entonces afirmarse que el pecado original consiste solamente en la privación de la gracia?

Respondo: si examino a un agricultor que trabaja en el campo, hallo que ignora la geometría; no tiene la menor idea de lo que es el teorema de Pitágoras; en él hay falta de ciencia. Sin embargo, no lo condeno; su ignorancia es una negación de ciencia que él no tenía que tener y nada más. En

cambio, si examino a un estudiante que se presenta a los exámenes, y de matemáticas y geometría sabe tanto como el campesino, su falta de ciencia ya no es una simple negación, es la privación de una dote que debería tener y no la posee por su negligencia. Por eso lo aplazo con toda razón.

De idéntica manera, en un orden puramente natural, el hecho de nacer sin gracia no sonaría a condena, como no suena a reproche la negación de ciencia en el agricultor; pero los hijos de Adán reciben una naturaleza que debería estar revestida de gracia, y, en cambio, está privada de ella. La diferencia es enorme y esencial.

Así se entiende cómo San Pablo pueda afirmar de nosotros que por naturaleza nacemos “hijos de ira”; nuestra naturaleza, por su privación de la gracia, carece de un don que debería tener y que no tiene, por culpa de su cabeza; carece del soplo sobrenatural de Dios, de la vestidura de la inocencia original, de la vida divina participada, en otras palabras, ya no es una naturaleza divinizada, sino una naturaleza caída.

En este sentido, como nos enseña San Pablo y lo proclama el Concilio de Trento, el pecado original tiene una verdadera y propia razón de pecado, no porque sea una culpa personal nuestra derivada de nuestra voluntad, sino porque es el pecado de la naturaleza, que participamos de Adán.

¡Qué luminosa se hace entonces la promesa, en el paraíso terrenal, del Redentor, el anuncio inicial del dogma de la Encarnación! El hombre, caído del orden sobrenatural (y no sólo privado de los bienes preternaturales, que Dios ya no quiso conceder a la humanidad), con sus solas fuerzas de naturaleza no hubiera podido jamás reconquistar las alturas perdidas.

Nuestro ingenio, la buena voluntad, todas nuestras lágrimas, los actos de heroísmo más elevado y de abnegación más exquisita, tienen un valor natural y nunca hubieran podido merecer la gracia y los dones de lo sobrenatural.

El peñasco, vuelve a cantar el poeta lombardo:

Là dove cadde, immobile

Giace in sua lenta mole

Nè per mutar di secoli

Fia che riveggia il sole

Della sua cima antica,

Se una virtude amica

In alto nol trarrà.

Entonces al “misero figliuol del fallo primo” (al mísero hijo del primer error), Dios le prometió la redención. El mismo Dios se encarnará, y vivificará el árbol carcomido de nuestra naturaleza humana.

El pecado, que consiste en la separación del hombre y de Dios, va a ser reparado por la unión de Dios con el hombre, unión personal o hipostática en la Encarnación del Verbo y unión mediante la gracia en los que tendrán la nueva vida por el Verbo Encarnado.

A esta altura, no puedo menos que reproducir una página de Santa Catalina, ya que nadie mejor que nuestros místicos expresa el dogma revelado y las más sublimes especulaciones de la teología de Santo Tomás de Aquino. Continuando el parangón del árbol, así reza Santa Catalina:

“Por lo cual Tú, altísima y eterna Trinidad, como embriagada de amor y loca por tu creatura, viendo que este árbol no podía producir más que fruto de muerte, por estar separado de Ti, que eres vida, le otorgaste el remedio, con el mismo amor con el cual lo creaste, injertando tu Deidad en el árbol muerto de nuestra humanidad. ¡Oh dulce y suave injerto! Tú, suma dulzura, te has dignado unirme con nuestra amargura. Tú, esplendor, con las tinieblas. Tú, sabiduría, con la estulticia. Tú, vida, con la muerte. Tú, infinito, con nosotros finitos. ¿Quién te constriña a esta unión con tu creatura para darle la vida, habiéndote hecho ella tanta injuria? Solamente el amor, y por virtud de ese injerto se disipó la muerte. ¿Bastó a tu caridad haber realizado esta unión? No bastó; sino que Tú, Verbo eterno, regaste el árbol con tu sangre. Esa sangre hace germinar con su calor al árbol, si el hombre libremente se injerta a Ti, si une y ata a Ti su corazón y su afecto, atando y fajando este injerto con la venda de la caridad y siguiendo tu doctrina”.

2

Objeciones y respuestas

¿Es acaso necesario refutar, después de esta simple exposición, las dificultades que habitualmente se promueven contra la doctrina del pecado original? No lo creo, porque carecen de importancia.

Se arguye: “¿por una manzana debía ser tan enormemente castigada toda la humanidad?” ¡Y no se reflexiona, que no se trataba de una fruta, sino de muy distinta cosa!

También en la Edad Media, cuando las ciudades se hallaban rodeadas de murallas, el emperador que ponía sitio y vencía a una de ellas, exigía que se le entregaran, en señal de homenaje, las llaves de la ciudad expugnada; pero a nadie se le ocurría esta objeción: “¿Cómo? ¿Se hizo la guerra por un manojo de llaves? ¡Id al herrero que os dará llaves en abundancia!” Nadie osaría pronunciar semejante necesidad.

Las llaves —y en nuestro caso el fruto prohibido— significaban un acto de sujeción, cuyo valor no puede ser confundido con un poco de hierro o con la manzana, tanto más, cuanto que abstenerse del fruto de un solo árbol, en medio de la riqueza del paraíso terrestre, no debía resultar tan difícil.

La prueba, por lo tanto, a la que nuestros progenitores fueron sometidos por Dios, si era grave por el precepto y por la materia del precepto —o sea por la obediencia— no era grave por la dificultad de observarla; y por esto, Adán y Eva no hallaron una excusa que valiera para su pecado.

Más aun: a los que objetan que no es justo que nosotros suframos por una culpa no nuestra, después de lo dicho ya no resulta ardua la respuesta.

Supongamos —escribe Santo Tomás en su *Compendium Theologiæ*— que un rey cede a un vasallo suyo un feudo para él y para toda su descendencia, pero con la condición de que el vasallo no le escatime un acto de fidelidad. Si el vasallo obedece, poseerá para siempre el feudo recibido y lo podrá legar a su posteridad. Pero si falta a la fidelidad, el rey le quita a él y a su posteridad el feudo cedido.

Ningún hijo del vasallo rebelde podrá decir que el rey fue injusto, porque, aparte de otros motivos, ninguno de ellos tenía el derecho de poseer el feudo.

Eso es lo sucedido con Adán y nosotros. No un feudo, sino dones sobrenaturales y preternaturales habían sido concedidos a nuestros progenitores, con una condición; esta condición fue por ellos quebrantada y nosotros sufrimos las consecuencias. Por otro lado, los hijos, aun hoy, ¿no sufren las consecuencias de las culpas o de los méritos de los padres? La humanidad no es un acervo de átomos y de individuos desvinculados, sino una unidad orgánica, donde el bien de uno es el bien de todos y el mal de uno repercute en todo el organismo social.

Por último, si alguien insistiese, se admirase o quisiese irritarse contra nuestros progenitores, por haber renunciado, por una fruta, a la vida sobrenatural, sería el caso de invitarlo a ponerse una mano sobre el corazón e interrogar a su conciencia: —¿acaso yo no renuncio a los mismos bienes, de un valor infinito, por una bagatela y una insignificancia? ¿Cuántos pecados mortales no he

cometido por menos de una manzana? ¡Cuántas primogenituras vendidas por un plato de lentejas!

Esta última reflexión pide que añadamos unas palabras sobre nuestros pecados personales, sobre las culpas de cada uno de los descendientes de Adán y Eva.

Continuará...

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI: EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO: CAPÍTULO QUINTO: EL HECHO DE LA CAÍDA – CONTINUACIÓN...

Publicado el [Lunes 20 agosto 2012](#) por [Fabian Vazquez](#)

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI

EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO

Libro de estudio y de meditación, no sólo para hombres pequeños, sino también para hombres grandes, no para ser leído en el tren o en medio del bullicio, sino en el silencio y el recogimiento, palabra por palabra, sin saltar de una página a otra, como lo haría el hermano Mosca del Convento de San Francisco.

Capítulo Quinto

EL HECHO DE LA CAÍDA

Continuación...

III

EL PECADO

Es notorio que nuestros pecados pueden ser mortales o veniales, según sean transgresiones graves o ligeras de la ley moral; sábese también, que para que haya pecado mortal se requiere: a) materia grave; b) plena advertencia; c) perfecto consentimiento; por último, nadie ignora que sólo el pecado mortal nos quita la gracia santificante, y se llama mortal, precisamente porque da la muerte a nuestras almas privándolas del principio de su vida sobrenatural.

Pero, quizás, no sea igualmente conocida la naturaleza, y por lo mismo, la enormidad de nuestros pecados personales, que es menester distinguirlos del pecado original, ya que no tenemos de este

último una responsabilidad personal (tan grande es esta diferencia que un niño que muere sin el bautismo, aunque no alcanza la visión de Dios, no va al infierno).

Para comprender lo que es el pecado, hay que partir del hecho de que Dios, el Ser perfectísimo, ha creado todos los seres, y que estos seres, por su misma naturaleza, tienen entre sí y con Dios ciertas relaciones que constituyen el orden.

El pecado no es otra cosa que la ruptura de este orden querido por Dios.

Así, por ejemplo, la blasfemia es un pecado, porque el orden exige que la creatura adore y alabe al Creador; en cambio, el blasfemo insulta a su Dios.

La impureza y la desobediencia son pecados, porque hieren el orden. Y así puede decirse de toda culpa. Toda culpa es esencialmente desorden.

1

La gravedad del pecado

Semejante desorden lo podemos considerar bajo tres aspectos:

a) Bajo el aspecto del *sujeto*, o sea del hombre que rompe la armonía: y aquí tenemos *el grado de responsabilidad* de la conciencia culpable, y, por consiguiente, la pena íntima del remordimiento, proporcionada a la culpabilidad subjetiva del individuo.

En este sentido es exacto que el vicio lleva consigo su castigo, como la virtud tiene inmanente en sí su premio.

b) Bajo el aspecto de las *cosas*, o sea del *orden trastornado*; y aquí surge el problema del mal, cuya solución consiste en que Dios permite el mal (que siempre se funda en algún bien, como quiera que el mal puro sería la nada), porque del desorden que nosotros causamos culpablemente, Él sabe sacar el bien.

Don Rodrigo es culpable induciendo al Innominado a raptar a Lucía, como Nerón es culpable persiguiendo a los cristianos: pero Dios se vale del mal producido por el primero para la conversión del mismo Innominado, y de la sangre derramada por los cristianos para la conversión

del mundo.

En otros términos: la Providencia, no obstante el desorden subjetivo —que no quiere en las cosas que gobierna, sino permite— saca siempre el orden.

c) Bajo el aspecto de **Dios**, ya que, todo el que quebranta el orden querido por Dios, en último análisis se rebela contra el Creador del orden.

Es verdad que un ladrón puede robar, no para ofender a Dios, sino por amor a la riqueza ajena; pero obrando así, como no respeta la voluntad divina, ofende a Dios.

Aun más, cualquier pecado implica la negación de la sujeción a Dios, y casi atenta contra Él mismo, que es orden absoluto. Y todo esto vale, tanto en el orden natural como en el sobrenatural.

¿Cuál es entonces la gravedad de un pecado mortal?

a) Bajo el primer aspecto, el pecado tiene una gravedad **finita**, ya que nuestra responsabilidad es siempre limitada; nuestro acto es finito.

b) En el segundo caso, la gravedad es **indefinida**, ya que todo mal cometido puede compararse a una piedrecita lanzada al lago de la sociedad, que produce ondas concéntricas que se van extendiendo más y más.

El efecto de un mal ejemplo no se limita al que lo recibe, sino que ejerce un influjo indefinidamente vasto. Pero también aquí nos hallamos frente a una gravedad limitada.

c) En cambio, bajo el tercer aspecto, la gravedad de un pecado mortal es **infinita**.

La demostración nos la da SANTO TOMAS, con su habitual claridad. *La gravedad de una culpa* —nota el gran Doctor— *se mide por la dignidad de la persona ofendida*.

Así, por ejemplo —este comentario, para salvar equivocaciones, es mío— Bertoldino, estando bajo las armas, cuándo trató de “cretino” a un compañero suyo, simple soldado como él, no fue castigado; cuando repitió la insolencia a su cabo, tuvo diez días de arresto; cuando se lo dijo al sargento, tuvo prisión mayor; y habiéndolo repetido al teniente, al coronel, al general y al rey, fueron los castigos en escala ascendente.

Bertoldino protestaba y razonaba de esta manera: Mi culpa es siempre idéntica; nunca digo más que esta palabra: “cretino”. Entonces, ¿por qué esta diversidad de penas y castigos? ¡Esto es una flagrante injusticia!

Siendo, como era, un Bertoldino, no caía en la cuenta de que la gravedad de la ofensa se deduce, sobre todo, de la dignidad de la persona injuriada; y, sin embargo, la cosa es bien clara.

Ahora bien, cuando cometemos un pecado, el ofendido es un Dios, de una dignidad infinita.

Por eso, también la gravedad del pecado es, en cierto modo, infinita.

Y esto, entre otros motivos, explica la eternidad del infierno, pues a una culpa de gravedad infinita, corresponde una pena eterna.

2

Estado del pecador

De lo dicho, aparece lo trágico de la condición del hombre pecador.

Por un lado, habiendo sido creado por Dios y destinado a ser su hijo, el hombre tiende a Dios; por otro, con el pecado tiene que saldar una deuda de gravedad infinita y ha perdido una gracia que no pertenece al orden natural, sino que supera todas las fuerzas de la naturaleza.

Por consiguiente, el hombre pecador se asemeja a un águila que quiere volar hacia el sol, pero a la que le fueron cortadas las alas.

Santa Catalina, siempre genial, en el *Libro de la divina doctrina*, trae un pensamiento felicísimo.

Entre el cielo y la tierra, entre el hombre y Dios hay un puente y el pecado lo ha hecho volar. Después de la rotura de este puente por la culpa de Adán en relación a la humanidad, y por culpa de cualquier pecado nuestro mortal en relación a nosotros, somos impotentes para obtener el perdón y volver a unir el cielo con la tierra. Y entonces nos volvemos hacia las cosas creadas para amarlas y poseerlas fuera de Dios y en contra de Dios.

“Estas cosas creadas se asemejan a las aguas que continuamente corren, y el hombre es arrastrado como lo son las aguas. El hombre cree que pasan las cosas creadas que ama; y es él el que continuamente se precipita hacia la muerte. Quisiera detener su propia existencia, y las cosas que ama, pero todo huye”, y corre a “la eterna condenación”.

¿Debemos entonces desesperarnos? No, que el Señor decía a la Santa:

“De mi Hijo he hecho un puente para que todos vosotros podáis llegar a vuestro fin. Contempla el puente de mi Unigénito Hijo y verás cómo su grandeza se extiende desde el cielo a la tierra, habiendo unido con la grandeza de la Deidad la tierra de vuestra humanidad... Este puente está levantado en alto y no está separado de la tierra. ¿Sabes cuándo fue levantado? Cuando fue levantado sobre el madero de la santísima Cruz, no separándose más la naturaleza divina de la bajeza de la tierra de vuestra humanidad...”

Volvamos ahora la mirada alegre a este puente de vida: a Jesucristo, rey de la historia.

RECAPITULACIÓN

En la escala de los seres —desde la materia hasta Dios— se encuentran el Ángel y el hombre. La historia tanto de los Ángeles como la del hombre, preséntanos su elevación al estado sobrenatural y su caída.

1. En cuanto a los Ángeles, no todos cayeron. Los rebeldes fueron condenados al infierno y son los demonios, que nos asaltan, con las tentaciones. En cambio los Ángeles, fieles a la prueba, son eternamente bienaventurados en la felicidad sobrenatural y muchos de ellos son nuestros custodios. Debemos rechazar los ataques de los primeros, y en cambio recurrir e invocar a los Ángeles Custodios.

2. También el hombre fue creado, elevado al orden sobrenatural y sometido a una prueba.

Nuestros progenitores representaban a toda la humanidad y tenían tres clases de dones: **a)** naturales; **b)** preternaturales; **c)** sobrenaturales.

Habiéndose rebelado contra Dios, perdieron para sí y para toda su descendencia los dones preternaturales y sobrenaturales. De aquí que nosotros nazcamos con el pecado original, o sea, sin la gracia que debíamos haber tenido. Venimos así al mundo, no con una naturaleza divinizada, sino

con una naturaleza caída.

3. La gravedad del pecado de los progenitores y de todo pecado grave, si es finita bajo el aspecto del sujeto y es indefinida con relación a los efectos, resulta infinita con respecto a Dios.

En realidad, la gravedad de una culpa guarda proporción con la dignidad de la persona ofendida; y siendo Dios —esto es, el Infinito— la persona ofendida, es evidente que la gravedad de un pecado mortal es en cierta manera infinita.

Por consiguiente, el hombre caído se hallaba imposibilitado de reparar adecuadamente el mal hecho y sus desastrosas consecuencias, ya que no hay proporción entre sus fuerzas finitas por un lado, y la gravedad del pecado, como también, por otro, el orden sobrenatural perdido.

El Redentor prometido da la solución del problema.

Por esto, el Redentor resulta el centro de la historia.

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI – EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO – CAPÍTULO SEXTO – CRISTO EN LA HISTORIA

Publicado el [Lunes 27 agosto 2012](#) por [Fabian Vazquez](#)

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI

EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO

Libro de estudio y de meditación, no sólo para hombres pequeños, sino también para hombres grandes, no para ser leído en el tren o en medio del bullicio, sino en el silencio y el recogimiento, palabra por palabra, sin saltar de una página a otra, como lo haría el hermano Mosca del Convento de San Francisco.

Capítulo Sexto

CRISTO EN LA HISTORIA

Al trazar las grandes líneas de la vida cristiana para un joven de su aprecio, escribo Lacordaire:

“¿Nunca habéis advertido en el curso de vuestros estudios clásicos, la magia incomprensible y divina de la historia? ¿Por qué Grecia es para nosotros una patria que nunca muere? ¿Por qué Roma, con sus tribunos y con sus guerras, aún nos sirve de enseñanza con su invencible imagen y

domina todavía con su extinta grandeza una posteridad que no es la suya? ¿Por qué los nombres de Milcíades y de Temístocles, por qué los campos de Maratón y las aguas de Salamina, lejos de ser tumbas caídas en el olvido, pertenecen a nuestra edad, son coronas entretejidas ayer, son aplausos que aún resuenan en nuestros oídos y conmueven nuestras entrañas? Doquiera me vuelva no puedo sobreponerme a su influjo; soy Ateniese, soy Romano; me detengo junto al Partenón y oigo en silencio —a los pies de la Roca Tarpeya— a Cicerón que me habla y me conmueve. Y es la historia la que hace todo esto”.

Todo hombre culto aplaude a Lacordaire. Sólo el bruto carece de historia. Sentimos a nuestras espaldas los milenios del pasado, que nos empujan hacia adelante; y tenemos conciencia de preparar con nuestros libres esfuerzos el porvenir que ha de suceder a nuestra época. El eco de las cosas pretéritas repercute en la conciencia humana; y el individuo, el pequeño y minúsculo ser, sabe que es una nota en el gran canto de la humanidad.

¿Es un canto la historia de la humanidad? ¿Tiene un sentido, un valor y un precio?

Los pesimistas a lo Schopenhauer responden que no, y han llegado a la conclusión de que la historia es el inmenso manicomio, agitado y convulso, de los pobres locos que se llaman hombres. Rarezas y ridiculeces, odios y amores, besos y puñetazos, tentativas de construcción y guerras y matanzas y exterminios con su cortejo de locuras, son los constitutivos de la historia. Por eso han negado a Dios. Si Dios existiera, no sería más que el creador y el director de un manicomio.

El que admite a Dios, se rebela contra semejante juicio superficial de los acontecimientos históricos, que se detiene frente al desorden aparente y no sabe apreciar su significado.

Frente a un campo de batalla donde la lucha se hace feroz, si nos detuviésemos ante cada episodio y detalle menor, tomados aisladamente, llegaríamos a la conclusión de que asistimos a escenas carentes de toda racionabilidad. Pero si pasamos de los detalles mínimos a considerar la unidad del plan que desarrolla el general, entonces el pretendido manicomio resulta la actuación de un pensamiento único y se manifiesta su valor profundo.

Es lo que sucede en el estudio de la historia. No podemos encerrarnos en el instante que pasa o en nuestro pequeño yo, sino que sentimos el deber de abrazar las vicisitudes de los siglos transcurridos, el momento presente y las esperanzas del futuro.

Recapacitando en qué forma debe el cristiano concebir la historia, haremos una comprobación: doquiera nos volvamos, doquiera posemos la mirada, aparece ante nosotros, envuelto en los resplandores de vívida luz —ofuscada a veces por la nube de los prejuicios o de nuestra ceguera— la figura de Jesucristo.

Al claror de esta luz aprenderemos a comprender los acontecimientos, y —al decir de Francisco Acri— en Cristo veremos resueltos los enigmas no sólo de la naturaleza y del pensamiento, sino también de la historia.

1

El concepto cristiano de la historia

¿Qué es la historia?

Cada uno de nosotros desenvuelve libremente en este mundo su actividad individual. Cada individuo es como una planta en la que crecen las hojas, las flores y los frutos de sus acciones; o mejor dicho, es como una fuentecilla de la que mana un arroyuelo de agua.

El conjunto de esos arroyuelos, el cúmulo de esas ondas individuales, forman el gran océano de la historia, acrecido a cada instante por las aguas que incesantemente se vuelcan en él.

Cuando se ha cumplido una acción, cuando una onda se ha unido orgánicamente con las restantes, el efecto subsiguiente ya no depende de nosotros, es la resultante del nuevo acto y la historia precedente.

Ahora bien: si creemos en Dios, si admitimos que Dios es el que creó a todos los seres, el que gobierna y todo lo provee, nos vemos forzados a suscribir estas conclusiones:

a) La historia no se desenvuelve caprichosa e irracionalmente. El hombre se agita —afirma Fenelon— pero Dios lo conduce, respetando, con todo, la libertad humana. La Providencia no sólo asiste a cada individuo, sino también, y mucho más, a la resultante de todas las acciones individuales, que constituye precisamente la historia.

Dicho en otra forma, en la historia debe existir un orden, un pensamiento, un sentido, aun a través del mal, de los errores y de las culpas de los individuos y de los pueblos.

Dios se sirve del mal —explica San Agustín— para sacar el bien. Por eso, cuando contemplamos los suplicios injustos y la muerte de Cristo, no decimos: “la historia es irracional”, porque del mal, del dolor, de la iniquidad de Judas y de los crucificadores, sírvese Dios para salvar al mundo.

Cuando observamos los primeros pasos de la civilización, no nos limitamos a consignar los defectos, sino que buscamos el nexo entre ese principio y los ulteriores desenvolvimientos, o mejor, el nexo entre aquella aurora borrascosa y la civilización humana.

b) Para explicar el orden de la historia y para estar seguros de él no basta el hombre; se requiere Dios.

Es muy cierto, como lo observan los idealistas contemporáneos, que la historia es obra de los hombres; pero también la casa es obra de los albañiles y un libro se compone de letras. Quitad los ladrillos de una casa y la casa desaparece. Pero la casa es algo más y distinto de los ladrillos y de la obra de los albañiles, en cuanto realiza una idea, el plano del arquitecto, a cuyo desarrollo han contribuido los albañiles y los ladrillos; y el libro es algo más que los caracteres tipográficos y las palabras que lo componen, en cuanto expresa un pensamiento que es el principio vivificador de las letras materiales de que consta.

Así sucede en la historia. Resulta de las acciones humanas; pero es algo más que ellas; es la realización del plan providencial de Dios, a través del libre concurso de los trabajadores, esto es, de todos los hombres.

¡Pobres de nosotros si la historia fuese solamente obra de los hombres! ¡Caeríamos en el caos completo!

Todavía más; los individuos tienen tan pocos méritos en lo que respecta a la historia, que nadie, al cumplir una acción, conoce el valor que tendrá en el tejido de los acontecimientos históricos.

¿Quién puede prever los efectos de un acto cualquiera? Sólo el dedo de Dios coordina cada arroyuelo en el vasto mar, que tiene su voz admirable, que no se ha de confundir con la voz de los pequeños mortales.

c) Luego, si la historia tiene un sentido, y éste aparece bien claro de las intenciones que mueven a cada uno a obrar, ¿cuál es el significado de la historia? ¿Cuál es su idea inspiradora, que la vivifica y que sintetiza todos los actos de los individuos, de las generaciones, de los pueblos, en una grandiosa y solemne unidad?

Es evidente que habiendo elevado Dios al hombre al estado sobrenatural, la actividad humana, desembocando en el mar de la historia, debe tener esta característica. La naturaleza no basta para explicar la historia; es necesario lo sobrenatural, que, conforme lo hemos visto, no destruye la actividad natural, sino que la eleva y la diviniza. El cristiano que pretendiera explicar e interpretar los acontecimientos históricos prescindiendo de lo sobrenatural, renegaría de su fe.

Obsérvese bien, para evitar equivocaciones, que —como lo demostré en mi obrita: *Primi lineamenti di pedagogía cristiana*— nuestro concepto cristiano de la historia, no es inferior, sino superior al concepto idealista o positivista de ella.

Cuando estudiamos la historia, comenzamos por establecer los hechos, para buscar e interpretar los documentos. Y de esa multiplicidad de noticias, llegamos a su síntesis, eslabonando todos los acontecimientos que han precedido o seguido al período estudiado, porque sabemos que el valor de un hecho depende no sólo de lo que es el hecho en sí mismo, sino también de su conexión con los demás hechos.

Pero no podemos detenernos en el significado natural del hecho. Ese aspecto es un escalón necesario para subir; pero no es el último de la escala. Cualquiera sea el momento de la historia, posee otro significado cuando lo consideramos en relación a lo sobrenatural.

d) Y ahora, he aquí nuestra tesis que trataremos de aclarar: El verdadero dominador de la historia y su última meta es Jesucristo.

Desde San Pablo a San Agustín, desde Bossuet a Vito Pornari, Cristo es saludado como el orden y la verdad de todas las cosas, cada una de las cuales coopera a su plan; Él es la perfección de todo, es la ley suprema a la que anhelamos, es el tipo en el que se amoldan las criaturas, el signo al que aspiran, el íntimo significado que contienen.

En el seno de la humanidad, no sólo observada en la exterioridad de los acontecimientos, sino en la intimidad de sus aspiraciones y de sus arranques, de sus caídas y de sus resurgimientos, en su cultura y en su vida, en todo está presente Jesucristo como principio, centro y fin de toda la historia.

Esta tesis es esencial no sólo para la visión y el estudio de la historia, sino también para nuestro comportamiento práctico. Si la tesis es verdadera, descubriremos en lugar elevado y glorioso la divina Persona del Maestro, en todo hecho de la historia, aun allá donde otros sólo ven el desorden; y todo acontecimiento escribirá al pie esta divisa que leemos en las catacumbas de Nápoles: ***Jesucristo es el vencedor.***

2

Jesucristo y el pueblo hebreo

Entremos, pues, por un instante en la biblioteca de la historia, en esta inmensa biblioteca rica en volúmenes.

Todo pueblo, toda edad, ha escrito uno con sus gestas, con sus lágrimas y a menudo con su sangre.

Los volúmenes vanse agregando a los volúmenes y así ha de continuar hasta la consumación de los siglos.

La parte de la biblioteca que no puede suscitar dudas de ninguna suerte respecto de nuestra tesis, se refiere a un pueblo singular, a una nación privilegiada, asistida de un modo sobrenatural por Dios: el pueblo hebreo.

Cristo es el centro de la historia de este pueblo.

Todos los hechos, todos los acontecimientos, toda su vida entera se refieren al Esperado de los pueblos, al Mesías. La edad de los Patriarcas; la edad de los milagros, de Moisés a Samuel; la edad de la profecía, de Samuel a Jeremías; la edad de las súplicas, desde Jeremías hasta la venida del Redentor, son la preparación de Jesucristo.

La historia profana, civil y exterior del pueblo hebreo —como lo ha demostrado luminosamente Fornari— se armoniza y sirve de envoltura y de sostén al progreso de la historia sagrada, religiosa, interior; sentimos avanzar a Cristo en la transformación de Israel en pueblo por obra de Moisés, y en nación por obra de Josué, y finalmente en Estado con la fundación del reino preparado por los Jueces y renovado después del destierro de Babilonia por obra de Esdras y Nehemías.

“Viene al mundo, como llega hasta nosotros una persona, cuyos pasos ya hemos escuchado anteriormente. El rumor de su venida fue débil al principio, como suele ser todo rumor que viene desde lejos, mas luego se lo siente fuerte y cercano; comenzado desde el principio y continuado luego sin interrupción, al final es tan claro, que todas las cosas parecían voces de anuncio”.

Al igual que todos los pueblos, también el pueblo escogido tuvo su literatura. Es la parte de la Biblia llamada Antiguo Testamento, que constituye la admiración hasta del incrédulo. Todas esas páginas inspiradas, ora refieran acontecimientos históricos, ora canten himnos de esperanza, ora enseñen, no son más que un prefacio del Evangelio, como expresa Lacordaire, y resultan incomprensibles, si se prescinde de Jesucristo, prometido, profetizado, esperado e invocado.

En vano los Faraones intentan embrutecer a los Hebreos con la construcción colosal de unos monumentos de muerte, como son las Pirámides, pues están destinados por Dios para levantar en

el seno de la humanidad el templo de la vida.

Las vicisitudes más variadas y dolorosas, desde el destierro de Babilonia hasta la pérdida de la libertad frente a las águilas romanas, no destruyen a este pueblo, que vive animado por una fuerza interior, sostenido por la certeza de ser el elegido de Dios para preparar la venida del Deseado de las gentes.

La idea mesiánica —como dice Lacordaire— circulaba por sus venas como su sangre más pura, y sin la cual, es imposible explicar su fe y sus destinos. También los hebreos contemporáneos que esperan al Mesías, como si no hubiera venido, atestiguan con la elocuencia de un hecho extraño cómo estaba arraigada en esa nación la expectación del Justo.

No me extiendo sobre este punto. Toda la historia sagrada es una prueba de lo que afirmo. Desde los campos de la Caldea con las promesas divinas hasta Abraham, hasta el juramento de Dios a Isaac, a Jacob y a Judá; desde los cantos nacionales y religiosos de David hasta las descripciones detalladas del futuro Mesías hechas por Isaías; desde las orillas del Éufrates, desde el destierro de Babilonia con la profecía de Daniel, hasta el anuncio de Ageo, podemos decir que Jesucristo ha sido el alma del pueblo judío.

El que pretendiera ignorarlo o suprimirlo de la historia de ese pueblo, imitaría al que quisiera entender un libro suprimiendo el pensamiento que lo inspira.

Continuará...

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI – EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO – CAPÍTULO SEXTO – CRISTO EN LA HISTORIA – CONTINUACIÓN...

Publicado el [Lunes 3 septiembre 2012](#) por [Fabian Vazquez](#)

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI

EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO

Libro de estudio y de meditación, no sólo para hombres pequeños, sino también para hombres grandes, no para ser leído en el tren o en medio del bullicio, sino en el silencio y el recogimiento, palabra por palabra, sin saltar de una página a otra, como lo haría el hermano Mosca del Convento de San Francisco.

Capítulo Sexto

CRISTO EN LA HISTORIA

Continuación...

3

Jesucristo y los pueblos antiguos

Todo esto es evidente y será admitido por todos.

Pero —se objetará— ¿dónde está Jesucristo en la historia de los otros pueblos? ¿Acaso se mezcla con la superstición de la idolatría, con la obscenidad de las costumbres perversas, con los horrores de la esclavitud, con el surgimiento y la decadencia de los imperios antiguos?

No hay lugar a dudas, responde Fornari. Todos los pueblos de la edad antigua han sido los obreros de la civilización. A través de errores y horrores, han trabajado en el mismo edificio y cada uno continuó el trabajo del otro. Perecían los pueblos, pero quedaba su obra y preparaban el porvenir.

Babilonia y Nínive; Egipto y la China; la India y Persia representan jornadas laboriosas y fecundas de la civilización.

Luego Grecia marca uno de los mayores progresos; el grupo de sus filósofos, especialmente Sócrates, Platón y Aristóteles; la falange de sus historiadores, como Herodoto, Tucídides y Jenofonte; la gloria de sus artistas y la belleza de su Partenón; la multitud de sus poetas, desde Homero y Píndaro hasta Sófocles, Aristófanes y Esquilo, afirman en los siglos el primado del pensamiento.

Y Roma, la dominadora del mundo y la reafirmadora poderosa de la primacía de la acción, todo lo sintetiza. Desde el Apólogo de Menenio Agripa hasta la escritura de las doce tablas, desde las leyes licinias hasta la extensión del derecho romano a toda Italia, desde sus orígenes hasta su desenvolvimiento grandioso y el triunfo de sus águilas y sus Césares que podían afirmar que dominaban el mundo, Roma presenta ese carácter orgánico y unitario.

Horacio, que en el *Carmen sæculare* volvía los ojos hacia el sol y proclamaba que no podía ver nada más grande que Roma; y Virgilio, que exclamaba con inmortal altivez: “*Tu regere imperio populos, Romane, memento*” —acuérdate, oh Romano, de que riges con tu imperio a todos los pueblos— no hacen más que expresar en forma poética la misión de Roma, donde desembocan juntas todas las civilizaciones históricas, agigantándose en una síntesis superior. Entonces Julio César reformó el calendario, como si los años se debiesen contar de nuevo; Augusto ordenó el

censo del imperio, como se hace inventario de los bienes de un muerto, cuya herencia debe pasar a otros; mientras tanto, en Belén de Judá nacía Jesús.

Transcurrirán pocos años y Roma será la ciudad “onde Cristo é Romano”, será la sede del Vicario de Cristo y el centro de la nueva religión. Las águilas serán sustituidas por una Cruz y la fuerza por el amor; se obrará una nueva síntesis según el programa de San Pablo: “Examinadlo todo; lo que hay de bueno, conservadlo”; lo natural no será destruido, sino elevado al orden sobrenatural; todo lo que habían producido las antiguas civilizaciones, servirá como piedra para la novísima basílica dedicada a Cristo.

¿Qué han producido los pueblos antiguos? Nos dieron las artes, las industrias, las comodidades, el lenguaje literario, el arte, la belleza, la filosofía, la literatura, la poesía, el derecho. Han desenvuelto la naturaleza. Pero, también la han deformado. Erigiendo los bienes finitos a la categoría de bienes infinitos, considerando como eterno lo que es caduco, no sólo se precipitaron en la idolatría (que no es otra cosa que una falsa divinización de lo que es humano), sino también en los excesos de la inmoralidad.

Pero, los mismos excesos eran un grito implícito a Cristo que habría levantado la humanidad caída tan hondo; la misma idolatría era una expresión del deseo desesperado de lo divino; el mismo desenvolvimiento de los valores humanos era la preparación de lo que iba a ser una vez sublimado y divinizado por el Hombre-Dios, que como unía en sí las dos naturalezas —la humana y la divina en la unidad de Persona— así debía unir la civilización y la religión, el hombre y Dios, lo natural y lo sobrenatural.

Por esto, no puede ser captado el verdadero significado de las civilizaciones antiguas, sino considerándolo en función del cristianismo, como no pueden ser comprendidas las primeras páginas de un poema en su sentido completo, sino releyéndolas y confrontándolas con las últimas.

El hombre obraba y no sabía que era conducido por Dios; los pensadores de la Hellas disputaban, pero sin conciencia de que trabajaban las piedras para la futura basílica del pensamiento cristiano; las águilas romanas marchaban de triunfo en triunfo, y la sometida Grecia imbuía al vencedor con su cultura: “Græcia capta ferum victorem cepit, et artes intulit agresti Latio”.

Pero la gloriosa síntesis resultante no estaba iluminada por el conocimiento de su valor y de su destino final. Y mientras los carros de los triunfadores ascendían hacia el Capitolio, entre las imprecaciones de los vencidos y gritos de la muchedumbre, Cristo avanzaba en la historia. Él se servía de las humillaciones de unos y del orgullo de otros para preparar sus caminos —camino de paz, de justicia y de amor.

Y en la plenitud de los tiempos —plenitud fijada por Dios— entró en la historia, como centro del pasado y del porvenir, y como vida nueva de la humanidad.

4

La historia después de la venida de Cristo

Después de la venida de Jesús su figura brilla dominante, de un modo manifiesto.

En vano la persecución quiere sepultarlo en las catacumbas: Jesús, después de tres siglos de lentas y graduales conquistas, resurge, como había removido la piedra sepulcral, después del tercer día en Jerusalén.

En vano el torrente devastador de los Hunos, de los Godos, de los Vándalos, de los Longobardos y demás bárbaros, desciende amenazante para desarraigar y destruir la planta aún tierna de la Iglesia; Cristo les hace frente, a veces en la persona de su Pontífice los rechaza (como hizo León I con Atila), y siempre los domina, los modifica y con San Remigio dice a Clodoveo: “Incende quod adorasti, adora quod incendiasti. —Incendia lo que adoraste; adora lo que incendiaste”. Agustín y los cuarenta monjes enviados por Gregorio Magno a Inglaterra, son el Cristo que va, evangeliza y triunfa.

Y a través de largos siglos de evolución, de luchas, de contrastes, la gloria de Cristo brilla y aparece como el verdadero dominador de la historia y el Maestro de la vida.

El Sacro Romano Imperio es un acto de homenaje y de sujeción a Cristo; las Corporaciones medievales, de arte y oficios, las cadenas de la esclavitud rotas, la libertad de los siervos de la gleba, recuerdan el influjo benéfico de la idea cristiana en el campo de la economía; los municipios libres cantan himnos a Jesús; y a la voz de la Roma papal responden París y las Universidades de la Edad Media, las Sumas de Santo Tomás de Aquino, el Itinerarium de San Buenaventura, las bellas catedrales que surgen y se lanzan hacia el cielo como aspiración hacia Él.

Nace Dante en Florencia y crea la Divina Comedia, donde en honor de Cristo se funde la ciencia con la teología, Homero y Virgilio con el Evangelio, el pasado y el presente, las grandes ideas y los grandes hombres. En ningún otro siglo, como en aquél, inaugurado por Francisco de Asís y Domingo de Guzmán, se comprende mejor que el centro de la historia es Jesucristo.

Es verdad también que se han sucedido algunos siglos, durante los cuales se ha intentado, por todos los medios, destronar a Cristo, para sustituirlo por algún ídolo de preferencia.

Desde el Humanismo y el Renacimiento hasta la Revolución Francesa y desde la diosa Razón hasta la filosofía contemporánea; desde Maquiavelo hasta la política laica de nuestros días; del liberalismo económico al socialismo y la anarquía; desde Boccaccio a Anatole France, es una sucesión de rebeliones en todos los campos, en el artístico, literario, civil, económico, social, científico, filosófico, pedagógico y demás actividades del pensamiento humano.

Pareciera que la obra de toda la historia moderna fuera una renegación de Cristo y una preparación para una nueva civilización anticristiana. Mas siempre sucede lo que aconteció en la antigüedad: el hombre, que se diviniza a sí mismo y erige a la categoría de Absoluto su pequeño yo, por un lado cae en el abismo de desastres individuales y sociales que le indican su error; por otro, desenvuelve, elabora, perfecciona la naturaleza, preparando de ese modo el material que después deberá ser elevado y purificado por el beso de Cristo.

La misma rebelión contra Jesús echa los cimientos de su futura victoria; y en la vida y el pensamiento contemporáneos hay un estremecimiento nuevo, y una nueva orientación. Sentimos que se aproxima la hora de una nueva síntesis, en la que el histórico resultado de verdad, de belleza y de bondad de la época contemporánea, debe encuadrarse en la visión de la vida cristiana, floreciente en la sonrisa de otra primavera.

En todo el mundo, de Francia a Holanda, de Alemania a Inglaterra, de Italia a Dinamarca, una muchedumbre de ilustres convertidos —como dice Giovanni Papini— se siente orgullosa de reconocerse, también hoy, después de cuatrocientos años de usurpación, súbditos, y soldados de Cristo Rey.

Una atmósfera sobrenatural empieza a sustituir los gases asfixiantes de ayer. Ejércitos de almas generosas se agrupan en torno al Pontífice y se cobijan bajo la bandera de la Acción Católica, para apresurar el reinado social de Cristo. Con este programa, se ha abierto y se desenvuelve una Universidad en Milán, que proclamando a Cristo Rey de la historia, ha tomado el nombre del Sagrado Corazón.

5

Consecuencias prácticas

La conclusión de esta rápida visión histórica se impone por sí misma.

1. Ante todo, debemos reformar nuestra cultura y hacerla verdaderamente cristiana.

Escuelas y libros, oradores y escritores se han conjurado contra Cristo y pretenden borrar su nombre de la historia. Estudiamos el latín (o sea, la civilización romana), o el griego (o sea la civilización griega), la economía política y social, la literatura de los diversos pueblos, la evolución del derecho y otras cosas sin preocuparnos para nada de la relación de todas estas ramas del saber con la idea cristiana.

Si Cristo es el centro de la historia, no debemos tolerar más este método, sino que, a imitación de Contardo Ferrini, quien al margen de un *Horacio* de su propiedad escribía esta suave invocación: “¡Jesús, Señor!”, debemos examinar, pensar y enseñar todas las cosas en función de nuestro cristianismo.

El material es idéntico para nosotros y para los adversarios; pero la diferencia es enorme; pues éstos leen el libro de la historia deteniéndose en la superficie de los hechos y alterando su sentido; mientras que nosotros auscultamos en cada página del gran volumen una palpitación de un Corazón divino, en el que se concentran las diversas corrientes del saber y en el que se esconden todos los tesoros de la ciencia y de la sabiduría”. El catecismo —en pocas palabras— exige y reclama hoy una verdadera revolución cultural.

2. Otra consecuencia se relaciona con nuestra vida, esto es, con el modo de avalorar los acontecimientos históricos pasados y presentes, y crear la historia del próximo porvenir.

Si somos cristianos, debemos trabajar por el triunfo de Cristo. El mismo impío —lo repito— coopera contra su voluntad. Pero nosotros, sus hijos, debemos contribuir a ello con conocimiento, con decisión y con amor.

Así como Cristóbal Colón, apenas descubierto el soñado continente, descendió de su carabela y plantó la Cruz en la nueva tierra, así nosotros queremos que se alce y se imponga el signo de la Redención en la historia de mañana.

Y como San Bernardino imponía en todas las casas de Siena el nombre de Jesús, nosotros debemos trabajar, para que mañana se escriba este nombre, con caracteres de oro sobre la pequeña casa de cada corazón, en toda institución civil o social, en toda iniciativa pública o privada, en todos los momentos del porvenir.

Cristo ya no debe ser un Rey recluido en los Tabernáculos, sino un Rey que triunfa en todas partes, en medio del entusiasmo de los pueblos y el canto de los corazones.

RECAPITULACIÓN

La historia, no obstante los errores y los extravíos de los individuos y de los pueblos, es racional, porque la Providencia divina saca el bien del mal.

Habiendo sido elevado el hombre al estado sobrenatural, es evidente que se hace necesario lo sobrenatural para explicar la historia: el centro, el dominador, la única meta de la historia es Jesucristo.

1. Lo pone de manifiesto, ante todo, el pueblo hebreo, pues todas las vicisitudes y toda la vida de este pueblo, dicen relación al Esperado de las gentes.

2. También las antiguas civilizaciones deben ser consideradas en relación al Cristianismo, ya porque han desenvuelto la naturaleza, preparando lo que debía ser sublimado y divinizado por Cristo, ya también, porque se sintetizan en Roma, que debía ser la sede central de la Iglesia.

3. Después de la venida de Cristo, su figura domina la historia, y, a través de luchas y persecuciones, se impone y vence.

Es necesario, por tanto, reformar nuestra cultura, de suerte que la inspire el pensamiento cristiano.

Es menester asimismo dedicar nuestra vida a apurar el triunfo completo de Cristo. Él debe ser el centro de nuestro pensamiento y de nuestra actividad.

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI – EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO – CAPÍTULO SÉPTIMO –
LA BIBLIA

Publicado el [Lunes 10 septiembre 2012](#) por [Fabian Vazquez](#)

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI

EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO

Libro de estudio y de meditación, no sólo para hombres pequeños, sino también para hombres grandes, no para ser leído en el tren o en medio del bullicio, sino en el silencio y el recogimiento, palabra por palabra, sin saltar de una página a otra, como lo haría el hermano Mosca del Convento de San Francisco.

Capítulo Séptimo

LA BIBLIA

Hay un libro que nos revela la presencia de Jesucristo en la historia; un libro inspirado por Dios, que hasta *“al espíritu escéptico y agudo de Enrique Heine —como observa Juan Rosadi— pareció el libro más digno de lectura: un libro, grande y vasto como el mundo, con las raíces en los abismos de la creación, y con la copa en el azul secreto de los cielos: aurora y ocaso, promesa y cumplimiento, nacimiento y muerte, todo el drama de la humanidad hállase en este libro, que es el libro de los libros”*: la Biblia

No es éste el lugar de consignar y hacer mención de la enorme y vastísima literatura dedicada a la explicación, al comentario y a la discusión de la Sagrada Escritura. Sólo recordamos que la Biblia en sus dos partes —el Antiguo y el Nuevo Testamento— tiene a Dios como autor, habiendo sido escrita bajo la inspiración del Espíritu Santo.

1

La inspiración

La inspiración consiste en esto: que los escritores humanos —denominados hagiógrafos— si bien es cierto que han contribuido a escribir los diversos libros (de tal suerte que se habla del Pentateuco de Moisés, de las profecías de Isaías, de los Salmos de David y del Evangelio de San Juan), sólo han cooperado como instrumentos en manos de Dios.

Atenágoras los compara a la cítara que difunde sus armonías pulsada por la mano del artista; Clemente Romano los asemeja al embajador que habla en nombre de su rey; San Jerónimo parangónalos con la pluma que escribe, movida por el autor.

Dios es la causa principal de los libros sagrados; los hagiógrafos son la causa secundaria. Son *“movidos y agitados”* por Dios, como se expresa el Apóstol San Pedro.

Monseñor José Nogara, en sus *Nozioni bibliche*, al resumir admirablemente todo lo dicho sobre este asunto, dice que la acción divina implica en ellos tres cosas:

a) Ante todo, el influjo de Dios sobre la **inteligencia** del hagiógrafo, para que conciba rectamente la verdad que va a enseñar;

b) Influjo sobre su **voluntad**, para que quiera escribir fielmente;

c) una **asistencia** especial, para que convenientemente, exprese con infalible veracidad lo que Dios quiere.

Jesús invitaba a los judíos a escrutar las Escrituras; apelaba a ella como al testimonio de Dios en su favor; y aseveraba que *“la Escritura no puede ser anulada”*, sino que debía cumplirse todo lo que sobre Él *“está escrito en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos”*. Mientras no perezcan cielo y tierra, *“no caerá una iota o una tilde de la Ley”*.

San Pablo escribía a Timoteo que *“toda la Escritura está inspirada por Dios y es útil para enseñar, para refutar los errores, para corregir las costumbres e instruir en la santidad”*; y San Pedro recomienda que se le preste *“atención, como a una lámpara que resplandece en un lugar tenebroso, hasta que despunte el día y la estrella mañanera nazca en nuestros corazones”*, puesto que *“aquellos hombres inspirados por Dios han hablado por boca del Espíritu Santo”*.

Desgraciadamente, son muchos los que no hacen uso de esta lámpara, y la colocan bajo el celemín; otros abusan de ella con ligereza y se sirven mal de su contenido. El deber de leer la Biblia y el modo de leerla, son dos puntos que merecen ser tratados. Todos debemos recurrir a esa estrella esplendorosa encendida por la bondad divina y transmitida en los siglos, de una a otra generación, para que guie e indique el camino de la salvación.

2

La lectura de la Biblia

La Biblia —proclama San Gregorio Magno, Papa— *es la carta que Dios envía a su creatura.*

Hay, pues, que leer esta carta divina, en la cual —al decir de San Ambrosio— *encontramos nuestras victorias y nuestras alegrías*.

¡Cosa extraña! Se devoran con avidez las obras antiguas; se dirigen miradas ávidas sobre todos los grandes monumentos de la literatura y de la historia; basta la noticia del descubrimiento de algunas Décadas de Tito Livio para que se alboroten, no sólo el mundo de los doctos, sino hasta los diarios; el delirio de alegría del Cuatrocientos, cuando los Humanistas desenterraban de las Bibliotecas los códices polvorientos y los escritos de la antigüedad pagana, conserva todavía un eco poderoso en el corazón de todas las personas medianamente cultas; un filósofo se avergonzaría si no conociese las obras de Platón, de Aristóteles, de Descartes, de Kant y de Hegel; un literato se avergonzaría de sí mismo si no hubiese meditado a Homero, a Virgilio, Petrarca, Dante, Ariosto, Tasso y Manzoni; en cambio, los cristianos no se preocupan en absoluto de leer la Biblia, de recorrer aunque sea una vez la carta de Dios a la humanidad, de estudiar esa *Palabra escrita*, la cual, junto con la *Tradición oral*, constituye la fuente purísima de la Revelación divina.

Los modernos hemos substituido el “libro” por excelencia, por nuestros opúsculos y manuales. Los hombrecitos de hoy —se quejaba Antonio Rosmini— desean libritos, a diferencia de los grandes Padres de la Iglesia y de los primeros secuaces fervorosos del Cristianismo naciente, que amaban la Sagrada Escritura.

La lectura y el comentario de la Biblia formaban parte de la Misa de los catecúmenos; los trozos de las Lecciones, de las Epístolas y de los Evangelios que aún se continúan leyendo en el Sacrificio Eucarístico, son un residuo de los usos antiguos.

La Biblia era entonces tan venerada y meditada, que los perseguidores tomaban eso como pretexto para librar sus batallas contra los cristianos. El año 303, Diocleciano publicaba un edicto por el que obligaba a los cristianos a hacer entrega de los libros sagrados; y el mismo Eusebio de Cesarea refiere cómo “*una ingente multitud de mártires*” sufrió tormentos gravísimos y la muerte por la Escritura.

Santa Irene fue quemada viva por no haber querido obedecer esta orden del tirano, y muchos creyentes llevaban sobre el pecho el Santo Evangelio.

Es magnífica la escena que se relata en las Actas de los mártires, a propósito de San Euplío. Habiendo sido conducido ante el juez Calvisiano por habersele encontrado con los Evangelios, respondió a la pregunta del juez:

—“Sí, me han encontrado con ellos”.

Calvisiano ordenó: “Léelos”.

Euplío, abriendo el libro, leyó: *“Bienaventurados los que sufren persecución...”*

Después de un largo interrogatorio, le fue colgado al cuello el Evangelio que le encontraron cuando fue arrestado... Y después de dar gracias al Señor, dobló la cabeza que le fue cortada por el verdugo.

Todos los Padres, como lo demuestran sus obras, no hicieron más que comentar la Escritura. Su predicación se basaba en ésta, ya que no querían que resonara su palabra, sino la de Dios. San Juan Crisóstomo no dejaba pasar semana sin releer las cartas de San Pablo; y bastaría, para no centuplicar las citas, el nombre de San Jerónimo, para rememorar lo que para él significaba este libro.

Allá, sobre el Aventino de entonces, sobre la colina envuelta como en un manto de mística belleza y de históricos recuerdos, reuníase el casto cenáculo compuesto por Marcela, por Asela, Paula, Blesila, Paulina, Eustoquio, Leta y Fabio y otras nobilísimas vírgenes y matronas, y el gran Jerónimo iluminaba a esas sus piadosas y doctas discípulas las cuestiones más arduas del Antiguo y del Nuevo Testamento.

Una biblioteca apropiada servía a aquellas almas ardientes de amor por la divina Escritura; el latín, el griego y el hebreo resonaban en sus labios, y, a imitación de sus hermanas en Cristo, Blesila no abandonó nunca ni los Profetas ni los Evangelios durante la larga enfermedad que debía arrastrarla al sepulcro.

De aquella escuela donde florecía la cultura y un sistema de pedagogía bíblica, San Jerónimo pasó a Belén y es sabido de qué manera en la soledad betlemita y a la sombra de los monasterios que se multiplicaban en la tierra de Jesús, coronó su obra de traductor y cultor de los Sagrados Libros.

“¡Oh, vuelva entonces —exclame hoy el cristiano con las palabras del Cardenal Maffi— vuelva la Sagrada Escritura a ser mi libro, y no caiga jamás de mis manos! Conforteme Job con su ejemplo, sacúdanme con su palabra los Profetas, agítame San Pablo con su celo, conmuévame Israel con su historia de dolor y de bendiciones, aliénteme San Juan con su esperanza, sosténganme los Macabeos con su intrepidez, inspíreme David con el gemido de la plegaria, y, sobre todo, atráigame Jesús en el Evangelio. Nada nos debe impedir que cada día hagamos nuestra una página —aunque sea una sola— de la sagrada misiva que Dios se dignó enviarnos”.

Los protestantes y la Biblia

Esta exhortación —por el hecho simplicísimo de que hoy día los principios fundamentales de la religión son casi completamente ignorados— causará estupefacción a más de uno.

¿Pero cómo? —se dirá—. ¿Acaso la Iglesia Católica no es enemiga de la lectura de la Biblia? ¿Acaso no debernos a los protestantes una verdadera lluvia de Biblias, difundidas con profusión en todos los rincones del mundo, y de nuestro país?

No temo responder —aunque con ello aumente el estupor de los que hacen la objeción— que el verdadero enemigo de la Biblia es el protestantismo, no la Iglesia Católica, ya que, si no nos detenemos en las apariencias, es fácil comprobar estos hechos:

a) El protestantismo, a menudo traduce a su manera la Sagrada Escritura, introduciendo errores y herejías en su versión. Es claro, entonces, que la Iglesia prohíba la lectura de tales Biblias, porque, si bien es necesario beber agua, hácese también necesaria la prohibición de beberla envenenada.

b) El protestantismo se forja ilusiones creyendo que favorece el conocimiento de la Biblia al distribuir a troche y moche ediciones de la misma. El método se asemeja a la tentativa de hacer amar y leer a Dante, distribuyendo gratuitamente la Divina Comedia. Un libro —bien sea el libro de los libros— es una cosa muerta, si no lo vivifica la interpretación.

Un volumen es para un analfabeto papel útil para hacer envoltorio; el mismo volumen puede ser ininteligible para un hombre de poca cultura, y lo que es peor, puede ocasionar falsas interpretaciones.

Ahora bien, en la Escritura, como lo advierto el Apóstol San Pedro *“hay cosas difíciles de entender”* y la Iglesia Católica quiere que las ediciones de la Biblia en lengua vulgar, no sólo estén fielmente traducidas, sino que vayan acompañadas de las indispensables notas explicativas.

Lo que a primera vista parece una restricción, es una defensa de la Biblia, sugerida por el respeto que debemos a la palabra de Dios.

En cambio, a los protestantes se les debiera invitar a reflexionar sobre estas expresiones de San Jerónimo:

“Los agricultores, los albañiles, los herreros, los escultores en metales o madera, hasta los laneros y los escardadores y todos los que trabajan en diversos materiales y fabrican cosas de relativa utilidad, no llegan a ser algo sin un maestro que los instruya. Los médicos hablan de lo que se relaciona con la medicina; los herreros tratan las cosas que atañen a su oficio. Sólo en cuestiones de la Escritura todo el mundo se cree competente (...). Creen conocerlas la mujer locuaz, el viejo reblandecido, el sofista charlatán y el vulgo en general; y así, la destrozan y pretenden enseñarla a los otros antes de haberla aprendido ellos mismos”.

c) Los protestantes son los principales enemigos de la Biblia, porque la entregan a cualquiera y le dejan la libertad de interpretarla. Los resultados son bien conocidos: cada secta protestante, a menudo cada persona, da una interpretación personal, en contradicción con las otras.

Lutero interpretó la Biblia en forma distinta que Calvino. Los Anabaptistas, seguros de ser inspirados directamente por Dios en la lectura de los Sagrados Libros, atribuyen los más extraños sentidos al texto sagrado. Y algunos, al leer en la Biblia que son *“bienaventurados los que lloran”*, lloraban todo el día; otros, en obsequio al elogio bíblico de la alegría, se la pasaban riendo; para otros, la admonición de Cristo: *“Haceos semejantes a los niños”*, era una exhortación a obrar como los niños, a jugar a la pelota, a correr y saltar y a hacerse lavar la cara; ni faltan tampoco, los que tomando a la letra la invitación de la Escritura: *“Predicad sobre los tejados”*, en vez de profesar abiertamente la fe, se encaramaban sobre los tejados y desde allí predicaban a grandes voces, a los transeúntes.

Luego, los teólogos protestantes poco a poco asesinaron la Biblia; muchos de ellos, hoy día, no creen ni siquiera en la divinidad de Jesucristo, ni en los milagros; el racionalismo ha hecho estragos en sus filas; y al que les reprocha sus errores contestan sin inmutarse: *“Perdonad. ¿No nos enseñó Lutero el libre examen de la Biblia? Yo leo e interpreto libremente. ¿Por qué me debo atener a la interpretación de Lutero? Si fuera así, ¿no tendríamos más remedio que volver al seno de la Iglesia Católica!”*

Es inútil; hay que convencerse que, precisamente porque la Biblia no es la palabra del hombre, sino la palabra de Dios, no debe ser arrancada de toda la vida divina que palpita en la Iglesia de Cristo.

Los protestantes, que aseveran amar la Biblia, mientras la cercenan de la tradición y de la Iglesia, única depositaria e intérprete autorizada por Jesús, se parecen al que afirmara que ama mi cabeza y la separara del tronco. Semejante cercenamiento trae consigo la muerte, y no nos extrañemos de que en la Iglesia del Castillo de Wittemberg, donde el 31 de Octubre de 1517 fijó Lutero sus famosas tesis, y donde descansa hoy en su sepulcro, se haya colocado en el altar, en el lugar del tabernáculo, una Biblia.

¡Ah, no! El Libro Sagrado debe ser colocado y estudiado en conexión orgánica con la Iglesia viviente, con la Tradición perenne, con la historia; quien lo separa de todo eso, lo arruina.

Continuará...

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI – EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO – CAPÍTULO SÉPTIMO –
LA BIBLIA

Publicado el [Lunes 17 septiembre 2012](#) por [Fabian Vazquez](#)

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI

EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO

Libro de estudio y de meditación, no sólo para hombres pequeños, sino también para hombres grandes, no para ser leído en el tren o en medio del bullicio, sino en el silencio y el recogimiento, palabra por palabra, sin saltar de una página a otra, como lo haría el hermano Mosca del Convento de San Francisco.

Capítulo Séptimo

LA BIBLIA

Continuación...

4

Lo sobrenatural y la Biblia

¿De qué manera, pues, hay que leer la Biblia, para no desvirtuar su significado, no exponernos a una labor infructuosa, y profundizar su sentido; posesionarnos, en una palabra, de su pensamiento íntimo y vivificante?

Nadie ignora que los libros que componen la Biblia son 73, comúnmente divididos en dos clases: 46 libros del Antiguo Testamento y 27 del Nuevo. En este curso elemental de religión, no nos vamos a detener a enumerarlos, ni a distinguirlos en libros históricos, didácticos y proféticos.

Lo que importa advertir es que todos estos libros, obra de cuatro mil años y escritos por diversas personas, ofrecen una unidad admirable. Un eslabonamiento maravilloso, un progreso lento y continuo, donde —dice Lacordaire— toda onda empuja a la que antecede y arrastra a la que sigue,

hacen de estos 73 libros un solo libro que se va formando día a día y se va formando como un árbol de variado ramaje, animado de una sola idea y semejante a la unidad de un poema en la multiplicidad de sus cantos.

Esa idea única y fundamental es la unión sobrenatural del hombre con Dios mediante Jesucristo y su gracia. Desde la primera palabra del Génesis: “Al principio Dios creó el cielo y la tierra”, hasta la última del Apocalipsis: “La gracia de nuestro Señor (Jesucristo) sea con todos vosotros”, esta idea palpita siempre en todos los versículos, en cada palabra, en las vicisitudes históricas referidas, en las predicciones de los videntes y en las enseñanzas de la vida práctica. Dios por un lado, y por otro el hombre que se aleja de Dios y de su fin sobrenatural y a Dios retorna y se une con la gracia; y entre Dios y el hombre, Jesucristo, el Hombre-Dios, que une el cielo y la tierra: he ahí toda la Biblia.

“La Sagrada Escritura —son palabras de Lacordaire, en una carta sobre Jesucristo en las Sagradas Escrituras— revela a un mismo tiempo a Dios en el hombre y al hombre en Dios. Y esta revelación no se hace sentir solamente en los grandes momentos de la Biblia: hállase por todas partes. Dios no se ausenta nunca de su obra.

Encuétrase en el campo de Booz, tras la hija de Noemí, como en Babilonia, en el banquete de Baltasar. Se sienta en las tiendas de Abraham como cansado caminante por lo largo del camino, y reposa en las cumbres del Sinaí, entre los fulgores que anuncian su presencia. Asiste a José en su prisión, y corona a Daniel en su cautiverio. Los más pequeños detalles de la familia o del desierto; los nombres, los lugares, las cosas, todo está lleno de Dios y desde el Edén al Calvario, desde la justicia perdida a la justicia recuperada, se siguen paso a paso todos los movimientos de su ternura y de su fuerza”

y en germen se prepara todo el porvenir de la humanidad.

El hombre está descrito ahí en su historia: historia de miseria y de sangre, de caídas, de esfuerzos, de impotencia. Precipitado desde las alturas de lo sobrenatural, a las que Dios lo había elevado benignamente, yace en el fango y suspira por el Redentor.

Desde la primera página de la Biblia es prometido el Salvador. La promesa,

“trasmitida a los patriarcas, va adquiriendo de libro en libro una claridad tal, que llena con su perfume todos los acontecimientos, y los arrastra hacia el porvenir como una preparación y una imagen de lo que es esperado. El pueblo de Dios se forma en el destierro y en los combates. Se funda Jerusalén; levántase Sión; la descendencia del Mesías, destacándose del fondo primitivo de las tribus patriarcales, surge y se expande en David, que pasa de la humilde grey de Belén al trono de Judá, y desde aquí contempla y canta al Hijo que va a nacer de su posteridad para ser el rey de un reino que no tiene fin. Los profetas toman sobre la tumba de David el arpa de los días que no

han llegado todavía; siguen a Judá en sus desventuras y lo acompañan en su cautividad; Babilonia escucha, a la orilla de sus ríos, la voz de los santos que ignora, y Ciro, su vencedor, le habla del Dios que ha hecho el cielo y la tierra y que le ordenó reconstruir el templo de Jerusalén. Y renace el templo; escucha el llanto y el entusiasmo de los últimos profetas; y, después de un intervalo de años, después de haber sido contaminado por las naciones y purificado por los Macabeos, ve venir al Hijo de Dios en los brazos de una Virgen; y desde sus pórticos al santuario, del santuario al Santo de los Santos, se repite la palabra suprema del anciano Simeón: —Ahora, Señor, permite que se vaya en paz, tu siervo, conforme a tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación, la cual has aparejado en presencia de todos los pueblos, luz para ser revelada a los gentiles y la gloria de tu pueblo de Israel—. Jesucristo ha venido. El Evangelio sucede a la Ley y a los Profetas; y la verdad, realizando lo figurado, resplandece en el pasado que ella explica, después de haber recibido su testimonio.

Todos los tiempos se encuentran en Cristo, y la historia adquiere a su paso su eterna unidad. Él lo es todo; todas las cosas se refieren a Él y de Él todo procede. Él lo ha creado todo, y todo lo juzgará”.

He ahí la Biblia. El que no la lee bajo este aspecto, teniendo siempre presente la idea principal que unifica todas las partes en un todo orgánico y perfecto, cree comprenderla, pero en realidad no comprende nada.

5

Métodos errados e incompletos

El modo, pues, que nos enseña el Catecismo para leer la Biblia, no debe ser confundido con los siguientes métodos:

a) EL MÉTODO DEL ESTETA, que en la Escritura busca sólo la belleza artística. Ciertamente, la Biblia es bella y Chateaubriand podrá parangonar, en el *Génie du Christianisme*, a Moisés con Hornero, como otros confrontarán a Salomón con Sócrates, a Job con Esquilo y con Buda.

Pero no nos forjemos ilusiones. Como no comprende una basílica cristiana el visitante que, ávido de bellezas artísticas, penetra en ella y se limita a contemplar cuadros y estatuas, columnas y arcos, no parando mientes en la presencia de Jesús Sacramentado, ni en el estremecimiento de la fe de las conciencias que oran y gimen, así —en la majestuosa basílica construida por Dios mediante la obra de tantos arquitectos, cuántos son los autores de los libros sagrados— el que sólo repara en la forma estética, corre el riesgo de no percibir el soplo de Dios y la divina belleza

que es la fuente de toda la belleza de la Escritura.

b) EL MÉTODO HISTÓRICO, que prescinde del pensamiento central y desmenuza la unidad de la obra en particillas atomísticas, haciendo después inútil los esfuerzos para unirlos entre sí. También a este respecto, hay que decirlo bien claro, existen en la Biblia libros históricos, y nada impide —al contrario, es oportuno— que sean estudiados con el más severo criterio de la crítica histórica.

Pero, como sería ridículo el que dividiese a Dante en mil expresiones y perdiese de vista la unidad del poema; como sería una tontería matar a un hombre y destrozarlo en pedazos para examinar cada fibra, cada célula, cada átomo, sin llegar a descubrir la vida en ese montón de partes muertas, así también es necia la pretensión del historicismo, que olvida la profunda verdad escondida en la Biblia y no busca en ella sino una sucesión de fenómenos encadenados de tal manera que los fenómenos precedentes determinen los subsiguientes. Deteniéndose en la superficie y destrozando un organismo viviente, es evidente que el historicista no hallará a Dios en la Biblia, como el astrónomo no encuentra a Dios en las estrellas con el telescopio. Pero ¡ay! tampoco con el microscopio se descubre el pensamiento en la línea que se lee, y sin embargo, el pensamiento es la razón y el motivo de las palabras. No se da cuenta el historicista que, mientras charla de historia, pasa por alto en la Biblia la verdadera historia, o sea, la que nos descubre el significado profundo de todas las vicisitudes de la humanidad y las sintetiza. ¿Qué decir, por lo tanto, de aquél que ciñéndose al estudio pseudo-histórico de la Escritura, se basa en el criterio extraviado de la imposibilidad de los milagros y de las profecías, y excluye, a priori, la intervención divina en las cosas humanas?

Si el verdadero sentido de la Biblia se halla en la relación de unión sobrenatural de Dios y del hombre, resulta evidente que Dios debe intervenir en la historia, no sólo con medios naturales, sino también con medios que superan las fuerzas de la naturaleza.

c) EL MÉTODO FILOSÓFICO, el cual, confundiendo la revelación con la razón, busca en la Escritura un sistema de filosofía, y en virtud de este criterio incompleto y errado, llega a descartar de la Biblia lo sobrenatural, y la reduce a una teoría moral.

Para él, Cristo es un sabio, un filósofo, al igual de Sócrates o de Marco Aurelio; su doctrina se reduce a una moral seductora. Mas ¿con qué derecho se divide en dos partes la figura de Cristo —el obrador de milagros por un lado y el maestro de la caridad por otra— el que enseña la existencia del fuego eterno del infierno y el que proclama la necesidad del perdón?

En cambio, sabiendo que lo sobrenatural eleva, pero no destruye a la naturaleza, y que la Revelación no elimina, sino eleva a la razón, no nos extrañaremos de que en la Biblia se contenga una moral y una doctrina superior a todo otro sistema filosófico; pero al mismo tiempo, no cerremos los ojos ante la finalidad principal de la Sagrada Escritura, que no pretende darnos

solamente una regla de vida humana y un conjunto de ideas racionales, sino que, además, nos revela la divinización de nuestra actividad y la elevación sobrenatural del hombre a la dignidad de hijo de Dios.

d) EL MÉTODO CIENTÍFICO que confunde la Biblia con un tratado de física, de química, de astronomía, etc., olvidando —como lo dice el Cardenal Baronio— que la Biblia nos fue dada, no para enseñarnos cómo gira el cielo, sino cómo se va al Cielo, o sea, cómo se obtiene la posesión sobrenatural de Dios.

En resumen, la ignorancia de los rudimentos de la religión y sobre todo de la distinción del orden natural y sobrenatural, hace a muchos estudiosos de la Escritura, semejantes al enfermo de cataratas, que no le permiten ver sino sombras pálidas, imprecisas y desvanecidas. El arte, la historia, la filosofía, la ciencia deslumbran la débil vista; pero el ojo de la fe no se detiene sobre estas flores, sino que abarca todo el jardín, donde, esperado por los patriarcas, vaticinado por los profetas y saludado por el arpa de los salmistas, avanza Jesús y triunfa.

Amemos la Biblia. Que todos la traten como algo sagrado. Repitamos las hermosas palabras con que el Cardenal Maffi recomendaba su lectura en una de sus Pastorales:

“Náufrago en el mar tempestuoso —así escribe el docto purpurado— el pobre Camoens con una mano golpeaba las ondas y con la otra levantaba fuera del agua el manuscrito de los Lusíadas que lo iban a hacer inmortal. Sobre las ondas que se elevan y que me envuelven, está el poema de Dios, que apretaré y levantaré en alto. En él mi guía, en él mi esperanza, en él mi salud”

RECAPITULACIÓN

El libro que, más que ningún, otro, nos revela la presencia de Cristo en la Historia, es la Biblia.

1. Está divinamente inspirada; y la **Inspiración** consiste en el influjo de Dios sobre el entendimiento y la voluntad del hagiógrafo, para que conciba rectamente y escriba fielmente la verdad, y en la asistencia especial que Dios le concede.

2. Siendo la Biblia la carta que el Padre nos dirige a nosotros sus hijos, debemos leerla y meditarla como hicieron siempre los cristianos fervientes. Es necesario, sin embargo, que el texto que usamos no esté envenenado por errores como sucede en las ediciones protestantes de la Biblia, sino esté aprobado por la Iglesia, única depositaria e intérprete autorizada por Jesús,

3. El pensamiento fundamental de la Biblia, a la luz del cual debemos leer el Antiguo y el Nuevo Testamento, es la unión sobrenatural del hombre con Dios, mediante la gracia. Es ésta desgraciadamente la idea que descuidan los estetas, los históricos, los filósofos y los sabihondos, que niegan o prescinden de lo sobrenatural.

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI – EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO – CAPÍTULO OCTAVO – LA SANTÍSIMA TRINIDAD

Publicado el [Lunes 24 septiembre 2012](#) por [Fabian Vazquez](#)

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI

EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO

Libro de estudio y de meditación, no sólo para hombres pequeños, sino también para hombres grandes, no para ser leído en el tren o en medio del bullicio, sino en el silencio y el recogimiento, palabra por palabra, sin saltar de una página a otra, como lo haría el hermano Mosca del Convento de San Francisco.

Capítulo Octavo

LA SANTÍSIMA TRINIDAD

Nos hallamos en la cumbre de la montaña.

El hombre, desde las alturas de la vida sobrenatural, había caído en las profundidades del valle fangoso. Jesucristo descendió hasta él para volverlo a conducir a la cima.

La historia de la humanidad, conforme lo hemos demostrado, tiene a Cristo como centro, Pero no podemos concebir ni a Cristo, ni nuestra unión sobrenatural con Dios, si el camino de ascensión a las alturas no estuviese iluminado por el sol de la Santísima Trinidad.

Levantemos la mirada hacia este sol. Aunque el débil ojo quede deslumbrado, lloverá gran luz sobre nuestras almas y sobre nuestra vida.

En línea general, los cristianos de hoy en día, poco se preocupan de la Santísima Trinidad; y en las explicaciones catequísticas, a menudo nos conformamos con el trillado episodio de San Agustín y el niño hallado a orillas del mar, el cual deseaba volcar toda la inmensa cantidad de agua en un pequeño agujero, símbolo de quien pretende volcar en la minúscula cabeza humana el océano infinito de la divinidad.

A lo sumo, se recurre a alguna comparación. Dícese, por ejemplo, que Dios es semejante al sol; pues el sol brilla por sí mismo, ilumina con los rayos que provienen de él, y además calienta, no obstante ser un solo sol; igual que Dios —el verdadero sol que nunca se pone—, el cual es el Padre que brilla; del Padre fue engendrado el Hijo, rayo suyo; del uno y del otro proviene el fuego del Espíritu Santo; y estos tres son un Dios único.

Lo peor de todo, es el hecho doloroso de que la Santísima Trinidad nada significa prácticamente en la vida de muchísimos cristianos.

¿El Padre?... ¿Pero quién se interesa en el Padre Eterno? ¿Su no existencia repercutiría en algo en la conciencia de muchos pretendidos creyentes?...

¿Y tiene mejor acogida el Espíritu Santo? Cuando San Pablo llegó a Éfeso, halló a algunos discípulos y les preguntó: “¿Habéis recibido al Espíritu Santo?” Los discípulos respondieron: “¡Ni siquiera hemos oído que exista el Espíritu Santo!”

Se entiende: la propagación de la fe se hallaba entonces en sus primeros pasos; no hay que maravillarse, pues la verdad se difundía lentamente. Pero ¿es lícito hoy, después de veinte siglos de Cristianismo, conocer sólo de nombre al Espíritu Santo e ignorar por completo su obra en la Iglesia y en las almas?

Dejando a un lado las disputas teológicas y las sutiles disquisiciones acerca de este misterio principal de la fe —la Unidad y la Trinidad de Dios—, nosotros:

1. —expondremos brevemente el dogma;
2. —investigaremos qué relación existe entre esta verdad y nuestra vida sobrenatural;
3. —consignaremos de un modo especial la importancia del dogma trinitario en nuestra oración.

1

El dogma trinitario

Dice el Símbolo de San Atanasio:

La fe católica es ésta, que veneremos un solo Dios en la Trinidad y la Trinidad en la Unidad.

No confundiendo las personas, ni separando la substancia.

Porque una es la persona del Padre, otra la del Hijo y otra la del Espíritu Santo; pero una es la divinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; igual su gloria y coeterna su majestad.

Lo que es el Padre, eso es el Hijo, eso es el Espíritu Santo; increado el Padre, increado el Hijo, increado el Espíritu Santo; inmenso el Padre, inmenso el Hijo, inmenso el Espíritu Santo; eterno el Padre, eterno el Hijo, eterno el Espíritu Santo; y, sin embargo, no son tres eternos sino un solo eterno.

Como tampoco hay tres increados o tres inmensos, sino que es uno el increado y uno el inmenso.

Igualmente es omnipotente el Padre, omnipotente el Hijo, omnipotente el Espíritu Santo; y, sin embargo, no hay tres omnipotentes, sino un solo omnipotente.

Así el Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios; y con todo no hay tres dioses, sino un solo Dios.

Así Señor es el Padre, Señor es el Hijo, Señor es el Espíritu Santo; y, sin embargo, no hay tres señores, sino un solo Señor.

Puesto que como en nombre de la verdad cristiana estamos obligados a reconocer singularmente a cada persona como Dios y Señor, así, en nombre de la religión católica, se nos prohíbe hablar de tres dioses o señores.

El Padre no ha sido hecho, ni creado, ni engendrado por nadie.

El Hijo es sólo del Padre, pero no es hecho, ni creado por Él, sino engendrado.

El Espíritu Santo es del Padre y del Hijo, pero no hecho, ni creado, ni engendrado, sino que procede de Ellos.

Por tanto uno es el Padre, y no tres padres; uno es el Hijo y no tres hijos; uno es el Espíritu Santo, y no tres espíritus santos.

Y en esta Trinidad no hay nada de anterior o posterior, nada de mayor o de menor, sino que todas las tres personas son coeternas y coiguales.

De modo que por medio de todas las cosas como ya se dijo antes, se ha de venerar la Unidad en la Trinidad y la Trinidad en la Unidad.

Quien quiere, pues, salvarse, es menester que crea esto de la Trinidad.

Este símbolo, que, como escribe el Cardenal Newman en su *Grammar of Assent*, es también un salmo, un himno de alabanzas, de profundo homenaje, como de quien se postra en el polvo, y “el formulario más simple, sublime y devoto del Cristianismo”, enuncia límpidamente los términos de nuestro misterio: *en Dios hay tres personas en una sola naturaleza*.

Si contemplo a los hombres, veo que entre ellos hay muchas personas (Fulano, Zutano, Mengano), pero en todos ellos es igual la naturaleza humana.

La naturaleza, como dijimos, es lo que hace que una cosa sea tal y no otra; y en el caso del hombre, la naturaleza es lo que determina que el hombre sea hombre y no una planta, un mineral, un ángel. Por lo tanto, la naturaleza humana es idéntica en todos los hombres. Si Fulano, Zutano y Mengano no tuviesen la misma naturaleza humana, no serían hombres.

En la enunciación del misterio de la Trinidad —podernos hacer enseguida la aplicación de este ejemplo— no se dice que en Dios hay tres Personas y que estas tres Personas son una sola Persona, ¡no se dice que hay tres naturalezas que constituyen una sola naturaleza!; esto involucraría una contradicción y estaría justificada, en este caso, la afirmación del escéptico poeta Heine al recomendar que no se entregue a los niños el catecismo junto con la tabla pitagórica. Esta última enseña que el uno no es el tres, y que el tres no es el uno, mientras que —según Heine— ¡el misterio enseñaría la identidad del uno y del tres!

¡No!; el misterio afirma solamente que en Dios hay una sola naturaleza en tres personas: La naturaleza es una; las personas son tres.

Esto mismo sucede con los hombres, en los que se distingue la identidad de la naturaleza humana en la multiplicidad de las personas.

Nótese, sin embargo, una diferencia; en nosotros, la naturaleza humana está multiplicada en las varias personas; en cambio, en Dios, ella es única, aun cuando sea poseída por las tres personas divinas.

Por esto, las personas humanas se hallan separadas entre sí y pueden ser numeradas, de modo que podemos decir dos, tres, cuatro hombres, a diferencia de las Personas divinas, las cuales no son tres Dioses, sino un solo Dios, precisamente porque les es común la misma, idéntica e indivisible naturaleza divina.

2

Una palabra de dilucidación

¿Cómo puede concebirse —se preguntará— una naturaleza única poseída por tres personas?

Respondemos:

1. No debemos creer que la mente humana pueda comprender y explicar la divinidad, porque lo finito no puede agotar lo infinito, y es claro —para el que admite a Dios— que en Él tiene que haber misterios para nuestra razón.

La contradicción y el absurdo no pueden existir ni en Dios ni en los seres; pero el misterio, o sea la obscuridad, es demasiado evidente que existe para nuestra pequeña inteligencia.

Dios es el Ser infinito por esencia; y nosotros, cuando hablamos de Dios o expresamos los misterios de su vida íntima, disgregamos necesariamente lo que en sí se halla unido y formulamos varias proposiciones como, por ejemplo: “En Dios hay una sola naturaleza. En Dios hay tres Personas. El Padre engendra al Hijo. Del Padre y del Hijo procede el Espíritu Santo”.

A este propósito —escribe el Cardenal Newman— así como nosotros no estamos en condiciones de abarcar con una sola mirada todas las estrellas del firmamento, sino que para ello tenemos que volvernos ora a oriente, ora a occidente, de nuevo a oriente, mirando primero una constelación y después otra, y perdiendo de vista a una y otra para mirar a una tercera; así, cuando fijamos la mirada en el cielo de Dios, en su esencia, conocemos una u otra verdad en particular acerca de Él, pero no podemos captar, con un solo acto de nuestro espíritu, la síntesis de esas verdades de una realidad única. Aun más. Si dividimos un rayo de luz en la multiplicidad de colores de que se compone, cada uno de estos colores es ciertamente bello y agrada; pero si se trata de unirlos, quizás no se logre sino producir un blanco grisáceo. La luz pura e invisible sólo es vista por los afortunados habitantes del cielo; acá abajo no tenemos más que simples reflejos, como la que atraviesa un medio traslúcido.

2. Aun sin tener la necia pretensión de comprender y explicar la Trinidad, podemos, no obstante, tener una pálida idea de la única naturaleza, poseída por el Padre, por el Hijo y por el Espíritu Santo, de manera que las tres divinas Personas sean distintas, pero no separadas entre sí, y, aun siendo Dios cada una de ellas, no sean tres dioses, sino un solo Dios.

Desde San Agustín hasta Santo Tomás, desde Lacordaire a Monsabré, todos han buscado un reflejo de la Trinidad en el alma humana, ya que fuimos creados a imagen y semejanza de Dios.

Dios —así discurren los teólogos— es un espíritu. De donde, su primer acto es el pensamiento.

Pero, a diferencia del pensamiento de los seres finitos, que es múltiple, accidental, imperfecto y que por lo mismo nace y muere a cada instante, en Dios —cuya actividad es infinita y perfecta— el espíritu engendra en un instante un pensamiento igual a Él mismo, que lo representa todo entero sin que necesite un segundo pensamiento, puesto que el primero ya ha agotado el abismo de las cosas cognoscibles, equivale a decir, el abismo de lo infinito.

“Este pensamiento único y absoluto, primero y último nacido del espíritu de Dios —continúa Lacordaire— permanece eternamente en su presencia como una representación exacta de sí mismo, o, para usar del lenguaje de los Libros Santos, como su imagen, el esplendor de su gloria y la figura de su substancia. Él es su palabra, su verbo interior, como nuestro pensamiento es nuestra palabra y nuestro verbo, pero es, a diferencia del nuestro, el verbo perfecto y dice todo a Dios en una sola palabra, lo dice siempre sin repetirse nunca, como San Juan lo había oído en el cielo, al comenzar de esta manera su evangelio sublime: “En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios”. Y como en el hombre es distinto el pensamiento del espíritu, sin que estén separados, así en Dios es distinto el pensamiento, sin estar separado del espíritu divino que lo engendra. El Verbo es consubstancial al Padre, de acuerdo a la expresión del Concilio de Nicea, que no es más que, la enérgica expresión de la verdad”.

He ahí al Padre y al Hijo en la naturaleza divina; he ahí el significado de las palabras: “el Hijo es engendrado por el Padre”, es su pensamiento eterno, substancial. He ahí la unidad en la distinción, y la distinción en la unidad. He ahí las dos primeras Personas.

Mas esto no basta. Tampoco en nosotros la generación del pensamiento es el término en que se detiene nuestra vida espiritual. Cuando hemos pensado, se produce en nosotros un segundo acto: el amor, que nos arrastra, nos empuja hacia el objeto conocido; y en nosotros el amor, aun siendo distinto del espíritu y del pensamiento, procede, sin embargo, de entrambos y forma una sola cosa con ellos.

Es lo que acontece en Dios. De las relaciones entre Dios y su Pensamiento eterno resulta el Amor, con el cual se aman las dos primeras Personas; y este amor infinito, perfecto, substancial entre el Padre y el Hijo, se llama el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, es distinto de Ellos, y

sin embargo, es un solo Dios con Ellos.

Las personas en Dios no son otra cosa que las relaciones subsistentes mutuas entre Dios, su Pensamiento y su Amor (no comunes a dos Personas, como la espiración propia del Padre y del Hijo respecto al Espíritu Santo).

Por consiguiente, no sólo el Padre, sino también el Hijo es Dios, porque el Pensamiento de Dios se identifica con Dios; lo mismo debe decirse del Espíritu Santo, porque el Amor eterno de Dios es Dios mismo; y, sin embargo, no son tres dioses, sino un solo Dios.

Se entiende, por lo demás, que el Padre que engendra, no es el Hijo engendrado, ni el Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo, como de único principio; engendrar, ser engendrado y proceder por vía de amor, son tres propiedades diferentes y no confundibles.

Pero —dejando aparte estas propiedades y relaciones— todo es común a las tres Personas: la naturaleza divina y, por consiguiente, la inteligencia, la voluntad, la potencia, la majestad y las operaciones al exterior de su vida íntima, tanto en el mundo de la materia, como en el mundo del alma.

Sólo por apropiación se atribuyen al Padre las obras de la potencia, al Hijo las de la sabiduría y al Espíritu Santo las obras de la santificación; esto es, solamente para recordar más fácilmente las propiedades personales del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, para honrar de ese modo y adorar a las tres divinas Personas.

Continuará...

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI – EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO – CAPÍTULO OCTAVO – LA SANTÍSIMA TRINIDAD

Publicado el [Lunes 1 octubre 2012](#) por [Fabian Vazquez](#)

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI

EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO

Libro de estudio y de meditación, no sólo para hombres pequeños, sino también para hombres grandes, no para ser leído en el tren o en medio del bullicio, sino en el silencio y el recogimiento, palabra por palabra, sin saltar de una página a otra, como lo haría el hermano Mosca del Convento de San Francisco.

Capítulo Octavo

LA SANTÍSIMA TRINIDAD

Continuación...

3

La Trinidad y los demás dogmas cristianos

Tal es, brevemente expuesto, el dogma de la Santísima Trinidad, que no fue revelado de un modo explícito en el Antiguo Testamento, sino que fue como un sol cubierto de nubes, que sólo con la venida de Nuestro Señor Jesucristo fue claramente puesto de manifiesto.

Llegada que hubo la hora de la revelación completa, Dios enseñó a la humanidad este altísimo misterio. El dogma de la Santísima Trinidad no nos habría sido revelado en el orden puramente natural, porque no hubiera existido razón alguna para hacerlo; pero en el orden sobrenatural y la vida cristiana, si se prescinde de este dogma, no se entiende nada.

¿Cómo enunciar, por ejemplo, el dogma de la Encarnación, prescindiendo de la Trinidad, desde el momento que no se ha encarnado ni el Padre, ni el Espíritu Santo, sino sólo el Hijo?

¿Cómo se puede describir Pentecostés o la venida del Espíritu Santo, sin una noción de la Trinidad?

¿Cómo se puede pensar en el Paraíso, o sea, en la visión de Dios como es en sí mismo, sin tener que admitir la conveniencia de la revelación de este misterio, que comienza a indicarnos en la tierra con la fe, lo que un día contemplaremos cara a cara?

4

La Trinidad y la vida sobrenatural

Pero hay más. La vida cristiana es inconcebible sin la Trinidad; y cuanto más sobrenaturalmente vivamos, tanto más comprenderemos lo que significa que Dios es Padre, es Hijo, es Espíritu Santo.

1. — Cuando el cristiano piensa en Dios Padre, no puede olvidar que el Padre es aquél “del cual depende toda paternidad en el cielo y en la tierra”, como dice San Pablo. Dios Padre ha comunicado su vida divina al Hijo, a su Hijo natural, desde toda la eternidad, y, en el tiempo, nos la comunica también a nosotros, hijos suyos adoptivos, mientras nos eleva al estado sobrenatural.

Por ello, cuando oramos así: “Padre nuestro, que estás en los cielos”, con la palabra Padre, recordamos sí la primera persona de la Trinidad, pero también toda nuestra vida sobrenatural. Por lo tanto, el que descuida al Padre, descuida por lo mismo su divinización, o sea, su verdadera grandeza.

2. — Cuando el cristiano piensa en Dios Hijo, no puede menos que conmoverse.

La vida divina que deriva del Padre al Hijo, pasa del Hijo a la humanidad —que Él une personalmente en la Encarnación—, y del Hombre-Dios se vuelca en todas las almas. No había nada más conveniente que esto: que para otorgarnos el don de convertirnos en hijos adoptivos del Padre, no se encarnase la primera o la tercera Persona, sino el Hijo Natural de Dios, el cual, de este modo, como lo observa San Pablo, se convertía en “el primogénito entre muchos hermanos”.

Otra cosa más: los que nunca piensan en la Santísima Trinidad, no pueden vivir sobrenaturalmente; porque ¿cómo se puede concebir la vida sobrenatural de la gracia, en el que olvida al autor de la misma gracia, al único mediador entre Dios y el hombre?

3. — Finalmente, el verdadero cristiano no puede menos que pensar en el Espíritu Santo, en el Amor substancial entre el Padre y el Hijo.

Si somos hijos de Dios por los méritos de Jesucristo, también nosotros estamos unidos al Padre y lo amamos. Pero el nuestro es y no puede ser sino un amor natural. Nos une a Dios el amor sobrenatural, que nos es infundido por el Espíritu Santo.

El Espíritu Santo es el alma de la Iglesia, como Cristo es su cabeza. Él une a la Esposa de Cristo con el Padre. Es Él el que obra en nuestras almas por medio de la gracia, con la caridad, con sus virtudes y con sus dones. El Espíritu Santo es el huésped divino del alma justa; y ¿cómo podríamos ignorar su presencia, si amamos de veras al Señor? ¿Qué es nuestro amor, si estamos en gracia, sino un efecto del Espíritu divino?

Y cuando amamos sobrenaturalmente a nuestro prójimo, ¿qué otra cosa hacemos sino tomar a la Santísima Trinidad por modelo? Como las tres Personas de la Trinidad son un solo Dios, así todas las personas verdaderamente cristianas deben ser una sola cosa y un solo corazón. El mismo Jesucristo ha desarrollado este pensamiento en el discurso de la Última Cena, y oró de esta manera: “que ellos (mis discípulos) sean una sola cosa, como yo y Tú, Padre, somos uno”.

Con mucha razón, pues, exclamaba San Agustín: “El misterio de la Trinidad es un gran misterio y un arcano saludable”.

Nada más fecundo para la vida cristiana: nada más esencial, por último, para nuestras preces.

5

La Trinidad y la oración cristiana

La oración de la Iglesia y la Liturgia Sagrada son un reclamo continuo de la Trinidad.

Hago la Señal de la Cruz y digo: “En el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”.

Canto el Gloria in excelsis o el Te Deum: y alabo, adoro, agradezco y suplico al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

Recito el Credo: y proclamo mi creencia en Dios Padre, en el Hijo, en el Espíritu Santo.

Digo el Pater Noster: y, si lo digo bien, necesariamente debo pensar en la Trinidad.

Resuena un vagido en una casa: ha nacido un niño. Se lo conduce a la fuente sagrada y se lo bautiza en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Cuando el Obispo impone sus manos sobre el confirmando en la Confirmación, es la tercera Persona de la Trinidad que se invoca y el nuevo soldado de Cristo es signado con la señal de la Cruz, es confirmado con el crisma de la salud, pero siempre en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

La Misa es otra continua invocación de la Trinidad. A la Santísima Trinidad es ofrecido el Sacrificio, la Hostia pura, santa e inmaculada, el Pan santo de la vida eterna y el Cáliz de la perpetua salvación.

Si nos presentamos al tribunal de la Penitencia, el ministro de Dios nos absuelve en Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

El Orden constituye al que lo recibe ministro de Dios uno y trino; en el Matrimonio, es la Trinidad que bendice y sella el juramento de los esposos; y hasta en el lecho de la muerte, después de la Extrema Unción, el sacerdote recomienda el alma que se halla próxima a partir de este mundo, en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

¿Qué más? Todo himno de la Iglesia, termina cantando: “Sea gloria a Dios Padre, a su único Hijo y al Espíritu Paráclito por todos los siglos de los siglos”. Todas las oraciones del Breviario y del Misal imploran gracias “por la intercesión de Nuestro Señor Jesucristo, que, con el Padre y el Espíritu Santo, vive y reina en los siglos de los siglos”. Millares de veces, tanto en las preces de la Liturgia, como en las privadas, cantamos: “¡Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo! —*Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto*”

¡Y quizás nuestro corazón no tiene ni siquiera un saludo o una palpitación de amor para la Trinidad! El mismo *Gloria Patri* lo mascullamos y lo destrozamos distraída e ignominiosamente... ¡Ay! Nos interesamos en tantas cosas, quizás hasta de la política y del deporte; pero ignoramos “los misterios principales de nuestra santa fe”; o, si los sabemos de memoria, los repetimos como loros.

A menudo, el que contempla el mar o admira el océano, siente una fuerza misteriosa que lo subyuga: es la voz de las olas. El ojo forcejea por lanzar la mirada más adelante; pero inútilmente quiere dominar, en vano busca el término de las aguas, que se extienden en lontananza, y dan la sensación del infinito. Es lo que sucede en el misterio de la Trinidad.

Dios nos toma y nos conduce frente al océano de su Esencia, grande, inmensa, infinita. Creemos abarcarla con la ávida mirada de la frágil razón humana; pero sentimos la nada de nuestra inteligencia y la vanidad de nuestra soberbia. Y como un día, en las alturas del Palacio Doria, de Génova, arrobados José Verdi y Josué Carducci en la contemplación del mar de la Liguria, como abrumados por la inmensidad exclamaron: “¡Creo en Dios!”; así nosotros, ante el misterioso mar del Dios uno y trino, adoremos en recogimiento y cantemos Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

RECAPITULACIÓN

1. El dogma trinitario nos enseña que en Dios hay tres Personas en una sola naturaleza. La teología ilustra el misterio y ve un reflejo de la Trinidad sacrosanta en el alma humana, creada a imagen y semejanza de Dios.

2. No puede prescindir de este dogma el que aspira a poseer una fe, una vida y una oración verdaderamente cristiana:

a) En cuanto a la Fe, no se podrían comprender las otras verdades (p. ej. la Encarnación y Pentecostés) sin la Trinidad.

b) En la Vida, nosotros —hijos adoptivos de Dios por los méritos de Cristo, Hijo de Dios por naturaleza— estamos por su intermedio unidos al Padre, mediante el amor sobrenatural, que nos es infundido por el Espíritu Santo. Por lo tanto, una vida cristiana que descuida la Trinidad, es un absurdo.

c) Las Oraciones de la Iglesia y la Liturgia Sagrada se inspiran en la Trinidad.

No basta.

La segunda Persona de la Trinidad se ha encarnado y se hizo hombre para redimirnos.

¿Cómo ha sucedido esto?

Lo veremos en el siguiente capítulo: El Verbo Encarnado, Redentor del mundo.

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI – EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO – CAPÍTULO NOVENO – EL VERBO ENCARNADO REDENTOR DEL MUNDO

Publicado el [Domingo 7 octubre 2012](#) por [Fabian Vazquez](#)

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI

EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO

Libro de estudio y de meditación, no sólo para hombres pequeños, sino también para hombres grandes, no para ser leído en el tren o en medio del bullicio, sino en el silencio y el recogimiento, palabra por palabra, sin saltar de una página a otra, como lo haría el hermano Mosca del

Convento de San Francisco.

Capítulo Noveno

EL VERBO ENCARNADO

REDENTOR DEL MUNDO

Jesús se mostraba muy agradecido a la gran mística benedictina Santa Gertrudis cuando se inclinaba con profunda y piadosa gratitud a las palabras del Credo: “que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo; nació de Santa María Virgen”.

El misterio de la Encarnación y de la Redención —el segundo de los principales misterios de nuestra fe— debería hacer palpitar de amor nuestros corazones.

“Llegada la plenitud de los tiempos —dice San Pablo en su epístola a los Gálatas—, Dios envió a su Hijo... para que pudiésemos recibir la adopción de hijos suyos”. “Y el Verbo —prosigue San Juan en su Evangelio— se hizo carne y habitó entre nosotros y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad”.

1

El dogma de la Encarnación

El símbolo de San Atanasio, después de haber expuesto claramente el dogma de la Trinidad, enuncia el de la Encarnación y de la Redención en estos términos:

El que quiera salvarse debe creer también fielmente la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo.

La verdadera fe es esta: que creamos y confesemos que Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, es Dios y Hombre.

Es Dios por la substancia del Padre, engendrado antes de los siglos; y es hombre por la substancia de la madre, nacido en el tiempo.

Es perfecto Dios y perfecto hombre, subsistente de alma racional y de humana carne.

Igual al Padre según la divinidad, es menor al Padre según la humanidad.

Y aun cuando sea Dios y Hombre, no son dos, sino un solo Cristo.

Y uno, no por la conversión de la divinidad en la carne, sino por la ascensión de la humanidad en Dios.

Es perfectamente uno, no por confusión de substancia, sino por la unidad de persona.

Y así como el alma racional y la carne son un solo hombre, así Dios y el Hombre son un solo Cristo. El cual padeció por nuestra salvación.

Para el comentario de estas palabras, nos serviremos de Santo Tomás de Aquino, quien en la Suma Teológica ha dedicado uno de sus más espléndidos tratados a la Encarnación del Verbo. Naturalmente, sólo tomaremos algunas de las ideas del inmortal Doctor; y, para hacerlas más accesibles a todos, con frecuencia las expondremos con las expresiones y las imágenes de los místicos.

Santa Catalina de Siena, con su *Libro della divina dottrina*, con sus *Pregchiere* y con sus *Lettere*; y la Beata Ángela de Foligno con su *Libro delle mirabili visioni e consolazioni*, nos servirán en la materia de gran ayuda: ya que la primera voló como águila en las alturas del dogma y la otra tuvo la gracia —como lo afirma su brillante traductor, Luis Fallacara— de poder ver con los ojos del espíritu, los tormentos de la pasión de Cristo, hasta las desgarraduras de las carnes que los clavos fijaron en el leño de la Cruz, habiendo sufrido todos los dolores del Crucificado.

Después de una breve premisa estudiaremos:

a) La Encarnación

b) La Redención.

La posibilidad de la Encarnación

El árbol de la humanidad —la comparación es de la Santa de Siena— era puro y bello; pero, por la desobediencia de los progenitores, de árbol de vida resultó árbol de muerte. Por este motivo, canta la mística sienense, la Trinidad sacrosanta, en un exceso de amor por el hombre, injertó su “Divinidad en el árbol muerto de nuestra humanidad”. Y como si esto no bastara, el Hijo de Dios Encarnado, regó el árbol con su Sangre divina.

Aunque frente a semejante imagen, comprendamos al instante cómo el hombre injertado en Dios debía producir frutos de vida, sin embargo, no podemos menos de preguntar: “¿Es posible la Encarnación? ¿Es concebible un Dios que se hace hombre? ¿No es esto un absurdo, que implica una mutación en Dios y algo así como un anonadamiento de la divinidad?”

Responde San Agustín. También nuestro pensamiento se encarna en la palabra que escribo en el papel; y, sin embargo, el pensamiento no cambia. Es lo que sucede en la Encarnación. El Pensamiento, el Verbo de Dios, espíritu purísimo, tomó carne humana, vivificó la tinta de la naturaleza humana; y lo modificó y mudado no es el Pensamiento eterno y perfecto del Padre, sino el hombre tomado por Él.

Todavía más. Mi pensamiento permanece en mi mente, aun cuando lo escribo sobre el papel y lo encarno en la expresión verbal. Y no son dos, es uno el pensamiento que está en mí y el que se halla en el papel. Así, encarnándose la segunda Persona de la Trinidad no ha abandonado al Padre; es uno con el Padre y con el Espíritu Santo y sigue siendo uno con ellos, aunque aparezca sobre la tierra. Y único es el Hijo de Dios que siempre existe en el cielo y que vivió en Palestina.

Y como al romperse o sufrir algún deterioro el papel, también desaparece el pensamiento escrito y se resiente, aunque el pensamiento en sí no sufra disminución alguna como pensamiento, del mismo modo Jesucristo en su vida y en su pasión no sufrió en cuanto Dios, porque como Dios no podía ni padecer ni morir, sino sólo en cuanto hombre.

Santa Catalina recurre a otra espléndida comparación. El Verbo Encarnado, el Dios hecho hombre es la Divinidad, refulgente en sí como sol, pero velada por la “miserable nubecilla” de la naturaleza humana. Y así es, en efecto: los profetas habían predicho e indicado claramente la venida y la historia de Cristo; y los prodigios por Él realizados junto con sus profecías, eran una prueba apodíctica de su divinidad.

Sin embargo, la nube de nuestra carne que revestía al Verbo, lo ocultó a la mirada superficial que no vio, tras la nube, al sol, ni lo saludó, aunque de cuando en cuando el resplandor de un milagro o de la palabra divina rompiese la obscuridad y revelara su presencia. Y la Santa exclamaba: “Contempla, alma mía, y verás al Verbo en nuestra humanidad como envuelto en una nube. La Divinidad no es afectada por la nube, esto es, por las tinieblas de nuestra humanidad, sino está

escondida detrás, como el sol tras la nube; y así como el cielo sereno queda oculto a veces por las nubes, así también el esplendor divino, la divinidad del Verbo, asistió a los sufrimientos de su cuerpo, pero, después de la Resurrección, transformáronse en luz las tinieblas de su humanidad, y de mortal que era, hízola inmortal”.

3

El Verbo Encarnado

Dejando de lado por un instante las imágenes y volviendo al dogma, podemos enunciarlo así:

En el Verbo Encarnado, Jesucristo, tenemos dos naturalezas —la naturaleza divina y la humana— y una sola persona: la persona divina.

Que en Jesús existan dos naturalezas, es cosa clara.

La naturaleza, como lo dijimos, es aquello por lo cual una cosa es lo que es, aquello por lo cual Dios es Dios, el hombre es hombre, una flor es una flor.

Por esto, siendo Jesucristo verdadero Dios, debe tener naturaleza divina; siendo verdadero hombre, debe poseer la naturaleza humana.

Si en Jesucristo, por otro lado, hubiese dos personas, no sería uno, sino serían dos seres; por un lado Dios, la Persona Divina; por el otro el hombre, la persona humana; o sea, no tendríamos más el Hombre-

Dios. —Todo esto es de una evidencia suma.

El misterio consiste en esto: ¿cómo asumió Dios la humanidad, de modo que en la unidad de la persona hubiese dos naturalezas?

El genio de Santo Tomás, en el mencionado tratado, ha querido proyectar un rayo de luz en las tinieblas sagradas que la mente humana adora reverente, en espera de las celestes revelaciones de la visión beatífica.

Dios —dice el Angélico Doctor— es el Ser por excelencia. “Yo soy El que soy”, o sea: Yo soy el mismo Ser, dijo Dios a Moisés. En otras palabras: ¿cuál es la naturaleza de Dios? Es el Ser perfecto. Por consiguiente, en Dios el ser no se distingue realmente de la naturaleza divina.

En las creaturas, y, por lo tanto, también en el hombre, la cosa es distinta: nuestra naturaleza humana no es el mismo Ser por esencia: en nosotros, una cosa es la naturaleza, y otra, el acto de la existencia personal. Nuestro ser es limitado, imperfecto, creado, y se distingue realmente de nuestra naturaleza.

Ahora bien, según la teología tomista, tenemos que en Jesucristo el ser divino; o sea, el divino Verbo, da subsistencia a la naturaleza humana, sin necesidad de que ésta tenga su acto de existencia creada.

El Ser del Verbo que hace subsistir a la naturaleza humana, he ahí a Jesucristo, en el cual, por esto mismo, hay dos naturalezas (la humana y la divina; esta última se identifica con el Ser divino) y una Persona única, la Persona divina, en cuanto existe un Ser único (no dos seres, el ser creado y el Ser increado, sino sólo el Ser increado) y en cuanto este único Ser sostiene a la naturaleza humana, sin que por esto se cambie en sí mismo, sino sólo en cuanto da término por sí mismo a la naturaleza humana, como no se modifica el sol por el hecho de que sus rayos hacen abrir a la flor, a la que le da vida y colores.

Pero no debemos ahondar demasiado estas altas disquisiciones, que no deben confundirse con el dogma. El dogma nos afirma que Jesús es verdaderamente hombre y verdaderamente Dios, y que el Hombre-Dios es una sola Persona, la Persona divina. La ilustración de la enunciación dogmática corresponde al campo de la teología y a ella debe recurrir el que no quiera conformarse con las nociones elementales de esta obrita.

Conviene más bien aclarar cómo Jesucristo, en virtud de su doble naturaleza, puede ser llamado en verdad “hijo del hombre” y también “hijo de Dios”; y cómo, por la unidad de persona, las acciones humanas de Jesucristo tienen dignidad y valor divino, porque son las acciones de la Persona divina.

Es éste el punto esencial que hay que advertir: nuestras acciones tienen un valor humano, limitado, finito; las del Hombre-Dios, al contrario, tienen un valor infinito.

La importancia de un acto depende de la dignidad de la persona que lo ejecuta: un sí, en los labios de un rey puede significar la salvación de un condenado a muerte. En mis labios en este caso no tendría valor alguno.

Y no entenderemos jamás nada de Jesucristo, sino cuando estemos profunda, íntima, e intensamente convencidos de esta verdad: todo pequeño gesto, todo pensamiento, toda palabra, toda aspiración, el menor sufrimiento, toda plegaria, en fin todo acto de su naturaleza humana, tiene valor infinito, por razón de la subsistencia divina del Verbo.

Acerquémonos, pues, con afecto al “dulce y amoroso Verbo, Hijo de Dios”, al hermoso entre los hijos de los hombres, a nuestro Salvador bendito que ha libertado a nuestra pobre humanidad, al Cordero manso e inmaculado que a través de los siglos ha hecho palpitar los mejores corazones, ha arrebatado a las almas más nobles, purificado, vivificado y divinizado la conciencia humana.

Acerquémonos con Santa Margarita María a su Corazón, porque nadie mejor que su Corazón nos puede manifestar qué es la Encarnación y la Redención.

Continuará...

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI: EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO: CAPÍTULO NOVENO: EL VERBO ENCARNADO REDENTOR DEL MUNDO – CONTINUACIÓN

Publicado el [Lunes 15 octubre 2012](#) por [Fabian Vazquez](#)

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI

EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO

Libro de estudio y de meditación, no sólo para hombres pequeños, sino también para hombres grandes, no para ser leído en el tren o en medio del bullicio, sino en el silencio y el recogimiento, palabra por palabra, sin saltar de una página a otra, como lo haría el hermano Mosca del Convento de San Francisco.

Capítulo Noveno

EL VERBO ENCARNADO

REDENTOR DEL MUNDO

Continuación...

Motivos de la Encarnación

La Encarnación es la unión de Dios con el hombre, es la asunción de la naturaleza humana de parte del Verbo, para unir al hombre con Dios mediante la gracia. Dios se anonada para divinizarlos; desciende para hacernos ascender.

Si se prescinde de los conceptos expuestos —es decir del orden sobrenatural, de nuestra divinización e históricamente de la caída del hombre— no se entiende lo que ha sido la Encarnación — el “parentesco” como lo define Santa Catalina, entre la humanidad y la divinidad, para reparar la muerte del hombre y para elevarlo sobrenaturalmente a la vida divina.

¿Cuáles fueron, pues, los motivos de la Encarnación?

No es posible responder de un modo perfecto a esta pregunta, porque al hablar de Dios no debemos olvidar lo débil de nuestra razón.

La Beata Ángela de Foligno observa justamente que en Dios no hay ninguna perfección desligada de las otras, sino que existe armonía y fusión de todas las perfecciones.

La Potencia, la Justicia y la Misericordia se armonizan entre sí y la palabra que mejor sintetiza a la Vida divina es el Amor. Sólo a la luz del Amor se puede intentar discurrir sobre la Encarnación.

a) Por amor nos ha creado Dios; por amor nos ha elevado al estado sobrenatural; por amor se hizo hombre el Hijo de Dios para divinizar a los hijos del hombre. Dios ha amado tanto al mundo —dice el Apóstol San Juan— que nos dio a su Unigénito para que todos los que creyesen en Él no perecieran, sino alcanzaran la vida eterna.

Y los Padres, a una sola voz, mientras no vacilan en proclamar que Dios se hizo hombre para que el hombre se hiciese un Dios y fuese divinizado por la gracia que mana de la única fuente, Cristo, colocan al frente de toda explicación el Amor y la Bondad infinita de Dios.

b) Históricamente, esta manifestación del amor divino, esta lluvia de la bondad divina, se derramó sobre una humanidad caída, de modo que el fin de la Encarnación —de hecho— no fue solamente la elevación del hombre al orden sobrenatural, sino también *la reparación del pecado*, y la gracia de Cristo fue, por lo tanto, *gracia reparadora*.

El amor que Dios nos profesa resuelve el problema, que de otro modo hubiera sido insoluble para el hombre. Por un lado, la justicia divina exigía una reparación de la culpa; por otro, la debilidad humana era impotente para satisfacer de un modo adecuado, ya que siendo la culpa —como se ha

visto— de una gravedad infinita, no podía ser reparada por el hombre, cuyos esfuerzos son sólo de eficacia natural y finita.

Interviene entonces la misericordia: Dios quiso ayudar al hombre, quiso otorgarle el perdón.

Dios podía redimirnos de mil maneras; pero su Amor eligió una —la Encarnación— con la cual quedaría perfectamente satisfecha la justicia, y la misericordia tendría su máxima manifestación.

Jesucristo dio al Padre una reparación de un valor infinito por nuestros pecados; por su intermedio la misericordia y la justicia se abrazaron entre sí, unidas por el Amor.

En el Verbo Encarnado, por lo tanto —en expresión de Santa Catalina— tenemos “la navecilla para librar al alma del mar tempestuoso, y conducirla al puerto de la salvación”. En esta forma escribió su poema el Amor infinito de nuestro Dios, esto es, su “libro en el madero de la Cruz, no con tinta, sino con la sangre y con las palabras de las dulcísimas y sacratísimas llagas de Cristo. ¿Y quién será tan ignorante, de tan pobre entendimiento, que no lo sepa leer?”

c) Finalmente, el amor explica por qué Jesucristo quiso reparar a la justicia divina con su Pasión y su Muerte en la Cruz.

Por sí, como ya lo advertimos, la menor acción o sufrimiento, la más leve humillación, aun más, un solo deseo del Corazón de Cristo hubiera bastado para rescatarnos, siendo todos sus actos de un valor infinito.

Pero el Padre, para hacer resplandecer más el amor de su Hijo, quiso que fuéramos santificados con la Sangre de Jesús y reclamó como expiación del pecado las penas, la pasión y la muerte de Cristo.

Sólo cuando Jesús desde el madero de la Cruz exclamó: “todo está consumado, consummatum est”, sólo entonces se completó la satisfacción y la obra de nuestra salvación llegó a su término.

El dulce Verbo —escribe a este propósito Santa Catalina— como águila que tiene siempre la mirada fija en el sol, contempló el sol de la eterna voluntad del Padre, y entonces

“como embriagado por el amor del Padre eterno y de nuestra salvación, se sometió al yugo de la obediencia, y para cumplirla sobreabundantemente se saturó de oprobios, de mofas y de improperios.

El que sacia todas las almas sufrió sed; para vestirnos con la divina gracia se despojó de la vida de su cuerpo y se hizo blanco de las miradas sobre el madero de la Santa Cruz”.

Y prosigue la Santa:

“A cualquier parte que me vuelva, doy con el amor inefable.

El amor hizo descender a “la alteza de la Divinidad a tan grande bajeza como es nuestra humanidad... El amor lo hizo habitar en el pesebre, entre los animales. El amor lo saturó de oprobios. Y por amor, el dulce Jesús se complació grandemente llevando la Cruz de muchas tribulaciones... El amor lo hizo correr con obsequiosa obediencia hasta la humillante muerte de la Cruz”.

¿Quién lo sujetó a la Cruz? No fueron ni los clavos, ni la Cruz, ni la piedra, ni la tierra, los que tuvieron en pie a la Cruz, porque no eran suficientes para sostener al Hombre-Dios; fue el amor que tenía a la gloria del Padre y a nuestra salvación”.

Es lo que el mismo Cristo había dicho: “Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos”

5

La Redención

Ahora, después de tales reflexiones, es fácil comprender en qué consiste la Redención.

El Verbo Encarnado aceptó tomar sobre sí todos nuestros pecados; voluntariamente se puso en nuestro lugar; y satisfizo nuestra deuda sobreabundantemente.

La humanidad —dice el Apóstol San Pedro— ha sido rescatada “no con cosas corruptibles, como el oro y la plata, (...) sino con la sangre preciosa del Cordero sin mancha, la sangre de Cristo, que fue predestinado ya antes de la creación del mundo”

El Padre cargó toda nuestra iniquidad sobre el Hombre-Dios y Él ha sufrido y muerto por todos los hombres, por los que le habían precedido y por los que habían de venir.

“Cristo obtuvo nuestra redención —en expresiones de San Pablo— con un gran precio”; y aun prescindiendo de su vida privada y pública, basta pensar un poco en la Pasión, para comprender cuánto Jesús sufrió por nosotros.

Los tormentos de aquella hora de vejámenes y de angustias se pueden dividir en tres clases:

a) Los dolores de sus miembros inmaculados. La flagelación que lo convirtió en una llaga; la frente traspasada, la cabeza golpeada, llagada, cubierta de sangre y expuesta al ludibrio bajo la corona de espinas; la subida al Calvario bajo el peso de la Cruz; las tres caídas, la crucifixión, las tres horas lentas de agonía sobre el patíbulo infame y la muerte, fueron una sucesión de dolores inenarrables.

No podía ser mayor la crueldad de los verdugos; el Dios humanado ha sufrido un mar de dolores. Aún hoy, después de tantos siglos, basta aplicar atentamente el oído para que nos llegue el eco de los golpes de martillo, que caían inexorablemente sobre los clavos que traspasaban las manos y los pies del Justo.

b) También el alma de Jesús fue invadida de amargura, causada por las mismas circunstancias de la Pasión.

La traición de Judas; el abandono de los Apóstoles; la triple negación de Pedro; la ingratitude de un pueblo beneficiado, que pocos días antes lo aclamaba estruendosamente, y ahora vociferaba *Crucifige*, posponiéndolo a Barrabás; las humillaciones que le hicieron sufrir hipócritas como Anás y Caifás, almas crueles como Pilato y la soldadesca y hasta una persona inmundada como Herodes; las blasfemias de los enemigos, el insulto de los sacerdotes del templo; la visión del porvenir en que millares y millares de almas harían irrisión de su nombre y pisotearían su Sangre divina; y, sobre todo, el encuentro con la Madre anegada en lágrimas desoladoras, todo concurría a hacer más angustiosa la terrible expiación de nuestros pecados.

c) Esto fue casi nada en comparación del inmenso dolor que se desencadenó sobre Jesús como una violenta tempestad allá entre los olivos de Getsemaní, arrojándolo a tierra en medio de una agonía más oprimente que la muerte, envuelto en un frío sudor de sangre.

En el Alma divina de Jesús se desarrolló un drama como nunca lo contempló ni lo contemplará la tierra. El Hombre-Dios, el Inocente, la Inocencia, la Pureza, la Bondad por antonomasia, en aquel momento sintió sobre sí todos los pecados de los hombres.

El espantoso cúmulo de culpas —como lo llama Bossuet— que se habían cometido antes de Él y las que se cometerían después de su muerte; los pecados de todas las creaturas, de las naciones, de las familias y de los individuos; las cosas más oprobiosas, las más obscenas vilezas, las más

innominables desvergüenzas, las ignominias más detestables, las inmoralidades más indecentes; toda esa inundación de fango la ponía Dios sobre sus espaldas y la hacía gravitar sobre su corazón inmaculado.

Sintió entonces que substituía a los culpables y le pareció que desaparecía en aquel océano de inmundicia y de crimen. El contraste más vivo y angustioso laceraba su alma purísima que sentía en aquel momento la más repugnante de las náuseas.

“¡Padre! —exclamó—. Si es posible pase de mí este cáliz! Sin embargo, no se haga mi voluntad, sino la tuya”. Pero el Padre fue inexorable. Debía apurar hasta la última hez el cáliz de la amargura, porque —como lo dice SAN PABLO con una enérgica expresión—: “Al que no conocía de hecho el pecado, Dios lo había hecho pecado”, viniendo a ser la divina víctima para la expiación del pecado, semejante a los pecadores en su naturaleza humana, y representando no sólo a los pecadores, sino, en cierto sentido, al mismo pecado.

Entonces sudó sangre y sintió que se le destrozaba el Corazón, triturado bajo los golpes de la divina justicia y de la fragilidad humana; y hablando de este tormento Jesús había de decir un día a Santa Margarita María:

“En ese momento he sufrido interiormente más que en todo el resto de mi Pasión, viéndome en un abandono general del cielo y de la tierra, cargado con los pecados de todos los hombres. Comparecí ante la santidad de Dios, que sin tener en cuenta mi inocencia, me ha quebrantado en su furor, haciéndome beber el cáliz que contenía toda la hiel de la amargura de su indignación, como si Él hubiese olvidado el nombre de Padre para sacrificarme a su justa cólera. No hay creatura que pueda comprender la magnitud de los tormentos que sufrí entonces”.

Todo esto, si nos recuerda por una parte que cada uno de nosotros ha sido la verdadera causa de los dolores de Cristo y de su crucifixión, por otra nos proclama también la dulce y consoladora verdad de que Él murió por todos, y que, como lo define San Pablo, es el Mediador entre Dios y los hombres.

Sólo de Cristo depende nuestra salvación, el perdón y la santificación; por esto mismo, es también la Cabeza de todos los elegidos que salvó por medio de su sacrificio.

De aquí que todas las almas se acerquen a Cristo Redentor; y así como —la comparación pertenece a Santa Teresita del Niño Jesús— si se echa una gota de agua sobre un brasero de carbones ardientes desaparece en un segundo, del mismo modo, en el fuego del divino amor de Cristo, arrojamos nuestros pecados, seguros de que serán destruidos.

Han pasado veinte siglos y las generaciones humanas continúan volviéndose hacia el Crucificado; el cual espera a todos con la cabeza inclinada, con los brazos abiertos, para abrazarnos y con el costado abierto para mostrarnos el Corazón que tanto ha amado a los hombres. Quiso mostrar este Corazón, dice Santa Catalina, “para que el afecto del alma sea llevado hacia las cosas elevadas y el ojo del entendimiento fije su contemplación en esta hoguera”.

Con la voz del Corazón y de la sangre, Cristo nos repite a cada uno: “vosotros no estáis hechos sino de amor”.

El gran espíritu de San Pablo se perdía en este océano de amor y algunas expresiones inmortales de sus Epístolas nos dan una señal de su conmoción.

Cuando dice: “Si alguno no ama a Nuestro Señor Jesucristo, sea anatema”, cuando se gloria de no avergonzarse del Evangelio y de predicar a Jesucristo y éste crucificado; cuando proclama que no hay salvación sino en el Redentor, y por esto su vida es Cristo, San Pablo no hace otra cosa que levantar su grito de amor que vivifica toda su doctrina teológica inspirada acerca de la Encarnación y de la Redención.

Hacia el Crucificado se encaminan los pensamientos y los afectos de los buenos. Francisco de Asís recibirá en sus miembros el sello glorioso del martirio divino y todos los Santos llevarán el estigma impreso en sus conciencias. Las más sublimes abnegaciones, los más generosos heroísmos, los más desinteresados sacrificios hallan en Cristo, que pende de la Cruz, la fuerza y la inspiración.

Los mismos blasfemos, tal como sucedió un día en el Calvario, terminan golpeándose el pecho, como el Centurión, y confesando: “Verdaderamente, éste es el Hijo de Dios”.

Algún literato de mal gusto podrá quizás entretenerse en comparar la muerte de Cristo con la de Sócrates, o con la muerte de otros hombres célebres; pero no se ha logrado encontrar alguno, por ilustre y famoso que sea, que pueda repetir lo que Jesús repite hace siglos a todas las almas: “Yo soy la resurrección y la vida”.

6

La grandeza divina de Cristo

Hay un abismo entre Cristo y cualquier otro hombre; así lo comprendió el poderoso emperador que en los primeros años del siglo XIX tuvo en sus manos los destinos de Europa. En la soledad de

su destierro —así lo describe Newman en una de las últimas páginas de su obra maestra—, ya cercano a la muerte, parece que se expresó en esta forma:

“Yo me habitué a tener fijos en la memoria los ejemplos de Alejandro y de César, con la esperanza de rivalizar con sus empresas y dejar un recuerdo perenne en el espíritu de los hombres.

Sin embargo, todo bien ponderado ¿en qué sentido vive César? ¿En qué sentido vive Alejandro? ¿Quién los conoce? ¿Quién se preocupa de ellos? En la mejor de las hipótesis, apenas se conocen sus nombres... y, aun sus mismos nombres corren por el mundo como el de otros tantos espíritus adocenados, recordados solamente en alguna ocasión particular, o por asociación de ideas. Su patria principal son las aulas escolares; su puesto más importante está en los libros de ejercicios gramaticales; son espléndidos temas para ejercicios literarios.

Pero, al contrario —dícese que continuó diciendo—, en todo el mundo hay un solo nombre que vive. Es el nombre de uno que pasó los años de su vida en la obscuridad y murió con la muerte del malhechor. Desde aquel día han pasado mil ochocientos años; pero ocupa todavía un lugar preferente en el espíritu de los hombres.

En las naciones de índole más diversa, bajo el imperio de las más distintas circunstancias, entre pueblos y naciones cultas como entre gentes e inteligencias incultas, en todas las clases de la sociedad, domina el Poseedor de ese gran nombre.

Lo reconocen los nobles y los plebeyos, los ricos y los pobres. Millones de almas le dirigen la palabra y confían en su palabra y guardan respeto y compostura en su presencia. En su honor se construyeron innumerables templos suntuosos.

Su imagen, que lo representa en la hora de su más profunda humillación, se pasea triunfalmente en las más orgullosas ciudades, en los pequeños pueblos, en las esquinas de las calles y en los desfiladeros de los montes. Él santifica los palacios hereditarios, los estudios, las alcobas, y constituye el tema de las obras maestras de los genios más altos del arte imitativo. Se le lleva en el corazón durante la vida. Se le tiene delante de los ojos semivelados del moribundo.

Hay, pues, alguien, que no es un simple nombre, una simple función, sino una verdadera realidad.

Ha muerto y se ha ido, pero está todavía viviente. Vive como un pensamiento viviente y propulsor de generaciones que se suceden, como legítima fuerza motriz de millares de acontecimientos grandiosos. Sin mayores esfuerzos ha conseguido lo que otros con una larga vida de luchas no han podido obtener. ¿Puede por ventura ser menos que un Dios?”.

Así hablaba Napoleón. También nosotros nos preguntamos: ¿Quién puede dudar de la divinidad de Jesucristo?

RECAPITULACIÓN

1. El dogma nos enseña que en el Verbo Encarnado, Jesucristo, hay dos naturalezas —la naturaleza divina y la humana— y una sola Persona: la Persona divina.

La teología, con el genio de Santo Tomás, comenta esta enunciación dogmática, ilustrando la posibilidad de la Encarnación, y buscando el modo de concebir la unidad de persona en la dualidad de las naturalezas.

2. Las acciones humanas de Jesucristo, siendo acciones de la Persona divina, tienen un valor infinito. Hubiera así bastado la menor de esas acciones para redimirnos. Pero el Padre —para darnos una nueva prueba de amor que es el motivo de la Encarnación— quiso que Jesús nos redimiese con la pasión y con la muerte de cruz. Y Jesús lo hizo así.

3. Jesús tomó sobre sí todos nuestros pecados, poniéndose voluntariamente en nuestro lugar, haciéndose Mediador entre Dios y los hombres.

Soportando una triple clase de dolores, nos obtuvo el perdón y elevó nuestra naturaleza al orden sobrenatural, del que había caído.

Hacia Él, Redentor del género humano, vuelven los siglos su mirada de reconocimiento y lo saludan, como Rey de amor y Dios de los corazones.

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI – EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO – CAPÍTULO DÉCIMO – MARÍA

Publicado el [Lunes 22 octubre 2012](#) por [Fabian Vazquez](#)

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI

EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO

Libro de estudio y de meditación, no sólo para hombres pequeños, sino también para hombres grandes, no para ser leído en el tren o en medio del bullicio, sino en el silencio y el recogimiento, palabra por palabra, sin saltar de una página a otra, como lo haría el hermano Mosca del

Convento de San Francisco.

Capítulo Décimo

MARÍA

Se lee en la obra *De Música*, de San Agustín, que todo hombre es como las sílabas de un poema, cada una de las cuales siente su propio sonido, pero no llega a percibir la melodía que contribuye a formar.

Es verdad. Cada uno de nosotros, aunque contribuya con su sílaba, jamás comprenderá toda la belleza del poema de amor que los siglos cantan a María.

En las montañas de Judea la “blanca niña de Jesé, envuelta en resplandores de oro”, contemplando el porvenir hizo esta profecía: “Todas las gentes me llamarán bienaventurada”. Podía parecer ridícula o necia semejante predicción en los labios de una doncella desconocida. Y, sin embargo, “reservados al amor, nacidos en la escuela de las cosas celestiales”, sabemos muy bien que a esa voz “respondió obediente el porvenir”.

Desde las pinturas de las tenebrosas catacumbas a las agujas del Duomo de Milán, de Dante a Manzoni, desde las dulces imágenes del Giotto y del Angélico hasta los cuadros de Rafael; desde el *Stabat Mater* de Pergolesi y de Rossini al *Ave Maria* de Gounod, el arte, la música y las letras saludan a María.

El mismo Heine la llama “la más bella flor de la poesía”; Byron se conmueve a la hora del crepúsculo melancólico, cuando en el pinar de Ravena oye las campanas del cercano monasterio; Carducci comprueba que “cuando en las auras resuena el humilde saludo, descubren la cabeza los pequeños mortales e inclinan la frente Dante y Aroldo”.

Y mientras la Iglesia recuerda las victorias de Lepanto y de Viena, todo creyente imita a Cristóbal Colón; éste, al emprender el viaje en que descubrió América, bautizaba la mayor de sus carabelas con el nombre de Santa María y nosotros le consagramos la diminuta nave de nuestro corazón.

Para saber quién es María, hay que estudiarla teniendo en cuenta la idea principal, que forma la base de este Silabario del Cristianismo, es decir, bajo el aspecto de *la unión sobrenatural con Dios*.

Ninguna creatura humana estuvo más unida que Ella a Dios, mediante la gracia de Jesucristo.

En la Virgen, no se encuentran milagros o manifestaciones rumorosas; toda su grandeza y sus privilegios, fuentes de su gloria, se reducen a esa unión.

Ella es la *Inmaculada*, y, como todos saben, la Concepción Inmaculada no es otra cosa que la exclusión de la culpa original, o sea, el hecho de que el alma de María jamás estuvo privada de la gracia y de la unión con Dios; Ella es la *Virgen*, y el verdadero y profundo significado de la virginidad es la rendición completa de la creatura al Creador y su unión con Él; Ella es la *Madre* que, mediante la unión con Dios en la Encarnación, une a todos los hombres —todos sus hijos— con el Padre. Y si volvemos la mirada a la *Corredentora*, no hallamos otra cosa que la unión de María con Jesús en sus misterios; la *Asunción*, no es nada más que la unión perfecta con Dios en el Cielo; el culto a la Virgen a través de los siglos, tiene por objeto y finalidad la unión con Dios y la gracia.

En resumen, una sola nota divinamente bella resuena y canta en esta música; y sin las nociones de lo sobrenatural, dadas en los capítulos precedentes, sería en vano intentar comprender, ni pálidamente, a la que Santa Gertrudis invoca así: “¡Oh, lirio blanco de la Trinidad esplendorosa!”

1

La Inmaculada, la Virgen, la Madre

El dogma cristiano nos enseña que María es:

1. — La INMACULADA, toda bella y sin mancha, cuyo vestido es cándido como la nieve y cuyo rostro es esplendoroso como el sol.

Muchos —completamente ignorantes en religión— confunden el dogma de la Inmaculada Concepción con el otro de la Virginidad. Ignoran que mientras todos los hijos de Adán nacen con el pecado de origen, solamente María, entre todas las creaturas, fue concebida en la gracia santificante, sin mancha del pecado original.

Era conveniente, *con relación al demonio*, que Aquélla que debía quebrantarle la cabeza no hubiese estado nunca bajo su dominio, sino que hubiese existido siempre entre él y esta Mujer “una enemistad” absoluta y plena.

Era justo, *con relación a Jesús*, al Redentor, al purísimo Hombre-Dios que trajo la gracia al mundo, que su Madre jamás hubiese sido profanada por el pecado.

Era significativo, *con relación a nosotros*, que la ola de fango que nos envuelve a todos, respetara a María, nuestra Madre, fúlgida en su incontaminada pureza, como un programa, un ejemplar, un aviso.

Voy a robar un hermoso pensamiento al Cardenal Maffi.

“Las descripciones del eclipse acaecido en las llanuras lombardas en el año 1842 hacen notar que ninguna creatura, desde la tenue hierba hasta el hombre, ha podido substraerse al calofrío de temor provocado por aquella densa e imprevista obscuridad. ¿Qué sucedía? En Milán reinaba una noche profunda; pero, el que acertó a levantar la mirada hacia el horizonte de los Alpes contempló la cumbre del Monte Rosa dorada por los rayos del sol. Noche en la llanura; luz en las alturas. Y ¡cuánto nos hablan de María esas cumbres! Mientras la tierra se agita y se entristece, María está a resguardo. Mientras cae la noche sobre los valles, alumbrando el sol en los montes, el sol de la gracia que jamás se empaña en esas cúspides predilectas del Señor”.

2. — La VIRGEN BELLA, vestida de sol, coronada de estrellas —como canta Petrarca.

¿Por qué solamente, una Virgen debía dar al mundo a Jesús?

La razón es clara. La virginidad no es sólo un hecho material, sino que posee un significado moral de valor muy elevado. *Ser virgen quiere decir no tener ni una sola fibra del propio corazón que no vibre y haya vibrado sola y exclusivamente para Dios.*

¿Acaso es concebible que la Madre de Dios no haya sido siempre virgen?

Al resplandor de la luz que se difunde de la Virgen María, saludamos el crecimiento y la multiplicación de los lirios del mundo.

El paganismo había caído en los vicios más bajos; Cristo, a fuer de afirmación de la unión del hombre con Dios, suscita almas virginales —como escribe San Jerónimo en la *Carta a Eustaquio*— para que, siendo adorado por Ángeles en el Cielo, tuviese también ángeles que lo adorasen en la tierra.

Muy pronto se extendió la virginidad por el mundo; la péñola y la voz de los Padres exaltaron su belleza; la virginidad arranca a la pluma de San Ambrosio una página inmortal al describir una noche de Navidad, durante la cual su hermana Marcelina se consagraba a Dios en la Basílica de

Santa María la Mayor, delante del Papa Liberio.

Aún hoy, tras el rodar de tantos siglos, la escena se renueva y

“la misma mano —escribe Montalembert al cerrar el último capítulo de sus *Monjes de Occidente*, y al recordar a una de sus hijas que se hizo monja— aún hoy viene a robar de nuestros hogares y a arrancar de nuestros corazones desolados, a nuestras hijas y a nuestras hermanas.

Millares de creaturas queridísimas salen todos los días de los castillos y de las chozas, de los palacios y de las viviendas humildes para consagrar a Dios el corazón, el alma, el cuerpo virginal, los afectos y la vida. Todos los días, doncellas de abolengo y de gran corazón, y otras de corazón mil veces más grande que su fortuna, se entregan en la mañana de la vida a un Esposo inmortal. Los mismos que comentamos este espectáculo diario, lo hemos visto y sufrido.

Lo que sólo habíamos visto en el tiempo y en los libros, un día sucedió ante nuestros ojos que derramaron lágrimas de paternal angustia. ¿Quién es, pues, este invencible amante, muerto hace tantos siglos en el patíbulo y que continúa atrayendo hacia sí a la juventud, la belleza y el amor; que se muestra a las almas con un esplendor y un halago al que no pueden resistir; que las asalta de improviso y las apasiona; que toma palpitante la carne de nuestra carne y se abreva con nuestra sangre más pura? ¿Quién es él? ¿Es un hombre? No. ¡Es un Dios! Y el amor de esas almas es la respuesta que ellas dan al amor de un Dios”,

que un día quiso a un virgen por Precursor, a un virgen por Padre adoptivo, a un virgen por Apóstol predilecto, a los puros de corazón por sus más íntimos amigos, a una Virgen por su Madre.

3. — La MADRE, la bienaventurada y dulce Madre, —digámoslo con Santa Catalina de Siena en sus *Cartas*— “que nos dio la flor del dulce Jesús”.

No es posible, ni pensar siquiera, una creatura más unida a Dios, que la Mujer que fue el “paraíso de la Encarnación” y que en la exaltación de un amor reconocido entonó el *Magnificat*.

El Espíritu Santo descendió sobre Ella, la trocó en templo de Dios viviente, haciéndole dar la naturaleza humana al Hijo eterno de Dios y su verdadero hijo.

Se había preparado para Dios; vivió, oró, trabajó y sufrió por Dios; su existencia fue asociada a todos los misterios de la redención y de la gracia, a las alegrías, a las aflicciones y a las victorias de Jesús. Y así como por la gracia Jesús es nuestro hermano y, como veremos, constituimos un solo Cuerpo Místico con Él, del mismo modo la Madre de Jesús es también nuestra Madre, conforme a

los deseos del divino Moribundo expresados desde la Cruz.

Justamente —como lo observó la misma Virgen a Santa Gertrudis— el Evangelio denomina a Jesús el *primogénito* de María y no el único hijo, ya que después de Jesús, su dulcísimo Hijo, o para hablar con más propiedad, en Él y por Él, Ella nos ha engendrado a todos en las entrañas de su caridad y nos hemos convertido en hijos suyos y en hermanos de Jesucristo.

Es evidente que toda la grandeza de María depende de Jesucristo y de la gracia que, en previsión de los méritos del Redentor y como consecuencia de la Pasión, fue donada a la Virgen como primera aplicación de los mismos.

Así que honrar a María equivale en último término a honrar a Jesús. Y si esta verdad se puede repetir con relación a todos los Santos y constituye la razón de ser de su culto, débese afirmar, de un modo especial, de la Virgen Madre, hija de su Hijo, “humilde y elevada más que cualquier creatura, término fijo de eterno designio”.

Y de su íntima unión sobrenatural con Cristo, proviene siempre la eficacia de su maternal intercesión ante Dios, intercesión que arrancó a la lira de Dante esta melodía:

Donna, se' tanto grande e tanto vali,

che qual vuol grazia ed a te non ricorre,

sua disianza vuol volar senz'ali.

La tua benignità non pur soccorre

a chi domanda, ma molte fiate

liberamente al domandar precorre.

In te misericordia, in te pietate,

in te magnificenza, in te s'aduna

quantunque in creatura è di bontate.

Mujer, eres tan grande y tanto vales,
que el que quiere gracia y no recurre a ti
quiere hacer volar su deseo sin alas.

Tu benignidad, no sólo socorre
al que suplica, sino que muchas veces
se adelanta libremente a la súplica.

En ti la misericordia, la piedad,
la magnificencia, se juntan
y todo lo que hay de bueno en la creatura.

Participando en grado mayor de la gracia divina, María tiene también su parte en el amor, en la piedad y en el poder de su divino Hijo.

2

La devoción a María y lo sobrenatural

La verdadera devoción a María —surja ya la conclusión espontánea— no debe limitarse a un estremecimiento de ternura o a una admiración que no rebasa el esteticismo poético, sino es menester que sea sobrenatural, María es grande por la gracia y si se prescinde de su particular divinización, no resulta posible ni siquiera rezarle bien.

Por ejemplo, mil veces recitamos el *Ave María*, y quizá nunca hemos reflexionado sobre el profundo significado del saludo de Gabriel: "*Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo*".

Gracia y unión con Dios: he ahí a la Virgen; por esto es “*bendita entre las mujeres*”, por esto le suplicamos: “*ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte*”.

¡Quién, sabe cuántos de mis lectores, que han masculado un número inmenso de *Avemarías* durante su vida, se percatarán ahora de que en el *Avemaría* pedimos una buena muerte, en gracia de Dios!

Más aun. Una de las plegarias más caras al corazón cristiano es el *Angelus Domini* que recitamos “cuando nace y cuando muere el día —y cuando el sol está en la mitad de su carrera”. Ahora bien, en el *Angelus*, para honrar a la Virgen, dirigimos el pensamiento al centro de la historia, al Verbo Encarnado, que habitó entre nosotros, cuando María, al anuncio del Ángel respondió: *fiat*. Y oramos para obtener la gracia: “*Gratiam tuam, quæsumus, Domine, mentibus nostris infunde... Te lo suplicamos, Señor, infunde tu gracia en nuestras mentes*”.

Y cuando en el *Rosario* entretejemos una corona de rosas, y meditando los misterios, recitamos tantas y tan repetidas veces el saludo del corazón ¿qué hacemos sino considerar a María unida a Jesús, aspirando al mismo tiempo, a obtener nuestra unión sobrenatural con Dios?

Refiérese en la vida de un fraile devotísimo de la Virgen, el Beato Josio de Saint-Bertrin, que vivió en Saint-Omer en el siglo XII, que una noche fue hallado muerto en su celda; cinco rosas blancas cubrían su rostro sonriente y sobre cada una estaba escrito: *¡María!*

Estas rosas florecen sobre los labios, pero tienen las raíces en el corazón, divinizado por la gracia.

RECAPITULACIÓN

1. La creatura que ha obtenido la más íntima y la más elevada unión sobrenatural con Dios, es María, la *llena de gracia*. Ella es, en efecto, entre otras cosas:

a) La INMACULADA, o sea, ha sido concebida sin el pecado original y tuvo siempre, por especial privilegio, la gracia en su corazón;

b) La VIRGEN, que fue siempre toda y sólo de Dios;

c) La MADRE-del mismo Autor de la gracia: Cristo Jesús.

2. Por lo tanto, nuestra devoción a María debe ser sobrenatural. Si quisiéramos prescindir de la gracia, no comprenderíamos la verdadera grandeza de María, ni sabríamos invocarla convenientemente.

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI – EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO – CAPÍTULO ONCE – LA IGLESIA Y LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS

Publicado el [Lunes 29 octubre 2012](#) por [Fabian Vazquez](#)

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI

EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO

Libro de estudio y de meditación, no sólo para hombres pequeños, sino también para hombres grandes, no para ser leído en el tren o en medio del bullicio, sino en el silencio y el recogimiento, palabra por palabra, sin saltar de una página a otra, como lo haría el hermano Mosca del Convento de San Francisco.

Capítulo Once

LA IGLESIA Y LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS

No es posible separar a Jesucristo de la Iglesia.

La “Madre de los Santos”, la “imagen de la ciudad superior”, “el campo de los que esperan”, la Iglesia de Dios viviente, que durante tantos siglos sufre, lucha y ora y levanta sus tiendas “del uno al otro mar”, es y continúa siendo la obra maestra del Divino Artista. Jesús, escribe San Pablo, amó a su Iglesia y se dio a sí mismo para santificarla.

¿Qué es la Iglesia? ¿Cómo debemos concebirla en su naturaleza, en su vida, en su actividad, en su historia, del Cenáculo a las Catacumbas, desde los primeros triunfos hasta las victorias siempre renovadas?

Repitamos una vez más: es imposible tratar semejantes problemas, con sus cuestiones anexas, si no se parte de la idea fundamental del orden sobrenatural, de la gracia que nos mereció Jesucristo y de la que participamos mediante la Iglesia, que Él instituyó con este fin.

La Iglesia es un organismo, cuya Cabeza es Cristo

San Pablo, después de haber tomado en la Epístola a los Colosenses a la Persona de Cristo como argumento principal, discurre —en la otra Epístola a los de Éfeso— de la Iglesia, como prolongación de Cristo en el tiempo y en el espacio.

Para San Pablo, la Iglesia es un *organismo*, y es necesario establecer bien este concepto, ilustrado con la palabra inspirada del Apóstol, para penetrar cada vez más a fondo, no sólo en el pensamiento del creador de la Iglesia, sino también en la sublime unidad de la doctrina y de la vida cristiana.

Según San Pablo, pues, debemos distinguir el *Cristo natural*, el Verbo Encarnado, el sacerdote y víctima del Calvario, Aquél que nos ha rescatado, sufriendo y muriendo por nosotros, y *el Cristo místico*, o sea la Iglesia que está unida al Cristo natural, como los miembros a su Cabeza.

Cristo es “*la Cabeza suprema de la Iglesia, que es su cuerpo*”; todos los fieles, que en virtud del Bautismo entran a formar parte de la Iglesia, son los *miembros* de este organismo divino. Y como en el organismo se observan *variedad* de órganos, diversidad de colocación, de estructura y de funciones, al mismo tiempo que existe unidad por el principio común de la vida y del movimiento, así se tiene en la Iglesia esta *unidad* junto con la multiplicidad variada de sus miembros.

“Lejos de dañar la unidad —comenta Prat en su hermoso trabajo *La théologie de Saint Paul*— la diversidad la embellece y la completa. El cuerpo —observa San Pablo— no es un solo miembro, sino muchos miembros; si el todo fuera un solo miembro, ¿dónde estaría el organismo? Diversidad de órganos e identidad de vida: tal es la fórmula del cuerpo humano, y tal la fórmula del cuerpo místico”.

Por esto, todos los fieles de Cristo —desde la Iglesia triunfante (los bienaventurados del Paraíso) hasta la Iglesia purgante (las ánimas del Purgatorio) y la Iglesia militante (los creyentes de esta tierra)— son una sola cosa en Cristo Jesús y constituyen con Él la unidad del cuerpo místico.

Abramos un paréntesis.

Esta enseñanza —mil veces y en mil formas repetida en la Escritura, como cuando Jesús recurre a la alegoría de la viña, comparándose a Sí mismo a la vid y asemejándonos a los sarmientos— implica la consecuencia de que si queremos de veras vivir sobrenaturalmente, hemos de estar

unidos a la Iglesia.

El que está separado de la Iglesia está separado de Jesucristo, es un miembro amputado del organismo que se descompone, es un sarmiento seco que se convierte en leña para el fuego. *Fuera de la Iglesia no hay salvación*, no hay participación de la vida sobrenatural de Cristo. Las herejías y los cismas tronchan una parte de este organismo, y llevan, por ende, a la perdición.

En verdad, en la teología distinguimos el cuerpo y el alma de la Iglesia: el cuerpo es el organismo externo y visible; el alma es la vida, es la gracia que palpita interiormente. Y nada impide que una persona de buena fe pertenezca al alma sin pertenecer al cuerpo de la Iglesia. Pero esto constituye una excepción y no suprime, sino confirma la voluntad de Cristo, que nos apremia a vivir en el organismo cuya cabeza es Él. La unión con Dios, la gracia, Jesucristo, la Iglesia no son puntos separados de modo que libremente pueda elegirse uno de ellos, rechazando otro, sino que tienen tal conexión que se explican mutuamente.

2

El alma de la Iglesia es el Espíritu Santo

Todo cuerpo viviente necesita no sólo una cabeza, sino también un alma vivificadora. Ahora bien, si en el organismo de la Iglesia, la Cabeza es la Persona adorable de Jesucristo, el Espíritu Santo es el Alma.

“El Espíritu Santo —dice Prat, resumiendo el pensamiento paulino con las mismas palabras de la Epístola a los de Éfeso— no sólo habita en la Iglesia y en cada uno de los justos, como en su propio templo, sino que constituye un principio de cohesión, de movimiento y de vida. No obra en nosotros como si estuviera fuera de nosotros; sino que se une tan íntimamente a nuestra actividad interior, que nuestra acción es suya y la suya es nuestra; de esta manera vivimos por medio de Él, y somos movidos por Él. Y efectivamente es Él, quien haciendo subir del corazón a los labios el nombre de Padre, atestigua que somos hijos de Dios. Así como la forma especifica al ser, así la presencia en nosotros del Espíritu vivificador nos confiere nuestra dignidad sobrenatural y nuestra filiación adoptiva. Puesto que el Espíritu Santo es el Espíritu de Dios, por su intermedio nos conformamos a la imagen del Hijo de Dios, porque quien se adhiere al Señor tiene un mismo Espíritu con Él, en cuanto que se ve envuelto en la misma atmósfera de vida divina. Por esto, San Pablo siempre que habla de nuestra transformación sobrenatural, se esmera en hacer intervenir al Espíritu Santo...

El bautismo y la confirmación nos incorporan al Cristo místico, mediante el influjo del Espíritu Santo, que nos pone en comunicación vital con la cabeza y en relación orgánica entre nosotros, doble relación que Pablo, con muy acertada expresión, llama la *comunión del Espíritu*“.

3

Los miembros de la Iglesia

Antes de aclarar este último concepto de la *Comunión de los Santos*, permítasenos una observación.

Como un miembro puede participar de la vida del organismo de un modo perfecto, o bien puede ser herido de parálisis, o también puede ser amputado del mismo organismo; y como una rama puede estar viva o seca, como asimismo puede ser cortada de la planta, así, en lo que respecta a nuestra participación en la Iglesia, podemos considerar estos casos diversos:

- a) Hay *miembros vivos* de la Iglesia, unidos a ella mediante el bautismo, la fe y el vínculo de la gracia y de la caridad; son miembros en los que circula plenamente la vida divina.

- b) Hay *miembros muertos*, unidos a la Iglesia por el bautismo recibido un día y por la fe, pero privados de la gracia que es vida del alma. Reciben algún benéfico influjo, pero no pueden participar de la vida interior de la Iglesia —como las ramas secas no participan de la vida de la planta, aunque para ellas sea un beneficio estar materialmente unidas a la misma, en cuanto pueden revivir y recibir alguna influencia del tronco.

- c) Hay miembros no sólo muertos, sino también *separados de la Iglesia*, y que, por consiguiente, no tienen parte en ninguna de las riquezas espirituales del divino organismo fundado por Cristo.

Solamente la primera clase de miembros —los miembros vivos que no tienen pecados graves, esto es, que poseen la gracia— son vivificados por el Espíritu Santo, Alma de la Iglesia y gozan de la Comunión de los Santos.

4

La Comunión de los Santos

El dogma de la Comunión de los Santos es el resultado del concepto de la Iglesia que hemos descrito con San Pablo.

Si la Iglesia es un organismo, se sigue que sus miembros experimentan un mutuo influjo, de modo que el bien obrado por uno, redundando en provecho —no sólo suyo— sino del organismo entero, o mejor, de todos los miembros vivos.

El que pertenece a la Iglesia, goza de esta comunión o participación de los bienes espirituales que hay y florecen en ella. Los méritos infinitos de Jesucristo, los méritos preciosos de la Virgen y de los Santos, todas las obras buenas realizadas por los fieles —Sacramentos recibidos, plegarias recitadas, mortificaciones, actos de virtud, limosnas, sacrificios, etc.— resultan beneficios comunes a todos los miembros en gracia, es decir, que viven de la vida sobrenatural. De esta manera —dice SAN PABLO— “crecemos en todo, en Aquél que es la cabeza, Cristo; por medio de Él, todo el cuerpo bien ordenado y estrechamente ligado crece y se desarrolla en la caridad, con la ayuda mutua de los miembros que obran cada uno según su propia medida”.

¡Maravillosa sociedad ésta que no trata a los hombres como átomos separados y agitados por el viento!, sino que los reúne a todos como hermanos en una sola familia, en un solo organismo, “cuya cabeza es Cristo”, ¡el cual nos une al Padre, mediante la gracia y el soplo vivificante del Espíritu Santo! De aquí la necesidad de entender a la Trinidad para explicar la Iglesia, y de considerar a esta última en relación al orden sobrenatural, a nuestra filiación adoptiva, a nuestra redención, a nuestra unión con el Hijo de Dios.

5

Las notas de la Iglesia

No pueden ser ahora un enigma las **Notas** que el Catecismo indica como características y esenciales de la verdadera Iglesia de Cristo.

a) La Iglesia debe ser **UNA** o sea, debe poseer unidad de fe (sin fe es imposible agradar a Dios), unidad de culto (sin los sacramentos es imposible recibir la gracia), unidad de régimen (los que se rebelan contra los legítimos Pastores, representantes de Cristo, se rebelan contra Cristo y quedan separados de la Iglesia). No hay que maravillarse si las sectas protestantes se multiplican en forma alarmante, se dividen y subdividen hasta el infinito, porque también un miembro arrancado del

organismo se descompone fatalmente.

b) La Iglesia debe ser **SANTA**, sin mancha o inmaculada.

Santa es la Cabeza (Jesucristo); santo es el Espíritu, que es su Alma; santa es la doctrina; los sacramentos difunden la santidad; y los miembros de la Iglesia, cuando son miembros vivos y poseen la gracia, son y llámanse “santos” en la Escritura, ¿Acaso es posible concebir en otra forma las cosas, si se tiene en cuenta que todo el orden sobrenatural tiene por fin nuestra santificación por los méritos de Jesucristo y con la gracia del Espíritu Santo?

c) La Iglesia es **CATÓLICA**, o sea universal, no en sentido absoluto (ya que el mismo Cristo predijo las persecuciones contra la misma), sino en sentido relativo. Cristo, el dominador del mundo, tiene su Cuerpo Místico, que, de hecho, reúne en sí miembros esparcidos por todos los ámbitos de la tierra, y de derecho, debe reunir a la humanidad entera.

d) Finalmente, la Iglesia es **APOSTÓLICA**, en cuanto que, desde los Apóstoles (los cuales, después de la piedra angular del Fundador divino, fueron su primer fundamento), hasta hoy y para siempre, en una sucesión ininterrumpida, Cristo vive en ella, la gobierna y la dirige.

Nada de separación entre la tierra y el Cielo; entre los hombres y Dios; nada de trincheras entre los hombres, como si tuvieran que vivir engolfados en un individualismo egoísta; nada de divisiones en el espacio y en el tiempo; sino, por el contrario, el triunfo de la unidad y del amor, conforme a la plegaria de Jesús: “*Ut unum sint...* que todos sean una sola cosa, como Yo y Tú, Padre, somos uno”.

Es necesario partir de este punto central para dilucidar las distintas doctrinas.

La Tradición no puede ser desdeñada, pues no es nada más que una consecuencia de este concepto de la Iglesia que se perpetúa en los siglos.

La derrota de los enemigos de la Iglesia, el “*portæ inferi non prævalebunt*”, la indefectibilidad, resplandecen con luz meridiana: ¿quién podrá vencer a Cristo, viviente en su Iglesia?

La potestad de magisterio, de ministerio, de régimen de la Iglesia, son consecuencias directas que manan de los principios establecidos.

Así también la Iglesia es infalible, porque de otro modo, habría que decir que puede errar su cabeza, Jesucristo.

Y —para tocar una cuestión práctica— las maravillas del apostolado cristiano, mediante el heroísmo de nuestros misioneros, aparecen así en su verdadera fisonomía.

Sobre todo, de la simple y elemental exposición que venimos haciendo del Catecismo, no puede menos que seguirse un efecto práctico: el amor a Jesucristo, mediante el amor a la Iglesia. No se puede amar a la Cabeza, si se desprecia o se hiere a sus miembros. Es precisamente el amor a Cristo el que infunde fuerzas, entusiasmo y generosidad en todos los que trabajan por la Iglesia, que se sacrifican, por ejemplo, por la acción católica, y oran y luchan por sus victorias.

Es de todos conocido el generoso esfuerzo que de un tiempo a esta parte se viene haciendo para poder preparar —aunque no sea más que en principio— la unión de las Iglesias separadas de la Madre común.

En todo el mundo se elevan oraciones y se hacen sacrificios, para apurar el cumplimiento de lo que dice el Divino Maestro: “Tengo otras ovejas que no son de este redil; es necesario que las cuide también a ellas y darán oído a mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo pastor”.

RECAPITULACIÓN

1. La Iglesia, fundada por Jesucristo, es un ORGANISMO en el que hay que distinguir:

a) la Cabeza, que es el mismo Cristo;

b) el Alma, que es el Espíritu Santo;

c) los miembros, que son los cristianos.

Estos miembros pueden ser:

a) miembros vivos;

b) miembros muertos;

c) miembros separados.

2. El concepto de la Iglesia como organismo nos explica:

a) el dogma de la COMUNIÓN DE LOS SANTOS;

b) las NOTAS de la Iglesia (unidad, santidad, catolicidad, apostolicidad);

c) la verdad de que FUERA DE LA IGLESIA NO HAY SALVACIÓN. No podemos estar sobrenaturalmente unidos a Dios, sino mediante la unión con Jesucristo y con la Iglesia. Los hijos adoptivos, que constituyen un solo organismo con el Hijo natural de Dios, su Cabeza, están unidos al Padre por la gracia vivificante del Espíritu Santo.

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI – EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO: CAPÍTULO DOCE – LA IGLESIA Y LA UNIÓN SOBRENATURAL CON DIOS

Publicado el [Lunes 5 noviembre 2012](#) por [Fabian Vazquez](#)

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI

EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO

Libro de estudio y de meditación, no sólo para hombres pequeños, sino también para hombres grandes, no para ser leído en el tren o en medio del bullicio, sino en el silencio y el recogimiento, palabra por palabra, sin saltar de una página a otra, como lo haría el hermano Mosca del Convento de San Francisco.

Capítulo Doce

LA IGLESIA Y LA UNIÓN SOBRENATURAL CON DIOS

Esbozado este divino organismo de la Iglesia, trataremos de recoger algunas de sus palpitaciones, alguna fase de su actividad sobrenatural, alguna función y algún movimiento que nos dé una somera idea de su admirable vitalidad. Así podremos comprender siempre mejor de qué manera la Iglesia, en cuyo seno estamos sobrenaturalmente unidos a Jesús, nos une también a Dios.

1. Este organismo divino, cuya Cabeza es Cristo y cuya Alma es el Espíritu Santo y del cual somos los miembros, eleva su voz al Padre, tiene su plegaria que se llama la LITURGIA; por lo cual convendrá, ante todo, buscar con exactitud su valor y su significado.

2. Unidos en este Cuerpo Místico, vivimos y nos desenvolvemos sobrenaturalmente, participando de la vida de Cristo y de su gracia. La gracia nos es conferida por muchos caminos y continuamente

llegamos a su plenitud. Pero el medio ordinario, principal y seguro de tal participación de la gracia, son los SACRAMENTOS. El que los rechaza, pisotea la voluntad de Cristo y no comulga con su vida sobrenatural.

Las diversas teorías que entonan himnos al culto individual y privado, olvidan el hecho de que hasta en el orden natural los hombres deberían rendir homenaje a Dios también con actos exteriores, como individuos y como sociedad, porque dependen de Dios no sólo en el alma, sino también en el cuerpo, y no sólo como particulares, sino como colectividad; y además olvidan que toda actividad nuestra, aunque sea interna, noble y elevada, no puede por sí sola elevarse al orden sobrenatural. Nos preguntamos, pues, ¿qué son los Sacramentos?

3. Sin duda de ningún género, el mayor de los Sacramentos es la EUCARISTÍA, el sol de la vida cristiana. Los otros sacramentos nos dan la gracia; la Eucaristía nos da al mismo Autor de la gracia, a Cristo Jesús, por lo cual es necesario decir una palabra acerca de ella. Tanto más que, si todos los Sacramentos producen la unión sobrenatural con Dios, en la Eucaristía es el mismo Hijo de Dios quien con el Sacrificio une su Iglesia al Padre y con la Comunión se une a nosotros para divinizar nuestras almas, para nutrir las con su Carne inmaculada, para fortificarlas con su Sangre divina.

4. En la Iglesia, finalmente, están los que Jesús ha escogido como instrumentos activos de nuestra divinización y que, precisamente para obtener tal finalidad sobrenatural, tienen la potestad y el deber de instruirnos, dirigirnos y administrarnos los Sacramentos. Es la JERARQUÍA sagrada, la sagrada falange del Vicario de Cristo, de los Obispos y de los Sacerdotes, que debemos estudiar.

Al contemplar toda esta vida de la Iglesia, no olvidemos jamás nuestro hilo conductor: la unión sobrenatural del hombre con Dios, que constituye el programa y explica toda y cualquier función y actividad del gran organismo.

I

LA LITURGIA

Existe y se difunde en nuestros días un vigoroso y consolador movimiento litúrgico. Conviene por lo tanto conocer la verdadera naturaleza de la liturgia, para disipar ciertas ideas seductoras que pueden deslumbrar con su falso resplandor, pero que desconocen y arruinan el verdadero significado y valor de la vida litúrgica de la Iglesia.

1

Lo que no es la liturgia

Tres errores principales campean en nuestros días a propósito de liturgia y hasta se difunden en obras literarias y en novelas de renombre.

a) Algunos confunden la liturgia con la SATISFACCIÓN ESTÉTICA, o con el sentido artístico que conmueve a los espíritus cultos y procura emociones exquisitas a los que aprecian la belleza de los ritos de la Iglesia.

¡Ay! Desgraciadamente muchos penetran a un templo con mucha erudición científica, con el más refinado gusto por el simbolismo, con las puertas del alma abiertas al soplo de la belleza, a la fascinación del arte, al perfume del incienso, sin penetrar en la fuente de la vida litúrgica.

No se obtiene lo sobrenatural con la superficialidad, aun cuando, como en el caso, sea una superficialidad dorada.

b) Incluso algunos buenos católicos confunden la liturgia con el CONJUNTO DE LAS CEREMONIAS que se cumplen en la acción litúrgica.

Ignoran que el ceremonial es necesario, como son indispensables para un orador las reglas de la gramática y de la sintaxis; pero ¿qué se diría —pregunta un preclaro benedictino, el Padre BEAUDUIN— de un crítico literario que no buscara en los discursos de Bossuet sino la aplicación de los preceptos de la gramática y de la sintaxis?

Nota de *Radio Cristiandad*: recordemos que la Obra de Monseñor Olgiati data de 1929. En ese entonces no se podía ver todavía la desviación del Movimiento Litúrgico, una de cuyas cabezas fue, precisamente, Dom Beauduin.

c) Más todavía: EL ORIGEN HISTÓRICO DE LOS RITOS, el significado dogmático y simbólico de las acciones litúrgicas, contribuyen grandemente a hacer inteligible y fecunda la participación en los sagrados misterios y en las funciones; pero todo eso es la corteza y la parte exterior, no es el alma de la liturgia.

2

Lo que es la liturgia

Para encontrar esta alma de la liturgia, hay que partir del principio de que el cristiano no es un átomo aislado, un individuo separado del mundo sobrenatural, sino que es un miembro de la Iglesia, o sea, del Cuerpo Místico de Cristo. Unido por medio de la gracia, a la Iglesia y a Jesús, su Cabeza, el cristiano debe tener conciencia de tal unión, si quiere vivir con la plenitud de la vida divina que palpita en este organismo.

Este organismo, o sea, la Iglesia, “con su vida íntima, su pensamiento, sus aspiraciones, sus tradiciones y toda su alma, se ha transfundido en su lenguaje que es la oración” y precisamente la oración litúrgica.

Obsérvese que hay una forma de oración, la oración individual que hace uno cuando se recoge dentro de sí mismo pensando y meditando en Dios, la que lejos de ser superflua, resulta condición indispensable para arribar a la oración de la liturgia, que es oración colectiva, oficial, revestida necesariamente de un elemento exterior, llevada a cabo por personas autorizadas, o sea, por la jerarquía establecida por Cristo.

He ahí lo que es la oración litúrgica; por ella, el hombre ya no queda librado a sus fuerzas naturales para glorificar a Dios, ni abandonado a sí mismo, aunque tenga la gracia sobrenatural en su corazón; ya no es “una gota de agua tomada aisladamente”, sino que se halla unido a Jesucristo y a toda la Iglesia y participa de la fuerza y de la inmensidad del océano, y por esto, —como escribe CHAUTARD— “su oración se diviniza y abarca todos los siglos, desde la creación de los Ángeles y su primera adoración, hasta nuestros días. Comprende a Adán y sus afectuosos coloquios del Paraíso terrestre con el Creador, y los holocaustos de Abel, de Melquisedec, de Abraham; se extiende desde la Pascua israelita y las oraciones y reparaciones de David y de todos los Santos de la antigua ley, hasta el Calvario, centro de la liturgia, y hasta la Eucaristía, su viviente memorial. La oración abarca todas las generaciones de almas santas que la Iglesia ha creado desde el día de Pentecostés, más aún (...) se identifica con el Verbo, mediante la divina alabanza que brota constantemente de la hoguera de Amor infinito de la Santísima Trinidad”.

Así oraban los primeros cristianos. Cuando al caer la noche se reunían para asistir al Sacrificio y recibir la Comunión, se sentían verdaderos hermanos en Cristo, esto es, unidos a Él en el organismo de la Iglesia. Y con Cristo y con la Iglesia ofrecían al Padre el Cáliz y la Hostia.

3

La liturgia y el dogma

He aquí por qué la liturgia de la Misa, que floreció en los primeros tiempos y se conserva hasta nuestros días substancialmente la misma, es un himno a la Trinidad, pues ¿qué otra cosa deben hacer los hijos adoptivos de Dios, unidos con Cristo su Hijo Natural, sino alabar al Padre en unión con el Espíritu Santo?

En aquel entonces, no era solamente el Pontífice, representante de la jerarquía, el que oraba, sino que vibraban al unísono con él las almas de todos los que asistían; a esto se debe que las plegarias litúrgicas empleen siempre el plural en sus expresiones; no se dice: “Yo te ofrezco, Señor”, sino “Nosotros te ofrecemos”. Así como el pan que comemos, es la resultante de muchos granos de trigo unidos entre sí para formar una sola substancia, y como el vino resulta de muchas uvas exprimidas para producir una sola bebida, así los fieles —advierde San Agustín— se sienten unidos entre sí y con Cristo, y con Cristo oran y se inmolan.

En una palabra, “la piedad del pueblo cristiano, y por lo tanto, sus acciones y su vida reposaban entonces sobre las verdades fundamentales que constituyen el alma de la liturgia: o sea, sobre la ofrenda de todas las cosas para la gloria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; la mediación necesaria y universal de Jesucristo; el lugar central del Santo Sacrificio eucarístico en la vida cristiana, la misión de la jerarquía en nuestra unión con Dios; la realización visible de la Comunión de los Santos”.

Todos estos dogmas, —lamenta el Padre Beauduin— dormitan hoy en el fondo de las almas; el pueblo cristiano ya no los conoce, y, por consiguiente, la piedad litúrgica se ha reducido a una participación mecánica, pasiva, a menudo muerta y distraída, con frecuencia, a un barniz obtenido en la lectura de algún libro mientras se asiste a la Misa y a las funciones sagradas.

Hacemos votos para que el movimiento litúrgico, tan rico en promesas en los tiempos presentes, prosiga en sus obras de saludable despertar; y, sin excesos de peligrosas exageraciones, comience a sacudir a los durmientes con la alegre diana de una sólida cultura catequística.

Será el mejor medio para actualizar las esperanzas del Santo Pontífice Pío X, que al hablar de la liturgia, esperaba de ella el refloreamiento del verdadero espíritu cristiano.

Nota de *Radio Cristiandad*: ya sabemos en qué terminaron las esperanzas de San Pío X. Las infiltraciones de los modernistas elaboraron e impusieron un rito bastardo.

Continuará...

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI – EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO – CAPÍTULO DOCE – LA IGLESIA Y LA UNIÓN SOBRENATURAL CON DIOS – CONTINUACIÓN

Publicado el [Lunes 12 noviembre 2012](#) por [Fabian Vazquez](#)

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI

EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO

Libro de estudio y de meditación, no sólo para hombres pequeños, sino también para hombres grandes, no para ser leído en el tren o en medio del bullicio, sino en el silencio y el recogimiento, palabra por palabra, sin saltar de una página a otra, como lo haría el hermano Mosca del Convento de San Francisco.

Capítulo Doce

LA IGLESIA Y LA UNIÓN SOBRENATURAL CON DIOS

Continuación...

II

LOS SACRAMENTOS

Comentando el pasaje del Evangelio de San Juan donde se hace mención del soldado romano que con una lanza atravesó el costado de Cristo muerto en la cruz, el pensador de Hipona imagina escalar un elevado monte, en busca de una fuente fresca y pura.

Y, sobre el Monte Calvario, de la fuente del Corazón de Cristo brota a raudales el agua santificante, “sin la cual no se puede tener acceso a la vida”. Son los Sacramentos, que nos confieren la gracia, aplicándonos los frutos de la Pasión: “el que bebe de esta agua, ya no tendrá sed”, sino tendrá la vida eterna.

En toda esta obrita hemos hecho sonar una sola nota: nuestra divinización. Los Sacramentos son el medio con el que podemos y debemos obtener (si no la tenemos o la hemos perdido) y acrecentar

(si ya la poseemos) la gracia que diviniza nuestra alma.

1

El número de Sacramentos

Muchos, al discurrir acerca de los Sacramentos, se detienen preferentemente en el hecho de que son siete. La preocupación no es inútil, como no lo es contar las palabras de un telegrama. Pero como en un telegrama de siete palabras es necesario llegar al único pensamiento que esas palabras expresan, así también, es menester tener presente que todos los Sacramentos significan y producen nuestra divinización mediante la gracia.

El BAUTISMO nos hace *nacer* a la vida de la gracia, nos hace hijos de Dios y herederos del Cielo, nos incorpora a la Iglesia.

La CONFIRMACIÓN *fortifica* en nosotros la vida sobrenatural y nos arma soldados de Cristo. Y como se nace y se llega a la virilidad una sola vez, por esto, estos dos Sacramentos —como también el del Orden— no se repiten.

La EUCARISTÍA *nutre* nuestra alma, es nuestro alimento, y con Ella Jesucristo nos sustenta y nos transforma en Él, divinizándonos cada vez más.

La PENITENCIA *remedia* la pérdida de la gracia o su empobrecimiento, purificándonos del pecado.

La EXTREMAUNCIÓN nos *prepara* con la gracia para el paso a la eternidad y nos *conforta* en las angustias y en las batallas de la enfermedad, no siendo raro que nos *proporcione* la salud, pues es un remedio sobrenatural en las horas más graves de la vida.

Estos son los Sacramentos que se refieren al individuo y que acrecen y aumentan la vida divina en cada uno de nosotros. Pero como el hombre es además miembro de la sociedad, Jesucristo ha instituido el Sacramento del MATRIMONIO para santificar y elevar sobrenaturalmente la familia y el Sacramento del ORDEN para proveer al bien espiritual común y a la administración de la gracia.

No nos detenemos a exponer de qué manera tres Sacramentos —el Bautismo, la Confirmación y el Orden— imprimen en el alma *el carácter indeleble* de hijos, de soldados, de ministros de Dios; ni de qué manera los siete Sacramentos instituidos por Jesucristo se dividen en Sacramentos de vivos

y en Sacramentos de muertos, según tengan por finalidad aumentar la gracia o infundirnos la primera gracia.

No es éste el objeto de la presente obra. Nos proponemos más bien demostrar el nexo entre lo sobrenatural y los Sacramentos, unión tan esencial que el que quisiera prescindir del orden sobrenatural deformaría o no comprendería la misma noción de Sacramento.

2

La definición de Sacramento

Los artistas célebres como Palestrina, Mozart, Wagner o Verdi, sienten en su alma una melodía espléndida que los rapta, los hechiza, los embriaga. Toman una hoja de papel, la llenan de signos, de claves, de do, de re, de la. Esas notas expresan la música que les canta en el corazón.

Si un campesino, que no conoce más armonía que el ladrido de sus perros o el relincho de sus caballos, toma en sus manos el precioso papel, no entiende nada: da vueltas y más vueltas al papel, contempla los *signos cabalísticos*, y acaba por arrojarlo.

Vosotros, en cambio, os detenéis reverentes y conmovidos. Esas notas escritas os expresan un canto inefable que os lo hacen gustar en vuestra alma. Mediante esos signos, el artista os comunica su vida íntima, su alegría intensa, la belleza embriagadora de su genial creación.

He ahí lo que son los Sacramentos. En ellos existe una *materia* como el agua en el Bautismo y el Crisma en la Confirmación. Existen también palabras, o sea una *forma*: “yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”. Todo esto no pasa los límites de un *signo*.

Si jamás habéis sabido lo que es lo sobrenatural, si nunca habéis aprendido lo que es la gracia, si la divina melodía del divino Artista —Jesucristo— ha sido por vosotros descuidada, esos signos os parecerán cabalísticos, misteriosos, casi diría, charlatanescos.

¡Ay! Quizás os vanagloriáis de pensar como hombre superior, razonando: “¿Qué provecho se obtiene ungiendo con aceite los sentidos de un moribundo?”, y sin embargo, procederíais en este caso como el campesino analfabeto de que hemos hablado antes; vuestra ignorancia os incapacita para percibir la música de lo sobrenatural.

Era conveniente que nuestra divinización, que la comunicación de la vida íntima de Jesucristo, nos fuese manifestada con algo tangible y exterior. En el mismo orden natural, pasamos de lo *material* a lo *espiritual*, y cuando agitamos una bandera, no vemos solamente un trozo de paño, sino —aun sin haber leído el *Sartor Resartus* de Carlyle— pensamos en la Patria que esa bandera representa; con mayor razón debía suceder así al tratarse de llegar a una realidad sobrenatural.

Entonces, ya no debe sernos un enigma insoluble la definición del catecismo que dice:

“Los Sacramentos son los signos sensibles de la gracia, instituidos por Jesucristo para santificar nuestras almas”.

3

Los Sacramentos significan y producen la gracia

Vi una vez en una sala una pequeña y artística estatua de Dante. El Poeta empuñaba una pluma y con un gesto expresivo la mojaba en su corazón. Esa estatua me hizo reflexionar. Me explicó el sentido de dos principios:

- a) los sacramentos significan la gracia;
- b) los Sacramentos producen la gracia en nosotros.

Porque, a la verdad, la pluma de Dante en aquella pequeña obra maestra no era para mí una pluma cualquiera: era un *signo*, como que significaba la *Divina Comedia*. Y era algo más aún.

Hasta una etiqueta puede ser un signo y servir de indicación; pero la etiqueta nada tiene que ver en la producción de la mercadería indicada. En cambio, la pluma de Dante ha sido un instrumento en las manos del Poeta, o, si se quiere usar un término filosófico, ha sido una *causa instrumental* en la estructura de los tres Cantos.

—¿No es acaso esto lo que se realiza en los Sacramentos?

- a) Jesucristo quiso usar las cosas sensibles —como el agua, el aceite, el vino, el pan, la palabra, la imposición de las manos— para SIGNIFICAR la gracia sobrenatural, que Él otorga a nuestras almas.

El agua, por ejemplo, que se usa en el Bautismo, es el *símbolo* externo de lo que sucede en la profunda intimidad de una conciencia, la cual es lavada y purificada de la culpa original y en virtud de la gracia se hace bella y pura.

b) Pero estos signos, no sólo simbolizan la gracia, sino que la PRODUCEN. Y como la santa Humanidad de Cristo resulta el instrumento de que hizo uso la Divinidad para sembrar la verdadera vida por todas partes, así los Sacramentos son signos sensibles, de los que se sirve Jesucristo, como de medios o instrumentos para conferir la gracia.

Por esto no debemos creer que un acto material y humano sea la *causa principal* de un efecto sobrenatural, como es la gracia. No; sólo Dios es causa eficiente y sólo Jesucristo es causa meritoria de la gracia. En cambio, los Sacramentos son *causas instrumentales*, como el cincel en relación a la estatua, y como la pluma en relación a la idea expresada en el papel.

En otras palabras: Los Sacramentos no sólo excitan la fe —como quieren los Protestantes—, sino que poseen verdadera eficacia en orden a la gracia sobrenatural.

Independientemente del valor y del mérito personal del que lo administra, el acto sacramental nos da la gracia —o, como lo expresa el Concilio de Trento, la confiere *ex opere operato* y no *ex opere operantis*—, en virtud del acto, no del agente.

4

El sujeto y el ministro de los Sacramentos

Se dirá: pero para obtener esta gracia significada y producida por los Sacramentos, ¿no se necesita alguna condición en el *sujeto* que recibe los Sacramentos o en el *ministro* que los confiere?

Indudablemente. Pero hay que hacer una distinción. No hay que confundir la *condición* con la causa.

Pongamos un ejemplo. Tengo un cuarto cerrado y oscuro. Es de día. Fuera brilla refulgente el sol. Dentro no hay más que tinieblas. Abro un postigo y al instante penetra la luz. Cualquiera en este caso admite que la apertura es la condición necesaria para que entre el sol; y nadie, a menos de estar loco, sostendrá que la apertura ¡es la causa de la luz! ¡aunque abriera mil postigos no iluminaría la pieza si no existiera el sol!

Apliquemos la comparación al sol de Dios, que, mediante los Sacramentos penetra en la obscuridad de nuestra pobre naturaleza humana, para reavivarla con la luz de la divinización sobrenatural.

El sujeto y el ministro son semejantes al postigo; pueden impedir el acceso del sol de la gracia en el alma y para recibirla y para darla deben tener ciertas condiciones, pero no son la causa de la luz: no habría proporción entre su acto humano y el efecto sobrenatural.

El SUJETO debe tener las debidas disposiciones, —disposiciones distintas según se trate de Sacramentos de vivos o de Sacramentos de muertos—. Así, por ejemplo, el que se acerca a la Comunión, que es un Sacramento de vivos, debe estar en gracia de Dios y si estuviese en pecado mortal, en el caso de la Comunión, no basta que haga un acto de contrición o de dolor perfecto, sino que debe confesarse. Si se trata del Sacramento de la Confesión, que es sacramento de muertos, no debe oponerse obstáculo, pues si en una hipótesis nada extraña alguien va a confesarse sin el dolor de sus pecados, o sea, con la voluntad de continuar en el pecado y de permanecer enemigo de Dios, no puede obtener el perdón y la gracia.

Por otra parte, a la diversidad de disposición del que se acerca a comulgar, síguese diversidad en la gracia conferida.

En cuanto al MINISTRO, debe tener la intención de conferir el Sacramento, según lo hace la Iglesia, y no de simular o de imitar por cualquier motivo el gesto sacramental.

Todo esto es innegable. Pero ¿quién no echa de ver cómo las *disposiciones* del sujeto y la *intención* del ministro, son simples *condiciones*, y no *causas* de la gracia?

5

Conclusión

Ahora si, después de esta exposición, quisiéramos recordar las objeciones y la desastrosa práctica de muchos, a propósito de los Sacramentos, nos llenaríamos de horror por las tristes consecuencias de la ignorancia religiosa.

Hemos demostrado cómo los Sacramentos son medios para nuestra divinización, y, también, cómo aumentan en nosotros la gracia, cuanto más frecuentemente los recibamos.

Algunos, en cambio, preguntan: “¿Por qué debemos acercarnos a los Sacramentos? ¿Acaso no podemos orar a Dios por nuestra cuenta y ser caballeros leales y honestos sin los mismos?”

No nos preguntemos si los que razonan de este modo son siempre personas honestas.

Comprobemos solamente el hecho de que se ignora por completo lo que es la gracia, lo sobrenatural, la divinización, a la que Dios nos quiere elevar, y el nudo esencial entre la gracia y los Sacramentos.

Si se conociesen al menos los primeros principios del silabario del Cristianismo, se sabría que toda la honestidad natural no puede por sí sola producir en nosotros el menor grado de gracia; toda la tinta del mundo, no podrá jamás por sí sola crear el más insignificante pensamiento.

Continuará...

MONSEÑOR OLGATI – EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO – CAPÍTULO DOCE – LA IGLESIA Y LA UNIÓN SOBRENATURAL CON DIOS – CONTINUACIÓN... III – EL SACRIFICIO Y LA COMUNIÓN

Publicado el [Lunes 19 noviembre 2012](#) por [Fabian Vazquez](#)

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI

EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO

Libro de estudio y de meditación, no sólo para hombres pequeños, sino también para hombres grandes, no para ser leído en el tren o en medio del bullicio, sino en el silencio y el recogimiento, palabra por palabra, sin saltar de una página a otra, como lo haría el hermano Mosca del Convento de San Francisco.

Capítulo Doce

LA IGLESIA Y LA UNIÓN SOBRENATURAL CON DIOS

Continuación...

III

EL SACRIFICIO Y LA COMUNIÓN

La memorable noche en que Cristo fue traicionado, tomó el pan y el vino, los bendijo y los distribuyó entre sus Apóstoles diciendo: “Tomad y comed, esto es mi Cuerpo... Tomad y bebed, esto es mi Sangre... Haced esto en memoria mía”.

La Eucaristía está instituida. Hasta el fin de los siglos Jesús va a permanecer con nosotros en nuestros altares.

Aquella cena fue en la antigüedad el prototipo de las reuniones litúrgicas. Los Apóstoles, a imitación de Jesús, se reunieron luego para la oración y la *fracción del pan*, acto que en las generaciones cristianas se tuvo como cosa indispensable para el culto que se debe tributar a Dios y para la misma vida de la Iglesia.

La Santa Misa fue así justamente considerada como el acto principal y más importante de la religión, del que todos se consideraban obligados a participar. La Eucaristía fue y sigue siendo el sol divino, alrededor del cual se mueven y se desarrollan todas las almas redimidas por la Sangre de Jesús, que quieren conseguir la herencia de la vida eterna.

Desde aquella noche la Hostia y el Cáliz de la salud fueron y son ensalzados hasta el Cielo en todo extremo de la tierra, desde aquel momento —como lo dijo un día Jesús a Santa Matilde— ninguna abeja se ha lanzado jamás al cáliz de las flores para libarles la miel con tanta avidez como el Corazón divino se vuelca en las almas deseosas de recibirlo. Hacia el Tabernáculo vuela el pensamiento de todas las almas cristianas. En torno al altar se aglomera el pueblo creyente, para ofrecer a Dios el sacrificio junto con la Iglesia y el Sacerdote.

Jesús Hostia todo lo explica: desde las Catacumbas al heroísmo de los Mártires, desde las Basílicas grandiosas a la abnegación sublime del apostolado, desde la Virginidad que ora o que trabaja hasta los castos Ministros del Cordero que se apacienta entre los lirios.

Los niños se acercan a Jesús, vestidos de blanco y reciben en la tierna edad de la inocencia su primer beso; hombres y mujeres acuden en busca del Pan bajado de los cielos y le piden ayuda; pueblos y ciudades lo conducen en triunfo, a cada instante surge de millones de corazones el saludo al buen Maestro: “Alabado sea, en todo momento y lugar, el Santísimo Sacramento del altar”.

No bastan algunas páginas ni la vida entera, ni toda la elocuencia humana serían suficientes para hablar dignamente del misterio eucarístico. Daremos, pues, solamente, una rápida mirada al Sacrificio de la Misa y a la Santa Comunión.

La Santa Misa

Todo pueblo y toda religión tuvieron sus sacrificios. Y el sacrificio, si se investiga su naturaleza, preséntase en primer lugar como oferta y destrucción de la víctima. Con ello reconoce el hombre su sujeción a Dios y la nada de su ser frente a las perfecciones infinitas del Creador.

El acto de la destrucción es un verdadero acto de adoración, al que se juntan los otros significados, esto es, el agradecimiento a la divinidad por los beneficios recibidos, la súplica para obtener favores y protección, la propiciación que invoca piedad por los pecados cometidos.

Todos los sacrificios de la Ley antigua eran la figura del gran sacrificio del Hombre-Dios sobre la Cruz. Como dice San Pablo, “Jesucristo se ofreció a sí mismo a Dios por nosotros, como una oblación y como víctima de suave fragancia”, llevando a cabo, de este modo, el acto más sublime y rindiendo al Padre el homenaje más perfecto.

El sacrificio del Calvario bastaba por completo, siendo de valor infinito. Pero Jesús quiso instituir la Santa Misa por los siguientes motivos:

a) para RENOVAR su Sacrificio, ofreciéndose a sí mismo al Padre en toda Misa e inmolándose de manera incruenta sobre nuestros altares. La doble consagración del pan y del vino, realizada con dos actos separados, significa la mística inmolación del Salvador, de modo que la Misa es un verdadero y propio Sacrificio. Cada vez que se celebra una Misa, es Jesucristo quien se sacrifica; el Sacerdote no es más que el ministro, y por esto no dice: “Éste es el Cuerpo, la Sangre de Jesucristo”, sino: “Esto es mi cuerpo, esto es mi sangre”.

b) para RECORDAR el Sacrificio del Calvario. En el Sacramento admirable —hablando el lenguaje de la Iglesia— Jesús nos ha dejado la memoria de su pasión. Y todas las veces que asistimos a una Misa, debemos revivir en nosotros el drama divino del Gólgota.

c) para APLICAR a los fieles los frutos de la inmolación cruenta sobre la Cruz. De modo que entre el Altar y el Calvario existe un nexo esencial.

“El sacrificio que se realiza en la Misa —hace resaltar el Catecismo Romano— y el que fue ofrecido en la Cruz, no son ni pueden ser más que un solo e idéntico Sacrificio”, aunque a diferencia de la Misa, en el Calvario Jesucristo se sacrificó con la real efusión de su Sangre.

Y si nosotros queremos llegar a las fuentes de la gracia, debemos participar de la Santa Misa, con la que nos es dado ofrecer a Dios un homenaje de valor infinito, una adoración perfecta, un himno de agradecimiento digno de Él, una reparación adecuada a nuestras culpas y una súplica de inmensa eficacia.

2

La Comunión

En los sacrificios de la antigüedad no había solamente la oferta y la destrucción de la víctima; existía también la participación al mismo sacrificio, o sea, la comunión.

En la destrucción, el hombre se volvía a Dios. En la comunión, Dios se volvía al hombre, en cuanto que el hombre, al comer parte de la víctima que se había hecho santa y sagrada, en cierta manera se apropiaba la virtud divina.

También en el Sacrificio por excelencia, en la Santa Misa, la participación o comunión es el último acto que cierra la acción del sacrificio. Y como la víctima es el Hombre-Dios, recibimos en nuestro corazón a Jesucristo, que se inmoló en el Calvario y cada día se inmola sobre nuestros altares.

La enseñanza de Jesús no podía ser más clara. En el discurso de la promesa y en la institución de la Eucaristía ha usado palabras que son de una claridad absoluta.

Y el dogma, cuando nos obliga a creer que después de la consagración el pan ya no es más pan, el vino ya no es más vino, sino que la substancia del pan y del vino en virtud de las palabras se ha cambiado en la substancia del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo; cuando nos dice que, consecuentemente, bajo las especies del pan y bajo las especies del vino está presente de un modo verdadero, real y substancial Jesucristo, no sólo con su Cuerpo o con su Sangre, sino también con el Alma y la Divinidad, no hace más que aplicar las expresiones del divino Instituidor de la Eucaristía.

La teología estudia el dato de la revelación y discutiendo los varios géneros de presencia, nos hace notar cómo yo puedo estar presente en un lugar localmente, al modo de los cuerpos naturales; puedo estar presente con el pensamiento en diversos lugares; mi mismo pensamiento expresado en palabras e impreso, puede ser reproducido en mil ejemplares y hallarse presente en mil volúmenes, aunque no deje de ser un solo pensamiento.

Y la teología aclara cómo Jesús no está presente bajo las especies del pan y del vino *en ninguno de estos modos*, sino de un modo misterioso, de un *modo sacramental*, que puede ser comparado con el modo en que está presente la substancia. Como, en verdad, la substancia está toda en todo un cuerpo y toda en cada parte, así todo Jesucristo está presente en la Hostia entera, en todas y cada una de las Hostias consagradas y está presente en todas las partes de la Hostia, aunque sea un solo Jesús.

Pero en este Silabario del Cristianismo no queremos entrar a discutir estos problemas. Nos basta advertir que también en el Sacrificio de la Misa —o sea en la unión del hombre con Dios— está incluida la Comunión, o sea, la unión de Dios con el hombre.

Dios ha querido venir a nuestra alma, precisamente para divinizarla cada vez más, para conservar en ella la vida de la gracia sobrenatural, para acrecentarla, para reparar las culpas veniales y los defectos que la empañan, y para llenarnos de toda bendición celestial y de alegría.

“El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y Yo en él”, ha dicho Jesucristo. Con la Comunión ya no somos nosotros los que vivimos, es Jesucristo quien vive en nosotros. Él nos transforma en Él y nunca como entonces estamos unidos a Nuestro Dios.

Un rayo de luz se proyecta sobre este misterio de amor infinito, si lo estudiamos a la luz de los principios expuestos a propósito del orden sobrenatural. Nuestra divinización por medio de Cristo nos explica porque nuestro Redentor, no contento con haberse sacrificado por nosotros, ha querido hacerse nuestro alimento.

El valor de la Misa y de la Comunión; la importancia de la propaganda para que se frecuente ésta y aquélla, más aún, para la Misa y la Comunión diarias; la conveniencia de comulgar —cuando razones de utilidad o de necesidad no aconsejan lo contrario— no antes o después, sino durante la Misa, junto con el Sacerdotes, son cosas que deben brillar con intuitiva evidencia.

Tagore, el poeta hindú, en una hermosa poesía describe a un mendicante que narra su afortunada aventura.

“He ido a mendigar de puerta en puerta a lo largo de las calles de la aldea, cuando tu carroza dorada apareció a lo lejos como un sueño fastuoso. Maravillado me preguntaba: —¿Quién será este rey de reyes? Mis esperanzas crecieron hasta tocar los cielos. Pensé que por fin habrían llegado días alegres para mí. Me detuve a esperar la limosna que es dada sin ser pedida y aguardé las riquezas que doquiera se esparcen en el polvo. La carroza se detuvo frente a mí. Tu mirada cayó sobre mí y tú descendiste con una amable sonrisa. ¡Me forjé la ilusión de que había llegado el momento afortunado de mi vida! Pero entonces, de improviso extendiste la mano diestra y dijiste: —¿Qué tienes para darme? ¡Ah! ¿no fue un escarnio tender tu mano a un mendigo, para pedirle? Quedé confuso e indeciso. Después saqué lentamente de la alforja el más pequeño granito de

trigo y te lo di. ¡Pero cuál no fue mi sorpresa, cuando al anoecer de aquel día, al volcar la alforja sobre el pavimento de mi tugurio descubrí en el mísero montón un pequeñísimo granito de oro! Lloré con amargura y en esos instantes lamenté no haber tenido la generosidad de darte todo mi haber cuando me lo pediste”.

También nuestro Rey de reyes, Nuestro Señor Jesucristo, ha venido hasta nosotros, pobres mendigos, extendió su mano y tomó nuestro granito de trigo.

Pero Él no se conformó con convertirlo en un granito de oro, sino que lo transformó en sí mismo, para ofrecerse al Padre y para ofrecerse a nosotros, a fin de que entre Dios y el hombre no hubiese separación sino unión santa e inefable.

Continuará...

MONS. FRANCISCO OLGATI – EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO – CAPÍTULO DOCE – LA IGLESIA Y LA UNIÓN SOBRENATURAL CON DIOS – CONTINUACIÓN... IV – LA JERARQUÍA

Publicado el [Lunes 26 noviembre 2012](#) por [Fabian Vazquez](#)

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI

EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO

Libro de estudio y de meditación, no sólo para hombres pequeños, sino también para hombres grandes, no para ser leído en el tren o en medio del bullicio, sino en el silencio y el recogimiento, palabra por palabra, sin saltar de una página a otra, como lo haría el hermano Mosca del Convento de San Francisco.

Capítulo Doce

LA IGLESIA Y LA UNIÓN SOBRENATURAL CON DIOS

Continuación...

IV

LA JERARQUÍA

No es necesario ser creyente para admirar la magnífica organización de la Iglesia católica, con su Papa, centro supremo hacia el cual convergen todos los corazones del mundo, con sus Obispos

esparcidos por los ámbitos de la tierra, unidos en un fuerte organismo, y con la falange luminosa de sus Sacerdotes.

Basta trasladar un instante el pensamiento a Roma, a la cúpula del templo máximo de la cristiandad, lanzada por el genio de Miguel Ángel hacia la bóveda azulada de los cielos, y desde allí mirar alrededor, en todas las direcciones, para sentir la divina belleza de esta unidad de la Iglesia, la cual así como al rodar de los siglos ve a sus Pontífices y a sus ministros que se transmiten la antorcha encendida por Cristo, así también, en la extensión del espacio domina a todos los pueblos y a todas las almas.

Lacordaire experimentaba un estremecimiento de entusiasmo ante semejante reflexión, y escribía:

“El Vicario de Dios, el supremo Pontífice de la Iglesia católica, el Padre de los pueblos y los reyes, el sucesor de Pedro el pescador, vive; mantiene en alto entre los hombres la frente ceñida de triple corona, sobre la cual gravita el peso de los siglos. En su Corte residen los Embajadores de las naciones y envía sus ministros a todos los hombres, hasta aquellos lugares que aún hoy carecen de nombre. Tan pronto como mira alrededor, desde las alturas de su palacio, sus ojos descubren el más espléndido horizonte del universo, contempla el suelo hollado por los Romanos; ve la ciudad que ellos edificaron con los despojos del mundo entero, convertida en centro de todas las cosas, en sus dos formas primarias, el espíritu y la materia; la ciudad donde todos los pueblos han posado sus plantas, a la que han concurrido todas las glorias y a la que han peregrinado, al menos una vez, todas las imaginaciones cultas; mira la tumba de los Apóstoles y de los mártires, la unión augusta de todas las memorias: ¡Roma!”

No en vano el obelisco de la Plaza de San Pedro tiene grabadas las palabras: “Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat”. La unión de los Sacerdotes y de los Obispos con el Papa constituye una de las pruebas más brillantes de esa victoria de Cristo.

Sin embargo, muchos contemplan con ánimo diverso esta escena admirable. El esteta goza y se admira. Un emperador, como José II, descubre un óptimo instrumentum regni, para ser disfrutado. Un anticlerical de las tabernas ve con temor al ejército del obscurantismo y a la “negra prole de la barbarie y del misterio”.

Nosotros, siguiendo las huellas del catecismo, examinaremos el hecho grandioso en relación a lo sobrenatural, deduciendo así el pensamiento del Fundador.

1

La Jerarquía y lo Sobrenatural

Sería un gran error dejar de lado todo lo que hemos dicho acerca de nuestra divinización, de la gracia y del autor de la misma, Cristo Jesús; como sería un error garrafal dejar sin conexión alguna a la jerarquía católica. También aquí resplandece la unidad del organismo en la variedad de los oficios y las funciones, concordantes —como medios con el fin— con el último propósito, que es la santificación de las almas y su unión sobrenatural con Dios.

Jesús había fundado su Iglesia y nosotros —como hemos visto— no podemos encontrar salvación sino en este Cuerpo Místico, que se desarrolla en los siglos. Dada esta su voluntad, Jesucristo debía proveer:

- a) a la propagación y a la conservación de su verdad, revelada —la buena nueva de nuestra divinización mediante sus méritos— para preservarla de los errores y de los peligros de la ignorancia;
- b) a la difusión de su gracia santificante, único medio de salvación establecido por el amor de Dios;
- c) al gobierno de esta santa sociedad de los fieles, que, como todo organismo social, necesita una autoridad visible y una dirección.

Por esto es lógico el paso del orden sobrenatural a la jerarquía. Y todas las enseñanzas de la doctrina cristiana, a propósito del Papa, del Primado de Pedro, de la infalibilidad pontificia, de los Obispos y del Sacerdocio católico, de su oficio y de su función, no son sino consecuencias del concepto fundamental donde nada hay de superfluo o disonante.

2

El Papa

El Papa es el Vicario de Cristo. Cristo está presente en su Iglesia, es su Cabeza, pero es invisible. Por eso, quiso escoger a Pedro y sus sucesores para que hicieran sus veces en la tierra. Sólo a Pedro le dijo:

“Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos. Todo lo que atares en la tierra, será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra, será desatado en los cielos”.

La Iglesia es el edificio, Pedro es su fundamento y es el que tiene las llaves, o sea es la cabeza suprema. Él posee el primado sobre los otros Apóstoles —y por lo tanto, sobre los Obispos del mundo que son los sucesores de los Apóstoles—, conforme se desprende de las otras palabras de Cristo: “Simón, Simón, mira que Satanás os ha pedido para zarandearos como trigo. Pero yo he rogado por ti, que no falte tu fe; y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos”.

Después de la conversión, es indefectible la fe de Pedro, que recibe el encargo de confirmar a los otros en la fe, y con esto mismo el oficio de Superior, de Maestro, de Cabeza.

Además, si se tiene en cuenta que Cristo, poco antes de la Ascensión, dijo a Pedro “Apacienta mis corderos [o sea, a todos mis fieles]; apacienta mis ovejas [o sea, a los Apóstoles y a sus sucesores]”, no se puede dudar de que lo haya constituido Pastor supremo de todo el rebaño, esto es, de toda la Iglesia, de todos los creyentes, sin excepción alguna.

También con relación a la INFALIBILIDAD del Papa, Jesús no podía ser más explícito.

La infalibilidad —que la supina ignorancia religiosa cree a veces que es la impecabilidad del Pontífice— consiste en lo siguiente: que cuando el Papa habla *ex cathedra*, esto es, como Pastor de toda la Iglesia universal, sobre cosas de fe o de moral, declarando definir la verdad contenida en la Escritura y en la Tradición, no puede errar.

Razona muy bien, al respecto, Monseñor Bonomelli: según la enseñanza del mismo Jesús,

“la Iglesia está cimentada sobre Pedro, o sea, sobre el Pontífice, de modo que su seguridad depende de la seguridad del Pontífice; si el Pontífice pudiera trocarse en maestro de errores, no sería piedra de fundamento, sino piedra de tropiezos y de ruina. Por otro lado, Jesús dice que las potencias del infierno no prevalecerán contra la Iglesia, ¿Por qué? Porque la Iglesia está fundada sobre Pedro, sobre el Pontífice; por consiguiente la victoria continua de la Iglesia depende de la victoria del Pontífice: ahora bien, si el Pontífice pudiese enseñar errores, lejos de conducir a la Iglesia a la victoria, la conduciría a la derrota”.

Más aun,

“Jesucristo entrega al Pontífice las llaves de la Iglesia y afirma que ratificará en los cielos lo que el Pontífice juzgare en la tierra; no pone ninguna excepción, la promesa es absoluta y amplísima;

pero no cabe duda de que Jesucristo sólo puede ratificar la verdad; luego la enseñanza del Pontífice y su sentencia deben estar exentas de error, como está exenta de errores la sanción de Jesucristo. No basta: Jesucristo declara haber orado para que la fe de Pedro, y por consiguiente, la fe del Papa, no sufra desmedro; ahora bien, la oración de Jesús no podía caer en el vacío, y sus palabras demuestran que ha obtenido lo que ha pedido; luego, la fe del Papa puede y debe ser puesta a prueba, pero no puede desfallecer. Es tan cierto que la fe del Papa no puede desfallecer, que Jesús le ordena confirmar en ella a sus hermanos, esto es, a los Obispos, a fin de que confirmados por él puedan sostener la lucha contra Satanás. Luego, la seguridad y firmeza de los Obispos en la fe se basa en la fe del Pontífice: ahora bien, si el Pontífice pudiese errar en las cosas de la fe ¿cómo y en qué podría confirmar a los Obispos y a la Iglesia universal? Hubiera sido una cosa ridícula de parte de Jesús imponer a Pedro la obligación de confirmar en la fe a la Iglesia, si el mismo Pedro tenía necesidad de ser confirmado; y cosa más ridícula todavía, sería obligar a toda la Iglesia a dejarse confirmar en la fe por un Pedro, que, pudiendo errar, podía confirmarla en el error. Aparte de que Jesús confiere al Pontífice el oficio de apacentar y regir toda la Iglesia, todos los corderos y ovejas de su rebaño, y, por lo tanto, obliga a toda la Iglesia, a todos los corderos y ovejas, a recibir y acatar su palabra y sus leyes. Supongamos por un instante que el Pontífice pueda inducir en error al rebaño de Jesucristo. ¿Qué sucedería? Toda la Iglesia sería colocada en la absurda alternativa, o de desobedecer al Pontífice contra la expresa voluntad de Jesucristo, o bien de seguir al Pontífice en el error. Esto no puede concebirse. Luego hay que admitir que el Pontífice es infalible, para que sea razonable, por un lado, el derecho del Pontífice a imponer lo que hay que creer, y por otro, razonable el asentimiento de los fieles”.

Resumiendo: el Papa es el representante de Jesucristo, y como tal, tiene el primado sobre todos y la infalibilidad. Él es “el dulce Cristo en la tierra”, como lo define Santa Catalina de Siena. En el blanco Pontífice hállase presente Jesús que habla, como en la Eucaristía hállase presente Jesús que calla, conforme a la bella expresión de San Francisco de Sales. El amor, el obsequio, la obediencia y la devoción filial, como el entusiasmo hacia el Papa, es para los creyentes una misma cosa que el amor, el obsequio, la obediencia a Cristo Jesús.

Hace algunos años el Padre Mateo Crawley era admitido a la presencia del Santo Padre y recibía palabras de bendición, de aliento y de augurios en su jubileo sacerdotal; y él agradeció al Pontífice diciéndole que le quedaba reconocido a su bondad porque la sonrisa del Papa era para él igual que una sonrisa de Jesús.

Así debemos hablar, pensar y obrar los verdaderos cristianos.

Los Obispos

La Iglesia es el reino de Dios, y por su intermedio debemos participar de los bienes sobrenaturales. Es evidente que no todos los poderes santificantes podían ser concentrados en una sola persona, dado el número de los fieles. Por esto “el Espíritu Santo puso a los Obispos para gobernar la Iglesia de Dios”.

El campo de acción sobrenatural de estos Pastores de las diversas diócesis —a diferencia del campo de acción del Papa— es limitado; además, los Obispos están subordinados al Supremo Pontífice, quien, aunque no puede suprimir el Episcopado, puede remover, en cambio, a un Obispo.

El Obispo es un sucesor de los Apóstoles, y por lo tanto, Jesús le repite sus palabras: “El que a vosotros escucha, a Mí me escucha; el que a vosotros desprecia, a Mí me desprecia”.

El Obispo es el Doctor y el Maestro de la verdad cristiana; es el Padre del sacerdocio, que ordena a los nuevos ministros de Dios, es el Padre de los fieles, a los que perfecciona con la Confirmación, es el Juez de las almas, que le son encomendadas. Los verdaderos cristianos se congregan junto a su Obispo, como junto al mismo Cristo. No su persona, sino la persona de Cristo debemos venerar en el Obispo, como en el embajador no consideramos al individuo, sino a la nación representada.

Por esto doblamos la rodilla delante de un Obispo, como la doblaríamos ante Cristo.

Recuerdo que en las fiestas jubilares del Cardenal Ferrari, celebradas poco tiempo antes de su muerte, la Juventud Católica Femenina Milanese había cubierto de frescas flores la tumba de San Carlos, sobre la cual el Purpurado ofreció el santo sacrificio.

En esa ocasión Monseñor Cazzani, Obispo de Cremona, en un discurso, comentó esa gentileza en esta forma: todos los fieles, y de un modo especial la juventud, deben rodear a su propio Pastor con las flores del afecto, de la oración y de la voluntad resuelta y valiente.

Feliz el Obispo que puede congregar, en el Altar donde celebra, los corazones de sus ovejas y ofrecerlos a Dios, junto con el Corazón de Cristo, santificados y formados sobrenaturalmente.

Los Sacerdotes

Ya que el Obispo no puede atender personalmente todas las necesidades de su grey, es ayudado por los Sacerdotes, a quienes delega para la gran misión.

El que mira al Sacerdote no con los ojos de la carne, sino con mirada sobrenatural, no puede menos que saludar en él al ministro de Dios, que ha renunciado a la familia, para dedicarse a la familia de las almas, como instrumento de su divinización.

El Sacerdote consagra el pan y el vino; y Cristo se encarna en sus manos para vivir sacramentalmente entre nosotros.

El Sacerdote nos absuelve de nuestros pecados, y da la gracia de Dios a las almas, que han sido introducidas en el reino de lo sobrenatural por medio del bautismo, y que él debe cuidar y asistir hasta junto al lecho de la muerte para enviarlas a Dios.

El Sacerdote predica y Jesús se encarna en la palabra sacerdotal, como afirma Bossuet y desciende a nuestras mentes.

¿Es acaso posible, entonces, definir al Sacerdote prescindiendo del orden sobrenatural, de la gracia, de Jesucristo?

¡Almas buenas que leéis estas páginas, si no sois Sacerdotes, difícilmente entenderéis qué es un Sacerdote y cuáles son las palpitaciones de su corazón agradecido a Jesús que lo ha elegido para tanta grandeza!

Nunca lo he comprendido tan intensamente, como la mañana en que al recibir el Subdiaconado, he consagrado para siempre mi vida al Señor. Aún conservo impreso en el alma el recuerdo de aquel día memorable, cuando en la paz serena del alba salí del Seminario con una falange escogida de jóvenes levitas para dirigirme al Duomo, hacia el gran Duomo de Milán. La ciudad dormía, los transeúntes eran escasos; sólo parecían saludarnos con alegría los primeros rayos del sol de mayo, que besaban al pueblo de estatuas y a las infinitas agujas que se yerguen en la basílica y que diríase tienden “las alas ansiando el cielo”.

La ceremonia comenzó con todo el esplendor y la magnificencia del culto. Jóvenes, vestidos de blanco, oímos la advertencia del Obispo: “*Adhuc liberi estis; todavía sois libres. Escoged, decidid*”.

En esos momentos (era en 1907) aquella palabra significaba más o menos lo siguiente: “¿No sabéis, jóvenes, que en una nación vecina se ha desencadenado la persecución religiosa? ¿Ignoráis

que Cristo es combatido en todas partes y que mañana os aguarda el desprecio, quizás la muerte?” El mundo, los primeros rumores de la vida febril que se hacían sentir fuera del templo, parecían añadir: “Jóvenes, que tenéis la sonrisa de los veinte años ¿qué hacéis? ¿Por qué renunciar a la vida, a la florida primavera? Si queréis coronaros de rosas, *adhuc liberi estis*, todavía sois libres...”

Pero aquellas voces no hallaron eco en nuestros corazones juveniles.

Era otra voz la que resonaba, sola, dominante, avasalladora: “¡Cándidos hijos del ideal, adelante! ¡Adelante! ¡Invocad la ayuda de Dios!”

Entonces nos postramos con la frente en el suelo, y, flébil como un lamento surgió el canto de las letanías: “¡Kyrie eleison, Christe eleison! ¡Señor, ten piedad de nosotros! ¡Cristo, ten piedad de nosotros! ¡Sancta María, ora pro eis! ¡Virgen María, ruega por ellos!”

Brotaba la ardiente plegaria entre nuestras más tiernas lágrimas, lágrimas puras, lágrimas hermosas, en medio del llanto de nuestras madres que tanto habían orado y sufrido, y veían bendecido su sueño y sus esperanzas... El canto se difundía por las amplias naves; subía, subía, hasta los arcos empinados, hasta la cúpula atrevida, hasta Dios, para recaer luego sobre los blancos levitas conmovidos, como un augurio de celestial alegría.

Pocos momentos después, la gran campana del Duomo anunciaba a la ciudad despierta que una nueva pléyade de jóvenes había jurado fidelidad al Rey de los vírgenes.

La voz de las campanas perdióse, por cierto, en una atmósfera de indiferencia. Pero, el que la haya escuchado, habrá entendido la grandeza y la poesía del sacerdocio hacia el cual nos encaminábamos aquella mañana con el corazón jubiloso.

RECAPITULACIÓN

Para comprender cómo la Iglesia une a sus hijos con Dios, hay que dar una rápida mirada a la liturgia, a los Sacramentos, a la Misa, a la Comunión y a la jerarquía.

1. No hay que confundir la LITURGIA:

- a) con la belleza estética del culto;
- b) con el conjunto de las ceremonias;
- c) con la erudición histórica acerca del culto.

Es la oración colectiva de la Iglesia, mediante la cual toda la Iglesia, animada por el Espíritu Santo y junto con Jesús, su cabeza, se dirige al Padre. Es un absurdo, por lo tanto, pretender entender la liturgia y vivirla, prescindiendo de lo sobrenatural y del dogma.

2. Los SACRAMENTOS son los canales de la gracia sobrenatural y se definen: los signos sensibles, que no sólo significan, sino también producen la gracia, no como su causa principal, sino como instrumentos escogidos y queridos por Jesucristo. En el sujeto y en los ministros de los Sacramentos son necesarias algunas condiciones, pero que no son nunca la verdadera causa de la gracia.

3. La EUCARISTÍA ha sido instituida por Jesucristo:

- a) para que fuese el Sacrificio de la nueva ley, que renueva y recuerda el sacrificio de la Cruz y nos aplica sus frutos;
- b) para que participando del Sacrificio, recibiéramos en la Comunión la Víctima divina, Jesús, verdadera, real y substancialmente presente en la Hostia consagrada, para ser nuestro alimento sobrenatural.

Con la Misa, Jesús nos une a Dios; con la Comunión, se une a nosotros, y, cuando tenemos las debidas disposiciones, acrecienta la gracia en nuestras almas.

4. Para conservar, defender y propagar la verdad de la Revelación, para difundir la gracia y para regir la sociedad santa de los fieles, Jesucristo quiso en la Iglesia la JERARQUÍA, cuya institución, por esto, tiene una finalidad de índole sobrenatural.

El **Papa** ejerce el Primado sobre todos los Obispos y los fieles, es el Pastor supremo de los creyentes y es infalible, cuando, como maestro de todos los cristianos, define cosas de fe y de moral.

Los **Obispos** son los sucesores de los Apóstoles, Doctores de la verdad cristiana, Padres del sacerdocio y de los fieles, Jueces de las almas confiadas a su cuidado.

Los **Sacerdotes** son los ministros de Dios, que consagran el pan y el vino, nos absuelven de los pecados y nos predicán la doctrina de Cristo.

El que observa a la Iglesia, bajo cualquier aspecto, ve cómo lo sobrenatural es la llave que abre todos los secretos de su vida y la explicación de toda su actividad.

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI – EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO – CAPITULO TRECE – LA VIDA CRISTIANA

Publicado el [Lunes 3 diciembre 2012](#) por [Fabian Vazquez](#)

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI

EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO

Libro de estudio y de meditación, no sólo para hombres pequeños, sino también para hombres grandes, no para ser leído en el tren o en medio del bullicio, sino en el silencio y el recogimiento, palabra por palabra, sin saltar de una página a otra, como lo haría el hermano Mosca del Convento de San Francisco.

Capitulo trece

LA VIDA CRISTIANA

Josué Borsi refiere esta anécdota en las páginas de sus *Coloquios*:

“Fue durante el eclipse de 1842. Un pobre niño del municipio de Siéyes (Bajos-Alpes) apacentaba su rebaño. Ignorando por completo el acontecimiento que se aproximaba, vio con inquietud que el sol se obscurecía poco a poco, siendo así que ninguna nube ni neblina que pudiese explicar el fenómeno, se veía en el cielo.

Cuando la luz desapareció del todo, la pobre criatura, llena de espanto, echó a llorar y a pedir socorro. Lloraba así, cuando reapareció el primer rayo de sol.

Reanimado al verlo, el niño juntó las manos, exclamando en su dialecto meridional: o beou souleoul (¡oh bello sol!)”.

Borsi cita oportunamente esta delicada anécdota, al recordar el eclipse de su fe que había oscurecido su juventud hasta que el sol de Jesús lo iluminó de nuevo y termina exclamando sencilla y sublimemente: “¡Oh Jesús, hermoso sol!”.

Muchísimos cristianos, más desventurados que el pastorcillo de Siéyes, viven en las tinieblas. El sol sobrenatural está eclipsado en sus corazones. Los dogmas nada les dicen. Raras veces reciben los Sacramentos. Y aun cuando en alguna confesión bien hecha reviven la vida de la gracia, son como los ciegos: en la misma alegre fiesta de una serena jornada primaveral, no perciben la luz que inunda sus almas; no tienen conciencia de su divinización.

¡Cuán grande es la conciencia, la comprensión y la visión clara de lo que se es y de lo que se debe hacer! Un padre, una madre, un maestro que tienen conciencia de sus obligaciones, obran de muy distinta manera del que no la tiene. Combate con muy distinto valor en cualquier batalla el que tiene la convicción de la bondad de una causa, que el que es arrastrado por fuerza a un combate cuyo significado no comprende. Y nadie puede confundir la pretendida religiosidad del que se paga con una vida exterior y alguna que otra práctica mecánicamente cumplida, con la fe del que todo lo contempla a la luz de la religión cristiana.

Después de haber descrito, aunque sea pálidamente, lo que es el orden sobrenatural y la gracia, debemos ahora conquistar la conciencia, la comprensión de ese sol. En otras palabras, hemos de ver cómo resuelve el problema de su vida, cómo organiza su existencia el creyente que sabe que es hijo de Dios.

El hijo de un rey es educado con este criterio: “Recuerda tu dignidad y obra, en todo, en conformidad con ella”; nosotros, hijos de Dios, no podemos sustraernos a semejante deber. Cuando termina, el eclipse de la ignorancia religiosa, cuando resplandece el sol de la Verdad, conscientes de nuestra grandeza divina, necesariamente debemos exclamar a cada instante, con la fe y con las obras: “¡Oh Jesús, hermoso sol!”.

La FE nos hace creer las verdades reveladas por Dios, no por su intrínseca evidencia, sino por la autoridad de Dios revelador que no puede engañar, ni ser engañado. Las OBRAS nos hacen vivir de acuerdo a las enseñanzas de la fe.

No debemos vivir olvidados de Dios, pues la oración debe unirnos a Jesús y al Padre, la naturaleza ha de aparecérsenos iluminada con la nueva luz de Cristo Dios, la vida debe ser inspirada por Él y el dolor debe ser sufrido con cristiana resignación.

He aquí los puntos que trataremos de estudiar:

1. — ¿Qué método debemos seguir para hacer más intensa nuestra unión sobrenatural con Dios?
2. — ¿Con qué ojos —habiendo terminado el eclipse y resplandeciendo Dios sobre nosotros con la gracia— debemos mirar la naturaleza y las cosas, si tenemos conciencia de nuestra propia elevación sobrenatural?
3. — ¿Cómo debe el hijo de Dios considerar la vida y sus vicisitudes y, por consiguiente, con qué espíritu debe organizar su actividad de todas las horas, de todos los momentos?
4. — ¿Cómo debe soportar sus dolores un cristiano?

La oración, la naturaleza, la vida y el dolor, son hilos telefónicos que deben unir nuestro corazón con el Corazón de Cristo en el Tabernáculo. También a través de estos hilos pasará nuestro grito de júbilo: “¡Oh Jesús, hermoso sol!”.

I

EL CRISTIANO Y LA ORACIÓN

Una pléyade de almas generosas y vibrantes que se dedican al apostolado y a la acción católica, para resolver de un modo consolador el problema de la oración y para aumentar cada vez más el mérito de sus obras buenas se han hecho admiradoras del... teléfono.

Alguien se reirá de esta extraña asociación de ideas: el teléfono y la oración. El teléfono, al menos en algunas ciudades, es ese terrible aparato inventado para la desesperación del género humano, capaz de volver hidrófobo hasta al individuo más calmoso del mundo. Esto es muy cierto, y sobre el tema existe un consentimiento universal indiscutible. Pero nuestro teléfono es muy distinto y obra milagros.

Desde el día en que uno se hace telefonista, comienza una época nueva en la vida, la cual experimenta una especie de benéfica revolución; todo nuestro ser se transforma y parece que un sople vivificante, hasta entonces desconocido, nos agita y alegra.

Todos los que han hecho la prueba, todos —digo— sin excepción alguna, están concordes en esta afirmación y agregan, que sólo entonces, por primera vez, han comprendido con claridad lo que

significa la religión.

Cuéntase que un día dos estudiantes camino de la Universidad de Salamanca, fatigados se detuvieron junto a una fuente, para descansar y apagar-su sed. Sobre una piedra cercana leyeron estas palabras: “Aquí está sepultada el alma de Pedro García”. ¿Cómo se puede —exclamó uno de los jóvenes— sepultar un alma debajo de una piedra? Se rió a carcajadas y prosiguió su camino. El otro compañero se detuvo y lleno de curiosidad por la extraña inscripción, removió la piedra, cavó la tierra y ¡encontró un tesoro!

También vosotros, si no sois superficiales y meditáis atentamente este capítulo sobre... el teléfono, hallaréis un tesoro que quizás hoy os hace falta y os enriquecerá espiritualmente.

Permitidme, pues, narraros con toda simplicidad la experiencia religiosa de estas almas y sus propósitos y esperanzas.

1

La unión con Dios

Hace algunos años, un poeta todavía no creyente, Juan Bertacchi, cantaba al *Teléfono* con estos versos que parecen un anhelo y un lamento:

Parla un uomo al telefono: qualcuno

ch'io non odo né veggo a lui risponde.

Prega un uomo all'altar: parla con Uno

che per me tace, che per me si asconde.

Oh se basta a varcar tanta distanza

un tenue filo a chi pur resta immoto;

se il tenue filo d'una pia speranza

basta per i cuori a valicar l'ignoto,

date a me pure il fil che si dilunga

oltre il giorno dell'uomo e la sua sede...

datemi il tenue tramite che giunga

al Lontano che parla e non si vede.

Habla un hombre por teléfono: alguien

que yo ni oigo ni veo le contesta.

Ora un hombre en el altar: habla con, Uno

que para mí calla y se esconde.

¡Oh! Si basta para atravesar tanta distancia

Un tenue hilo al que sin embargo permanece inmóvil;

si el tenue hilo de una piadosa esperanza

basta a los corazones para vadear lo ignoto;

¡dadme también a mí ese hilo que se prolonga

más allá de los días del hombre y de su morada!...

¡dadme la estrecha senda que llegue

al Lejano que habla y no se ve!

También las personas anteriormente mencionadas sintieron esta dulce necesidad. Su vida religiosa se desenvolvía lánguida e insulsa. Todo su Cristianismo consistía en mascullar alguna oración distraídamente, en concurrir en épocas fijas y por inercia a la Iglesia, a la Misa, a los Sacramentos, en el mecanismo exterior de alguna práctica piadosa o en la repetición maquinal de alguna fórmula. La fe no era el alma de sus almas, ni siquiera llegaba a vivificar sus mismos actos religiosos. Era como una hoja muerta en la superficie de un lago, agitada y movida por el viento de las circunstancias y del ambiente. La hoja hacía cada vez más inútil, pronta a desaparecer del todo y el lago de la propia vida no se resentiría en absoluto y continuaría con la mayor indiferencia, surcado por barcas, esto es, por toda la habitual actividad cotidiana.

Llega un día en que esa aparente religiosidad exterior se les hace insoportable. Un curso de instrucción cristiana —que podría ser la doctrina reunida en estos capítulos— abrió sus ojos. Comprendieron qué significa la gracia, qué quiere decir ser hijos adoptivos de Dios; aprendieron a recitar el Padre Nuestro, que antes no habían entendido aunque estuvieran muy convencidos de entenderlo; y sólo entonces probaron una especie de hilo telefónico entre su conciencia y el Tabernáculo, entre su pequeño corazón y el Corazón de Jesús.

Cuando estamos en gracia, cuando el pecado mortal no afea la belleza de nuestra alma redimida con la Sangre de Cristo, estamos unidos a nuestro Dios y toda obra que no sea pecaminosa se refiere a Él virtualmente. La gracia santificante es semejante a un hilo divino que nos comunica con Él y que sólo puede ser cortado por la culpa grave.

Si basta este cándido hilo poseído por los niños bautizados que no pueden pecar, si basta en nosotros como en ellos para ser hijos de Dios; con todo, nosotros que poseemos además el uso de la razón y con nuestra voluntad podemos cortar ese hilo de vida sobrenatural, estamos obligados, no sólo a conservar la gracia, sino a negociar un tesoro tan grande, obrando cristianamente y orando.

Como no basta tener una inteligencia y una voluntad, sino que la inteligencia debe estar desarrollada y la voluntad necesita una enérgica gimnasia, del mismo modo nuestra unión con Dios, obtenida mediante la gracia, no debe permanecer en la inmovilidad de las tumbas, sino vivir en el fervor de la acción y de la palabra del corazón agradecido a Aquél que es la misma vida.

Comenzaron pues a... telefonar. En cada acto libre que ejercían, en cada dolor que soportaban, en cada acontecimiento que sobrevenía, dirigían un saludo al Corazón de su Dios, y al Dios de su corazón, para usar una expresión de Santa Margarita María. El encargo que hace San Pablo en la Carta a los fieles de Corinto: “Ya sea que comáis o que bebáis, o que hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios”.

Este encargo repetido por el Apóstol en la otra Epístola a los Colosenses: “Cualquier cosa que hagáis, de palabra o de obra; hacedlo todo en nombre del Señor Jesús, dando gracias por su intermedio, a Dios Padre”, ya no fue para ellos letra muerta. Unidos a Cristo por la gracia, se unieron a Él mediante una vida interior intensa, mediante la oración que brotaba desde el fondo de sus almas, que alumbraba con una luz nueva todos sus actos, que embellecía y santificaba la misma actividad material, el trabajo, el sufrimiento y todas las alternativas de la vida.

No hay que creer, empero, que después de esta resurrección espiritual, su vida se hubiese cambiado exteriormente de un modo sensible, ¡No! Fuera del pecado, siguieron viviendo como antes: los mismos trabajos, las mismas diversiones, las mismas personas con las que tenían que tratar, lo mismo, en fin, todo lo que se trasluce al exterior. ¡Pero qué diversidad radical en el interior! A fuer de sinceros hay que confesar que experimentaron la sensación de haberse convertido en otras personas; ¡tal fue la hermosura de la nueva vida religiosa!

Pero, antes de describir esta última, expliquemos prácticamente, de qué manera hacen funcionar su teléfono esas personas. Nada mejor que esto dará al que aún no es telefonista una pálida idea, pero eficaz, del cambio profundo operado por medio de este método, que por otra parte, nada tiene de nuevo ni de difícil.

Los Santos fueron Santos, porque fueron excelentes... telefonistas. Pues, aunque en sus tiempos Meucci todavía no había descubierto el método de telefonar a un hombre, ellos sabían telefonar de un modo maravilloso a Dios.

¿Y qué tuvieron de especial, de esencial y de característico los verdaderos místicos —esas almas selectas de la humanidad, cuyo culto resurge en nuestros días después de una época de materialismo y de ruindad— qué tuvieron de particular, sino una unión con Dios tan intensa, que no sólo hablaban con su Señor, sino también el Señor hablaba a veces directamente, o al menos hacía sentir su voz indirectamente en sus corazones?

¡Ay del que no se hace, al menos inicialmente, telefonista! ¡No entiende nada, ni siquiera los primeros principios del Cristianismo!

Continuará...

MONS. FRANCISCO OLGATI – EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO – CAPITULO TRECE – LA VIDA CRISTIANA – I – EL CRISTIANO Y LA ORACIÓN CONTINUACIÓN... 2 MÉTODOS Y EJEMPLOS

Publicado el [Miércoles 12 diciembre 2012](#) por [Fabian Vazquez](#)

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI

EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO

Libro de estudio y de meditación, no sólo para hombres pequeños, sino también para hombres grandes, no para ser leído en el tren o en medio del bullicio, sino en el silencio y el recogimiento, palabra por palabra, sin saltar de una página a otra, como lo haría el hermano Mosca del Convento de San Francisco.

Capítulo trece

LA VIDA CRISTIANA

I

EL CRISTIANO Y LA ORACIÓN

Continuación...

2

Métodos y ejemplos

“No concibo una vida sin oración: un despertar matinal sin encontrar la sonrisa de Dios, un nocturno reclinar de la cabeza, sin reclinarla antes sobre el pecho de Cristo”.

Estas expresiones de Contardo Ferrini resumen el programa de una jornada cristiana. Apenas se abren los ojos en la paz de la aurora, hay que enviar un saludo al Dios del Tabernáculo.

Cuenta Miguel de Montaigne, que su padre, cuando él era pequeño, lo hacía despertar al son del arpa, para que su alma estuviese llena de armonía y pasase armoniosamente el día.

También nosotros si al despertar por la mañana dirigimos un pensamiento al Corazón que encierra melodías de cielo, habremos orientado bien la navicilla de nuestra actividad diaria.

A semejanza del orador griego, que antes de abrir los labios en la plaza de Atenas se hacía dar la nota por un artista para hablar a sus conciudadanos con voz musical y bella, pidamos nosotros al divino artista, al despuntar del alba, la nota que nos acompañe durante las horas de la jornada.

El que adquiere la dulce costumbre de empezar el día con un pensamiento para el Señor, comprenderá la exquisita poesía de los Monasterios de Palestina en tiempos de San Jerónimo, donde el estudioso de Belén había habituado a las vírgenes a saludar el despertar mañanero con el grito del Alleluia (alabanzas a Dios).

Por lo demás, ¿acaso el dulce sonido de las campanas que tocan el Ave María, no nos invita también en nuestros días a sacudir la modorra y a volar a los cielos de Dios?

A la primera telefoneada, sigue otra de inmediato: el ofrecimiento de las acciones diarias al Corazón de Jesucristo, según el santo método, hoy tan difundido y practicado, gracias a la fecunda asociación del “Apostolado de la Oración”.

¿Conocéis la comparación que hace San Juan Crisóstomo entre nuestras acciones y una carta? Observa el elocuente Padre de la Iglesia: si escribís una carta sin poner la dirección, es imposible que llegue a su destino. Y añadía: cada uno de los actos que ejecutamos durante el día es semejante a una carta; pongámosle también previamente la dirección: “a Dios”, esto es ofrezcámoselos a Él; de este modo, a medida que vamos escribiendo esas cartas, el Ángel bueno que nos acompaña, las llevará a Jesús y le dirá: “Están dirigidas a Ti”.

Santa Gertrudis, la gran mística benedictina del siglo XIII, me sugiere un pensamiento más bello todavía. Considera al Corazón de Jesús como un incensario repleto de carbones ardientes. Imagina echar en él las propias acciones, como si fuesen un granito de incienso destinado a ser transformado en una nube de oraciones gratas al Padre.

“En el incensario de oro de vuestro divino Corazón —dice— donde arde para gloria vuestra el suave perfume del eterno amor, yo arrojo mi corazón como un minúsculo grano de incienso, deseando con todo el ardor de mi alma, que aunque vil e indigno, el soplo del Espíritu Santo lo inflame con su vida”.

¿No es acaso éste el medio seguro de conservar para la eternidad nuestra caduca actividad, que parece inexorablemente arrastrada al abismo de la nada por el vértigo del tiempo?

El buen telefonista, mientras se viste, piensa en el Tabernáculo y al recitar las oraciones de la mañana —por breves que sean— las pronuncia conservando la unión con Jesús. ¡No tienen nada de oración las que se balbucean a la ligera, mal compuestas, en forma entrecortada, comiendo las palabras y omitiendo frases, con un gesto automático que tiene la vanidosa pretensión de ser una señal de la Cruz, sin que ese palabrero semiinconsciente vaya acompañado del menor latido del corazón!

El que no sabe telefonar, obra así, desgraciadamente, con Dios, tratándolo de la manera más incorrecta e indecorosa que se pueda pensar. Seamos sinceros: no hay ningún hombre en el mundo, con quien tengamos tan pocos miramientos como para con Dios. Cuando hablamos con una persona, por lo menos ponemos atención a lo que decimos. ¡Sólo cuando hablamos con Dios, olvidamos las reglas de la buena educación!

En cambio, el buen cristiano, sea que transite por las calles y las plazas, sea que marche a lo largo de un camino, sin que nadie lo advierta, da una telefonada al Tabernáculo lejano. ¿Os extrañáis de esto? Y sin embargo, ¡cuántas almas juveniles oran hoy así por los caminos de Italia! Atraviesan nuestras ciudades, nuestras aldeas y nuestros suburbios.

Unos, elegantemente vestidos, otros, en cambio, pobremente; éstos, obreros, estudiantes, profesionales, aquéllas, empleadas o señoritas, campesinas o madres de familia. Nadie lo sospecha, porque nada denota exteriormente lo que pasa en sus corazones.

Bajo el cielo de nuestra Italia, tan a menudo profanado por la vulgaridad de la blasfemia, álzase tácita y delicada la voz de los corazones cristianos. ¡Probad y comprobaréis cuán fácil y cuán bello es enviar, en medio del rumor febril y ensordecedor del tránsito, entre el estridente vocerío de las bocinas y la amenaza de los vehículos, un saludo al Jesús de nuestras iglesias, aunque no sea más que un brevísimo saludo de la calle!

Se penetra a la iglesia y quizá se deja el alma... fuera. No quiero perder tiempo fotografiando el talante de muchos en la casa de Dios. Esas Misas, a las que se asiste clavados junto a una columna, suspirando porque llegue el momento de la bendición final, pasando revista a las personas congregadas en el templo, haciendo tal vez críticas y comparaciones de las diversas toilettes, ¿no son por ventura las misas dominicales de muchísimos que se consideran buenos cristianos, prácticos cumplidores de sus deberes religiosos?

Al contrario, el que aprendió el arte de telefonar, no bien ha traspuesto el umbral del templo, lanza una mirada al Tabernáculo. ¡Ya han llegado allá tantos saludos, tantas miradas expresivas del alma, tantos estremecimientos del corazón! Toma el agua bendita, y como observa Ernesto Hello, a semejanza de la heroína de Betulia, exclama: "¡Señor, mi alma se vuelve a Ti, como la tierra sedienta de agua!".

¿No es hermosa la gota de rocío que en las mañanas primaverales se prende de las hojas del prado y resplandece, dorada por los rayos del sol que nace? ¡Oh, también la gota de agua bendita, con que nos santiguamos al penetrar a una iglesia, brilla sobre nuestra frente, si la iluminamos con la luz de Dios!

Símbolo del rocío de los favores celestes, signo de la purificación interior que en nosotros se obra, si la acompaña el dolor de las culpas veniales, esa señal de la cruz ya no es solamente un acto

material, sino se convierte en una llamada telefónica, o mejor dicho, en el principio de una conversación telefónica, que continúa durante todo el tiempo que permanecemos en la Iglesia, mientras dura la Misa, la visita o la función litúrgica en las que participamos.

¿Por qué se quejan muchos cristianos de que no saben orar en la iglesia? La razón es muy simple.

No son telefonistas fuera de la iglesia. El que estando fuera del templo sabe telefonear a Cristo Jesús, cuando se halla junto al altar no encuentra graves dificultades para discurrir con el Rey y con el Amigo de su corazón, que se inmola al Padre, se encierra en el recinto del sagrario y permanece tras la blanca cortina de una Hostia.

El tiempo que se pasa en la iglesia es limitado; pues es necesario atender luego a las ocupaciones, los deberes y el trabajo. Pero nos puede acompañar a todas partes el hilo telefónico, con gran ventaja personal.

San Bernardo enuncia la doctrina de que todo trabajo nuestro debe ser una oración, y la superficialidad abre con gran extrañeza sus ojos y pregunta: “¿Acaso hemos de estar siempre rezando?” Respondemos: así es. ¿Acaso no está escrito en el Evangelio: “Es necesario orar siempre”? ¿Habremos, pues, de estar todo el día de rodillas? ¿También en la oficina, en el campo, en los bancos, en los Parlamentos?... No, amigos. ¡No es necesario tanto!

“No el que dice: Señor Señor, entrará en el reino de los cielos; sino el que hace la voluntad del Padre”, el que cumple cristianamente su obligación —nos advierte el mismo Jesús.

La madre de familia que durante numerosas Misas permaneciese absorta en largas oraciones delante de los altares, y dejase en casa a sus hijos sin los correspondientes cuidados no tendría la aprobación de Dios. ¿Y entonces? Entonces, con el teléfono todo se resuelve.

El cristiano en gracia, cuando trabaja —como veremos luego— tiene una actividad santificada, divinizada; por lo tanto si al principio del trabajo y de cuando en cuando, dirige su pensamiento a Dios, ofreciéndole todo lo que hace, porque lo hace para cumplir la voluntad de Dios, ¿no es evidente que en este caso, ese trabajo adquiere una fisonomía nueva y se trueca en una oración? ¿No advertís que esa telefoneada matutina, esto es, la recta intención inicial, si no ha sido retractada, influye en todo el día y santifica todas las acciones?

Midas, hijo de Gordio, antiguo rey de Frigia en la Tracia, había obtenido de un dios la facultad de convertir en oro todo lo que tocara: el telefonista cristiano que quiere multiplicar sus méritos y adquirir nuevos y mayores, tiene la posibilidad de transformar en oro todas sus acciones, cada una de las gotas de sudor, cada uno de los sacrificios, cada uno de sus esfuerzos, cada uno de sus

dolores.

Si en el ambiente en que se encuentra resuena una imprecación o una blasfemia, silenciosamente, da una telefonada reparadora. Si comete un error, trata de repararlo, y ofrece sus mismos defectos involuntarios al Único que los sabe compadecer. Si toma el tren y contempla los hilos del telégrafo tendidos a lo largo de la vía férrea, recordando que Lorenzo Perosi imaginaba poner sobre esos hilos las notas musicales de su genio de artista, él pondrá otras notas, las notas de amor para su Dios.

Cada torre que asoma, cada iglesia que aparece, resúltale una invitación a telefonar. Al sentarse a la mesa, no olvida las ya recordadas palabras de San Pablo y en esta misma ocasión recuerda a su Dios e imita a Santa Teresita del Niño Jesús que en el comedor se imaginaba estar sentada y comer en medio de la Sagrada Familia de Nazaret.

En fin, siempre se acuerda de Dios. Habla, ríe, se divierte, conversa, pero a la vez da su telefonada. Si la fiera de las pasiones ruge en su corazón, sabe cómo pedir ayuda al Aliado que no hace traición. Y cuando a la noche se recoge a descansar, vuela hacia el Dios que lo acompañó en la trabajosa jornada y le habla así: “¡Custódiame, Señor, como a la pupila de tus ojos; protégeme bajo la sombra de tus alas!”

Aun desde la cama, no olvida hacer una última telefonada: “¡Visita, Señor, esta casa! ¡Aleja de ella las insidias del Enemigo! ¡Que tus Ángeles buenos la habiten, me custodien en la paz, junto con mis seres queridos! ¡Aletee siempre sobre nosotros tu santa bendición!”

Continuará...

MONS. FRANCISCO OLGATI – EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO – CAPITULO TRECE: LA VIDA CRISTIANA – I – EL CRISTIANO Y LA ORACIÓN CONTINUACIÓN... 3 – OBJECIONES Y ERRORES

Publicado el [Lunes 17 diciembre 2012](#) por [Fabian Vazquez](#)

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI

EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO

Libro de estudio y de meditación, no sólo para hombres pequeños, sino también para hombres grandes, no para ser leído en el tren o en medio del bullicio, sino en el silencio y el recogimiento, palabra por palabra, sin saltar de una página a otra, como lo haría el hermano Mosca del Convento de San Francisco.

Capítulo trece

LA VIDA CRISTIANA

I

EL CRISTIANO Y LA ORACIÓN

Continuación...

3

Objeciones y errores

Preveo algunas objeciones.

¡Poesías, exclamará alguien, dignas de la fe ingenua y del ensueño infinito de los místicos! Pero esto no es para nosotros. No somos ni trapenses, ni carmelitas. Somos gente de negocios, hombres de mundo, personas de su casa; somos carpinteros, banqueros, ingenieros, empleados, maestras, operarías. ¿Cómo podemos ser nosotros como ese telefonista?

Cuando escucho semejantes objeciones, sacudo la cabeza. ¿Acaso al invitaros a haceros telefonistas, os dije que debíais dejar vuestras familias, vuestras profesiones y vuestras industrias? ¡Por favor! Todo lo que se refiere al campo y a la materia de vuestra actividad exterior, puede continuar; solamente hay que evitar el mal; por ejemplo, el banquero debe dejar de robar, la empleada debe atender mejor su ocupación y así por lo demás. Nada de extraordinario, pues.

No se trata de encapucharse con el sayo de un fraile o de cubrirse con el velo monacal. De ninguna manera. Trátase de imprimir un sentido cristiano a vuestra vida. Pensar, de cuando en cuando, en Dios, con una jaculatoria; ofrecerle las acciones del día; orar en la iglesia de una manera digna de esta palabra ¿son acaso cosas imposibles para vosotros, que se han de dejar a las almas místicas, dedicadas a la contemplación? ¿No tenéis vosotros también un alma que salvar? ¿No vais a la iglesia algunas veces a implorar gracias? ¿No decís que creéis en Dios? Si creéis en Él, ¿cómo podéis negaros a dirigiros a Él y ser un buen telefonista?

Continúe la madre de familia cuidando su casa; prosiga sus construcciones el ingeniero; cumpla cada uno las obligaciones de su estado; pero todos, sin excepción, pueden y deben terminar con una vida cristiana sólo de nombre, repugnante a los ojos de Dios y a la mirada de nuestras mismas

conciencias.

Se dirá: —¡Pero yo no sé rezar! ¡Jamás he orado de veras en mi vida! He frecuentado las iglesias y los Sacramentos; pero no sé cómo he de hablar con Dios... Escúchame: —No me extraña. Acude al teléfono, y al momento sabrás cómo has de rezar. Me explicaré.

Para telefonar a Dios no se necesitan fórmulas especiales ni largas oraciones. Recordemos al buen anciano (¡pobre agricultor, flor de analfabeto!) al que se refiere un episodio encantador en la vida del Cura de Ars. El buen hombre permanecía largas horas en la iglesia, inmóvil delante del Tabernáculo y un día el Santo Cura le preguntó: “¿Qué hacéis durante todo este tiempo? ¿Qué oraciones recitáis? ¿Qué decís al Señor?” El viejecito, sorprendido, respondió: “Nada digo. Ninguna oración. Yo lo miro; Él me mira”.

¡Qué buen telefonista! ¡Ojalá lo imitáramos todos!... ¡Ojalá todas las almas buenas imitaran, de cuando en cuando, este ejemplo! ¡Yo lo miro; Él me mira! ¿Hay un método más fácil para telefonar?

En las páginas siguientes se dará una respuesta definitiva a los que rehúsan adherirse a la sección telefónica por el pretexto de sus quehaceres, de sus empresas y cosas por el estilo. Y se han de convencer.

Por ahora prefiero hablar acerca de las personas de fe, que hayan celebrado y aplaudido la idea del teléfono, pero que no quiero que caigan en algunos errores o prejuicios.

Ante todo, el buen telefonista detesta a los herederos del fariseísmo, que al orar, hacen remilgos para atraer las miradas y excitar la admiración y el aplauso, fruncen el ceño, bajan los ojos, colócanse la máscara de compunción, con una cara tal, que parecen querer ahuyentar todos los gatos del vecindario.

El que está unido a Dios, lleva en sí la fuente de la alegría y aun en el mismo dolor se resigna y comprende cómo San Pablo pudo decir: “Tengo sobreabundancia de goces en medio de todas las tribulaciones”. Si no estamos contentos los que llevamos a Dios en el corazón, ¿quién podrá estarlo en la tierra?

Nadie tiene por lo demás que enterarse de nuestro teléfono. ¿Estamos riendo, bromeando, charlando? También ésta es una circunstancia oportuna para hacer una telefonada rapidísima a Jesús. No es menester que se muevan los labios; basta que vibre el corazón. ¡Es esto lo que Él desea!

Y vosotras, almas buenas no tenéis por qué lamentaros, por no saber orar, o por estar pasando períodos de aridez. Los sufrió también, y terribles, Santa Teresita del Niño Jesús. Mas —a fuer de exquisita telefonista— comparaba su aridez de espíritu a la obscuridad de un túnel, bajo el cual quería Dios que pasara el tren de su vida. Pero, aun entre las espesas tinieblas enviaba un saludo al Sol, suspirando por contemplarlo.

Hay más. Nunca será suficientemente repetido: el que aprende a telefonar, aprende también a hacer bien todas sus prácticas religiosas. La Comunión de la mañana, por ejemplo, adquiere otro aspecto. Las telefoneadas del día precedente y de la misma mañana son la mejor preparación para la Comunión, y el trabajo ofrecido a Dios resulta un espléndido himno de acción de gracias. La Comunión es el momento en que, después de tantas llamadas telefónicas, Jesús viene al alma y se une íntima y sacramentalmente con ella; es el instante en que Jesús habla y bendice. En este caso, ya no existe una interrupción entre la Comunión y el resto de la jornada; todo está armónicamente unido, y es la causa que permite comulgar bien, con frecuencia y con fervor.

Dígase otro tanto de la Confesión, Si somos asiduos abonados al teléfono, el dolor de nuestros pecados no será ya una empresa ardua. Basta pensar en Jesús, en sus castigos, en su Corazón, en su Pasión, en su Cielo y en su Amor, y todo quedará hecho.

No existen dificultades excesivas para habituarse a telefonar. En poco tiempo se adquiere la facilidad. Superados los primeros obstáculos, los progresos son rapidísimos. Hablad a Dios, como hablaríais a un padre, a un amigo, a un bienhechor. No se requieren frases estudiadas, ni palabras rebuscadas. Hablad con toda la sencillez y la espontaneidad del amor filial.

Recuerdo que en un Colegio de Hermanas Marcelinas de Milán, prediqué los Ejercicios Espirituales a niñas que se estaban preparando para recibir el primer beso de Jesús Eucarístico. Aún veo delante de mí a aquellas pequeñuelas, pendientes de mis labios, que aguardaban con ansia el día de su primera Comunión.

Al principio de los Ejercicios les dije: “Hijitas, esta noche iréis a vuestras casas y llegará la hora del descanso. ¿Sois capaces de acordaros de una cosa? Mirad, haced un buen nudo en el pañuelito... De lo contrario, estoy seguro de que os vais a olvidar. Así, pues, cuando estéis en vuestra camita, después de haber recitado las oraciones de la noche, volved a vuestro Ángel que siempre está junto a vosotros, y decidle así: —Oye, querido Ángel, hazme un favor. Vuela un instante a la Capillita del Colegio, donde dentro de unos días haré la primera Comunión. Llega hasta allí. Acércate al Tabernáculo de mi Jesús. Llévale mi beso y mi saludo. —¿Os acordaréis, hijitas?”.

Todos los semblantes conmovidos me respondían que sí. A través de los ojos inocentes parecía que brillase un rayo de luz de su Ángel. Yo proseguí: “Pensad, hijitas, qué escena maravillosa se realizará esta noche en esta Capilla. Todo será silencio y tinieblas. Nadie estará aquí. Sólo estará presente Jesús, el cual pensará en vosotras, y mirará hacia vuestras casas y vuestros pequeños

corazones. Delante de Él, la lámpara... ¿Veis esa lámpara, con su trémula llamita que habla a Jesús, cuando nosotros callamos y estamos sumergidos en el sueño?... Y vendrán vuestros Ángeles... Entrarán uno a uno... Se acercarán al Tabernáculo. Traerán a Jesús vuestro beso, vuestro saludo, vuestro pensamiento... ¡Y Jesús estará muy contento!... ¿Os acordaréis, hijitas?”

“Sí, sí”, exclamaron con los ojos perlados de lágrimas, lágrimas dulces y puras, que el divino Amigo de la infancia habrá recogido, como las recogía un día bajo el cielo de su Palestina...

Mantuvieron la palabra. A cada plática, les recordaba la promesa. Y advertía, por la misma expresión de sus rostros y su mirada, que el llamado no había sido inútil.

Esas pequeñuelas, ¿no eran excelentes telefonistas?

4

Votos y esperanzas

Uno de los fines de esta obrita —como ya aparecerá claro a cuantos me han seguido hasta aquí— es el de hacer conocer y difundir cada vez más la unión con Dios, unión que nunca debería faltar a ninguna alma verdaderamente cristiana.

Desgraciadamente, son numerosos quienes, proclamándose cristianos, del Cristianismo no conocen ni los primeros principios; que conceptuándose creyentes, jamás encontraron, como dice Contardo Ferroni, “la sonrisa de Dios”, jamás han saboreado “la fiesta de los santos pensamientos”. “Arrojados a un mundo corrompido y enloquecedor, en medio del vértigo de la vida disipada que nos circunda por todas partes, entre el vicio supersticioso y las doctas blasfemias”, si no queremos perecer, tenemos que recurrir a las “comunicaciones íntimas”, a “los abrazos de Dios”. Será un recuerdo de los pensamientos de la mañana, que retorna entre las obras del día y nos consuela; será un volver la mirada a nuestro Padre, en medio de las preocupaciones diarias; será un acto de amor que sale casi de un modo inadvertido de nuestros labios, pero es recogido por los Ángeles y arrebatado al Corazón de Dios; será finalmente lo que San Pablo llama la *conversación en los cielos* y que él señala como un deber de los cristianos.

En las Homilias sobre el Evangelio de San Juan, el Crisóstomo compara el alma del Evangelista con una lira, que tañe el Espíritu Santo para arrancarle un canto suave y melodioso. No se debe pensar que sólo el alma del Discípulo predilecto de Jesús sea semejante a una lira; cada una de nuestras almas, si posee la gracia, se halla bajo el influjo del Espíritu Santo, que diviniza todas nuestras actividades y las transforma en música divina.

La música de las almas: ¡he ahí nuestro ideal! Hoy día, muchas almas no saben cantar, ni siquiera conocen el solfeo espiritual. Que este librito les enseñe, con brevedad y claridad, toda la belleza del canto íntimo religioso, comparado con el cual, nada significan las suaves armonías del canto gregoriano y de Palestrina.

Una cruzada de oraciones acompaña a estas pobres páginas: almas hermosas, conciencias virginales, espíritus generosos, que sufren por amor de Cristo, oran intensamente mientras vosotros leéis estos renglones. Quizás al leer, sintáis en vosotros mismos, un eco de ese coro, al que debéis unir vuestras voces. Con la publicación de esta obrita, se ha iniciado en Italia una nueva campaña para la cultura religiosa y para... la implantación del teléfono.

Si estos esfuerzos y trabajos son bendecidos por el Corazón de Cristo, nuestra patria contará pronto con millares y decenas de millares de telefonistas cristianos.

Mientras la pequeña labriega recoja la espiga de trigo de los campos de esta *alma parens frugum*, como la ha llamado Virgilio, cantará en su corazón: “Alabado sea en todo momento y lugar, el Santísimo y Divinísimo Sacramento”.

De toda oficina, de toda plaza, de toda escuela, de todo hospital —y no sólo del Seminario, del Convento o del Monasterio—, partirá un saludo a Cristo Jesús y una súplica que invoque su reinado social en el mundo. De las Catacumbas de Roma y de los sepulcros de los santos la voz de los mártires, de los grandes y de los padres, se ha de confundir en un solo coro con el himno de los hijos, conscientes de su grandeza y de sus gloriosas tradiciones. El himno está próximo a ser entonado.

Aguzad el oído y sentiréis que se anuncia a todos los vientos el amanecer esplendoroso de una nueva Italia, de una Italia cristiana que avanza hacia el porvenir, con la mirada fija en el Corazón omnipotente, que conoce las victorias del amor.

RECAPITULACIÓN

La gracia habitual nos diviniza y nos une a Dios; la oración debe hacer que todos nuestros actos libres sean vivificados por Dios y dirigidos a Él, como al centro de todas las cosas.

El método práctico para organizar en ese sentido la vida, consiste no sólo en conservar la gracia en el propio corazón, sino también en volar frecuentemente con el pensamiento y el corazón hacia el Tabernáculo.

Hay que dirigir un silencioso saludo a Jesús, especialmente:

- a) al despertar, para que Jesús reciba la primera palpitación de nuestro corazón;
- b) ofreciendo, por la mañana, todas las obras que realizaremos en el día, al Corazón de Jesús;
- c) antes de recitar nuestras oraciones;
- d) caminando por las calles y las plazas;
- e) al penetrar a la iglesia, mientras nos santiguamos con el agua bendita y hacemos la genuflexión;
- f) durante el trabajo;
- g) cuando se oye una blasfemia, o una mala conversación nos hiere los oídos;
- h) al sentarnos a la mesa, o cuando nos divertimos;
- i) por la noche, antes de dormir, de modo que Dios reciba el primero y el último beso de la jornada.

El que vive así, el que santifica sus obras y su trabajo, practicando esta unión con Dios, puede repetir las palabras del autor de la *Imitación de Cristo*: “Estar con Jesús es un dulce paraíso”.

Continuará...

MONS. FRANCISCO OLGATI – EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO – CAPITULO TRECE – LA VIDA CRISTIANA CONTINUACIÓN... II – EL CRISTIANO Y LA NATURALEZA

Publicado el [Lunes 24 diciembre 2012](#) por [Fabian Vazquez](#)

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI

EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO

Libro de estudio y de meditación, no sólo para hombres pequeños, sino también para hombres grandes, no para ser leído en el tren o en medio del bullicio, sino en el silencio y el recogimiento, palabra por palabra, sin saltar de una página a otra, como lo haría el hermano Mosca del

Convento de San Francisco.

Capítulo trece

LA VIDA CRISTIANA

Continuación...

II

EL CRISTIANO Y LA NATURALEZA

Jamás olvidaré una hora de mi vida, en que por vez primera comprendí el verdadero significado, el alma —si me es lícito expresarme de esta manera— de todo el pensamiento de San Agustín. Este genio, que es uno de los más grandes pensadores de la humanidad, con sus especulaciones hirióme en una noche de estudio con algo tan poderoso, con un rayo de luz tan viva, que aun cuando sobreviviese mil años, siempre me acordaré de la impresión recibida.

He de tener ocasión, en otra parte, de hablar acerca de esto. Aquí diré solamente que frente al universo, frente a la naturaleza con todas sus bellezas, frente a las cosas grandes o pequeñas, yo era un verdadero analfabeto. Y San Agustín me enseñó a leer, mejor dicho, a silabear.

Dad un libro a un analfabeto. Sus ojos reciben la misma sensación que los vuestros. Ve algo negro sobre lo blanco, algún signo y nada más. El sentido de las palabras escapa a su alcance. Esas páginas son mudas para él.

Dad el mismo volumen al que sabe leer. Su mirada se aviva. Es que ha percibido una idea, quizás una melodía de amor y de belleza. Esos signos le resultan semejantes a las cuerdas vibrantes de un arpa.

Y bien: la naturaleza es un libro. Nosotros, con demasiada frecuencia, somos analfabetos. No sabemos entender esas páginas maravillosas, escritas por nuestro Padre, para nosotros sus hijos.

San Agustín, en cambio, leía, comprendía, se llenaba de entusiasmo y cantaba. Donde nuestros ojos ven solamente un objeto, una piedra, un insecto, una planta o una montaña, él, compenetrándose del sentido de esa letra o sílaba material, descubría un rayo: el rayo iluminador del pensamiento divino, de la divina Verdad, del Verbo.

Dios es un sol, así exponía él el dogma cristiano de la creación; si este sol no existiese, no tendríamos ni luz, ni ser, ni cosa alguna. La creación, que importa el paso de un ser de la nada a la existencia, es obra de Dios. Todo lo que existe, es también conservado por Dios. Porque ¿se puede imaginar un rayo que brilla, separado del sol? Por consiguiente, cada cosa existente, es un resplandor de Dios.

¡Pobre analfabeto, no te quedes en la superficie, en el símbolo, en el signo exterior; aprende a leer el gran libro de la naturaleza! ¡Tú, hijo de Dios, saludarás a tu Padre en ella!

1

Los métodos en el estudio de la naturaleza

El hombre, en general, es un analfabeto ante la naturaleza; esto lo admite toda persona medianamente culta. No se necesita una inteligencia aguda para reconocer la ignorancia y la ligereza humana, fría e impasible ante las maravillas que encierra un solo grano de trigo. Pero entre los alfabetos, esto es, los que estudian la naturaleza hay divergencias, divergencias que proceden de la diversidad de métodos de leerla y de interpretarla.

1. Existe uno, que se llama MÉTODO CIENTÍFICO.

El sabio observa, escruta y reflexiona. Los fenómenos que caen bajo los sentidos, son estudiados por él, en sí mismos y en su condición; de esta manera llega a utilizar y a dominar la naturaleza. ¿Y quién no admira los progresos de la ciencia moderna?

2. Hay otro, que podría definirse el MÉTODO ESTÉTICO. El artista examina la naturaleza, no bajo el aspecto de su utilidad, sino de su belleza. El mar, por ejemplo, ofrece un espectáculo muy diverso al químico que analiza el agua y al poeta inglés Swinburne, el cual en un trozo de *Tristram of Lyonesse*, susurra al oído (de la traducción italiana de Federico Olivero):

“El rápido mar brillaba

y temblaba como alas desplegadas de ángeles

empujados por el soplo del sol;

y una lenta y dulce brisa deshojaba las néveas y frágiles corolas de espuma

como en una lluvia de rosas marinas,

esparcidas, pétalo a pétalo sobre la verde era

que las tempestades y los vientos del Océano revuelven y surcan;

pues las crestas y el plumaje de las olas revueltas,

revoloteaban rosados y abrasados en torno a la proa que avanzaba,

y se abrían como flores arrojadas por Dios

para marchitarse sobre las ardientes olas”.

¡Qué diferencia entre estos sentimientos de la naturaleza y la fría severidad de un científico!

3. Finalmente, existe otro método, el MÉTODO CRISTIANO, que, como siempre, no niega los otros dos (lo sobrenatural nunca destruye lo natural), sino los une, los eleva, los supera.

El cristiano, si reflexiona sobre lo que significa “creación”, reconoce que todo ser es la huella o imagen de Dios, o sea, la presencia efficacísima, la obra inteligente y la infinita bondad de Dios. Y cuando considera su elevación al orden sobrenatural, saluda en la naturaleza la casa que el Padre ha creado para sus hijos.

Todas las cosas son como alas que Dios nos ofrece para volar a su Corazón paternal, en un arrebatado de amor. *Nihil sine voce*, no hay nada mudo y sin expresión, en gráfica expresión de San Pablo.

Todo canta la bondad de Dios, decía el poeta inspirado de los Salmos:

“Los cielos narran la gloria de Dios; el firmamento pone de manifiesto las obras de sus manos.

El día nos habla de la gloria del Creador; la noche descubre sus maravillas... Dios ha hecho de los cielos una tienda para el sol, y el sol sale como un esposo de su tálamo nupcial y se alegra como el atleta que va a correr por el camino...”

“Dios mío, Dios mío, ¡cuán admirable es tu nombre sobre la tierra!... Cuando contemplo el cielo, que es obra de tus manos, la luna y las estrellas que Tú aparejaste, no puedo menos que exclamar: ¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?”.

El Padre proveyó para sus hijos. Con la naturaleza ha provisto el pan material y el alimento cotidiano. Todos los frutos de la tierra, todos los manjares, nos hablan de Dios.

Dios toma de la naturaleza el agua y el aceite, el pan y el vino, como materia de los Sacramentos, como para recordarnos que el orden natural debe ser elevado a un orden más alto y divino.

La misma enfermedad y la muerte son, es cierto, para el alma cristiana un corte doloroso que nos separa del mundo, pero no nos hacen maldecir la naturaleza; nos dejan en libertad para volar hacia el Padre que nos espera.

Éste ha sido siempre el comportamiento de los verdaderos creyentes.

“Existe un hecho en la literatura antigua —observa Contardo Ferrini— en el que no creo se haya puesto la atención que merece. ¿Cuál es el pueblo antiguo que tuvo más arraigado el sentimiento de la naturaleza y lo expresó más en su literatura? ¿Acaso Grecia?... De ningún modo, pues incluso las églogas de Teócrito recurren a brillantes artificios para dar relieve a la naturaleza... En cambio, el sentimiento de la naturaleza se presenta de un modo evidentísimo en la Biblia...”

Los cantos de David son una prueba irrefutable:

“El mismo Cristo ha usado el gran libro de la naturaleza exterior... He aquí los lirios del campo que ni siegan ni tejen...; no obstante, ¡ni Salomón con toda su gloria se vistió como ellos! He aquí el sol que asciende solemne y majestuoso por el horizonte de Palestina... Es el Padre común que lo hace surgir para los buenos y los malos, como emblema de la misericordia de Dios, que a la vez nos pregona la caridad universal. ¡Ojalá nos fuera dado este espíritu interior que de cualquier cosa toma alas para elevarse a Dios, pensando unas veces en su ternura, otras en su sabiduría, y otras en su belleza; imaginando cuán hermoso ha de ser el reino de los elegidos, cuando en la tierra campea tanta sonrisa de cielo!”

Este tercer método —método cristiano— no suprime, sino sobrenaturaliza los otros dos.

Si el Padre ha creado el universo y conserva todo cuanto encierra, es evidente que en la naturaleza tiene que haber un orden, y que el sabio debe buscarlo en sus pacientes investigaciones. Se puede ser ferviente cristiano, como Alejandro Volta, que acompañaba las procesiones eucarísticas con una vela encendida y explicaba el catecismo a los niños, y al mismo tiempo se puede ser el

inventor de la pila; la luz eléctrica no apaga, sino presupone la luz de Dios. Se puede ser ilustre en el campo científico, como Ampère, y, al mismo tiempo, recitar el Rosario, o tomar entre las manos la cabeza del joven Ozanam, exclamando: “¡Ozanam, Ozanam, qué grande es Dios!” Antonio Stoppani sentía la voz de Dios en las exploraciones geológicas; Schiaparelli, en la contemplación de los astros; Enrique Fabre, en el estudio de los insectos, y mil y mil otros, en las variadas ramas de las ciencias.

Así también, el sentido cristiano de la naturaleza no destruye, ni se opone, sino eleva la emoción estética a divinas vibraciones. La naturaleza saboreada en su inmanente poesía de belleza, es un pálido reflejo de la esplendorosa divinidad. “Si al deleitarse con tanta belleza —observa el libro de la Sabiduría— los hombres hicieron un numen de las creaturas, sépase que es mucho más hermoso el Señor de todas estas cosas, su Creador, el padre de la belleza”

En pocas palabras, la visión cristiana no importa una disminución, sino un acrecentamiento de toda visión humana. El cristiano no es algo menos que el hombre, antes por el contrario, es un hombre divinizado.

La naturaleza, tal como la contemplamos los cristianos, implica la ciencia, la belleza y la fe. Y si en la Acrópolis de Atenas se podía celebrar la gloria de la bella Grecia entre la magnificencia de sus propileos, el esplendor de sus templos y la sonrisa de su arte; con mucha mayor razón, en medio del verdor de las llanuras, frente a la inmensidad del mar o sobre las blancas cumbres de los montes que se visten del sol naciente, podemos cantar la gloria de Dios, que todo lo ha creado mediante su Hijo, como está escrito: “Todo fue hecho por su intermedio; y sin Él nada se hizo”

Continuará...

MONS. FRANCISCO OLGATI – EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO – CAPITULO TRECE – LA VIDA CRISTIANA – II – EL CRISTIANO Y LA NATURALEZA CONTINUACIÓN... 2 – CONSEJOS PRÁCTICOS

Publicado el [Lunes 31 diciembre 2012](#) por [Fabian Vazquez](#)

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI

EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO

Libro de estudio y de meditación, no sólo para hombres pequeños, sino también para hombres grandes, no para ser leído en el tren o en medio del bullicio, sino en el silencio y el recogimiento, palabra por palabra, sin saltar de una página a otra, como lo haría el hermano Mosca del Convento de San Francisco.

Capitulo trece

LA VIDA CRISTIANA

II

EL CRISTIANO Y LA NATURALEZA

Continuación...

2

CONSEJOS PRÁCTICOS

Ruego al lector se detenga un instante, ponga su mano en su conciencia, y se pregunte: “¿Es éste el modo con que yo, cristiano, contemplo la naturaleza?”

Probablemente la respuesta sea desoladora. Pero la culpa no es toda nuestra. Corresponde, en parte, a la equivocada educación que se proporciona a la juventud actual, a la que se le enseñan con todo cuidado los primeros principios de las matemáticas, de la literatura, de la ciencia, de las lenguas, sin tener para nada en cuenta los primeros principios del Cristianismo. ¿Qué culpa tienen tantas almas juveniles, que en el fondo son generosas, delicadas y nobles, si nadie las ha ayudado nunca a descifrar el pensamiento de Dios escrito en la naturaleza? Como los jeroglíficos egipcios permanecieron mudos hasta que los estudiosos del siglo pasado los interpretaron y nos enseñaron a comprenderlos, así la naturaleza será un jeroglífico inútil para las conciencias no educadas cristianamente.

“El sentimiento de la naturaleza —permítaseme otra cita de Contardo Ferrini—, preciosa dote de las almas privilegiadas, debería tener una parte principalísima en nuestra educación. ¡Pobre juventud que crece raquítica, mísera de cuerpo y de espíritu, sin ideas y sin valor, que no conoce más paseos que las avenidas, más horizontes que los del balcón, más espectáculos de la naturaleza que los leídos en los libros! ¡Pobre juventud, sin conciencia y sin dignidad, que no piensa más que en modas, en novelas, en teatros y en lujo, sin aventurarse jamás sobre el borde de un abismo, ni alcanzar la cima nevada de un monte!... ¡Aprenda a gozar del sol naciente, contemplado desde el picacho de un monte, del sol que muere en el ocaso e incendia los vastos neveros, del claror de luna que juguetea en los valles desiertos; recoja las flores que crecen junto a las nieves perpetuas y exulte con risas de cielo entre la horrosa magnificencia de las montañas!”.

Especialmente nuestros Alpes —parece que exclamara desde el Vaticano el Sumo Pontífice PÍO XI con Ferrini— nos hacen sentir la proximidad de Dios y sus maravillas:

“Dios habla desde la cima nebulosa del monte, desde el fragor del torrente montañoso, desde el horror de la roca enriscada, desde el candor de las nieves perpetuas, desde el sol que empurpura el occidente y desde el viento que despeina la cabellera de los abetos vetustos: la naturaleza vive animada con el soplo omnipotente de Dios, sonríe con su sonrisa, se oscurece con su ira, en medio de las mil vicisitudes jóvenes todavía, como es perennemente joven la sonrisa de Dios”.

Es necesario habituarse —lentamente, pero con tenaz constancia y con inmovible voluntad— a leer cristianamente la naturaleza. Todos los días hagamos algún ejercicio de lectura. Nunca nos acostemos por la noche, sin contemplar las estrellas.   Pobres almas disipadas y superficiales, a menudo os lament is porque aún no habéis encontrado un libro de oraciones que os ayude a orar con fervor!   Contemplad los cielos estrellados! He ahí un libro de oraciones escrito por Dios. Leedlo, y las estrellas os invitarán a amar a Dios con las palabras con que un día invitaron a San Agustín: *“Señor, todo me dice que te ame”*.

Aprender is de este modo a hacer uso de este hilo telefónico, la naturaleza, y penetrar is de una vez en el alma del verdadero San Francisco, que no es el San Francisco del racionalismo, del pante simo, ni, mucho menos, el San Francisco de cierta enfermiza literatura franciscana de nuestros días, sino el San Francisco cristiano, el San Francisco de los estigmas, que amaba a Dios y a cada paso lo veía en su verde Umbría, en el hermano lobo y en la migratoria alondra:

Laudato si, mi Signore, cum tucte le tue creature

spetialmente messer lo frate sole,

lo quale jorna, et illumini per lui.

Et ellu   bellu e radiante cum grande splendore:

da te, altissimo, porta significatione.

Laudato si, mi Signore, per sora luna e le stelle,

in celu l’ i f rmate clarite et pretiose et belle.

Laudato si, mi Signore, per frate vento

et per aere et nubilo et sereno et onne tempo,

per lo quale a le tue creature dai sustentamento.

Laudato si, mi Signore, per sora acqua,

la quale é multo utile ed humile et pretiosa et casta.

Laudate si, mi Signore, per frate focu,

per lo quale ennallumini la nocte,

ed è bello et jocundo et robustoso et forte.

Laudate si, mi Signore, per sora nostra madre terra

la quale ne sustenta et governa

et produce diversi fructi con coloriti fiori ed herba.

Laudato si, mi Signore, per sora nostra morte corporale,

de la quale nullo homo vivente puo scampare.

Laudate et benedicete mi Signore et rengratiate

et servitelo cum grande humilitate.

Loado seas, mi Señor, con todas tus criaturas,

especialmente el hermano Sol,

el cual hace el día e ilumina por él,

Y es bello y radiante con grande esplendor,

de tí, Altísimo, porta significación.

Lado seas, mi Señor, por sor Luna y las estrellas,

en el cielo las has formado claras y preciosas y bellas.

Lado seas, mi Señor, por el hermano Viento,

y por el Aire y Nublado y Sereno y todo Tiempo

por el cual a tus criaturas das sustentamiento.

Lado seas, mi Señor, por la hermana Agua,

la cual es muy útil y humilde y preciosa y casta.

Lado seas, mi Señor, por el hermano Fuego,

con el cual alumbras la noche,

y es bello y jocundo y robusto y fuerte.

Lado seas, mi Señor, por nuestra hermana madre Tierra,

la cual nos sustenta y gobierna,

y produce diversos frutos, con coloridas flores y hierba.

Alado seas, mi Señor, por nuestra hermana la muerte corporal,

de la cual ningún hombre viviente puede escapar

Alad y bendecid a mi Señor y gracias le dad

y servídele con grande humildad.

(Traducción del Padre Luis de Sarasola, O.M.)

RECAPITULACIÓN

1. La naturaleza es un libro escrito y compuesto por el Padre celestial, para nosotros, sus hijos.

2. Tratan de interpretarlo:

– el SABIO, el cual, en el estudio de los fenómenos aspira a llegar a la gramática de la naturaleza y a sus reglas o leyes;

– el ARTISTA que admira la belleza de la naturaleza;

– el CRISTIANO, el cual en el orden de los fenómenos y en el esplendor del universo, siente la voz de la misma Sabiduría increada y ve un rayo de la Belleza divina.

3. Nosotros, con ejercicios graduales, debemos aprender a leer el libro de la naturaleza con el método cristiano, acordándonos, en todas partes, de la presencia de Dios, creador y conservador de todas las cosas, y Padre nuestro amantísimo.

Continuará...

MONS. FRANCISCO OLGATI: EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO: CAPITULO TRECE – LA VIDA CRISTIANA CONTINUACIÓN... III – EL CRISTIANO Y LA VIDA

Publicado el [Lunes 7 enero 2013](#) por [Fabian Vazquez](#)

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI

EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO

Libro de estudio y de meditación, no sólo para hombres pequeños, sino también para hombres grandes, no para ser leído en el tren o en medio del bullicio, sino en el silencio y el recogimiento, palabra por palabra, sin saltar de una página a otra, como lo haría el hermano Mosca del Convento de San Francisco.

Capítulo trece

LA VIDA CRISTIANA

Continuación...

III

EL CRISTIANO Y LA VIDA

Un buen padre capuchino hablaba una vez acerca de un hermano suyo, el cual, habiendo sido nombrado Obispo de una diócesis de Italia, obraba prodigios de apostolado y de bien.

Para expresar en una palabra toda su admiración, prorrumpió en esta frase: *“¿Queréis que os lo diga? Ese hermano mío, obispo, cree en Dios”*.

Recibióse con una sonrisa esa espontánea y sentida exclamación, ya que al parecer no es una cosa del otro mundo que un obispo crea en Dios. ¡Válgame Dios! ¡No faltaría más que ni siquiera los obispos creyeran en Dios!... Sin embargo; la expresión del buen capuchino es profunda. Se puede creer en Dios sólo con los labios y se puede creer en Él también con la vida.

La vida del verdadero cristiano no debe ser otra cosa que un acto de fe, pronunciado con acciones, no con palabras. El hombre justo, dice la Escritura, vive de la fe. Es igual que decir: “el hijo de Dios, justificado y divinizado por la gracia”, no ve más que a Dios en todas las cosas, y todas las cosas las ve en Dios, como se expresa San Francisco de Sales; y por consiguiente, a sus ojos todo brilla con resplandor de paraíso y su actividad está cristianamente inspirada.

Él —añade el P. Mateo Crawley— quiere vivir divinamente, no con la simple vida del hombre, sino con la vida de Dios.

Muchas personas, cuando oyen o leen semejantes ideas, no saben que se trata de principios elementales del cristianismo y afirman que ésas son normas buenas para los santos, para las monjas de clausura, para los ermitaños del desierto.

Por lo tanto, vamos a detenernos a explicar el sentido de este programa, que debe ser un programa común al poeta, al carpintero, al rey, al sano, al enfermo, al diputado, al estudiante, a la madre de familia, al policía, al artista y al carnicero.

—¿Cómo? —se objetará. —¿También el carnicero debe vivir divinamente? ¿También el diputado?...

No temo responder que la objeción demuestra una sola cosa: la supina ignorancia religiosa de nuestros días. Un cristiano que no vive divinamente, es una máscara de cristiano, o sea un traidor a Cristo.

1. Ante todo, es conveniente recordar una vez más, que para vivir divinamente es necesario tener la gracia en el corazón. El que posee la gracia, sea un príncipe o un barrendero, es hijo de Dios, tiene a Dios en sí, sus buenas acciones ya no son puramente humanas, sino divinizadas. Y adviértase —como lo hace Marmion acertadamente— que *no solamente las acciones, que, por su propia naturaleza se refieren directamente a Dios —tales como los ejercicios de piedad, la asistencia a la santa Misa, la Comunión y los otros Sacramentos, las obras de caridad espirituales y corporales—, sino también las acciones más ordinarias y triviales, los incidentes más vulgares de nuestra existencia cotidiana —tales como comer, atender las propias obligaciones, trabajos y negocios, llenar en la sociedad las diversas obligaciones de hombre y de ciudadano, abandonarse al descanso—; todas estas acciones que se repiten todos los días y van tejiendo literalmente, en su monótona y habitual sucesión, la trama de nuestra vida entera, pueden ser transformadas por medio de la gracia y del amor en actos muy agradables a Dios y riquísimos en méritos. También el grano de incienso es un poco de polvo sin consistencia, pero al ser echado al fuego se vuelve un perfume agradable. Cuando la gracia y el amor se apoderan de toda nuestra vida, entonces toda nuestra existencia resulta un himno perpetuo a la gloria del Padre celestial; nuestra vida es para Dios, por medio de nuestra unión con Cristo, como un incensario, del que se eleva una fragancia que le es grata.*

No hay, pues, que juzgar la actividad y la vida humanas por la materialidad exterior de las acciones, sino por el principio interno vivificador. Si este principio es la gracia y la fe que obra por la caridad, nuestra actividad es inmensamente preciosa, es divina, y nosotros vivimos divinamente.

Solamente el pecado, esto es, la rebelión contra Dios, no puede ser santificado, *por la contradicción que no lo consiente*, pero todos los demás actos libres —desde la humilde labor del que limpia un mueble con un estropajo hasta la del que dirige un Estado— pueden ser la actuación de ese programa, que enunciamos ya y que todos los cristianos —no sólo las monjas y los cenobitas— tienen la obligación de cumplir.

En virtud de la vida vivida en gracia y de las acciones sobrenaturalmente meritorias por el influjo actual o virtual de la caridad, la misma gracia santificante aumenta en nosotros. Como existe desarrollo en el organismo físico, así también hay desenvolvimiento y progreso en la vida espiritual, aunque es muy cierto que también en la vida espiritual puede haber retraso, debilidad, anemia, cansancio, frialdad (pecados veniales) y también la muerte (culpas graves).

Crezcamos por medio de todas las cosas, nos recomienda San Pablo; todo acto divinizado por la gracia e informado por la caridad, prepara y obra en nosotros un crecimiento divino, el perfeccionamiento del hijo de Dios, que se diviniza cada vez, haciéndose cada vez más semejante al Padre.

2. Para vivir dignamente no basta adquirir la gracia, sino que es necesario hacer la voluntad de Dios. He aquí el segundo punto, que por lo demás, forma un solo precepto con el primero, porque no se hace la voluntad de Dios al no estar en gracia, y no se puede perseverar en la gracia, sino siguiendo la voluntad del Padre.

El significado de esta segunda idea es claro.

Somos hombres y si hiciésemos nuestra voluntad viviríamos humanamente, con las concomitancias de la existencia, limitada a la visión de las cosas y a las fuerzas propias.

En cambio, si vivimos conforme a la voluntad de Dios, nuestra vida se desenvuelve divinamente.

Viven, pues, divinamente, el matarife cuando trabaja, el estudiante cuando estudia, el diputado cuando asiste a una sesión parlamentaria, y así sucesivamente, si en esos momentos hacen lo que Dios quiere de ellos.

Por lo mismo, es evidente que no viviría divinamente un maestro, que en lugar de permanecer en la escuela a atender a sus alumnos los dejase abandonados a sí mismos, o al poco seguro cuidado de otros, refugiándose horas y horas en la iglesia postrado ante el Santísimo Sacramento, mientras la voluntad de Dios le exige una cosa muy distinta.

Los santos no son santos por los prodigios o las cosas maravillosas que han realizado, sino sólo porque han hecho la voluntad de Dios. He aquí por qué es santo un Vicente de Paul o un Cottolengo y es santa Sor Teresa del Niño Jesús; los dos primeros en sus inmortales obras de caridad para con el prójimo hacían lo que Dios quería de ellos; la última, era, en el silencio del monasterio carmelitano, *“una pelota en las manos de Jesús”* y no tenía otra preocupación que la de poner su voluntad al servicio de la voluntad de Dios.

Por lo tanto, no sólo el obrero, el comerciante, la empleada, la costurera y el poeta, pueden vivir divinamente; sino que, si Dios los quiere en el puesto en que están, y ellos desearan hacer la propia voluntad aspirando a cosas de suyo grandes y mejores, a las que sin embargo Dios no los llama, no habiéndoles otorgado dotes y virtudes convenientes, se equivocarían.

Si, contra la voluntad de Dios, el comerciante quisiera trocarse en gran poeta; o un empleado, atado por los vínculos de familia en la que debe pensar, quisiera tomar los hábitos de monje, estaríamos frente a un desastre. ¿No sucede siempre así, en todas las actividades, cuando en vez de conformarnos con la santa voluntad de Dios, hacemos nuestra poca santa voluntad?

Es la gran lección que San Buenaventura dio a un hermanito de su convento. El pobre lego miraba con admiración a su Padre Buenaventura, a quien sabía muy docto. Un buen día no pudo contenerse y le dijo: *¡Dichoso vos, Padre Buenaventura, que sois maestro de teología y conocéis tantas cosas que yo ni siquiera entiendo!... ¡Dichoso vos!* El Santo sonrió y repuso: *Mira, querido. Si una viejecita ignorante ama a Dios más que yo y hace su voluntad con mayor amor que el mío, créeme que es más dichosa que yo con toda mi ciencia.* Entonces el frailecito, en su sublime simplicidad se puso a gritar: *¡Viejecita, viejecita, ama a tu Dios, porque si lo amas más que mi Padre Buenaventura, eres más grande que él!*

Nuestra vida está organizada cristianamente, cuando amamos y cantamos el himno del amor divino en el cumplimiento, aunque modestísimo, de nuestro deber cotidiano.

El amor divino, que es la caridad, la tercera y la mayor de las virtudes teologales, ordena entonces los actos de las demás virtudes al último fin, y les da forma y mérito, como fundamento y raíz que los sustenta y los nutre. Cuanto más amamos a Dios, cuanto más uniformamos nuestra voluntad con la suya, cuanto más recitamos, no con los labios, sino con los hechos, el “*fiat voluntas tua*” del Padre Nuestro, tanto más cristianos somos, esto es, santos. *Los santos* —dice el P. Mateo Crawley— *son cálices de amor.*

De este modo se resuelve el problema de la vida.

Cada uno debe averiguar cuál es la voluntad de Dios, con respecto a sí mismo; y pensando que Dios es nuestro Padre y nosotros sus hijos, debe arrojarle en sus brazos con devoto afecto, teniendo fe en Él y siguiendo el camino que le traza. El verdadero acto de caridad no consiste en la fórmula que constantemente se recita, ni mucho menos en los suspiros y en los gemidos de una perezosa y caprichosa sensibilidad; sino en realizar la voluntad de Dios, manifestada en la condición, en el estado, en las vicisitudes de la vida y en las circunstancias en que nos ha colocado, o ha permitido que fuéramos puestos.

He aquí —concluiremos con San Agustín— *el breve precepto para gobernar tu corazón:* Haz lo que Dios quiere y no quieras que Dios haga lo que tú quieres. *La súplica del Padre Nuestro:* Hágase tu voluntad, *no debe ir seguida del apéndice:* con tal que sea como la mía.

Si penetraras al taller de un herrero —prosigue el pensador de Hipona— *no te atreverías a criticar los fuelles, los yunques y los martillos. Haz, en cambio, que penetre un ignorante que no sabe el porqué de las cosas, y todo lo critica. Pero el que, sin poseer la pericia del herrero, tiene al menos el*

sentido común ¿qué se dice? Los fuelles no están aquí sin motivo; si yo lo ignoro, el herrero sabrá por qué. Ahora bien, si el sentido común te impide criticar las herramientas del herrero, ¿osarías censurar a Dios en este mundo?

A semejanza del Hijo de Dios, que pudo afirmar con verdad: *“No busco mi voluntad, sino la voluntad de Aquél que me ha enviado”*, también nosotros, hijos del Padre, debemos vivir conformando nuestro corazón a la voluntad de Dios.

Por lo tanto, la vida está cristianamente organizada, cuando así en la alegría como en el dolor, en las horas de descanso o en las jornadas fatigosas, entre el perfume de las flores o entre las prolongadas borrascas, nos ilumina el sol divino. En esto consiste la resignación, que no es fatalismo, antes bien, lucha y ascensión, teniendo siempre presente a Dios, su voluntad y su amor.

El que vive de esta manera, recibe en lo más íntimo de su alma el beso de la paz y la felicidad celestial.

La vida cristiana debe ser un paraíso —entre dolores y penas en este mundo— y sin lágrimas en el otro. ¿Y qué otra cosa es el paraíso sino la visión de Dios? Acá debemos ver a Dios con la fe activa, allá con la contemplación, cara a cara.

Pero tanto la vida terrenal como la celestial no pueden estar organizadas sino tomando como centro, a Dios, autor del orden sobrenatural.

RECAPITULACIÓN

1. El cristiano es un hombre divinizado; por lo tanto, debe VIVIR DIGNAMENTE. Cada uno, en cualquier momento de su existencia, y en cualquier condición social, puede y debe cumplir semejante programa.

2. Para vivir divinamente, es necesario:

a) tener y conservar la gracia en el alma;

b) hacer la voluntad de Dios.

Continuará...

MONS. FRANCISCO OLGATI: EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO – CAPITULO TRECE: LA VIDA CRISTIANA – CONTINUACIÓN... IV – EL CRISTIANO Y EL DOLOR

Publicado el [Lunes 14 enero 2013](#) por [Fabian Vazquez](#)

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI

EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO

Libro de estudio y de meditación, no sólo para hombres pequeños, sino también para hombres grandes, no para ser leído en el tren o en medio del bullicio, sino en el silencio y el recogimiento, palabra por palabra, sin saltar de una página a otra, como lo haría el hermano Mosca del Convento de San Francisco.

Capitulo trece

LA VIDA CRISTIANA

Continuación...

IV

EL CRISTIANO Y EL DOLOR

La vida organizada cristianamente es vida de alegría.

Esta conclusión que fluye espontáneamente de cuanto hemos expuesto, causará sorpresa y estupefacción a no pocos, ¿Cómo? se preguntarán. ¿Puede uno ser feliz acá en la tierra, entre tantas espinas, amarguras, desilusiones, deseos no saciados, enfermedades, separaciones, traiciones y dolores?

El cristiano no lo puede poner en duda. El cristiano no es un fatuo optimista, no niega las lágrimas y el mal, pero exclama con San Pablo:

“¡Regocijaos en el Señor! Lo repito: ¡Regocijaos! ¡Que todos los hombres conozcan vuestra modestia! (...) Y que la paz de Dios, que sobrepasa toda inteligencia, custodie vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús”.

La fe nos muestra en todo, y por tanto también en el dolor, la voluntad de Dios; la esperanza nos indica el valor precioso de los sacrificios en relación a la eterna recompensa; y el amor transforma en alegría aun el sufrimiento. Si se aprende a sufrir cristianamente, hállese la verdadera y

completa solución del problema del dolor, problema importantísimo, que hay que estudiar *a la luz de lo sobrenatural*.

1

De qué manera se puede sufrir

Todos sufren. No hay excepción a la regla. Aun el que se corona de rosas, siento el punzar de las espinas.

Pero hay varias maneras de sufrir; puesto que se puede sufrir como un bruto, como un filósofo o como un cristiano.

1. —COMO UN BRUTO, ante todo. Es el método más en boga, hasta entre los que se dicen creyentes. ¿Qué diferencia descubris entre un perro enfurecido o un león herido y la mayor parte de los bautizados, cuando son presas del dolor? Ninguna. Por una y otra parte desesperación, esfuerzos instintivos para librarse del dolor; ayes, lamentos y rugidos lastimosos; son pobres vencidos y envilecidos, que sufren *por fuerza*.

Mientras tanto, el mundo sigue su curso; las estrellas parecen sonreír a nuestro llanto, y los hombres, hasta los más allegados a nosotros, repiten la escena acaecida en el castillo de Chantilly.

Vatel, el cocinero del príncipe de Condé, hallábase muy atareado porque el mismo rey con su séquito había llegado al castillo. Mas ¡ay! aquella noche faltó el asado en la vigesimaquinta mesa. El pobre Vatel estaba inconsolable. Fueron necesarios toda la elocuencia y los elogios de su amo para infundirle un poco de ánimo y de consuelo, A la mañana siguiente, después de una noche de insomnios, volvió a sus tareas. Lo esperaba una mala sorpresa. Los proveedores de pescado sólo trajeron una pequeña cantidad. ¡Qué desastre! Vatel no pudo resistir tanta desventura. Tomó la espada y se suicidó. Poco después llegaron los proveedores con el pescado necesario; el rey, su séquito y el príncipe de Condé se compadecieron sobremedida del pobre Vatel; pero a mediodía todos estaban alegres y a la noche ya nadie se acordaba de él. Y mientras el cuerpo del suicida no estaba todavía del todo frío, en el castillo de Chantilly reinaba loca alegría.

Ésta es la historia de todas las épocas y de todos los días. Millones y millones de Vatel se mortifican, sufren tormentos, no encuentran paz ni alivio y se desesperan. Y después de una existencia sin sol, rica solamente de tempestades y de borrasca, mueren, desaparecen. Un ramo de flores, un funeral y a veces un discurso... Después, nada más. ¿Hay, acaso, entre mis lectores

alguno que se aflija por los sufrimientos de los que vivieron hace doscientos, cien, o cincuenta años?

2. — Puesto que este método es desastroso en sí y en sus consecuencias, algunos sabios de todos los tiempos han querido afrontar y resolver, COMO HOMBRES, COMO FILÓSOFOS, el problema angustioso del dolor.

Mas ¡en vano! sus resultados no son concordantes. Todo lo contrario. La religión de Buda que para arrancar de raíz la triste planta del dolor, niega y suprime la vida y nos quiere engolfar en el Nirvana de la inacción y de una aquiescencia insípida e inconsciente; la filosofía de Arturo Schopenhauer que proclama la irracionalidad del universo y la caprichosa e inevitable evolución creadora de la Voluntad ciega; el sueño de Eduardo Vonhartmann de inducir a todos los hombres a un suicidio universal, que exterminaría para siempre a la humanidad; las teorías que se hallan en *Jacobo Ortis* de Fóscolo, en *Die Leiden des Jungen Werthers* de Goethe, en los cantos de Leopardi o en la musa de Byron, no son por cierto, parangonables con el sistema de Leibniz, para quien el mundo actual es el mejor de los mundos posibles. Los estoicos predicaban la austeridad en el dolor; el hombre, en nombre de sus fuerzas y de la afirmación de su dignidad, debe sobrellevar todo sufrimiento sin lágrimas y sin lamentos; la sensibilidad es una debilidad femenina; hay que destruir el corazón. Hegel y sus secuaces explican el dolor como un momento, necesario del devenir, como la antítesis de la tesis, o sea, antítesis de la alegría con la cual el dolor forma la síntesis de la realidad concreta...

Y nosotros no negamos que con la filosofía se intenta pasar del nivel del bruto, al nivel del hombre.

Sin embargo, comprobamos la debilidad de todas estas doctrinas, que, con todo invitan al hombre a no vivir de lo exterior, sino a organizarse a sí mismo. No es aquí el lugar de hacer esa crítica; ésta incumbe a la filosofía cristiana; bástenos poner de relieve la ineficacia práctica de todas estas soluciones, destinadas al exiguo grupo de la aristocracia del pensamiento, mientras que el dolor —como la muerte— son inexorablemente democráticos.

3. —Existe, por último, el tercer modo de sufrir: sufrir COMO CRISTIANOS, o sea, sufrir como deben hacerlo los hijos de Dios, o para ser más precisos, como ha sufrido el Hijo de Dios.

Es la divinización del dolor, consecuencia necesaria de la divinización de la vida.

Es levantarse, no sólo desde el nivel del bruto al del hombre, sino del del hombre al de Dios.

Es imitar a los aviadores, los cuales, cuando los amenaza el huracán, en vez de bajar a tierra con peligro de arruinar el aparato y perder la vida, ascienden por sobre las nubes y la atmósfera

agitada y se aproximan al sol.

No es difícil percatarse de que en la vida cristiana todo está ligado entre sí: el dogma de la gracia y de nuestra elevación al orden sobrenatural con la Cruz de Cristo y con la santificación del dolor.

La solución de este último problema se reduce a un comentario de esta expresión: *“Somos hijos de Dios”*.

Continuará...

MONS. FRANCISCO OLGATI: EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO – CAPITULO TRECE: LA VIDA CRISTIANA – IV EL CRISTIANO Y EL DOLOR – CONTINUACIÓN... 2 LA SOLUCIÓN DEL PROBLEMA DEL DOLOR

Publicado el [Lunes 21 enero 2013](#) por [Fabian Vazquez](#)

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI

EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO

Libro de estudio y de meditación, no sólo para hombres pequeños, sino también para hombres grandes, no para ser leído en el tren o en medio del bullicio, sino en el silencio y el recogimiento, palabra por palabra, sin saltar de una página a otra, como lo haría el hermano Mosca del Convento de San Francisco.

Capitulo trece

LA VIDA CRISTIANA

IV

EL CRISTIANO Y EL DOLOR

Continuación...

2

La solución del problema del dolor

Los verdaderos cristianos —los Santos— han tenido quizás, más que nadie, los estigmas del dolor. Sin embargo fueron felices.

Es San Pablo que dice a los de Corinto: “Me encuentro colmado de consuelo, mi corazón rebosa de alegría en medio de todas mis tribulaciones”.

Son los Mártires que sufren toda clase de tormentos y hasta la muerte más atroz con la sonrisa en los labios.

Es San Francisco que exclama: “Es tan grande el bien que espero — que el dolor me es placentero”.

Es Santa Teresa que pone a Dios el dilema: “O sufrir, o morir”.

Es Santa María Magdalena de Pazzis que prefiere orar así: “No morir, sino sufrir”.

Son los millones de almas que han abrazado, besado y quizá invocado su cruz.

¿Cómo se explica esto? ¿De dónde proviene esta resignación ante el dolor y a veces el ansia misma de sufrimientos?

Penetremos en una de estas almas cristianas, ya sea ignorante como una pobre mujer analfabeta, ya sea docta como San Agustín, y tratemos de sondear su vida interior en relación a la Trinidad sacrosanta.

Agobiada por el dolor, esta alma cristiana razona así:

1.— Yo soy hija de Dios; vale decir, Dios es mi Padre, y un Padre que es la misma bondad, la misma perfección. Si me envía la cruz, la cruz es un bien para mí y no debo rebelarme. Todo sufrimiento es semilla de gloria; cada lágrima santificada significa un paraíso más hermoso, un grado de gracia más elevado, un canto de amor más intenso por toda la eternidad. Además yo he cometido pecados y el dolor es una medicina. Ciertamente, toda medicina es amarga. Pero me la ofrece el Padre que me ama y desea purificarme. Entonces diré con el autor de la Imitación de Cristo: “Señor, si me quieres en la alegría, bendito seas; si me quieres en el dolor, que seas igualmente bendito”.

“Es bueno —advierte San Agustín— es bueno para ti someterte a la voluntad de Dios. A veces es voluntad de Dios que estés sano, a veces, que estés enfermo. Si cuando estás bien, te es agradable

la voluntad de Dios, y cuando estás mal, te es desagradable, careces de rectitud de ánimo, porque no deseas conformar tu voluntad con la voluntad de Dios, sino torcer la voluntad de Dios hacia la tuya. La voluntad de Dios es recta, no así la tuya. Es pues tu voluntad la que debe rectificarse de acuerdo con la suya, y no la suya la que deba torcerse para acomodarse a la tuya. ¿Estás bien en el mundo? Bendice a Dios por los consuelos que te otorga. ¿Estás mal? Bendice a Dios porque te corrige y te prueba... Dios sabe lo que hace por ti. Puede ser útil el flagelo que te agobia. ¿Cómo puedes saber tú lo que hay de gangrenado en el lugar donde corta el cirujano pasando el bisturí entre las carnes infectadas? ¿No es él el que conoce el arte de operar y hasta dónde debe llegar? ¿Acaso tus gritos y gemidos deberán hacerlo desistir de cortar lo que sea necesario? Tú gritas; él corta. ¿Es cruel al no escuchar tus gritos, o es más bien caritativo ensanchando la herida para que sanes? El Hijo de Dios dice: “No busco mi voluntad, sino la voluntad de Aquél que me ha enviado”, y ¿tú quieres hacer tu voluntad? Ten, pues, un corazón recto, conformándolo a la voluntad de Dios; y si alguna vez te turba la humana fragilidad, te consolará la bondad divina”.

Este razonamiento agustiniano vale también en el orden puramente natural, y persuade sobremanera, si reflexionamos que somos hijos de Dios, amados por Dios hasta el exceso, como quiera que nos elevó a una dignidad divina. El Padre nos ama. Los sacrificios que exige de nosotros redundan en provecho nuestro.

2.— Podemos añadir, que también redundan en provecho para los otros hermanos. En el orden sobrenatural —como lo vimos precedentemente— siendo hijos de un mismo Padre, constituimos una sola familia, compuesta de muchos hermanos, cuyo primogénito es Jesucristo. Él es la misma inocencia y sin embargo ha sufrido y ha muerto. Pero su dolor ha sido la salvación de todos nosotros. La pasión y los dolores del Redentor nos han merecido la gracia. También nosotros debemos sufrir los unos por los otros: el justo ora y sufre por el pecador, y esto es conveniente, ya que el pecador es nuestro hermano, es hijo de Dios.

Las almas cristianas ofrecen sus sufrimientos y sus lágrimas por el bien común, en unión con los dolores de Jesús. Y cuando asisten a la Misa, por ejemplo, no olvidan la palabra de San Agustín: “No busquéis fuera de vosotros la hostia para ser ofrecida al Señor; esa hostia la hallaréis en vosotros mismos”; en vuestros dolores. El sacrificio de Jesús santifica nuestros sacrificios, y como en la Misa el pan y el vino se transforman, se transubstancian en Jesús, así en el sacrificio del alma cristiana se realiza otra transubstanciación: la hostia del dolor ya no es más que un velo que oculta una ofrenda divina a Dios, por sus otros hijos. “Si el grano de trigo no cae a tierra, y no muere, queda solo; en cambio, si muere, lleva mucho fruto”.

“Somos nosotros —comenta el P. Mateo en su obra *“Hacia el Rey de Amor”*— el pequeño grano de trigo; solamente el sacrificio es fecundo: solamente el pequeño grano molido y pulverizado se convierte en harina para hostias”. De este modo, el dolor se transforma; se convierte en un acto de amor al prójimo, en una superación del propio egoísmo, en un gesto divino de caridad. ¿Qué extraño entonces que las almas delicadamente cristianas, en vez de maldecir, bendigan el dolor?

2.— No basta. El dolor, para el que vive sobrenaturalmente, es un hilo telefónico más eficaz que nos une a Dios con un himno de amor que es el más bello saludo de los hijos a su Padre y que nos inspira el Espíritu Santo.

Sufriendo, amamos. Se ha dicho incluso, que la verdadera prueba del amor es el sufrimiento. Cuando ofrecemos nuestro dolor a Dios, lo divinizamos.

Éste es el espíritu que animó a todos los Santos.

No sería inútil leer con ese criterio las Actas de los Mártires, que fueron los hombres del dolor.

No nos llenaríamos de estupefacción al saber que San Ignacio, obispo de Antioquía conducido entre cadenas a Roma el año 107 de la era cristiana, “temeroso de que la caritativa solicitud de sus hermanos le impidiese llegar hasta Dios por la puerta abierta del martirio, escribe a la Iglesia de Roma la siguiente carta: Temo que vuestro amor me perjudique (...) No podéis ofrecerme nada más grande que dejarme inmolar a Dios, mientras el altar está listo, y agradecer juntamente con vosotros, al Padre en Jesucristo, por haber juzgado cosa digna llamar a un obispo de Siria del Oriente al Occidente [para el martirio] (...). Yo escribo a las Iglesias y a todos les digo que muero por Dios, espontánea y voluntariamente. Os conjuro a que no uséis conmigo de una benevolencia inoportuna. Permitidme que sea alimento de las fieras, y por su intermedio consiga la posesión de Dios. Soy trigo de Cristo; que los dientes de las fieras me muelan, para convertirme en cándido pan de Cristo. Acariciad más bien a las fieras, para que sean mi sepultura”.

Y así prosigue con los sublimes acentos de las inmortales esperanzas y del amor a Cristo Jesús.

He aquí resuelto el problema. El dolor se trueca en amor; en el Corazón divino —enseñó JESÚS a Santa Margarita María— “todo se transforma en amor, hasta las más amargas angustias”; y “las amarguras de la vida —habla el P. Mateo— tocadas por el amor se endulzan (...). Acá abajo, sólo los santos son verdaderamente felices. La naturaleza puede ser convulsionada, puede tener su agonía, su Getsemaní, sin que se turbe la paz íntima y sobrenatural del alma. Además, en esta vida de santidad, no se lleva a solas la propia cruz; Jesucristo la lleva con nosotros, más que nosotros”. Él —añade San Francisco de Sales— nos lleva a nosotros mismos con la cruz, sobre sus brazos.

Así sufre el cristiano, el hijo de Dios, redimido por la sangre de Jesucristo. Sufre, no de un modo insensible, sino resignado, conformando su voluntad con la voluntad de Dios, aun cuando no conozca las razones particulares de la divina permisión del mal.

Es ahora necesario detenerse un instante, para ver si el catecismo tiene una aplicación práctica en nuestra vida.

Observa Santa Teresa que las tres cuartas partes de las oraciones dirigidas a Dios podrían reducirse a esta invocación: “De la cruz y de las penas, ¡libradnos Señor!”.

En cambio, el Maestro decía a Margarita María: “Recibe la Cruz que yo te doy; fíjala en tu corazón, teniéndola siempre delante de los ojos y llevándola entre los brazos de tus afectos... Llevarla entre los brazos, significa abrazarla amorosamente todas las veces que se presenta, como la prenda más preciosa de mi amor”.

Y el P. Mateo comenta: “Sí, no arrastréis la Cruz ¡abrazadla! Cuando se teme la Cruz, inevitablemente se la encuentra; pero no se encuentra en ella al divino Crucificado. Si vosotros la lleváis, bien pronto ella os llevará a vosotros. Los ensangrentados brazos del Salvador os sostendrán. La Cruz será el vínculo indisoluble entre su Corazón y el vuestro. Seréis felices sufriendo...”.

Lo sabía Santa María Magdalena de Pazzis cuando besaba las paredes de la celda diciendo: “¡Tú me has engañado, Señor! Me habían dicho que no encontraría aquí más que cruces, espinas y abandonos. He venido, y Te encontré a Ti, y contigo ya no hay agonía, ya no hay Calvario”.

Al que sufre cristianamente (y ¿qué es comparado con este sufrimiento el dolor del estoico y del filósofo?) sucede lo que le aconteció a Santa Rosa de Lima, cuando, niña aún, paseaba con el Niño Jesús, por una calle de su ciudad. El Niño recorría la avenida, buscaba y juntaba flores y las llevaba a Rosa. Rosa tejió con ellas una corona y la puso sobre la cabeza del divino Niño. Pero Jesús, tomando la corona la colocó sobre la cabeza de la Santa y le dijo:

“No, mi pequeña esposa, las rosas son para ti; para Mí, la corona de espinas”.

RECAPITULACIÓN

1. Todos tienen dolores en la tierra, pero hay diversos modos de sufrirlos. En efecto:

a) Algunos sufren COMO BRUTOS;

b) Otros COMO HOMBRES, como filósofos;

c) Otros COMO CRISTIANOS, o sea, como hijos de Dios.

2. El verdadero cristiano, cuando sufre, considera el dolor;

a) En RELACIÓN AL PADRE, que quiere el bien de nosotros, sus hijos, y que, por consiguiente, si nos hace sufrir, lo hace, o para purificarnos de nuestras culpas, o para aumentar nuestros méritos para el paraíso;

b) en RELACIÓN AL HIJO, el cual, para elevarnos a la dignidad de hijos de Dios ha sufrido y ha muerto por nosotros, enseñándonos que también nosotros debemos sacrificarnos por el bien de nuestros hermanos;

c) en RELACIÓN AL ESPÍRITU SANTO, que —como lo vimos— es el Amor substancial del Padre y del Hijo. El dolor resulta, si lo queremos, el acto más hermoso de amor hacia Dios, siendo el sufrimiento la verdadera prueba del amor.

3. Por consiguiente, el cristiano tiene resignación a la voluntad de Dios, santifica su dolor y lo transforma divinizándolo.

He ahí, pues, resuelto el problema de la vida: debemos organizar la existencia, teniendo a Dios como centro, como a autor, no sólo de nuestra naturaleza sino también del orden sobrenatural. En otros términos, no debemos limitarnos a vivir como hombres honestos (orden natural) sino que debemos vivir como hombres divinizados (orden sobrenatural).

No basta ser hombres honrados; debemos ser cristianos.

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI – EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO – CAPÍTULO CATORCE – EL CATECISMO DE LA MUERTE

Publicado el [Lunes 28 enero 2013](#) por [Fabian Vazquez](#)

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI

EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO

Libro de estudio y de meditación, no sólo para hombres pequeños, sino también para hombres grandes, no para ser leído en el tren o en medio del bullicio, sino en el silencio y el recogimiento, palabra por palabra, sin saltar de una página a otra, como lo haría el hermano Mosca del Convento de San Francisco.

Capítulo Catorce

EL CATECISMO DE LA MUERTE

Hasta ahora hemos discutido el problema de la vida y nos hemos preguntado cómo hay que vivir.

Esto no basta: hay que preguntarse también *de qué manera hay que morir*.

Los *neccios*, dice Pascal, no pudiendo suprimir la muerte, no piensan en ella.

Pero, ¡tanto da! La vida humana justamente ha sido comparada por Homero a un árbol, cuyas hojas, verdes al principio, en seguida se marchitan, se desprenden, caen, son arrastradas lejos por el viento y desaparecen.

El *filósofo* imita a Filipo de Macedonia, que diariamente hacía repetir por el criado una palabra conocida: *¡Oh rey, acuérdate que has de morir!*; y admira a Marco Aurelio, quien, junto a las riberas del Danubio, después de un día de batalla, en el silencio de la noche meditaba en la muerte:

Piensa —se lee en los Recuerdos—, piensa en los hombres ilustres del pasado, en Alejandro, Pompeyo, Cayo César, Heráclito, Demócrito y Sócrates. Luego, pregúntate a ti mismo: ahora ¿dónde están?... Considera las generaciones de los hombres y a todas las naciones en conjunto, y observa cuánto se han afanado y sacrificado para morir poco después y resolverse en sus elementos... El recuerdo de todas las cosas es pronto absorbido por el abismo de los tiempos... La edad es como un río de cosas que pasan y como una corriente que todo lo arruina; apenas se ve una cosa y ya ha pasado, y pasa otra y otra pasará... Pronto te llegará una voz y una orden: —Te has embarcado; has navegado; has llegado; desembarca.

El *cristiano*, no sólo piensa en la muerte, sino que se prepara a ella y no se contrista, San Luis Gonzaga afrontaba el momento supremo con su *Lætantes imus*: ¡nos vamos alegres!

Suarez susurraba en la agonía: *Nunca hubiera pensado que fuese tan dulce el morir*.

Ningún creyente, en cambio murmura desolado frente a la eternidad, como lo hace Roberto Abdigó: *¿Para qué sirve la vida?* No. Aun cuando se resquebraja la rama de la vida, el pájaro vuela y canta el himno de la inmortalidad.

Sin temores estúpidos, miremos de frente, serena y cristianamente a la muerte; y veamos de qué modo enseña a afrontarla el cristianismo.

Lo sobrenatural frente a la muerte

Vendrá, pues, para todos nosotros la hora de la partida de este mundo. No sabemos *cómo*, ni *cuándo*, ni *dónde* moriremos. Pero de una cosa estamos ciertos, tenemos que morir.

Pobres y ricos, soberanos y súbditos, papas y obreros, jóvenes y ancianos, doctos e indoctos, todos están sujetos a esta ley: *la flor que se yergue orgullosa sobre el tallo cae junto con la florecilla en capullo cuando pasa la guadaña que empareja toda la hierba del prado.*

También de otra cosa podemos estar muy seguros: cuando el Ángel de la muerte se nos aproxime, en ese momento postrero en que —hasta Voltaire lo reconocía— siempre nos decimos nosotros mismos la verdad, no nos arrepentiremos de haber vivido como cristianos.

Diversiones, placeres, riquezas, cruces de caballeros, medallitas de diputado, joyas, vestidos de última moda, para nada nos han de servir.

A lo más, nos servirán de remordimiento. Algunos deberán decidirse a hacer testamento, y quiera Dios que no merezcan una inscripción, mortuoria, como la que un día pusieron sobre la lápida de un avaro:

Aquí yace el Señor Tacaño Tacáñez,

que durante su vida natural

siempre sumó,

nunca restó,

siempre multiplicó.

Los herederos, reconocidos, dividieron.

Pocos días, pocas horas, pocos instantes; después, todo habrá terminado para nosotros sobre esta tierra. Médicos y grandes profesores, consultas y medicinas, inyecciones u operaciones quirúrgicas, para muy poca cosa han de servir. Los cuidados y las lágrimas de los seres queridos

serán impotentes.

Sólo nos confortará el pensamiento de haber vivido en gracia, de haber divinizado nuestra vida, de haber hecho sobrenaturalmente el bien y cumplido nuestro deber.

Todo lo que hemos expuesto en este modesto *Silabario del Cristianismo* nos parecerá entonces la única verdad consoladora: *la unión con Dios, mediante la gracia que nos conquistó Jesucristo con sus méritos*, nos tranquilizará. ¡Felices de nosotros, si lo sobrenatural no ha sido una palabra vana en nuestra vida!

2

Los últimos Sacramentos

Una costumbre criminal se está introduciendo y se ha introducido ya en algunas partes. Cuando una persona se enferma y se agrava, los parientes tratan de ocultarle el verdadero estado de su salud. Se evita “*asustarla*”, para no perturbar su espíritu; y, por consiguiente, se la deja morir sin preparación.

A lo más, se llama, con urgencia y desesperadamente, al sacerdote cuando ya ha perdido los sentidos, para que le administre la Extremaunción. Y el pobre Sacerdote acude, y, a menudo, tiene que administrar el Sacramento bajo condición; ¡porque no sabe si está delante de un vivo o de un muerto!

¿Qué se diría de un guía que encontrándose junto a un alpinista que está por poner los pies en un abismo no le diera un tirón, con el pretexto de no asustarlo? ¡Bendito susto, si salva una vida!

Dígase lo mismo en nuestro caso: un alma se acerca inconscientemente al abismo del infierno. ¿Cómo es posible que los que la aman de veras., puedan dejarla caer, con el insulso pretexto de un hipotético instante de terror?

Se muere una sola vez; y de la muerte depende una eternidad. Por esto, el cristiano que medita en la muerte, no puede menos que proponerse tres cosas:

a) que estará siempre en gracia, para que la muerte lo encuentre preparado si lo toma de improviso.

En caso de caer en pecado grave, tratará *en seguida* de recuperar la amistad con Dios, o por medio de una buena confesión o, al menos, con un acto de contrición perfecta, con el propósito de confesarse cuanto antes;

b) que cuando esté enfermo no se hará rogar para recibir al Sacerdote, ni se conformará con las llamadas “bendiciones”, sino que él mismo pedirá los Sacramentos, sobre todo, si los familiares o alguna buena persona le insinuare el pensamiento. No será tan necio de vivir de ilusiones y de presentarse sin preparación al juicio de Dios. Porque si la enfermedad desapareciere, nada habrá perdido recibiendo los Sacramentos; si empeorare, tendrá el ánimo calmo, tranquilo y contento, como lo comprobamos siempre los Sacerdotes, después de haber administrado los auxilios religiosos a los enfermos;

c) que cuando alguno de sus seres queridos o de sus amigos se encuentre en peligro de muerte, no observará el silencio del traidor, no se preparará las maldiciones que esa alma le dirigirá mañana desde el infierno, sino que ha de imitar el noble y valiente ejemplo de Alejandro Manzoni, quien en 1850 escribió una carta a un querido amigo enfermo, el barón Trechi, carta delicada y clara, para advertirle las condiciones de su salud e invitarlo fervorosamente a poner su conciencia en paz con Dios.

1. — La ÚLTIMA CONFESIÓN. El representante de Dios se acercará a nuestro lecho; por última vez le abriremos nuestra conciencia e imploraremos el perdón de Jesús. La mano sacerdotal nos alargará el Crucifijo para besarlo y se alzarán sobre nosotros, diciendo: *“Yo te absuelvo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”*. La paz inundará nuestro corazón...

En la última Confesión, sobre todo, recordaremos la enseñanza del catecismo: *la Confesión no vale nada y no se obtiene el perdón de los pecados, si no tenemos dolor de haber ofendido a Dios y propósito de no ofenderlo más.*

Por esto, también cuando se prepara a los enfermos para la Confesión, no hay que ser superficiales, como muchos que se conforman con el acto material de la Confesión: *Se ha confesado; cumplió con su obligación de buen cristiano.*

No; no basta confesarse. Hay que hacerlo con las debidas disposiciones. Cuando se está enfermo, no siempre es posible un largo examen de conciencia, ni la acusación íntegra de las culpas; pero —bajo pena de la nulidad del Sacramento— siempre debemos tener el arrepentimiento, o el dolor sobrenatural de los pecados cometidos.

Algunos relegan la Confesión para el fin de la vida. ¡Qué desatino! Prescindiendo del hecho de que al dejar transcurrir sus años sin la gracia, disipan su existencia; prescindiendo del peligro de morir de improviso y ser sorprendidos por la muerte como por un ladrón, que no anuncia su venida; existe siempre, en aquellas horas angustiosas, la dificultad de ordenar la embrollada madeja de una conciencia enredada y desordenada, y de excitar un sentimiento de sincero dolor después de muchos años de glacial indiferencia.

Atendamos a nuestra conciencia mientras estamos sanos; no tentemos al Señor y no olvidemos que, si nos confesamos bien durante la vida, el último beso del perdón de Cristo nos será dulce y consolador.

2. — El que está gravemente enfermo, tiene el deber absoluto de recibir el VIÁTICO, No se trata sólo de un precepto eclesiástico, sino de un mandamiento divino. La Eucaristía es nuestro manjar en la vida y es el buen viático cuando la muerte se avecina.

Jesús vendrá, a nuestra casa. Tal vez lo hayamos visitado millares y millares de veces en sus iglesias y Él nos restituye nuestras visitas. Entrará entre aquellas paredes que fueron testigos de nuestros trabajos, de nuestras plegarias, quizás de nuestras culpas. El Sacerdote, en nombre de Jesús, nos augurará la paz, y luego nos ofrecerá la Hostia blanca, portadora de gracias:

“Recibe el Viático de Nuestro Señor Jesucristo, que te defienda del maligno enemigo y te conduzca a la vida eterna”.

Las almas que conocen los primeros principios del Cristianismo, cuando están enfermas, no se limitan a recibir una sola vez a Jesús en la Comunión, sino que, aprovechando las grandes facilidades concedidas a los enfermos con relación del ayuno, procuran tener frecuentemente, aun estando en cama, el gozo de la unión eucarística, conscientes del aumento de gracia que el Autor mismo de la gracia confiere a quien lo recibe. Más aun, cuando están sanas, no dejan de acompañar el Viático, siempre que les es posible; y de cuando en cuando, al comulgar lo hacen como preparación para la última comunión y la hora de la muerte.

Hagamos votos para ese el día que nos sea llevado piadosamente el Viático, lo podamos saludar con los sentimientos, si no con las palabras de Santo Tomás de Aquino, el cual, habiendo enfermado durante su viaje al Concilio de Lyon y refugiado en el Convento de Fossanova, ni bien la Santa Hostia había traspasado los umbrales de la celda, exclamó:

¡Te saludo, precio de mi redención! Te recibo a Ti, por cuyo amor he estudiado, me he desvelado y me he fatigado; a Ti, que siempre prediqué y enseñé (...). ¡Tú, Cristo, eres el Rey de la gloria! ¡Tú eres el Eterno Hijo del Padre!

3. — Jesucristo ha instituido un Sacramento especial para los enfermos: la EXTREMAUNCIÓN o los SANTOS ÓLEOS, que nadie debe descuidar.

¡Tan espantosa es la ignorancia del catecismo que algunos creen que la Extremaunción es un medio para apresurar la muerte de los agonizantes!

Otros juzgan conveniente que el Sacramento sea administrado al enfermo ¡cuando ya está inconsciente! En resumen, si se hiciese una encuesta entre el pueblo cristiano acerca de la Extremaunción, se recogerían ideas tan extrañas y curiosas, que erizarían los cabellos.

Este Sacramento ha sido instituido para confortar y aliviar el alma del enfermo en las supremas angustias, darle valor en las últimas luchas, infundirle una dulce confianza en la divina bondad y darle fuerzas para soportar los dolores y los males.

La Extremaunción aumenta —como todos los Sacramentos de los vivos— la gracia santificante y si el que la recibe está en pecado mortal y no puede confesarse, porque está sin sentido, pero tiene la atrición, en este caso el Sacramento cancela la culpa grave y restituye la gracia.

Además de esto, quita los pecados veniales y la debilidad de las fuerzas espirituales, como así mismo, las inclinaciones derivadas de los malos hábitos.

Finalmente, da la salud del mismo cuerpo, cuando conviene a la salud del alma.

Por lo tanto, *no hay que esperar que el enfermo entre en la fase desesperada de la enfermedad* para administrarle la Santa Unción, porque entonces se exigiría para sanarlo un milagro que no podemos esperar racionalmente de Dios; hay que recurrir a este santo remedio cuando la enfermedad es grave, aunque se alimenten todavía esperanzas.

Lejos de apresurar la muerte, la Extremaunción es un medio eficazísimo para implorar la salud corporal, si así agrada a Dios. El mismo Apóstol SANTIAGO lo dice: “La oración de la fe salvará al enfermo”.

Continuará...

MONS. FRANCISCO OLGATI – EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO – CAPÍTULO CATORCE – EL CATECISMO DE LA MUERTE – CONTINUACIÓN... 3 – AGONÍA Y MUERTE CRISTIANA

Publicado el [Lunes 4 febrero 2013](#) por [Fabian Vazquez](#)

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI

EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO

Libro de estudio y de meditación, no sólo para hombres pequeños, sino también para hombres grandes, no para ser leído en el tren o en medio del bullicio, sino en el silencio y el recogimiento, palabra por palabra, sin saltar de una página a otra, como lo haría el hermano Mosca del Convento de San Francisco.

Capítulo Catorce

EL CATECISMO DE LA MUERTE

Continuación...

3

Agonía y muerte cristiana

Se aproximará finalmente el último instante. Y la Iglesia, buena madre, no nos abandonará: quiera tomar nuestra alma para purificarla siempre más y entregarla a Dios. Es el fin de la Bendición Papal y de la "Recomendación del alma".

1. — LA BENDICIÓN PAPAL IN ARTICULO MORTIS es una bendición especial, dada por el Sacerdote al enfermo, en nombre del Papa, a la que va unida la indulgencia plenaria de todos los pecados cometidos, de tal manera que el que la recibe con las debidas disposiciones, al morir vuela inmediatamente al Paraíso, sin pasar siquiera por el Purgatorio.

Para ganar esta indulgencia, es necesario absolutamente que el enfermo:

- a)** esté, por lo menos, contrito de las propias faltas;
- b)** invoque devotamente con los labios, o, si no lo pudiese, con el corazón, el Nombre de Jesús;
- c)** acepte de la mano de Dios, con ánimo paciente y resignado, la muerte como pena del pecado.

2. — La muerte, mientras tanto, avanzará con paso lento, pero inexorable; y en el momento de la separación dolorosa, la voz de la Iglesia se alzaré otra vez, para RECOMENDAR A DIOS, con

tiernísimas expresiones, EL ALMA DEL MORIBUNDO.

Parte, alma cristiana —nos dirá el Sacerdote mientras estemos agonizantes y los seres queridos nos rodeen sumidos en un mar de llanto.

Sal de este mundo en nombre del Padre que te ha creado, en nombre del Hijo que ha sufrido por ti, en nombre del Espíritu Santo, del que has recibido la gracia; en nombre de los Ángeles y de los Arcángeles (...), de los patriarcas y de los profetas, de los santos y de las santas de Dios. Que tu morada esté siempre en la paz y en la Sión santa (...). Alma querida, te entrego en las manos de Dios (...). Que el cielo te salga al encuentro y te dé su abrazo (...). Que el dulce Jesús te muestre su rostro alegre y benigno (...). Ve, goza en el gran ejército de los bienaventurados la dulzura de la contemplación perenne de Dios.

Y nosotros moriremos. El reloj de nuestra vida se parará para siempre.

Nuestro corazón ya no palpitará más.

Nuestra alma se separará del cuerpo.

Estaremos delante del divino Juez.

4

Después de la muerte

El primer encuentro con Jesús... El Jesús de nuestro corazón, por el que habíamos vivido y sufrido, mirará a nuestra alma.

Un instante: y el JUICIO PARTICULAR se efectuará. La sentencia será pronunciada. Será la palabra justa y definitiva que sellará para siempre nuestra suerte.

Nosotros mismos, durante nuestra vida, escribimos esa sentencia.

Dios no nos deja faltar su gracia. Depende de nosotros prepararnos para un porvenir que será eterno.

Mientras tanto, nuestro cadáver será acondicionado en la casa mortuoria. En nuestras manos rígidas nos pondrán un crucifijo. Vendrán después parientes y amigos. Quizás alguien salude nuestros despojos con una oración y una lágrima, y ojalá sea una lágrima de gratitud por el bien que hemos hecho.

Luego, un ataúd, el acompañamiento, el funeral.

Por última vez penetraremos a la iglesia que ha conocido nuestras oraciones, nuestras Visitas, nuestras Comuniones.

Las súplicas del Sacerdote nos acompañarán al cementerio.

Antes, también los fieles oraban de verdad durante los funerales; ahora —quién sabe por qué— prefieren conversar. ¡Ni siquiera la terrible majestad de la muerte se impone a la ligereza humana! Y a las charlas durante el acompañamiento se añaden, como remate., los “discursos” ante los restos, los elogios, los panegíricos, las piadosas mentiras...

El mundo, por supuesto, continúa su marcha.

Los muertos son enterrados y los vivientes pronto se consuelan. Pocos días, pocas semanas, y los recuerdos se debilitan, empiezan a desaparecer y se pierden por completo.

¿Acaso os acordáis de las personas muertas hace un siglo o medio siglo? Eso mismo acontecerá con cada uno de nosotros. Nadie más se tomará interés de nuestra mísera persona, a excepción de los gusanos.

Quizás, allá, en el cementerio, se nos ponga una lápida, una Cruz, una lámpara, una corona. Durante algunos años —siempre que no cambien las costumbres— alguien irá a dar un vistazo a nuestra tumba en el día de los muertos. Es cosa sabida: en carnaval hay que concurrir al baile; el 2 de noviembre hay que ir al cementerio...

¡Pobres cementerios contemporáneos! ¡Qué distintos de los primitivos cementerios cristianos, de las catacumbas! Allá se oraba; acá se charla. Allá, las lápidas de los mártires y de los héroes ostentaban, toscamente esculpidas, las palabras más simples y humildes de la fe: “Vivas in Christo!... In Pace!...”. Ahora se profanan las sepulturas con inscripciones falaces, ridículas, cuando

no con monumentos paganos y obscenos...

Viene a mi mente la larga enfermedad y la muerte del llorado e inolvidable Cardenal Ferrari, glorioso Arzobispo de Milán.

El cáncer le corroía la garganta. Faltábale la voz. La traqueotomía lo había encerrado en sus habitaciones como en una cárcel, con una respiración difícil y fatigosa. Había vivido la vida de Obispo y de prohombre; como obispo y como prohombre quiso morir. Durante muchas semanas, mientras resistía el maravilloso organismo, hubo un desfile interminable de personas de todas las edades, de todas las condiciones sociales, de todos los partidos. Los niños le cubrían el lecho de flores. Frente al Pastor —que nunca estuvo tan elocuente como en el lecho de la prolongada y muda agonía— el ateo inclinaba la frente ante Dios, el incrédulo doblaba las rodillas e inclinaba la cabeza ante la suave bendición paterna; hombres, niños y mujeres lloraban. Cuando el cielo contó con otro santo, un diario liberal de Milán describió la paz inefable de aquel solemne ocaso, diciendo: “Él nos ha enseñado a vivir y a morir”. Sería imposible sintetizar con una expresión más eficaz el fin del Cristianismo y el programa que debe tener cada uno de nosotros.

RECAPITULACIÓN

El Cristianismo nos enseña no sólo a vivir, sino también a morir.

1. La muerte, meditada a la luz sobrenatural, es el camino que conduce al hijo de Dios a la **gloria**. La visión beatífica sólo se da al que muere en gracia. Por esto, la cosa más importante y esencial, es **morir en gracia de Dios**.

2. Para obtener ese fin, el verdadero cristiano trata de estar siempre sin pecado mortal, a fin de que, si la muerte lo toma de improviso, no sea causa de su eterna condenación. Cuando está seriamente enfermo, se apresura a recibir los últimos Sacramentos: la **Confesión**, el **Viático**, la **Extremaunción**.

La **bendición Papal** tiene por objeto purificar el alma del enfermo de toda pena debida por los pecados cometidos; y con la **Recomendación del Alma**, la Iglesia nos entrega a la Trinidad, pidiendo para nosotros el Paraíso.

MONS. FRANCISCO OLGATI – EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO – CAPÍTULO QUINCE – EL MÁS ALLÁ

Publicado el [Lunes 11 febrero 2013](#) por [Fabian Vazquez](#)

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI

EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO

Libro de estudio y de meditación, no sólo para hombres pequeños, sino también para hombres grandes, no para ser leído en el tren o en medio del bullicio, sino en el silencio y el recogimiento, palabra por palabra, sin saltar de una página a otra, como lo haría el hermano Mosca del Convento de San Francisco.

Capítulo Quince

EL MÁS ALLÁ

Un día, en la Universidad de París, un joven, rico de ingenio y de esperanzas, sintió que le golpeaban la espalda y mientras se volvía y miraba oyó estas palabras: *“¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?”*. Era San Ignacio de Loyola quien dirigía a San Francisco Javier esta solemne expresión de Jesucristo. Poco tiempo después, el estudiante se había convertido en el gran misionero de las Indias y del Japón, en el gran Santo.

El problema del *más allá* se impone también a nosotros como a San Francisco; pues todos tiemblan pensando en lo que sobrevendrá después de la muerte. Aun cuando aparentemente alguno afecte tranquilidad y desprecio, en lo íntimo del corazón siente zozobras.

La fe nos enseña que no todo termina con la muerte, sino que entonces empieza la vida. Nuestra alma es inmortal; la razón está de acuerdo con esta doctrina del cristianismo. Con el último aliento cesa el tiempo de la prueba y se entra en el que los teólogos llaman *estado de término*. Acá se siembra; después de la muerte ya no hay posibilidad de siembra alguna, nadie puede entonces conquistar nuevos méritos; es la época de la cosecha y de la retribución. *“Llega la noche —enseña Jesús en el Evangelio— en la que nadie puede trabajar”*.

Creados por Dios, marchamos hacia Dios. Durante la vida mortal, es necesario decidirse: ¿queremos estar unidos a Dios por medio de la Gracia y con toda el alma? ¿O queremos estar separados de Dios por el pecado mortal? En el primer caso, tendremos en la otra vida el Paraíso; en el segundo, el Infierno. (El Purgatorio, como lo explicaremos, no es más que un lugar de tránsito). En ambos casos, el premio y la pena serán eternos.

Premisas necesarias

Esta ETERNIDAD tan clara y repetidamente afirmada por Nuestro Señor en su revelación, no nos debe extrañar, si la examinamos a la luz del amor de Dios.

Dios nos ha amado y nos ama infinitamente, las pruebas de su infinito amor abundan en el campo de lo natural y de lo sobrenatural al que ha querido elevarnos. Él nos ha creado, redimido, santificado, para unirnos eternamente a Él; quiere la unión de nuestros corazones y la unión sobrenatural de las almas con Él en este mundo, para iniciar acá abajo la unión perfecta del cielo. El universo con sus bellezas, la Sangre de Jesús con su eficacia, la Iglesia con su apostolado nos orientan y nos conducen hacia el Dios que es nuestro primer principio y nuestro último fin.

Sin embargo, Dios respeta nuestra libertad; no quiere forzarnos; quiere una adoración libre y consciente.

Y nosotros, si reflexionamos en la infinidad de su amor, debemos reconocer:

- 1)** que es inmensa nuestra necesidad, cuando nos rebelamos contra Él, esto es, cuando en vez de unirnos al Señor, nos alejamos y nos volvemos a las creaturas, buscando en vano lo que pueda llenar nuestro corazón hecho para Dios, y, por consiguiente, *“inquieto, hasta que no repose en Dios”*;
- 2)** que es infinita la gravedad de nuestros pecados, como tratamos de demostrar en uno de los capítulos precedentes, si se mide la gravedad de la culpa, por la dignidad de la persona ofendida. Y siendo acá el ofendido un Dios de infinita grandeza, fluye claramente que será también infinita nuestra culpabilidad. Por este motivo, el infierno es eterno; la justicia exige, después del período de la misericordia, que haya proporción entre el pecado y la pena;
- 3)** que es incalificable nuestra ingratitud para con Dios, cuando nos rebelamos contra Él; Dios nos ha dado todo lo que poseemos; nos ha elevado a la dignidad de hijos suyos; nos ha divinizado; ha muerto por nosotros sobre la Cruz; nos ha colmado de gracias; hasta el último instante nos brinda su amor ilimitado.

El que muere en pecado mortal, opone a un amor infinito una ingratitud infinita. Si los sofistas, en vez de discurrir acerca de la posibilidad del infierno o al menos de su eternidad, meditasen estas dos cosas: la infinidad, por un lado del Amor divino, y por otro, la infinidad de la ingratitud

humana, sentirían morir sobre sus labios las objeciones.

Por lo tanto, la otra vida ya no ofrece la posibilidad de la enmienda del pecado o de la adquisición de nuevos méritos. La unión o la separación de Dios será definitiva.

Diremos, entonces, una palabra sobre tal unión o separación, con una referencia al Infierno, al Purgatorio y al Paraíso, no olvidando nunca, que también en estos tópicos, sólo se puede entender la verdadera enseñanza del Cristianismo, si se procede teniendo presente la doctrina que atañe a *la gracia y al orden sobrenatural*.

2

El infierno

Como Dante en su viaje de ultratumba, bajemos también nosotros con el pensamiento al Infierno.

El hombre debe estar unido a Dios en razón del orden natural y sobrenatural. El infierno, al contrario, es la eterna y definitiva separación de Dios.

Si fueran infinitamente mayores los tormentos que sufren los condenados, pero no estuvieran sujetos a la pena que los teólogos llaman PENA DE DAÑO, no existiría el Infierno. El Infierno, en esta absurda hipótesis, desaparecería.

Las almas buenas que viven en gracia y en unión con el Señor, comprenden desde ahora esta verdad, mientras que el pecador, que hoy se engolfa en las cosas sensibles y perecederas, como no piensa en Dios, no llega a comprender cómo el verdadero Infierno consista en la separación del Señor. Le parece que puede prescindir de Dios sin ningún trastorno; no piensa que cuando el alma esté separada del cuerpo, cuando ya no sea perturbada por el resplandor de las cosas terrenas, sino que comparezca delante de Dios, entonces tendrá conciencia de sus culpables ilusiones; y la maldición divina, que ha de pesar sobre él por toda la eternidad, será su gusano roedor y su principal tormento.

Jesucristo y la Iglesia nos advierten que en el Infierno existe también la PENA DE SENTIDO, esto es, el fuego y otras penas que torturan al condenado, para castigo de las faltas cometidas. Ya que nosotros pecamos en el mundo, no sólo alejándonos de Dios, sino también haciendo uso de nuestro cuerpo para volvernos hacia las creaturas, es justo que seamos castigados también de esta

manera.

Superfluo es discurrir cómo es en sí el fuego del Infierno (sabemos que, aun cuando no haya una definición dogmática al respecto, la Sagrada Penitenciaría ha prohibido absolver a los que sostienen que es metafórico el fuego infernal, al que tantas veces alude Jesús); superfluo es discutir acerca del modo con el cual el fuego atormenta a las almas, antes y después de la resurrección de los cuerpos; lo cierto es la sentencia común de la Iglesia, que insiste sobre la existencia de un fuego verdadero y propio, muy distinto, se entiende, del que encendemos nosotros, pero creado por la justicia de Dios.

Si el pensamiento del Infierno y de sus penas debe despertar en nosotros saludables sentimientos de temor, no por eso ha de llevarnos a la desesperación.

Dios nos ha creado para unirnos a Él en el abrazo del amor. Si permanecemos unidos a Él mediante la gracia, evitando el mal y haciendo sobrenaturalmente el bien durante nuestra vida, tenemos la obligación de alimentar la *esperanza cristiana* en el corazón,

¿Acaso la esperanza no es una virtud teologal? ¿Cómo podría Dios castigarnos con una separación eterna si lo amamos, si pensamos en Él, si nos abrazamos a Él, si continuamente nos santifica su Sangre., si la gracia prosigue siempre en la obra de nuestra divinización?

Brevemente: el Infierno no debe causarnos desconfianza y angustiosa duda de nuestra salvación, sino otras enseñanzas prácticas, esto es:

- 1)** la fuga del pecado mortal, que con la pérdida de la gracia, nos hace empezar el Infierno sobre la tierra;
- 2)** la necesidad de estar unidos al Corazón de Jesús, que nos ama intensamente y al cual no dirigimos en vano nuestras oraciones y jaculatorias;
- 3)** la obligación del apostolado para salvar a los que corren peligro de condenación. El que trabaja y se sacrifica por la salvación del prójimo, asegura su propia salvación. Dice San Agustín: "*¿Salvaste un alma? predestinaste la tuya*".

La razón es una. El apostolado es un acto de amor hecho por Dios, porque conduce a Él a nuestros hermanos. La señal más elocuente de estar unidos a Dios, es conducir un alma a su Corazón, que cante con nosotros himnos de amor reconocido.

Continuará...

MONS. FRANCISCO OLGATI – EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO – CAPÍTULO QUINCE – EL MÁS ALLÁ – CONTINUACIÓN... 3 – EL PURGATORIO

Publicado el [Lunes 18 febrero 2013](#) por [Fabian Vazquez](#)

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI

EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO

Libro de estudio y de meditación, no sólo para hombres pequeños, sino también para hombres grandes, no para ser leído en el tren o en medio del bullicio, sino en el silencio y el recogimiento, palabra por palabra, sin saltar de una página a otra, como lo haría el hermano Mosca del Convento de San Francisco.

Capítulo Quince

EL MÁS ALLÁ

Continuación...

3

El Purgatorio

Canta el Salmista:

“Como anhela el ciervo llegar a las fuentes de agua así mi alma suspira por Ti, Dios mío. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios viviente. ¿Cuándo iré y compareceré en la presencia de Dios? Las lágrimas son mi manjar de día y de noche, mientras cada día me dicen: — ¿Dónde está tu Dios? Recuerdo y lloro mi suerte, desde el tiempo en que marchaba hacia el tabernáculo de Dios, entre los cantos de júbilo y las acciones de gracias de una multitud en fiesta. ¿Por qué estás triste alma mía? ¿Por qué te conturbas? Espera en Dios, que aún me será dado alabarle. Él es mi salud y mi Dios” (Salmo 41, 2-6).

¿No son éstas las voces que salen del Purgatorio? Difícilmente se podría expresar mejor los sentimientos de aquellas almas, las cuales, a pesar de estar en gracia, no se unirán a Dios en la visión beatífica, hasta que no se hayan purificado por completo.

Sin detenernos en la existencia del Purgatorio, en los sufragios por los muertos de Judas Macabeo, en la enseñanza de San Pablo en la carta a los Corintios, sin hacer hincapié en las invocaciones de las Catacumbas (Deus refrigeret spiritum tuum; Dios refrigere tu espíritu), en San Agustín que aplica el Santo Sacrificio por su madre difunta, en San Ambrosio que ora después de la muerte del emperador Teodosio y en toda la Tradición Eclesiástica, desde la noche en que el ermitaño de Cluny indujo a su Abad a una conmemoración anual de los difuntos, hasta el conocido decreto de Benedicto XV sobre las tres Misas en el día de los Difuntos, sin examinar todos estos aspectos de la cuestión, haremos algunas consideraciones acerca de las Almas del Purgatorio.

En primer lugar, es necesario distinguir en el pecado entre la **culpa** y la **pena**.

Aun en un tribunal humano, no hay que confundir esas dos cosas. Si mato a una persona, el acto constituye una **culpa**, la que luego es castigada con una **pena**, pongamos veinte años de presidio.

La **CULPA**, como lo hemos visto precedentemente, puede ser **mortal** o **venial**, según nos quite o no la gracia santificante, que es la vida del alma.

La **PENA** que nos da Dios por nuestras culpas, puede ser **eterna** (el Infierno) o bien **temporal** (como acontece cuando se comete un pecado leve).

Cuando nosotros nos confesamos, después de haber caído en una culpa grave, y lo hacemos con las debidas disposiciones del alma, obtenemos el **perdón de la culpa** y de la **pena eterna**; pero, casi siempre queda por satisfacer una **pena temporal** en reparación del mal hecho. Por esto el confesor nos impone la satisfacción o **penitencia**, al absolvernos; por esto también ofrecemos en **expiación** el bien que hacemos; por esto tratamos de ganar **Indulgencias**.

Las **INDULGENCIAS** no son, en realidad., sino la aplicación de los méritos de Jesucristo y de los tesoros espirituales de la Iglesia, concedidas al que pone determinadas condiciones y sirven para satisfacer la **pena temporal** que queda después de la remisión de la **culpa** y de la **pena eterna**.

Puestas estas premisas, resulta evidente que si uno muere en **pecado mortal**, tiene que cumplir una **pena eterna** y va al Infierno.

Si muere después de haber **expiado sus culpas**, mortales y veniales, y después de haber **satisfecho todas las penas debidas por sus faltas**, tiene el Paraíso.

Si, en cambio, muere teniendo sobre la conciencia solamente **pecados veniales** —los cuales no quitan la gracia— o debiendo todavía descontar una **pena temporal** por culpas graves perdonadas o por culpas leves, no puede ser condenado al Infierno, ni puede entrar en el Paraíso; tiene que

pasar por el lugar de la purificación, que precisamente se llama Purgatorio.

Son dos los tormentos de las almas del Purgatorio. Sufren:

a) La **PENA DE DAÑO**, ya que permanecen separadas de Dios. Sin embargo, esta separación no debe ser confundida con la de los condenados, porque las almas del Purgatorio poseen la gracia, están unidas a Dios por el afecto y un vivísimo deseo, aunque estén afligidas por no poder lanzarse en brazos de su Señor, a quien no verán sino después de una completa expiación.

Por lo tanto, no están desesperadas; sino que sufren con resignación y esperanza.

b) La **PENA DE SENTIDO**, ya que es justo que, habiendo participado los sentidos en la culpa, el alma sea castigada también de esta manera.

Es sentencia respetable y la más común de la Iglesia, que también en el Purgatorio hay fuego; pero esta doctrina no es de fe.

Puesto que en la otra vida ya no se puede adquirir mérito alguno, las Benditas Almas del Purgatorio no pueden obtener la liberación con sus propios esfuerzos. Pero estando nosotros unidos a ellas mediante la gracia de Jesucristo, que nos une a todos en una familia y en un solo organismo, podemos sufragar por ellas, no aplicándoles nuestros méritos, que son siempre personales, sino las satisfacciones necesarias.

Como Pedro Claver y los otros espíritus generosos, que se dedicaron al rescate de los esclavos, pagaban el precio de la libertad, así nosotros, mediante las plegarias, las mortificaciones, las obras buenas, y la aplicación de las indulgencias y especialmente del Sacrificio de la Misa, rompemos las cadenas de estas Almas prisioneras y les damos alas para volar hacia el Dios suspirado.

Esta es la doctrina de la Iglesia, que, buena Madre como siempre, nos invita en la recitación del *De Profundis*, a pensar en el abismo, desde el cual las Almas, nuestras hermanas, suspiran por Dios, y con el *Réquiem*, nos hace orar así: *“Concédeles, Señor, el descanso eterno; y la luz perpetua brille para ellas”*.

También en este caso, apresurando la unión bienaventurada de las almas del Purgatorio con Dios, cumplimos un acto de caridad que aumenta la gracia en nuestro corazón, o sea que nos une cada vez más al Señor. Unión con Dios y gracia; he aquí dos palabras que todo lo resumen y que, si fueran bien comprendidas, no se presenciaría el triste espectáculo, deplorado por el poeta francés, quien al pasear por entre las tumbas de un cementerio, murmuraba: *“¡La verdadera*

tumba de los muertos es el corazón de los vivos!”

4

El Paraíso

En los dolorosos tiempos de la cautividad, como lo recuerda un salmo 136, el pueblo hebreo sentábase en las orillas de los ríos de Babilonia y lloraba suspirando y pensando en Sión. Había suspendido sus instrumentos musicales en los sauces que poblaban las riberas. Cuando los opresores que lo habían esclavizado le pedían que cantase algunos de los himnos de la patria lejana, respondía; *“¿Cómo cantar los cantos de Dios en tierras extrañas?”*

He ahí la respuesta que cabe dar a los que en esta situación de destierro quieren oír hablar del Paraíso. “No podemos imaginar, dice San Pablo, lo que Dios tiene reservado para los que lo aman, porque ni ojo humano ha visto, ni oído ha escuchado, ni corazón alguno ha probado esas maravillas”. El mismo Dante, invocaba auxilios especiales al principio de la tercera parte. Si al decir del Damasceno, “balbutiendo resonamus divina”, con mayor razón al hablar del Paraíso nos vemos limitados a balbucear algún pensamiento y a comentar las dulces expresiones del Apóstol San Pablo, que escribía a los fieles de Éfeso:

“No ceso de acordarme de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de Nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, alumbre los ojos de vuestro corazón, a fin de que sepáis cuál es la esperanza a la que os ha llamado y cuáles son las riquezas de la gloria de su herencia reservada a los santos”.

¿Qué es el Paraíso? Es la unión perfecta de nuestra alma con Dios, en el orden sobrenatural.

Hemos dicho que la gracia es la simiente de la gloria.

Por medio de la gracia nos hacemos hijos de Dios, y por consiguiente, sus herederos. En este mundo, la Fe nos hace conocer a Dios mejor que la razón; la Esperanza nos infunde confianza de llegar al Cielo por la bondad de Dios; amamos a Dios con la Caridad sobrenatural, difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo y esta posesión de Dios, esta divinización inicial, nos ofrece la mayor felicidad que podemos gozar ahora.

Todo esto no es más que una preparación cuyo complemento ha de ser el Paraíso, cuando cesen la Fe y la Esperanza y sean substituidas por la visión de Dios, cuando la Caridad sea amor perfecto e

inmutable, cuando la felicidad sea plena y completa, sin sombra de dolor, cuando, en una palabra, “veamos a Dios cara a cara, como Él es” y lo poseamos para siempre.

En la tierra nunca somos completamente felices.

Con frecuencia, como el perro de la fábula de La Fontaine, perseguimos las sombras y nos ahogamos.

Además, cuando hemos conseguido algo, sentimos su insuficiencia. Necesariamente debe suceder semejante cosa, porque siendo limitado y finito todo bien creado, no nos podemos satisfacer con él y aspiramos continuamente a algo superior.

Solamente cuando hayamos alcanzado a Dios, Ser infinito y perfecto, tendremos la verdadera felicidad. Fuera de Dios, ya no desearemos nada; teniendo a Dios, lo tendremos todo y jamás podremos agotar ese océano sin orillas y sin fondo, Elevados al orden sobrenatural, poseeremos a Dios como tienen derecho a poseerlo sus hijos; su conocimiento será nuestro conocimiento, su amor será nuestro amor, su gozo será nuestro gozo.

Así como el Hijo está unido a su Padre mediante el amor del Espíritu Santo, del mismo modo nosotros, incorporados a Cristo, estaremos unidos al Padre por la gracia del Paráclito.

Todo lo contemplaremos en Dios: sus perfecciones y su vida íntima, la humanidad del Verbo, los Ángeles, los Santos, la historia entera y la realidad completa; y como Dios disfruta de una Beatitud perfecta porque se conoce y se ama a sí mismo, así nosotros seremos eterna y totalmente felices, porque conoceremos y amaremos a Dios y estaremos siempre con Él.

Nuestra felicidad será completa, a pesar de que será diversa en cada individuo. El grado de visión, de amor y de gozo en los Cielos estará en proporción con el grado de gracia y de caridad en que muramos; y en razón de esto último precisamente nos será concedida aquella “*luz de gloria*” que hará posible a nuestras almas la contemplación de Dios.

Por poco que se reflexione, percíbese al instante la equidad y la belleza de esta doctrina.

Es cierto que hay un solo sol; pero es muy diversa la visión que de él tiene cada hombre. Así también hay un solo Dios, Sol divino; pero es evidente que las almas lo verán en forma diversa, en proporción a su capacidad individual, medida por la gracia y la caridad que cada una posea.

El que ha estado más unido a Dios durante la vida mortal, el que lo ha amado más, es evidente que entonces lo amará y gozará en grado mayor. No sería equitativo que San Vicente de Paul o San

Juan de la Cruz fuesen en el Cielo igual al pecador que a duras penas se ha convertido en el lecho de muerte.

Esta diferencia no perjudica en el Paraíso, pues, como dice Santa Teresita del Niño Jesús todas las flores son hermosas y el esplendor de la rosa y el candor del lirio no quitan su perfume a la humilde violeta ni a la maravillosa sencillez de las florecillas del prado. El cielo es bello, no obstante la diversidad de las estrellas. Del mismo modo, en el eterno jardín del Señor, en el cielo de las almas vivientes, la variedad y la diferencia no disminuyen, sino que aumentan su belleza.

En cuanto a cada alma en particular, ninguna se sentirá disminuida en su felicidad, ni inferior a las otras, porque, en el Paraíso, nuestra voluntad será la voluntad de Dios y gozaremos haciendo su voluntad.

Si tuviéramos muchos vasos de distinta capacidad —prosigue Santa Teresita— y los llenáramos de agua, todos estarían perfectamente llenos y no desearían ni una gota más, pues todos tendrían agua en proporción a sus dimensiones; así los Bienaventurados son felices y no ambicionan mayor beatitud, porque cada uno de ellos está lleno de Dios, en proporción a la propia potencialidad, o sea a la gracia ganada en el tiempo.

Y podemos añadir que en vez de inútiles disquisiciones acerca del Paraíso, sería mejor que cada uno de nosotros se preparara, correspondiendo a la gracia divina, un Paraíso más hermoso. Si pensásemos, por ejemplo, que por cada Comunión más que hacemos dignamente obtenemos un aumento de gracia, y por lo mismo un día tendremos mayor felicidad en el Cielo, una visión más profunda de Dios y un himno de amor más tierno, una comunión más ardiente por toda la eternidad; si, repito, se reflexionara sobre este punto, ¿quién de nosotros dejaría por negligencia una sola Comunión?

Y dígase lo mismo de toda *telefoneada* al Señor, de todo dolor sufrido con resignación cristiana, de toda buena acción realizada y de todo Sacramento recibido con las debidas disposiciones.

Sólo así apreciaremos el tesoro de la gracia, el don de nuestra divinización que nos han merecido las penas de aquel “*divino Encanto*”, de aquella “*dulce atracción de nuestras almas*” que es Jesús, como lo saluda Tertuliano.

Sólo entonces, en el esplendor de la gloria y en la intimidad del gozo, comprenderemos todo el significado de las palabras de Cristo salidas de su Corazón: “*Permaneced, permaneced en mi amor*”.

Continuará...

MONS. FRANCISCO OLGATI: EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO – CAPÍTULO QUINCE – EL MÁS ALLÁ – CONTINUACIÓN... 5 – EL JUICIO UNIVERSAL

Publicado el [Lunes 25 febrero 2013](#) por [Fabian Vazquez](#)

MONSEÑOR FRANCISCO OLGATI

EL SILABARIO DEL CRISTIANISMO

Libro de estudio y de meditación, no sólo para hombres pequeños, sino también para hombres grandes, no para ser leído en el tren o en medio del bullicio, sino en el silencio y el recogimiento, palabra por palabra, sin saltar de una página a otra, como lo haría el hermano Mosca del Convento de San Francisco.

Capítulo Quince

EL MÁS ALLÁ

Continuación...

5

El juicio universal

El amor infinito de Dios no se conformará con glorificar el alma de los hijos fieles, ni su justicia se limitará a castigar el alma de los hijos rebeldes.

También el instrumento de nuestra santificación y de nuestra condenación, nuestro cuerpo, al fin del mundo será llamado a recibir el premio o el castigo.

Como Cristo resucitó al tercer día de su muerte, también nosotros resucitaremos y conforme lo ha revelado Jesús, todos seremos convocados para el solemne y último juicio, el Juicio Universal.

En medio de la confusión de los réprobos y la alegría de los escogidos, Jesucristo, Cabeza de la Iglesia, celebrará su definitivo triunfo, agitando la bandera de la Cruz.

Entonces habrá terminado la escena de la tierra; la historia de la humanidad será clausurada con la victoria de Cristo (siendo éste el significado grandioso de aquel último día); el Purgatorio habrá terminado; el Infierno encerrará para siempre a los condenados; en el Paraíso, los hijos de Dios

serán abismados en el océano de la Divinidad y resplandecerán con el mismo resplandor del Sol divino.

Sobre la tumba de un pensador francés, el Padre Gratry, el Cardenal Perraud cantaba así la feliz inmortalidad del alma cristiana:

“Cuando en una hermosa noche de verano se ve, desde las playas del mar, descender lentamente el sol en el horizonte lejano, llega un momento en que el globo de fuego se arroja sobre las ondas y parece extinguirse. Pero no deja de ser una ilusión. El sol no se extingue; continúa su radiante carrera y va a iluminar otros mundos”.

Pues bien, también las almas, hechas de luz y de paz, también el cristiano parece extinguirse con la muerte y sumergirse en el mar de la nada; sin embargo, se hace más luminoso y penetra en el mundo de las claridades inmortales.

Ahora nuestra débil mirada no llega hasta allá arriba; pero pasará el invierno y vendrá la primavera. Aquel día el germen de la gracia se abrirá para nosotros en una flor de gloria; y el Hijo de Dios viviente, Cristo Salvador, de cuyo Cuerpo Místico seremos miembros, nos unirá a su Padre, mediante el amor del Espíritu Santo.

Nuestra divinización se habrá cumplido, y nuestro gozo será eternamente perfecto.

RECAPITULACIÓN

1. El alma es inmortal; separándose del cuerpo, ya no podrá cambiar el estado en que se encuentre en el momento de la muerte. No habrá entonces posibilidad alguna de arrepentimiento reparador o de adquisición de nuevos méritos.

Por lo tanto, la muerte es el momento del que depende la eternidad.

2. El que muere sin gracia, en pecado mortal, es condenado al Infierno, o sea a la separación eterna de Dios (pena de daño) y a otros tormentos (pena de sentido).

3. El que muere en gracia, pero tiene culpas veniales, o una pena temporal que cumplir por los pecados cometidos, va al Purgatorio y allí permanece hasta que la Justicia divina sea satisfecha.

4. Los que mueren, en gracia y no tienen ni culpas veniales, ni penas que purgar —como también las almas del Purgatorio, terminada su expiación— son admitidos en el Paraíso, o sea, a, la visión intuitiva de Dios, al amor perfecto e inmutable, a la felicidad completa. El grado de visión, de amor y de felicidad está en proporción al grado de gracia adquirido en la tierra.

5. Al final de los tiempos, en el Juicio Universal, Jesucristo clausurará la historia de la humanidad y tendrá su Justo y completo triunfo. Todos los hijos de Dios, fieles en las pruebas de esta vida, constituirán con Jesucristo la Iglesia Triunfante, y mediante el Hijo, estarán unidos al Padre con el amor del Espíritu Santo por los siglos de los siglos y vivirán en la alegría de la divinización completa.

CONCLUSIÓN FINAL

Quizás, al principio de este *Silabario del Cristianismo*, alguno de mis lectores tenía las nociones fundamentales de la religión, pero las tenía en desorden, casi diría, vagabundas y errantes como desbandado rebaño de ovejas.

Debería ahora brillarnos en la mente una idea única, central, viva, que organice en un todo las diversas enseñanzas y doctrinas de la fe y de la moral católicas: esto es, la idea de nuestra elevación al orden sobrenatural, a la dignidad de hijos de Dios, destinados a la unión con Dios mediante la gracia en la tierra, y la gloria en el Cielo.

Partiendo de esta verdad fundamental hemos echado una mirada a la historia humana, a la caída original, al Redentor, a la Revelación, a la Trinidad sacrosanta, a la Encarnación, a la Iglesia, a los Sacramentos, a la jerarquía, a la oración, a la naturaleza, a la actividad humana, al dolor, a la muerte y al otro mundo.

Y nos ha parecido que cada uno de estos tópicos se ilumina a sí mismo, ilumina a los otros, a la vez que recibe luz de todo el conjunto, de tal manera que se tiene la impresión de habernos sumergido en un mar de luz.

No sería difícil que antes de leer este libro no se descubriera unión alguna entre los dogmas, o entre los dogmas, la moral y la oración, entre lo natural y lo sobrenatural, entre la cultura sagrada y la profana, entre la fe y nuestra actividad cotidiana; en cambio, ahora se siente una sola armonía, resultante de miles de voces que expresan un pensamiento idéntico y divino: se empieza a conocer la verdadera solución del problema de la vida. Lo sobrenatural era tal vez ayer una palabra, para nosotros, privada de sentido o de exigua importancia. De hoy en adelante debe ser

la preocupación mayor y el alma de nuestra alma.

¿Conseguirán su objetivo mis páginas?

Así lo espero. Y hago votos para que a esta obrita le suceda lo que tanto extasiaba a Contardo Ferrini al contemplar el Monte Rosa.

Refiere su biógrafo Pellegrini que aquella alma grande sentía una profunda y justificada predilección por el más hermoso de los montes de Italia.

El Monte Rosa vuelve hacia Italia

“su frente vasta y majestuosa, resplandeciente de eternos ventisqueros. Observa con sublime mirada a los montes menores que se alinean en larga fila a sus flancos en forma de corona o se agazapan a sus plantas y disminuyen en progresión continua a medida que se alejan, hasta perderse en la interminable llanura del Po de verdegueantes praderas y doradas mieses maduras. Pero cuando nuestro bello sol de la mañana besa con sus primeros rayos esa cándida frente de nieves perpetuas, las nieves se incendian, y surge de entre los neveros un resplandor rojizo, que como llama de amor, ilumina la bella tierra de Italia.

He aquí el monte que amó Ferrini más que a ningún otro; ¡cuántas veces y con qué nostálgicos afectos lo contemplaba desde los bastiones de Milán, por la mañana, cuando empezaba a incendiarse hasta coronarse de luces y mágicos resplandores!”

Yo ‘también he señalado en estas páginas un monte maravilloso, infinitamente más hermoso que el Monte Rosa: el monte de la fe y de la gracia, que nos invita a las divinas ascensiones.

Y hago votos para que el Sol, que irradia del Corazón de Cristo, bese estas páginas más frías que la nieve y los helados ventisqueros. Entonces, a todas las almas que están en búsqueda, se manifestará la belleza y la verdad del Cristianismo, el amor de Dios a los hombres y el deber y la necesidad de los hombres de amar sobrenaturalmente a Dios.

Fin de la Obra

ÍNDICE

PALABRAS PRELIMINARES A LA SÉPTIMA EDICIÓN

CAPÍTULO I

LA IGNORANCIA RELIGIOSA

1. Triple forma de ignorancia religiosa
2. Catecismo y apologética
3. La exposición orgánica del cristianismo

RECAPITULACIÓN

CAPÍTULO II

EL PROBLEMA DE LA VIDA

1. La vida desorganizada
2. La vida organizada
3. Las tres organizaciones posibles de la vida

RECAPITULACIÓN

CAPÍTULO III

EL ORDEN NATURAL Y EL ORDEN SOBRENATURAL

1. Definición de los dos órdenes
2. El hombre en el orden natural
3. El hombre en el orden sobrenatural

4. Dignidad de los hijos de Dios

RECAPITULACIÓN

CAPÍTULO IV

LA GRACIA

1. El don de la divinización
2. El don divino y los dones humanos
3. El manantial de la gracia
4. Los hijos de Dios
5. El valor de las acciones divinizadas
6. La gracia y el paraíso
7. Los siglos cristianos y la gracia

RECAPITULACIÓN

CAPÍTULO V

EL HECHO DE LA CAÍDA

I. Los Ángeles

1. Los Ángeles y el orden sobrenatural
2. Nosotros y los Ángeles

II. La caída del hombre

1. El hombre elevado y el hombre caído

2. Objeciones y respuestas

III. El pecado

1. La gravedad del pecado

2. Estado del pecador

RECAPITULACIÓN

CAPÍTULO VI

CRISTO EN LA HISTORIA

1. El concepto cristiano de la historia

2. Jesucristo y el pueblo hebreo

3. Jesucristo y los pueblos antiguos

4. La historia después de la venida de Cristo

5. Consecuencias prácticas

RECAPITULACIÓN

CAPÍTULO VII

LA BIBLIA

1. La inspiración
2. La lectura de la Biblia
3. Los protestantes y la Biblia
4. Lo sobrenatural y la Biblia
5. Métodos errados e incompletos

RECAPITULACIÓN

CAPÍTULO VIII

LA SANTÍSIMA TRINIDAD

1. El dogma trinitario
2. Una palabra de dilucidación
3. La Trinidad y los demás dogmas cristianos
4. La Trinidad y la vida sobrenatural
5. La Trinidad y la oración cristiana

RECAPITULACIÓN

CAPÍTULO IX

EL VERBO ENCARNADO, REDENTOR DEL MUNDO

1. El dogma de la Encarnación

2. La posibilidad de la Encarnación

3. El Verbo Encarnado

4. Motivos de la Encarnación

5. La Redención

6. La grandeza divina de Cristo

RECAPITULACIÓN

CAPÍTULO X

MARÍA

1. La Inmaculada, la Virgen, la Madre

2. La devoción a María y lo sobrenatural

RECAPITULACIÓN

CAPÍTULO XI

LA IGLESIA Y LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS

1 La Iglesia es un organismo, cuya cabeza es Cristo

2. El alma de la Iglesia es el Espíritu Santo

3. Los miembros de la Iglesia

4. La Comunión de los Santos

5. Las notas de la Iglesia

RECAPITULACIÓN

CAPÍTULO XII

LA IGLESIA Y LA UNIÓN SOBRENATURAL CON DIOS

I. La liturgia

1. Lo que no es la liturgia

2. Lo que es la liturgia

3. La liturgia y el dogma

II. Los Sacramentos

1. El número de Sacramentos

2. La definición de Sacramento

3. Los Sacramentos significan y producen la gracia

4. El sujeto y el ministro de los Sacramentos

5. Conclusión

III. El sacrificio y la comunión

1. La Santa Misa

2. La Comunión

IV. La Jerarquía

1. La Jerarquía y lo sobrenatural

2. El Papa

3. Los Obispos

4. Los Sacerdotes

RECAPITULACIÓN

CAPÍTULO XIII

LA VIDA CRISTIANA

I. El cristiano y la oración

1. La unión con Dios

2. Métodos y ejemplos

3. Objeciones y errores

4. Votos y esperanzas

RECAPITULACIÓN

II. El cristiano y la naturaleza

1. Los métodos en el estudio de la naturaleza

2. Consejos prácticos

RECAPITULACIÓN

III. El cristiano y la vida

RECAPITULACIÓN

IV. El cristiano y el dolor

1. De qué manera se puede sufrir

2. La solución del problema del dolor

RECAPITULACIÓN

CAPÍTULO XIV

EL CATECISMO DE LA MUERTE

I. Lo sobrenatural frente a la muerte

II. Los últimos Sacramentos

III. Agonía y muerte cristiana

IV. Después de la muerte

RECAPITULACIÓN

CAPÍTULO XV

EL MAS ALLÁ

I. Premisas necesarias

II. El infierno

III. El purgatorio

IV. El paraíso

V. El juicio universal

RECAPITULACIÓN

CONCLUSIÓN